

LA VISIÓN CELESTIAL

Mensajes impartidos en la 1ª Conferencia
Internacional «Aguas Vivas» 2004

Stephen Kaung
Christian Chen

Hoseah Wu - Jonathan Pong
Gino Iafrancesco - Claudio Pereira
Roberto Sáez - Rodrigo Abarca
Rubén Chacón - Eliseo Apablaza

Ediciones «Aguas Vivas»

LA VISIÓN CELESTIAL

Mensajes impartidos en la 1ª Conferencia Internacional «Aguas Vivas» 2004

Primera edición: Agosto 2005

Las citas de las Escrituras corresponden a la versión Reina-Valera, 1960, salvo donde se indica otra cosa.

Diseño & Diagramación: Mario Contreras.

EDICIONES «AGUAS VIVAS»
Temuco - CHILE.

PRESENTACIÓN

Los mensajes incluidos en este volumen fueron impartidos en la 1ª Conferencia Internacional organizada por la revista «Aguas Vivas» en la ciudad de Santiago de Chile, entre los días 2 y 4 de septiembre de 2004.

El lema de esta Conferencia fue «La Visión Celestial», y tuvo una rica expresión desarrollada desde diversos ángulos no sólo por los expositores oficiales anunciados de antemano –Stephen Kaung y Christian Chen– sino también por invitados especiales que se sumaron a esta hermosa tarea durante los días mismos de la Conferencia.

La presencia del hermano Stephen Kaung (Chiang Sho Dao), colaborador de Watchman Nee, dio un realce especial a la Conferencia, y puede considerarse un regalo de Dios para las iglesias en Chile, pues a la sazón contaba ya casi 90 años de edad.

Esperamos que estos mensajes, que fueron de tanta bendición e inspiración para todos los participantes cuando se expusieron en forma oral, sigan bendiciendo e inspirando a muchos a través de este medio escrito.

INDICE

La visión celestial

Stephen Kaung

1. Necesidad de visión celestial 11
2. Los dos aspectos de la visión 25
3. Visión y llamamiento 35

La visión de Juan

Christian Chen

1. La visión de Pedro, Pablo y Juan 49
2. La visión de Juan 61
3. La Iglesia y la gloria de Dios 73

Visión y nueva creación

Hoseah Wu 95

Probada por fuego

Jonathan Pong 107

Cristo, la prioridad en la mudanza del tabernáculo

Gino Iafrancesco 117

La visión y la palabra viva

Claudio Pereira 139

Los oficios de Cristo en el eterno propósito de Dios

Roberto Sáez 153

El lugar de su reposo

Eliseo Aablaza 165

El lugar del amor en la vida del Cuerpo

Rodrigo Abarca 185

Anhelando su venida

Rubén Chacón 205

LA VISIÓN CELESTIAL

Stephen Kaung

NECESIDAD DE VISIÓN CELESTIAL

Stephen Kaung

«Donde no hay visión, el pueblo se extravía; ¡dichosos los que son obedientes a la ley» (Proverbios 29:18). «Así que, rey Agripa, no fui desobediente a esa visión celestial» (Hechos 26:19).¹

El rey Salomón habló tres mil proverbios. Él era el más sabio de los hombres. Dios le dio un corazón capaz de escuchar; en otras palabras, él podía oír a Dios con su corazón. Y por tener ese corazón atento, él nos dio muchos proverbios. De todos ellos hay uno que es muy, muy importante. Porque los proverbios nos dan el principio de la vida y aquí hay un principio que es aplicable no sólo a la tierra, sino incluso al ámbito espiritual. Y éste dice: *«Donde no hay visión, el pueblo se extravía»*, o se *desenfrena*. Otra versión más fuerte dice: *«Donde no hay visión, el pueblo perece»*.

Así que podemos ver cuán importante es esta cuestión de la visión. Es importante incluso en este mundo. Ustedes saben, en este mundo, si las personas no tienen visión, si no tienen un sueño, si no tienen un objetivo, si no tienen una ambición fuerte, si no quieren obtener algo, entonces no pueden hacer nada. Si usted quiere tener éxito en este mundo, tiene que tener una ambición, una fuerza que le impulse; algo a lo que usted quiere arribar. Es necesario pagar cualquier precio por ello; usted podrá soportar penalidades, podrá sacrificar muchas cosas para conseguir su objetivo.

¹ NVI, Nueva Versión Internacional, más acorde con el texto citado en inglés por el expositor.

Vemos, pues, que aun en este mundo, los sueños, la visión o la ambición son muy, muy esenciales. De otra manera nuestras vidas serían mediocres, o no tendrían razón de ser si no fuésemos capaces de tener algún logro en ellas.

La visión del pueblo de Israel

Cuando Salomón dijo el proverbio, él tenía en su mente a los hijos de Israel. Por eso él dijo: «*Donde no hay visión, el pueblo se extravía; ¡dichosos los que son obedientes a la ley!*». Los hijos de Israel, eran el pueblo terrenal escogido de Dios. Dios les dio una visión en el monte Sinaí, les dio los Diez Mandamientos; les dio la ley. Y en los Diez Mandamientos, Dios les reveló qué clase de Dios era él; él era santo por naturaleza, él era totalmente diferente en todo, él era singular en sí mismo. Esos son los primeros cuatro mandamientos: Dios es santo. Y los otros seis mandamientos nos muestran que Dios es justo. En lo que concierne a su naturaleza, él es santísimo, totalmente diferente, y en lo referente a sus acciones, él es absolutamente justo.

Dios les dio este entendimiento a los hijos de Israel. Era la visión de Dios al pueblo de Israel. Si ellos guardaban la ley, serían un pueblo muy dichoso. Ustedes saben que *dichoso* es igual que *bienaventurado*, bendito. Serían bienaventurados si guardaban la ley. Y esta visión unió a los hijos de Israel en uno solo. Eso les dio el objetivo de la vida.

Hermanos y hermanas, nosotros sabemos que la ley es justa y piadosa; la ley es espiritual. Desafortunadamente, los hijos de Israel eran terrenales y carnales. Y debido a esto, como nación, fallaron en guardar la ley de Dios, aunque por la misericordia de Dios hubo algunos que temieron a Dios y que fueron capaces de recibir los sacrificios. Pocos pudieron guardar la visión; pero, en cuanto concierne a la nación, ellos fallaron en llegar a ser el pueblo bendito de Dios.

La importancia de tener visión celestial hoy

Ahora, amados hermanos y hermanas, nosotros somos el pueblo celestial escogido de Dios. Alabado sea el Señor, porque él vino a este mundo; la sombra pasó y ahora la realidad está presente. Por su gracia, hemos sido llamados el pueblo celestial de Dios; un pueblo espiritual de Dios. Y a nosotros, Dios nos ha

dado también una visión celestial. No es la ley. Es la gracia. No es algo acerca de Dios, no es un conocimiento externo de lo que Dios es, sino es algo vivo, algo interior, algo del espíritu. Y gracias a Dios, él nos ha dado una visión celestial. Esa visión es algo que tiene que asirnos, y seremos bienaventurados si obedecemos a esa visión celestial.

Hermanos y hermanas, ¿qué es esa visión celestial? No es un conocimiento mental sobre Dios. La visión celestial es Dios mismo. Dios se revela a nosotros en su Hijo amado. Dios nos muestra su propósito eterno, propósito eterno que involucra a su amado Hijo. Dios ha llamado a un pueblo para ser la novia de su amado Hijo, y esa es la esencia de la visión celestial. Así que, hermanos y hermanas, es de vital importancia que los que somos el pueblo de Dios conozcamos lo que es realmente esa visión celestial. Que, por el Espíritu de Dios, podamos tener esa visión en nuestro espíritu.

La visión no es algo que se puede ver con estos ojos. Es algo más profundo que eso; es la revelación de Dios. Por su Espíritu él nos revela su corazón. Profundo en nuestro espíritu, vemos algo de Dios, vemos su corazón, vemos su mente, vemos lo que él realmente anhela, vemos lo que es precioso para él, lo que ha de ser precioso para nosotros. Por eso, necesitamos que Dios nos dé espíritu de sabiduría y revelación en el verdadero conocimiento de Dios.

En mi contacto con el pueblo de Dios en muchos lugares, he descubierto que la mayor necesidad en el pueblo de Dios es asir esa visión celestial. Gracias a Dios, porque su pueblo es bienaventurado. Por su gracia, él no sólo nos ha dado salvación. Gracias a Dios, porque sabemos que nuestros pecados han sido perdonados; gracias a Dios, porque sabemos que él nos ha dado su propia vida eterna. Gracias a Dios que nos ha bendecido con muchas bendiciones. Pero, la mayor necesidad en el pueblo de Dios hoy es captar esa visión celestial, porque sin ella no tenemos realmente un propósito para nuestra vida.

¿Cuál es el propósito de nuestra vida espiritual? ¿Por qué Dios nos salvó entre multitudes de personas? ¿Por qué, en su gracia, nos ha escogido a nosotros? ¿Es sólo para que podamos ser libres, para vivir nuestras propias vidas? ¿O sólo para que disfrutemos de sus bendiciones? Hermanos y hermanas, eso nos

haría muy egoístas, muy egocéntricos. Si creemos en el Señor Jesús y nos volvemos personas centradas en nosotros mismos, ¿cómo eso dará gloria a Dios?

Hermanos y hermanas, Dios tiene un propósito superior para nosotros. Él quiere que lo conozcamos de una manera viva, quiere que nosotros entremos verdaderamente en su corazón. Él quiere que seamos lo que él se ha propuesto que seamos, para que él pueda ser glorificado en nosotros, y para que su Hijo pueda ser glorificado en nosotros. De otro modo, aun siendo cristianos, no tendríamos un propósito real de vida. ¿Cuál es la meta que usted busca hoy? Nosotros hemos sido llamados con un llamamiento supremo, hemos sido llamados con un llamamiento glorioso, hemos sido llamados con un llamamiento santo.

¿Qué llamamiento es ese? ¿Qué es lo que verdaderamente Dios desea obtener de nosotros, que hará nuestra vida realmente útil y glorificará a Dios? ¿Hay algo en nosotros que nos permite avanzar hacia la meta? ¿Hay un poder dentro de nosotros para que deseemos sacrificar todo lo demás para lograr ese fin? ¿Hay algo que nos dará disciplina, paciencia, algo que nos reunirá como un solo pueblo? Si los hermanos y hermanas tienen su propia visión y yo tengo mi propio sueño, si ustedes tienen su propio propósito y yo tengo mis propias ideas, nosotros seremos un pueblo disperso. ¿Qué es lo que realmente nos une, lo que realmente nos disciplina para que no perezcamos? Hermanos y hermanas, eso es la visión celestial.

Siento que es de vital importancia que cada hijo de Dios pueda captar esa visión celestial que Dios tiene para cada uno de nosotros; porque sin esa visión celestial, nos desenfrenaremos, seremos un pueblo sin disciplina, sin una meta; la vida no tendrá sentido, no podremos cumplir la voluntad de Dios, y él no se glorificará en nosotros. La visión celestial es un imperativo en nuestra vida cristiana, es lo único que nos permitirá seguir al Señor hasta el fin.

Todos aquellos que vemos en el Nuevo Testamento, que son del Señor, entre los apóstoles, en la historia de la iglesia, entre el pueblo de Dios, que realmente glorificaron a Dios en sus vidas, por la gracia de Dios, lograron realmente algo para la gloria de Dios. Ellos pudieron resistir; ellos estaban dispuestos a sacrificarse para que la visión celestial se cumpliera plenamente en sus

vidas. Cada uno de ellos fue cazado por esa visión celestial. Amados hermanos y hermanas, es nuestra oración que cada uno de nosotros sea asido por esa visión celestial. No es una comprensión mental: es una realidad interior.

El trasfondo de Pablo

Ahora, entre todos aquéllos que tienen esa visión celestial, siento que el apóstol Pablo es el que parece haber captado esa visión de una manera más completa. Es cierto que el apóstol Juan captó la visión celestial, que el apóstol Pedro captó también la visión celestial, y vemos que en cada uno ellos hubo un énfasis especial. Ese énfasis especial no es razón para que se pierda el contorno general de la visión celestial; pero yo siento que el apóstol Pablo nos da un lineamiento general muy claro de ella. Así que, si Dios lo permite, nos gustaría compartir juntos sobre la visión celestial que Pablo vio.

Ustedes saben que toda su vida y ministerio fueron controlados por esa visión celestial. Incluso hacia el final de su vida, él dio su testimonio ante el rey Agripa, diciéndole: «*Así que, rey Agripa, no fui desobediente a esa visión celestial*». «Es esa visión celestial la que ha cambiado mi vida, es esa visión celestial que controla todo mi ser. Yo vivo por causa de esa visión celestial, y esa visión celestial vive en mí; es una realidad espiritual». Este es el testimonio de Pablo y yo creo que es la voluntad de Dios que también sea nuestro testimonio.

Ustedes saben que el testimonio de Pablo se da tres veces en el libro de los Hechos. La primera vez en el capítulo 9; es Lucas quien registra lo sucedido. Él describe lo que pasó a Saulo el fariseo en el camino a Damasco. Y luego, en Hechos 22, el apóstol mismo da su testimonio ante los judíos, y nuevamente en el capítulo 26, lo da ante los gentiles. Aun cuando estaba ante el rey Agripa, el imperio romano estaba representado allí.

Así pues, el testimonio de Pablo es registrado tres veces en el libro de los Hechos. Cuando Dios habla una vez, podemos no oírlo, así que él habla otra vez. Pero aquí le oímos hablar tres veces. Eso significa que quiere captar nuestra atención; que este testimonio del apóstol no es sólo algo personal; es un testimonio que debe ser el nuestro. Dios dio la visión celestial a Pablo, para que él la transmitiera a nosotros. Cada uno de nosotros necesita

ver esa visión celestial. Tal vez nuestra experiencia no sea exactamente como la de Pablo, porque la experiencia de cada uno es diferente. Dios ama la variedad; aun en la variedad hay unidad. Nosotros podemos recibir esa visión celestial de una manera diferente, pero el contorno de ella debe ser el mismo; de no ser así, ¿cómo podríamos estar unidos en uno solo?

Tal es, amados hermanos y hermanas, mi carga para compartir con ustedes sobre la visión celestial dada al apóstol Pablo.

Ahora, para entender realmente lo que pasó en el camino a Damasco, es importante entender un poco el trasfondo. Nosotros queremos saber qué tipo de persona era ese hombre antes llamado Saulo. En el Nuevo Testamento hay muchas referencias a su vida anterior; él mismo contó su pasado. Sobre todo en Filipenses 3:5-6, él nos relata algo de su vida.

Dice que fue «*circuncidado al octavo día*». Para un judío esto era muy importante, porque ustedes recuerdan que en Génesis capítulo 17, Dios hizo un pacto con Abraham y la señal de ese pacto era la circuncisión. Todo varón nacido a los hijos de Abraham debía ser circuncidado al octavo día; ésa era la señal del pacto de Dios con Abraham. Si un hijo varón no era circuncidado, no era considerado parte de la comunidad de Israel; estaba fuera del pacto de Dios.

Sabemos que cuando Abraham fue circuncidado tenía noventa años. Y su hijo Ismael fue circuncidado a los trece años. Estrictamente hablando, ellos no eran muy ortodoxos. Pero este joven llamado Saulo, fue circuncidado al octavo día, así que él pertenecía al pueblo del pacto de Dios. Y aun más, él era del linaje de Israel. Eso también era muy importante; porque él no venía de Esaú. Esaú rechazó su derecho de primogenitura y perdió su bendición, pero Jacob consiguió la primogenitura y la bendición; aunque lo hizo de mala manera. Entonces, Dios lo castigó, hasta que se convirtió de Jacob en Israel. Por eso Pablo dijo que él era «*del linaje de Israel*». Y aun más, que era «*de la tribu de Benjamín*». Jacob tuvo doce hijos, pero once de los hijos no nacieron en la Tierra Prometida; sólo Benjamín nació en la Tierra Prometida.

Así que Saulo era el más ortodoxo de los judíos ortodoxos. Y además, dijo: «*hebreo de hebreos*». Saulo nació fuera de la Tierra Prometida; en una ciudad gentil, Tarso de Cilicia, pero él

había nacido en una familia hebrea. Pero, ¿qué es un hebreo de hebreos? Significa que aunque vivan en una ciudad gentil, en su casa hablan todavía el hebreo. Muchas personas emigran a otros países, y sus niños no hablan más su idioma nativo en su hogar. Por ejemplo, muchos niños chinos en Estados Unidos no pueden hablar chino, así que ya no son chinos típicos. Pero en esta familia, aun cuando vivían en una ciudad gentil, hablaban hebreo en casa. Eso significa «*hebreo de hebreos*». Ahora, hermanos y hermanas, esto puede no indicar mucho para ustedes, pero para un judío esto es muy importante: él es realmente un escogido de Dios, él pertenece realmente al pueblo del pacto de Dios, lo cual lo hace diferente a toda otra nación.

Y no sólo eso. Si miramos a su educación, cuando él era joven, viviendo en una ciudad gentil, recibió la cultura griega. En esa época gobernaba el imperio romano, pero la cultura era la cultura griega. Saulo nació en Tarso, y de algún modo su familia pudo obtener la ciudadanía romana. Así que, cuando él nació, era un ciudadano romano, y en ese momento, ser un ciudadano romano era algo muy especial, porque había más esclavos que ciudadanos en el imperio romano. Como ciudadano romano, tenía acceso a todos los derechos romanos. Entonces también recibió la cultura griega, la cultura superior en esos días.

Y además, Pablo fue enseñado como un fariseo. Hoy, cuando oímos la palabra ‘fariseo’, pensamos que es algo malo, porque nuestro Señor Jesús reprendió a los fariseos, «hipócritas». Pero en ese entonces, para los judíos, los fariseos eran muy especiales. En ninguna época hubo más de unos mil fariseos. Eran una secta muy estricta del judaísmo. Ellos no sólo consagraban sus vidas a estudiar las Escrituras, sino también a guardar cada artículo de la ley, y guardaban la ley más allá de lo que podían encontrar en la Palabra de Dios. Guardaban las tradiciones de los padres. Así que eran vistos por la demás gente como un modelo.

Y este joven no era un hipócrita; era consecuente. Él dijo: «...*en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable*». Guardaba cada letra de la ley. Y era discípulo de Gamaliel, uno de los más grandes rabinos de ese tiempo. El joven Saulo estudió con Gamaliel, y él mismo nos cuenta que era el más aventajado de sus contemporáneos. ¡Qué hombre era éste!

Hermanos y hermanas, los jóvenes de cualquier época siempre buscan las cosas mundanas. Es muy raro ver jóvenes que buscan las cosas morales, religiosas o espirituales. Pero Saulo despreciaba las cosas del mundo, sabía que eran temporales, y buscaba lo que es eterno. Él era moral, religioso. Y en su celo por las tradiciones de los padres, persiguió a los seguidores de Jesús, porque según esas tradiciones, Jesús era un impostor, pues no encajaba en su idea del Mesías; ellos esperaban un Mesías político que derrotaría al imperio romano y haría de Israel la primera de las naciones. Pero cuando nuestro Señor Jesús vino, él no hizo esto; él buscó el bien espiritual del pueblo. Así que se desencantaron de él, pensaron que era un impostor del judaísmo; lo crucificaron, y cualquiera que siguiera a Jesús debía ser eliminado. Esa era la tradición de los padres, y este joven Saulo hizo todo lo posible para llevar a cabo esa tarea. Y todo el tiempo él pensaba que estaba sirviendo a Dios.

Amados hermanos y hermanas, ustedes saben que las tradiciones de los judíos son las más buenas en el mundo. Y aun siendo la mejor tradición del mundo, eso es oscuridad total. Este joven quiso hacer el bien, era sincero, era honesto, y aun estaba totalmente ciego, deslumbrado por la tradición humana. No tenía ninguna revelación; no había luz celestial, andaba en tinieblas. Él no sabía que estaba persiguiendo a Dios mismo, y creía que estaba sirviendo a Dios.

Hermanos y hermanas, cuán fuerte es la tradición. Aun lo mejor de la tradición humana, si no es revelación de lo alto, no son más que tinieblas. La tradición es tan poderosa que puede dominar a una persona. Él no sabía lo que estaba haciendo. Oh, hermanos y hermanas, tengan cuidado con la tradición humana, aun la tradición cristiana.

Yo nací en una familia cristiana. Ellos habían sido budistas o confucionistas, pero gracias a Dios mi padre fue el primero en volverse al Señor. Fue perseguido debido a su fe, pero yo nací en una familia cristiana. Mi padre amaba al Señor y teníamos culto familiar todas las tardes. Pero, amados hermanos y hermanas, puedo testificar que aun la tradición cristiana tomada de los padres, sin la revelación de lo alto, es oscuridad total. Hasta que un día, Dios en su misericordia reveló a su Hijo en mí. Oh, hermanos y hermanas, él abrió mis ojos, y ésta es la realidad. Así que

nunca, nunca estemos satisfechos con algún tipo de tradición; nosotros necesitamos la revelación, revelación desde lo alto.

Sin embargo, Dios conocía el corazón del joven Saulo. Dios sabía que él era sincero, pero ciego. Así que la gracia de Dios vino sobre él. Pero antes, Dios le permitió ir hasta el límite. Yo digo a menudo que la cuerda del amor de Dios es muy larga. Realmente el lazo de amor ya estaba alrededor de este joven; pero Dios permitió a esa cuerda extenderse y extenderse. Pero un día Dios dijo: «Ya basta, no más». Saulo perseguía a los creyentes y entraba en los hogares cristianos, arrastraba a hombres y mujeres y los ponía en la prisión, acusándolos, y cuando eran condenados a muerte, él daba su voto de aprobación. Él odiaba a los seguidores de Jesús. Y aun pidió permiso del sumo sacerdote y fue a las ciudades gentiles para apresar a los seguidores de Jesús, volverlos a Jerusalén y condenarlos.

Ah, hermanos y hermanas, esa es la paciencia de Dios. Dios le permitió a ir muy lejos, no sin previas advertencias. Dios le dio muchas advertencias, pero Saulo las rechazó, endureció su conciencia y persiguió a los cristianos con redoblados ímpetus.

La experiencia de Saulo camino a Damasco

Mientras iba camino a Damasco, Dios le dejó llegar hasta cerca de la puerta de Damasco. Era el mediodía, y de repente una luz vino del cielo, más luminosa que el sol del mediodía, y resplandeció sobre este joven y los que iban con él, y todos cayeron a tierra. Hermanos y hermanas, en la gracia de Dios, lo primero que viene a nuestra vida es esta luz celestial. Todos nosotros errábamos en la oscuridad; no sabíamos lo que hacíamos, ni para dónde íbamos, pero gracias a Dios, un día la luz de Dios vino del cielo a nosotros.

Hermanos y hermanas, en Génesis capítulo 1, encontramos que la tierra estaba cubierta por las aguas, y la oscuridad reinaba sobre esta tierra. La primera palabra que Dios habló fue: «*Sea la luz*», y hubo luz. ¿No es esto lo mismo si miramos atrás a nuestra experiencia cristiana? En 2 Corintios 4:6, Pablo dijo: «*Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*». Hermanos y hermanas, un día esa luz celestial brilló sobre nosotros, y

en esa luz, toda oscuridad fue expuesta. Antes, no sabíamos donde estábamos ni cuán pecadores éramos; pero cuando esa luz vino, nos expuso, y vimos que éramos el peor de los pecadores.

Yo creo, hermanos y hermanas, que cuando esa luz brilló sobre ese joven, toda su vida pasada desfiló ante él; empezó a ver su vida anterior a la luz del cielo, y cómo él tenía que arrepentirse en polvo y ceniza, cómo tenía que comprender cuán pecador era: era un blasfemo, un perseguidor, uno que estaba contra Dios. Oh, hermanos y hermanas, gracias a Dios que esa luz vino, y nosotros vimos nuestras tinieblas y nos arrepentimos. Gracias a Dios, que no nos mostró simplemente nuestra oscuridad: nos reveló la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Por primera vez, vimos a nuestro Señor Jesús, vimos la gloria de Dios en el rostro de nuestro Señor Jesucristo. ¡Gloria a Dios!

Cuando estaba enceguecido por esa luz, él oyó una voz del cielo: *«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón»*. Hermanos y hermanas, ¿era una voz airada? No, era una voz llena de amor y de simpatía. *«¿Saulo, Saulo, tú no me conoces, pero yo siempre te he conocido. Conozco tu nombre: tú eres Saulo. Saulo, por qué me persigues? ¿No sabes que es duro dar de puntapiés contra el aguijón?»*.

En los tiempos antiguos, cuando un campesino araba el campo, usaba un buey o un caballo puesto bajo un yugo. El hombre guía el arado, y por supuesto quiere arar la tierra en línea recta. Pero el buey puede ser terco y tener su propia voluntad. A veces el buey verá algo bueno y querrá desviarse y no obedecer a su amo. Así que el amo toma en su mano un instrumento afilado llamado aguijón, o aguijada, y lo usa para tocar suavemente la pierna del animal. Él no quiere lastimarlo, sino simplemente recordarle que tiene un dueño, que no se pertenece a sí mismo. Pero si el buey es terco, cuando la aguijada toca su muslo, da de puntapiés atrás, y se hiere. Sólo después de varias veces hiriéndose, aprende su lección y será obediente a su amo.

Querido hermano, ¿sabe usted que tiene un amo? Sepa que cuando usted viene a este mundo, Dios ya tiene un propósito en su vida; usted no nació por casualidad, sino por la voluntad de Dios. El objetivo de Dios en su vida es que usted sirva a ese propósito. Por eso usted vino a este mundo. Usted tiene un amo, no nació libre para hacer lo que quiera. Todos nosotros hemos

nacido con un amo: nuestro Creador. Él tiene un propósito específico para cada uno de nosotros. Pero, hermanos y hermanas, nosotros no sabemos, no entendemos; creemos que somos nuestros propios dueños y hacer lo que queramos, que vivimos aquí para servir a nuestro propio propósito, para satisfacer nuestros propios deseos, y nos olvidamos absolutamente de Dios. Pero usted no es libre; usted nació para servir a Dios. Usted tiene un Amo, pero usted no lo sabe, y se rebela contra él. Sin embargo, en su gracia, él usa a veces el aguijón contra usted. ¿No es verdad?

Miremos a este joven Saulo. Dios había usado la aguijada varias veces con él. En primer lugar, cuando Esteban fue martirizado. Esteban estaba lleno de sabiduría y del Espíritu Santo. Aun las sinagogas gentiles contendían con él. Yo creo que Saulo era uno de los que discutían con Esteban, pero no lo podían vencer, porque hablaba con sabiduría de lo alto, así que ellos lo arrestaron, lo llevaron al concilio, y vieron su rostro como el rostro de un ángel.

Esteban dio su testimonio, y Saulo, que había sido enseñado como un fariseo, cuando oyó ese testimonio empezó a oír realidad en lugar de apariencia externa. Dios siempre busca lo que es realidad; Dios no puede satisfacerse con una apariencia externa. Esa verdad debió haber tocado el corazón de Saulo. Y cuando lo arrastraron fuera de la ciudad, Esteban vio el cielo abierto y dijo: *«Veo los cielos abiertos, y al Hijo de Hombre que está a la diestra de Dios»* (Hech. 7:55). ¡Qué maravillosa visión! Ellos tuvieron que cerrar sus ojos y oídos, endurecieron su conciencia, lo llevaron y lo apedrearon hasta matarlo. Cuando Esteban moría, dijo: *«Señor; no les tomes en cuenta este pecado»*, y luego descansó (Hech. 7:60).

El joven Saulo cuidaba la ropa de los que apedreaban a Esteban. ¿Piensa usted que su conciencia no fue impactada? Él era un buen hombre, un hombre moral, un hombre religioso, una persona real, y sin duda su conciencia fue profundamente conmovida. ¿Pero qué dice la Biblia? Después, él dobló sus esfuerzos para perseguir a los cristianos; en otras palabras, quiso imponer silencio a su conciencia. Su tradición era tan fuerte que pudo acallar su conciencia. Piense en eso: una persona moral, entrando en las casas, arrastrando a hombres y mujeres, ¿cómo

podía hacer eso, forzar a las personas a blasfemar en las sinagogas? ¿Cómo podía hacer eso una persona piadosa? Él endureció su conciencia. Oh, hermanos y hermanas, ¡cuán terrible debe ser eso!

Una y otra vez Dios le recordó: «Saulo, Saulo, te es duro dar de puntapiés contra el aguijón. Sólo te hieres a ti mismo, hasta la muerte. ¿Por qué no te arrepientes? ¿Por qué me persigues?». Era una voz mansa, amorosa. Debe haber fundido el corazón de Saulo. «¿Yo, el primero de los pecadores, un blasfemo, un perseguidor? ¿Y todavía tú me amas, me perdonas y me salvas, y quieres ser mi Amo?».

Oh, hermanos y hermanas, allí en la tierra, él vio al Justo, vio que Aquel a quien perseguía era el único Justo, perfecto y sin pecado. Y no sólo eso, agradó a Dios revelar a su Hijo en él. Era más que simplemente ver con los ojos exteriores. Él vio la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Sus ojos fueron cegados, pero sus ojos interiores fueron abiertos. «...*agradó a Dios... revelar a su Hijo en mí*» (Gál. 1:15-16). Este Jesús no sólo es el Justo, él es el Hijo de Dios, y toda la plenitud de la Deidad habita en él corporalmente; él es el heredero de todas las cosas, él es la cabeza de todas las cosas. Él es el Amo de todos».

Hermanos y hermanas, esa es la visión celestial. Pablo vio al Señor y se rindió a él. «Señor, ¿qué quieres que haga? Yo era mi propio amo, pero ahora te cedo mis derechos. Tú eres mi Amo, yo me rindo». Amados hermanos y hermanas, ¿tenemos nosotros esta visión celestial? ¿Podemos tener nosotros la visión celestial y todavía ser nuestros propios amos? ¿Puede ver usted a nuestro Señor Jesús como el glorioso Hijo de Dios, y todavía quiere retener sus propios derechos? ¿Ha visto usted la visión celestial? Porque una vez que ha visto la visión celestial, usted ya no se pertenece a sí mismo, usted es suyo para siempre.

Pero esta visión celestial es más que eso. Dios no sólo nos reveló a su Hijo. Con su Hijo, él revela algo más que es muy estimado para Su Hijo.

«¿*Saulo, Saulo, por qué me persigues?*». Ustedes saben que la Palabra de Dios es exacta, pero el Señor dijo: «¿Por qué *me persigues?*». «*A mí*». Saulo era un fariseo, entrenado en lógica y argumentación. Con su mente natural, él podía contestar inmediatamente: «Yo nunca te he perseguido; nunca me he encontra-

do contigo. Tú estás en el cielo y yo en la tierra, ¿cómo puedo tocarte? ¡Es ridículo!». No. Sus ojos interiores fueron abiertos. Inmediatamente él vio una verdad eterna: vio que cuando perseguía a los seguidores de Jesús, estaba persiguiendo al propio Jesús. ¿Por qué? Porque Jesús es la Cabeza, y aquellos que creen en él son su cuerpo.

Cada creyente en Jesús es un miembro del cuerpo de Cristo. La Cabeza está en cielo, pero el cuerpo llena el universo. Si usted toca a cualquier miembro del cuerpo, usted toca la Cabeza. Hermanos y hermanas, la Cabeza y el cuerpo son una sola cosa.

Inmediatamente en el camino a Damasco, los ojos interiores de Saulo fueron abiertos y no sólo vio a Jesús, el Hijo eterno de Dios, el Amo de todos, sino también vio la iglesia, el cuerpo de Cristo. ¡Qué revelación! Amados hermanos y hermanas, cuando nosotros creemos en el Señor Jesús, «por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo, judíos o griegos, esclavos o libres; todos nosotros bebimos de un Espíritu». Si alguien te toca, la Cabeza reclamará: «¿Por qué me tocas?».

Hermanos y hermanas, he aquí un hombre universal. No es una persona pequeña, es un hombre universal. La Cabeza está en cielo y el cuerpo cubre el mundo entero: de todas las edades, desde el primer creyente hasta el último que venga a creer en el Señor, no importa de qué país sean, o en qué época viven, ustedes son un cuerpo. Un Señor, un cuerpo. Y el cuerpo y la Cabeza son uno. Es una vida. Y este cuerpo que nuestro Señor formó después de su ascensión será su vaso de testimonio en la tierra. Alabado sea el Señor.

Ésta es la visión celestial. Hermanos y hermanas, ver esa visión nos liberta de nuestra pequeñez y nos incluye en el hombre universal. Nuestra comunión pasa a ser con los santos de todo el mundo. Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, y por intermedio de ella podemos tener comunión los unos con los otros, para que nuestro gozo sea cumplido.

LOS DOS ASPECTOS DE LA VISIÓN

Stephen Kaung

Lectura: Hechos 9:6-21.

Mencionamos ayer que es de vital importancia que nosotros, como pueblo de Dios, veamos la visión celestial. Dios dio la visión celestial al apóstol Pablo; ella transformó su vida y llegó a ser su testimonio. Y creemos que es la voluntad de Dios que todo aquel que es suyo debe ver la visión celestial que Pablo vio; que esta visión celestial puede darnos el propósito de nuestra vida cristiana, puede mostrarnos el camino que hemos de seguir y darnos ese poder interior para avanzar hacia la meta; nos permite sacrificarlo todo para este propósito y darnos la fuerza para soportar las penalidades, a fin de que esta visión celestial llegue a ser nuestra vocación.

Nosotros creemos que esta es la voluntad de Dios. Sólo viendo esta visión celestial, tendremos la fuerza para perseverar hasta el final. Y es esta visión celestial la que nos une como un pueblo. Así que, amados hermanos y hermanas, es nuestra oración que no sólo hablemos sobre la visión celestial, sino por la gracia de Dios, que cada uno de nosotros pueda ver esta visión celestial como el apóstol Pablo la vio en el camino a Damasco.

Jesús es Salvador y Señor

¿Cuál es la visión celestial que el apóstol vio en el camino a Damasco? Mencionamos ayer que cuando él estaba acercándose a Damasco, de repente una luz del cielo resplandeció sobre él. Amados hermanos y hermanas, yo creo que esta luz es el Shekinah de la gloria de Dios. En esa gloria él vio al Justo. El

Padre celestial le reveló que aquel a quien perseguía no sólo era el Justo, sino el Hijo de Dios, el heredero de todas las cosas, el mismo que está ahora a la diestra de Dios y ha recibido todo poder sobre el cielo y la tierra. Dios lo ha exaltado hasta lo sumo, Dios lo ha ungido como el Señor de todo; él es el Amo de todos.

Amados hermanos y hermanas, en el camino a Damasco, Saulo vio a Jesús el Hijo de Dios, el Amo de su vida, y se rindió a él. Esto es algo que nosotros debemos ver. Cuando nosotros creemos en el Señor Jesús, lo que probablemente mejor comprendemos es que él es nuestro Salvador, que él vino a este mundo para salvarnos, y le recibimos como nuestro Salvador personal. ¡Gracias a Dios por eso! Pero, hermanos y hermanas, debemos ver al mismo tiempo que él no sólo es nuestro Salvador, sino también nuestro Señor; que él ha de ser el Señor de nuestra vida. Sabemos que Cristo es nuestro Salvador, pero sólo cuando lo vemos como Señor, y le rendimos nuestras vidas, entonces nosotros somos para el Señor. Hermanos y hermanas, esto representa una gran diferencia.

Nuestro amado hermano Watchman Nee, cuando tenía diecisiete años, oyó el evangelio y supo que Jesús es el Salvador y que debía recibirlo. Pero él tenía un problema, porque como joven tenía su futuro planeado y era una persona brillante, que podría tener éxito en cualquier área. Así que tenía su futuro en su mente; pero cuando oyó el evangelio, por una parte, estaba emocionado y sabía que debía recibir a Jesús como su Salvador, pero por otro lado, sabía que si le recibía como su Salvador, al mismo tiempo, debía rendir su vida a Jesús como su Señor.

Pero esto era algo que él no podía hacer, así que luchó un tiempo, hasta que un día, cuando estaba orando, el Señor le mostró cuán negros eran sus pecados, pero también cuán roja era la sangre de Jesús. Él estaba tan sobrecogido por el amor de Cristo que se rindió a Jesús como su Señor y Salvador. Y de ese día en adelante, Jesús era no sólo su Salvador, ¡aleluya!, Jesús era su Señor. Amados hermanos y hermanas, esta es la visión celestial. Necesitamos ver a Jesús como nuestro Señor; necesitamos ser constreñidos por su amor, rendirnos completamente a él. De hoy en adelante, él es nuestro Amo. Amados hermanos y hermanas, él es digno; él es un Amo que es digno de ser servido.

Y en el camino a Damasco, mencionamos ayer que Saulo vio

algo más. No sólo vio que Jesús es el Señor, el Amo, sino que vio que todos los creyentes del Señor son miembros de su cuerpo. Quien toca a cualquier miembro del cuerpo, toca a Cristo, la Cabeza. Él vio a un hombre universal; un gran hombre. La Cabeza está en el cielo, y el cuerpo llena la tierra entera. Ésta es la visión celestial, porque no sólo lo libertó de sí mismo, sino también le permitió entrar en una comunión que es universal. Y esta es la esencia de la visión celestial. No es una enseñanza, no es una doctrina o algo sólo para contemplar. Es una realidad espiritual. Es algo que Dios tiene que revelar por su Espíritu en nuestro espíritu. Nosotros debemos poder decir: «Yo era ciego, pero ahora veo», y eso representa toda la diferencia, eso cambiará nuestra vida completamente y también nos dará un propósito para vivir.

La visión se completa en Damasco

Pero, hermanos y hermanas, la visión que Saulo vio en el camino a Damasco no es completa, porque esa visión continuó adelante en la ciudad de Damasco. ¿Cómo lo sabemos? Porque la primera pregunta que Saulo hizo fue: «¿Quién eres, Señor?». Es decir, «Yo no te conozco». Y el Señor dijo: «*Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón*». Inmediatamente comprendió que aquel a quien él perseguía no era otro que el Señor mismo. Entonces, hizo una segunda pregunta, y dijo: «*Señor, ¿qué quieres que yo haga?*».

Hermanos y hermanas, Saulo era un hombre fuerte, enérgico, seguro de sí mismo, independiente, era su propio amo. Él controlaba su propia vida, él sabía lo que debía hacer. Pero, a causa de su encuentro con el Señor, él se rindió a Jesús como su Señor, y eso fue real. ¿Cómo lo sabemos? Por su segunda pregunta: «*Señor –Tú eres ahora mi Señor–, ¿qué quieres que yo haga?*». Esta fue probablemente la primera vez que él preguntó tal cosa. Él era una persona que siempre sabía qué hacer; era una persona que dirigía a otros. Pero, por primera vez en su vida, preguntó: «*Señor, ¿qué quieres que yo haga?*». «Estoy acabado, no sé qué hacer; ahora te pertenezco, y tú tienes que dirigirme y mostrarme lo que yo debo hacer».

En la mente de este joven, él esperaba que el Señor lo mandaría en seguida. Él era un hombre de acción. «Sólo dime qué

hacer y yo me levantaré y lo haré con toda mi fuerza». ¡Para él, rendirse a otro hombre era algo especial! Así que él esperaba que el Señor le dijera de inmediato qué hacer y entonces él se levantaría y lo haría. Pero, para su sorpresa, el Señor no le dijo qué hacer; le dijo: *«Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer»*.

Amados hermanos y hermanas, fue una gran prueba para este joven. Él había rendido su vida al Señor, y ahora para él la vida era una relación entre él y su Señor; no debía haber terceras personas entre él y el Señor. Es verdad que muy a menudo nosotros oímos personas que dicen: «Es entre el Señor y yo; no me preocupo de los demás. Yo no necesito a los demás, todo lo que necesito es al Señor. Mi Señor y yo, ésta es mi vida espiritual». Oh, hermanos y hermanas, cuando oímos esto, parece tan espiritual, pero recuerden, es pseudo-espiritual. Es una falsa espiritualidad. El Señor le había mostrado el cuerpo. Si albergo estas ideas sobre el Señor y yo, sin terceras personas en mi vida, entonces, ¿dónde está el cuerpo?

En otras palabras, en el camino a Damasco, inmediatamente después de haber recibido esa visión celestial, él fue probado grandemente. «Tú me reconoces como tu Señor, y ahora seré tu Señor, pero no según tu idea, sino según mi idea. Yo quiero que tú esperes. ¿Estás dispuesto a esperar?». Ustedes saben que esperar es muy difícil para la carne, sobre todo para un hombre de acción; ésa era la cosa más difícil de hacer. Pero el Señor lo probó. «Tú viste la visión. ¿Estás ahora dispuesto a obedecer a la visión? Tú viste el cuerpo de Cristo. ¿Estás dispuesto a que otras personas sean involucradas en tu vida? ¿Anhelas no sólo relacionarte con el Señor, sino también con otros hermanos y hermanas, o quieres ser independiente?».

He aquí una gran prueba para este hombre. La visión será probada. De otro modo nunca será su vocación. La visión celestial que Saulo vio en el camino era sólo parte de la visión. Allí le fue dada una tremenda visión de lo alto: él vio al Señor en el cielo, vio el cuerpo de Cristo, universal, glorioso. Oh, hermanos y hermanas, si ustedes alguna vez ven esa visión celestial, es tan gloriosa, nos amplía el horizonte, nos saca de nosotros mismos y nos lleva al tercer cielo, es tremendamente expansiva. Pero, amados hermanos y hermanas, ¿cuál será la actitud correcta si

usted capta una visión celestial?

Usted es alzado en su espíritu como si estuviera en el tercer cielo. ¿Pero cuál será la actitud correcta? Cada vez que leemos en la Palabra de Dios, cuando alguien vio una visión celestial, cuando alguien vio la gloria de Dios, sí, lo alzó al tercer cielo, pero al mismo tiempo lo derribó en tierra. Usted recuerda a Daniel; él era un hombre tan perfecto, pero cuando él vio la visión del Señor, dijo: «Mi belleza se convirtió en corrupción»¹. Él cayó en tierra como muerto.

Gracias a Dios, esa visión celestial es tan gloriosa que nos levanta y nos lleva al tercer cielo, pero al mismo tiempo nos derriba en polvo y ceniza. ¿Quién somos nosotros para recibir semejante visión? Nosotros somos indignos, estamos lejos de lo que esa visión es. Es necesaria la tremenda obra de Dios para traernos a la realidad de esa visión. La visión que Saulo vio en el camino a Damasco nos muestra todos los principios espirituales celestiales, nos muestra al Señor como realidad celestial y espiritual. Nos muestra la iglesia, el cuerpo de Cristo, celestial, espiritual y lleno de vida, lleno de gloria.

Todos los principios espirituales acerca de Cristo y la Iglesia están en esa visión celestial. Pero la espiritualidad es muy práctica. Lo que Dios nos ha mostrado, que es espiritual y celestial, debe ser llevado a la práctica en esta tierra, en esta misma vida, de tal manera que la visión celestial que Saulo vio en el camino a Damasco es sólo una parte de ella. Hay otra parte de esa visión que él tenía que percibir en la ciudad de Damasco. En obediencia al Señor, Saulo se levantó del suelo, pero sus ojos estaban ciegos por causa de la gloria de Dios; él necesitaba ayuda. Este hombre fuerte estaba en una situación de mucha debilidad. Tuvo que ser llevado a la ciudad y allí permaneció tres días sin comer ni beber. Él estaba orando; estaba esperando.

Ananías representa a la iglesia local

Y mientras oraba y esperaba, Dios en una visión se apareció a un discípulo en la ciudad de Damasco. Su nombre era Ananías. Ananías era un discípulo del Señor en Damasco. Tal vez era

¹ Traducción literal. La Versión Reina-Valera 1960 dice: «Mi fuerza se cambió en desfallecimiento» (Daniel 10:8).

muy conocido en la ciudad, porque era una persona muy piadosa y los judíos sabían de él, pero nadie le conocía en Jerusalén y era desconocido en el mundo. Y más aun, en el registro de la Santa Biblia, sólo aparece una vez en capítulo 9 de Hechos, y luego desaparece.

Aquí encontramos un hombre pequeño, insignificante, desconocido, pero gracias a Dios, conocido por Dios. En una visión, Dios se apareció a él y le dijo: «Ananías». La reacción de Ananías fue muy diferente a la de Pablo. Él conocía al Señor; tenía familiaridad con él, así que cuando el Señor lo llamó, él respondió: *«Heme aquí, Señor»*. Él estaba listo, esperando en el Señor. Y el Señor dijo: *«Levántate y vé a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso»*. «Levántate, vé allí y abre sus ojos». Y Ananías dijo: *«Señor, he oído de muchos acerca de este hombre –su fama ya había llegado a Damasco–, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre»*.

Vemos cómo Ananías tenía libertad para hablar con el Señor. Él no sabía lo que había sucedido en el camino a Damasco; sólo sabía lo que había oído antes, y él tenía la libertad para hablar con el Señor. No en un espíritu de rebelión, sino en un espíritu de inquirir. «Señor, tú me pides ir y ver a esa persona; ahora, yo entiendo que él viene a apresarme. ¿Quieres que yo vaya y me entregue, y que él me eche mano? Si tal es tu voluntad, yo lo haré. Muéstrame lo que debo hacer». Pero el Señor le dijo: «Vé». El Señor no le explicó nada, sino sólo dijo: *«Vé, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre»*. Sin más razones, Ananías obedeció. Gracias a Dios por eso, gracias a Dios por ese hombre pequeño.

Al mismo tiempo, mientras Saulo oraba, vio en una visión, un hombre llamado Ananías, un extraño, viniendo y poniendo sus manos sobre él, y abriendo sus ojos. En el camino a Damasco sólo Saulo vio la visión; aquéllos que estaban con él no la vieron, estaban atemorizados, y sólo Saulo vio. Pero en la ciudad de Damasco hay una visión doble. Ananías recibió una vi-

sión, Saulo recibió una visión y ambas visiones son una. ¿Por qué es así? Porque en lo que concierne a la iglesia, se necesita una confirmación. Dos son testigos. Entonces, ¿a quién representa este Ananías? Ananías representa la iglesia local.

La iglesia es universal, es el cuerpo de Cristo bajo la única cabeza de Cristo Jesús, que llena el universo entero. La comunión es universal. Nosotros recibimos a quien el Señor recibe; éste es el principio espiritual. Todos los que creímos en el Señor Jesús en un Espíritu somos bautizados en un cuerpo. Judíos o gentiles, esclavos o libres, todos nosotros hemos bebido de un Espíritu. Gracias a Dios por su iglesia universal. Todos los principios espirituales fueron mostrados en esta iglesia universal. Jesús es el Señor, la única Cabeza. En este cuerpo hay una maravillosa comunión en base a la vida. Pero, hermanos y hermanas, esta visión celestial debe tocar la tierra. Esto es la iglesia. La iglesia es celestial en su origen, es espiritual en su naturaleza, pero ella toca la tierra y viene a ser un testigo y testimonio para el Señor Jesús.

Ustedes recuerdan al apóstol Pedro, cuando estaba en la azotea orando; él vio una visión, un gran lienzo atado por las cuatro esquinas bajando del cielo y tocando la tierra, y en ese lienzo toda clase de cuadrúpedos y reptiles, y él oyó una voz: «*Levántate, Pedro, mata y come*». Pedro respondió: «*Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás*». Y el Señor le dijo: «*Lo que Dios limpió, no lo llames tú común*». «No lo consideres sucio». Tres veces Pedro se negó —tan fuerte era su tradición—, y entonces el lienzo volvió al cielo. Hermanos y hermanas, esta es la visión de la iglesia: bajó del cielo y nos incluyó a todos nosotros que éramos pecadores, que éramos inmundos; pero gracias a Dios, él nos ha limpiado. Gracias a Dios ya no hay más judío ni gentil, y tenemos comunión unos con otros, una comunión gloriosa. Que ninguna tradición nos lo impida y esto nos remontará al cielo. Esto es lo que la iglesia es.

Si sólo vemos la iglesia universal, y no la iglesia local, si sólo vemos al hombre universal y no a ese hombre pequeño, seremos unos visionarios; unos teóricos; sólo será apenas algo para contemplar. Nada será real. Nada será práctico. Gracias a Dios, en la ciudad de Damasco, a Saulo se le dio una visión de la iglesia local. Dios lo puso en contacto con un hermano local. Ananías,

en obediencia al Señor, fue a la calle llamada Derecha y entró en la casa. Él puso sus manos sobre Saulo. No fue Saulo que puso manos en Ananías. Gracias a Dios por eso. Si Saulo hubiese puesto sus manos sobre Ananías, hubiese sido el fin de Ananías. Pero Dios había hecho una obra maravillosa, y Ananías, ese hombre insignificante, fue quien puso sus manos sobre Saulo.

Saulo fue introducido en la comunión del Cuerpo

¿Qué representa la imposición de las manos? ¿Qué significa realmente en el Antiguo Testamento cuando el oferente ponía sus manos en el sacrificio, o en los tiempos del Nuevo Testamento cuando los apóstoles ponían sus manos sobre las personas? Es una identificación. Cuando usted pone manos en otra persona, usted se identifica con esa persona. Por eso, la Biblia dice que no se debe imponer las manos con ligereza, para que usted no tenga parte en sus pecados. Así que aquí encontramos a Ananías, un miembro del cuerpo de Cristo, que representa la iglesia en Damasco y representa la iglesia universal; que pone sus manos en Saulo y lo recibe en comunión, en la comunión del cuerpo de Cristo. Oh, hermanos y hermanas, ¿no es eso maravilloso? Dos enemigos que no se podían ver entre sí, son ahora unidos en un cuerpo. Esta es la obra de Dios. Sólo Dios puede hacer esto. ¡Gloria al Señor!

Y Ananías dijo: «*Hermano Saulo*». ¿Pueden imaginarse cómo se sentía Saulo en ese momento? «¿Yo, tu enemigo? ¿Y tú me llamas tu hermano?». Eso debe de haber fundido su corazón. «¿Yo, un blasfemo, un perseguidor, el mayor de los pecadores? ¿Y la gracia de Dios es tan tremenda, que me ha hecho hermano en la casa de Dios?». Oh, yo creo que no hay nada más dulce que el nombre ‘hermano’. ¿O quiere usted ser llamado ‘reverendo’? El hermano Sparks decía que la palabra *reverendo* en el original significa *terrible*. ¿Quiere usted ser llamado ‘terrible fulano de tal’? ¿O prefiere ser llamado ‘hermano fulano de tal’? Hermano o hermana, porque todos nosotros somos hermanos.

El hermano Nee le pidió una vez a un hermano: «Vaya y hable a los hermanos». Entonces el hermano le preguntó: «¿Usted quiere que yo hable a los hermanos varones o a las hermanas mujeres?». ¿Por qué somos todos hermanos? Porque recibimos la misma vida; es la vida del Hijo. Todos estamos destinados a

ser hijos de Dios, hijos maduros de Dios, destinados a recibir filiación a través de Cristo Jesús. Oh, hermanos y hermanas, ¿por qué pretender ser llamados por otro nombre? ¿Por qué no nos satisfacemos con ese amado y dulce nombre de *hermanos*? Gracias a Dios, porque todos nosotros somos hermanos, Jesucristo es nuestro hermano mayor, y Dios es nuestro Padre celestial. Pertenece a la misma familia; no hay discriminación de ningún tipo. «Hermano, Saulo, abre tus ojos y sé lleno del Espíritu Santo».

Gracias a Dios, cuando somos unidos al cuerpo de Cristo, nuestra ceguera es quitada a través del cuerpo, y empezamos a ver. Y usted sabe a quién Saulo vio primero. Vio a Ananías. Lo primero que vio fue a un hermano. Oh, qué hermoso es eso, cuando usted se encuentra con otro hermano o hermana, y descubre que son hermanos en el Señor; inmediatamente se establece un lazo entre ustedes. ¡Maravilloso! Por primera vez, este hombre que odiaba a los seguidores de Jesús, que los consideraba como impostores y que quería destruirlos, ahora vio a un hermano. ¡Un hermano de verdad!

Oh, cuando usted ve a sus hermanos y hermanas, ¿a quién ve usted? ¿Ve usted la vida de Cristo en ese hermano? ¿Ve a Cristo en ese hermano, o mira al hermano y ve a Adán allí, y ve todas sus faltas, en lugar de ver a Cristo en él? Gracias a Dios, Saulo vio a su hermano y fue lleno con el Espíritu Santo. Cuando usted está en el cuerpo; cuando usted toma su lugar en el cuerpo de Cristo, el óleo santo que está en la cabeza de Aarón descenderá a la barba y cubrirá el cuerpo entero. Si usted vive en el cuerpo, también será lleno del Espíritu Santo; ésta es su herencia.

Saulo fue lleno del Espíritu Santo, él fue alimentado y fortalecido, y ¿sabe lo que él hizo? Él estuvo con los discípulos en Damasco. Él aprendió su lección. Ya no fue más «mi Señor y yo», sino, también «mis hermanos y yo». Así que él estuvo con los discípulos, y entonces empezó a dar testimonio del Señor, que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios.

Gracias a Dios, desde el primer día de su vida cristiana, Dios no sólo le mostró el principio espiritual de la iglesia, sino que lo condujo al lado práctico de la iglesia universal. Y a lo largo de su vida, encontramos cuán verdadero fue esto. Incluso tres años después, cuando por primera vez volvió a Jerusalén, ¿recuerdan

lo que hizo? Lo primero fue buscar a los discípulos, no para apresarlos y sentenciarlos a muerte, sino para tener comunión con ellos. Ellos tenían temor de él: él era tan famoso, aun después de tres años. Pero gracias a Dios, estaba Bernabé, el hijo de consolación, que creyó en él y lo trajo a Pedro. Y Pablo entraba y salía con los discípulos en Jerusalén; y dondequiera que fuera, siempre buscaba a los hermanos y hermanas. Él no sólo vio la visión, él vivió en la visión.

Así que, amados hermanos y hermanas, ¿qué es esa visión celestial? La visión celestial incluye dos aspectos: la parte celestial y la parte terrenal. Cristo el Señor está en el cielo, pero también Cristo el Señor está en nuestra vida terrenal. La iglesia universal, la comunión universal; pero también la iglesia local, donde usted está junto con sus hermanos y hermanas, y aprende ser un miembro del cuerpo de Cristo, sometiéndose los unos a los otros en el temor de Cristo.

Creemos que esta es la visión celestial, y creemos que esto es lo que el Señor desea que nosotros veamos.

Que el Señor tenga misericordia de nosotros.

VISIÓN Y LLAMAMIENTO

Stephen Kaung

«Así que, rey Agripa, no fui desobediente a esa visión celestial» (Hechos 26:19, NVI).

Damos gracias al Señor que nos ha reunido durante estos días. El Señor ha sido bueno con nosotros y estamos muy agradecidos. Queremos agradecerle por el privilegio de visitarles. Gracias al Señor que tiene sus hijos escondidos por la tierra, y nosotros esperamos juntos la pronta venida de nuestro bendito Señor.

El tema durante nuestro tiempo juntos es la visión celestial; la llamamos visión celestial porque no es terrenal y no es humana; es del cielo, es del Señor mismo. Gracias a Dios, a quien agradó revelar a su Hijo en nosotros. Gracias a Dios por darnos como regalo a su amado Hijo, por mostrarnos verdaderamente su corazón y su mente. Y gracias a Dios porque él quiere mostrarnos esta visión celestial; porque con ella tenemos ante nosotros una meta y tenemos la fuerza interior para avanzar hacia esa meta. Esa visión celestial nos disciplina, nos fortalece para soportar, nos da ese amor interior hacia el Señor. Y esta visión nos une como un cuerpo, como un pueblo.

Creemos que es la voluntad de Dios y su agrado que todos los que somos del Señor podamos captar esa visión. O, visto de otra manera, esta visión celestial debe cazarnos, debe transformar nuestras vidas y debe ser un testimonio real en nuestras vidas. Hemos mencionado, durante estos días, que esta visión celestial está compuesta de dos partes. Saulo vio una parte de la visión celestial en el camino a Damasco. En esa luz celestial vio

al Justo y oyó su voz: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Es duro para ti dar de puntapiés contra el aguijón». Agradó a Dios revelarle a su Hijo. En esa visión, Dios permitió a Saulo encontrarse con su verdadero Amo.

Porque Saulo fue creado por Dios con un propósito, pero él nunca lo conoció, sino hasta en ese camino a Damasco, donde se encontró con su Amo, el Señor Jesucristo. Y a ese Amo él se rindió. También, en el camino, él vio algo juntamente con el Señor: vio la Iglesia como el cuerpo de Cristo, porque nuestro Señor dijo: «*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*». En otras palabras todos los creyentes, todos los seguidores de Jesús son parte del Señor, son miembros de su cuerpo, y quien toca a cualquier miembro de ese cuerpo, aun el miembro más pequeño, toca la Cabeza, toca a Cristo mismo. Saulo vio a ese glorioso hombre universal. La Cabeza está en el cielo, pero el cuerpo cubre la tierra entera, y en este cuerpo la Cabeza se manifiesta. Este es el testimonio de la Iglesia.

Los dos aspectos de la visión

Amados hermanos y hermanas, en el camino a Damasco, Saulo fue llevado al tercer cielo y allí vio la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. ¡Cuán libertadora fue esa visión! Realmente lo libró de sí mismo y lo introdujo en la gloria misma de Dios, el propósito mismo de Dios. Pero esta es sólo una parte de la visión. Esta visión celestial continuó adelante en la ciudad de Damasco. Y allí en la ciudad el Señor le reveló la otra parte de la visión celestial. Él le mostró a un hombre pequeño; no a ese hombre universal, sino a un hombre pequeño de nombre Ananías, un creyente en la ciudad de Damasco. Él envió a Ananías a ver a Saulo y a poner sus manos sobre él, para que se identificara con Saulo.

Por la imposición de las manos, Saulo fue introducido en la comunión del cuerpo de Cristo. Y Ananías dijo: «Saulo, hermano, tú eres un hermano en el Señor. Abre tus ojos y sé lleno del Espíritu Santo». Los ojos de Saulo fueron abiertos, y él vio a Ananías, ya no más como enemigo, sino como un hermano en el Señor.

Hermanos y hermanas, esta es la visión celestial. Este hombre universal tiene que tocar en la tierra, y allí usted encuentra la

iglesia local, donde está el pueblo de Dios. Ellos son una miniatura de la iglesia universal; todos los principios espirituales de la iglesia universal deben ser practicados en la iglesia local. Eso completará la visión celestial. Si alguien sólo ve la parte celestial del camino a Damasco, sin ver esa visión en la ciudad de Damasco, será una persona que fue alzada al tercer cielo y vio algo glorioso, pero nunca es algo puesto en práctica, y tarde o temprano se volverá un visionario, un teórico, y lo que ha visto se irá marchitando gradualmente.

Por otro lado, si usted sólo ve la visión en la ciudad de Damasco, y ve la iglesia local sin ver la visión celestial en el camino a Damasco, usted se tornará gradualmente legalista y en el futuro se hará exclusivista, porque no ha visto cuán ancho es el horizonte. Así que es muy, muy importante que, por su gracia, Dios nos revele las dos partes de la visión celestial; porque la verdad de Dios siempre es equilibrada.

Dios quiere introducirnos en la visión

Ahora nos gustaría concentrarnos en esta declaración del apóstol Pablo. Allí ante el rey Agripa y la nación declaró que si ellos querían saber quién era él, y lo que le hacía diferente, lo que era su ministerio, era esto: *«Así que, rey de Agripa, no fui desobediente a esa visión celestial»*. «Fue esta visión celestial lo que cambió mi vida. Antes de que tuviera esa visión, yo era un fariseo, una persona que se autojustificaba, celoso por las tradiciones de los padres. Yo perseguía la iglesia, era un blasfemo, y pensaba que estaba sirviendo a Dios; pero realmente me estaba oponiendo a él. Yo era sincero, pero estaba en oscuridad. Pero, gracias a Dios por su gracia, él me ha revelado esa visión celestial. Y esa visión celestial cambió mi vida entera. Por la gracia de Dios soy lo que soy».

Además, esa visión celestial controló la vida de este hombre. Él llegó a ser el apóstol Pablo, trabajó para el Señor Jesús y Dios lo usó para establecer iglesias. Se volvió un testigo, un siervo, un vaso escogido, y sufrió mucho por la causa del Señor. Y para él valía la pena. Así que, hacia el fin de su vida, él resumió su vida entera y ministerio en una frase: *«No fui desobediente a la visión celestial»*.

Recibir esa visión celestial, ver esa visión, es por la miseri-

cordia de Dios; no porque alguien es digno. Todos somos indignos, pero agradó a Dios revelar a su Hijo en nosotros. Agradó a Dios mostrarnos lo que la iglesia es realmente. No hay nada de lo cual podamos jactarnos. Es todo por gracia, todo por misericordia. Pero, hermanos y hermanas, sólo ver la visión celestial no significa que usted tiene la visión. Sólo porque usted la ha visto no significa que usted la ha visto en su espíritu. Dios le ha dado una visión sobre su misterio, pero eso no significa que usted tiene la visión. Ese es sólo el principio.

La razón por la cual Dios nos muestra la visión celestial, no es para que nos jactemos de ella, o para hablar sobre ella. Porque nuestro Dios es muy práctico, si él nos muestra algo de lo alto, es porque quiere que nosotros entremos en esa visión. No debería estar la visión en una mano y nosotros en la otra. Es la voluntad de Dios mostrarnos esa visión celestial para que nosotros nos introduzcamos en ella, y ella en nosotros. Esa visión debe volverse nuestra vocación. Si no, entonces sólo verla no es suficiente. De otro modo, cometemos un error.

Cuando, por la gracia de Dios, él abrió nuestros ojos espirituales, nos dio entendimiento para ver a Jesús como el Hijo y heredero de todas las cosas; toda la plenitud de la Deidad mora corporalmente en él, el Amo, el Señor de todos. Gracias a Dios por abrir nuestros ojos para ver quién es Cristo Jesús; para verlo como el Padre lo ve. Esta es la misericordia de Dios. Lo que nosotros vemos de Jesús es apenas un poco, y cuán agradecidos estamos por eso; pero hemos de debemos verlo como el Padre lo ve. Esta es la voluntad de Dios.

Agradó a Dios abrir nuestros ojos para ver al Señor de una manera más plena. Cuán gozosos y agradecidos debemos estar. Si Dios nos abre este misterio, el misterio del Cristo, y nos permite ver la Iglesia que es el cuerpo de Cristo hoy, para ser llenos de la plenitud de Cristo y manifestar a Cristo Jesús en la tierra – para que esta Iglesia cuando madure llegue a ser la novia eterna del Hijo amado de Dios– eso es un propósito glorioso. Pero si Dios nos revela estas cosas, él quiere introducirnos en la visión y permitir que la visión entre en nosotros, para que la visión se vuelva nuestra vida, nuestro ministerio y nuestra vocación.

El apóstol Pablo no sólo vio la visión celestial, sino que real-

mente la visión entró en él. Él fue arrastrado en esa visión; ya no era más la visión por sí misma, y Pablo ya no era más sólo Pablo, porque no podemos explicar a Pablo sin la visión y cuando vemos la visión, vemos allí también a Pablo. Creemos que ésta es también la voluntad de Dios para cada uno de nosotros. ¿Pero cómo puede el ver ser transformado en ser? ¿Cómo puede, lo que Dios ha revelado a nosotros en nuestro espíritu, volverse nuestra vida diaria y aun volverse nuestro testimonio en esta tierra? ¿Dónde está el secreto? Pablo lo dijo: «No fui desobediente a esa visión celestial».

La visión involucra un llamamiento

Pablo usó aquí una doble negación. Él no dijo: «Fui obediente», sino: «*No fui desobediente a esa visión celestial*». ¿Por qué lo expresó de esta manera? Creo que es por dos razones: primero, para dar énfasis, porque cuando se quiere enfatizar algo se usa una negación doble, y la otra razón es que nos muestra cuán fácil es ser desobedientes a la visión celestial. ¡Es muy fácil! Gracias a Dios, muchos han visto la visión; pero pocos son obedientes a ella. La mayoría de las personas, por la gracia de Dios, capturan una vislumbre de la visión y avivan su corazón, pero no obedecen la visión porque hay un costo que pagar.

Hay un desafío aquí. Cuando Dios nos da una visión, hay un llamamiento allí. Dios está esperando que usted responda. La manera en que usted responde representa toda la diferencia. Piense en Abraham, cuando estaba en Ur de los caldeos, una ciudad llena de ídolos, y la tradición nos dice que hasta su padre Taré era constructor de ídolos. Y a este hombre, que vivía en una ciudad de ídolos, en casa de un fabricante de ídolos, de algún modo, Dios tocó su corazón.

Según un relato judío, un día su padre iba saliendo y le dijo a su hijo Abraham: «Ten buen cuidado de estos ídolos». Pero en cuanto su padre salió, Abraham empezó a quitar el brazo de uno y las piernas de otro y a hacer un enredo de los ídolos. Cuando su padre regresó y vio la situación, le preguntó: «¿Qué has hecho?». Abraham respondió: «Padre, después de tu salida, los ídolos empezaron a luchar entre sí, y éste es el resultado». Su padre dijo: «No tiene sentido, ¿cómo pudieron estos ídolos luchar uno contra otro?». Así que Abraham dijo: «Entonces, ¿por

qué debemos rendirles culto?».

Bueno, esa era una historia judía. De todos modos, la Biblia nos dice que mientras él estuvo en Ur de los caldeos, el Dios de gloria se le apareció. Este hombre debe haber estado buscando la verdad y Dios conoció su corazón, así que el Dios de gloria se le apareció. Pero dondequiera que el Dios de gloria se aparezca, hay siempre un llamamiento. La gloria de Dios apareció a Abraham y Dios llamó a Abraham: *«Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré»*. Amados hermanos y hermanas, cada vez que hay una visión de lo alto, hay siempre involucrado un llamamiento.

Nuestro Dios es muy práctico, y el llamamiento es a dejar todo el pasado atrás, a cortar toda vieja relación, e ir a donde el Señor nos mostrará. Es un salto de fe. Así que la Biblia dice: *«Por la fe, Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba»*. Él sólo sabía una cosa: que el Dios de gloria se le había aparecido. Cuando una visión de lo alto viene a nosotros, hay siempre implicado un llamamiento. Y el llamamiento es: *«Deja tras de ti todo tu pasado y vé y sigue al Señor, no sabiendo dónde ir»*, y aun así, usted va. Es una cuestión de fe. Muchas personas no son capaces de aunar la fe con la palabra que han oído. El resultado es que esa visión se torna gradualmente un espejismo. Y usted se vuelve un visionario, un teórico. No hay realidad en la vida.

Gracias a Dios, este hombre dijo: *«No fui desobediente a la visión celestial»*. Él tenía que empezar a andar por el camino de la fe. Él no sabía realmente en lo que sería involucrado. Todo lo que Dios le dijo fue: *«Me serás testigo, serás mi sirviente, porque yo te he escogido, y llevarás mi testimonio ante los reyes y los judíos y ante las naciones. Y sufrirás mucho por la causa de mi nombre»*. Cuánto, no le dijeron. En otras palabras, Dios lo llamó, en esa visión, a dejar atrás todo lo pasado. Todo su éxito pasado, toda su ambición y logros anteriores y todo aquello de lo cual él pudiera estar orgulloso, todo quedaba atrás, para seguir al Señor a través de la fe, no sabiendo dónde iría, o lo que pasaría, pero sabiendo que el Dios de gloria lo estaba llamando.

La cruz convierte la visión en vocación

¿Qué es lo que convierte la visión en vocación? Muy simple: es la cruz. Sin la cruz, sin tomar nuestra cruz y seguir al Señor Jesús, la visión nunca se convertirá en nuestra vocación. Piense en nuestro Señor Jesús; él era igual con Dios y eso no fue algo a lo cual se aferró, y se despojó de toda la gloria, honor y alabanza que le correspondía como Dios; se vació para poder entrar en este mundo. Por supuesto, no podía vaciarse de su deidad, porque esto es lo que él es. Pero se despojó de todo el honor y la gloria que acompañaban esa deidad. Él vino a esta tierra y asumió la forma de un esclavo. Estando en la condición de hombre, fue obediente a Dios hasta la muerte y muerte de cruz.

Nuestro Señor Jesús entró en este mundo para morir; él nació para morir por nuestra causa. Él era sin pecado; nunca debía morir. ¿Cómo podría morirse Dios? Y aun tomó forma humana y vivió en esta tierra así como nosotros. Un hombre celestial vivió en esta tierra. Todo en él y acerca de él es diferente del mundo como el cielo lo es de la tierra; es distinto de todo lo de este mundo, porque no pertenece a este mundo. Es un extranjero en lo que se refiere a este mundo. La Biblia dice: «Aunque está en la tierra, él todavía está en el cielo». Él trae el cielo a la tierra.

Su vida entera no fue gobernada por esta tierra ni por el mundo, sino por el cielo, por la voluntad de su Padre. Él vivió entre la gente, tan diferente, tan extranjero. No nos sorprende que el mundo no lo entienda. ¿Por qué no usa él su poder y derriba el Imperio romano, y hace a Israel la primera de las naciones y se declara el Mesías que los judíos esperaban? Él podía hacer eso, pero no lo hizo. Dijo: «Yo no puedo hacer nada por mí mismo, no puedo aun decir nada solo. Todo lo que oigo decir al Padre, yo lo digo, y todo lo que veo hacer al Padre, yo lo hago».

He aquí un hombre que se negó a sí mismo hasta el final. Él es el hombre perfecto. Ese hombre perfecto se negó completamente. Él no diría ni siquiera una palabra por sí mismo, sino siempre por la voluntad del Padre. Ni siquiera su tiempo le pertenecía. «*Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto*» (Juan 7:6). Él era tan extranjero al mundo que éste no podía entenderlo y lo rechazó; lo crucificó porque no le pertenecía. Aun sus propios discípulos no podían entenderlo cuando les hablaba sobre las cosas espirituales, que ellos toma-

ban como cosas terrenales y materiales. Cuánto debió él sufrir. ¡Oh, la paciencia de nuestro Señor Jesús! Él vino para morir en la cruz. Para eso vino. Aunque él era Hijo, aprendió la obediencia a través de lo que sufrió, y siendo perfeccionado vino a ser el autor de nuestra redención. Según Hebreos, esa palabra significa que él es el consumador de nuestra redención.

Nosotros nunca seríamos capaces de andar el camino de la cruz. Nuestro Señor lo anduvo hasta ser crucificado. Él no sólo dejó ejemplo para nosotros, sino que es la misma vida y el poder en nosotros, y él nos guía a negarnos a nosotros mismos, a tomar nuestra cruz y seguirle.

¿Por qué –debe preguntarse usted– si alguien quiere tener la visión, tiene que sufrir? ¿Acaso no dice la Palabra que debemos sufrir mucha tribulación para entrar en el reino de Dios? No piense que es extraño que el mundo le odie, porque a nuestro Señor odió primero, y los siervos no pueden ser mayores que su señor. Los que seguimos al Señor, ¿hemos considerado el costo? La visión celestial es gloriosa, pero es muy cara. Nos costará la vida misma. Porque esta vida natural nuestra es mundana, terrenal y carnal; todo en nosotros se opone a lo que es celestial, es contrario a lo que es espiritual. Esa es la razón por la cual, si usted quiere seguir la visión celestial, tiene que pagar el costo.

Habrà no sólo sufrimientos exteriores, sino también aflicciones interiores. Usted tendrá que negarse, y decirse: «Yo no te conozco». Simón Pedro negó al Señor tres veces, pero hizo la negación errada; él debió haberse negado a sí mismo. Pero, hermanos y hermanas, no culpamos a Simón Pedro; nosotros no somos mejores. Por nuestros medios, nadie es capaz de tomar la cruz y seguir al Señor. Pedro pensó que él era capaz; aunque todos los discípulos abandonaran al Señor, él pensó que lo seguiría hasta la muerte. Nuestro Señor dijo: «Simón, Simón, Satanás los ha pedido para zarandearlos como trigo, pero yo he orado por ustedes. Cuando tu fe sea restaurada, fortalece a tus hermanos».

En nuestro celo natural, nosotros decimos: «Señor, nosotros somos capaces, tú nos has mostrado la visión celestial, y por su causa yo quiero morir y por la causa de tu iglesia quiero entregarme. No importa cuánto tenga que sufrir; yo te seguiré». Pero, espere; no tenga confianza en su carne. Oh, cuánto necesitamos

humillarnos y decir: «Señor, tú nos has mostrado el camino, pero es imposible. Tú eres el único que puede hacerme hacer lo imposible». El apóstol Pablo dijo: «Soy lo que soy por la gracia de Dios. No tengo nada de qué alardear; yo no podría hacerlo, es la gracia de Dios».

Oh, hermanos y hermanas, su gracia es suficiente para nosotros. Todo lo que él requiere de nosotros es una buena disposición. ¿Lo queremos nosotros? Si es así, él lo hará posible. Y después de todo lo que él ha hecho, todo lo que nosotros podemos hacer es inclinarnos y decir: «Señor, todo es por gracia. ¡Gloria a tu nombre!». Esta es la única manera de transformar la visión en vocación. ¿Queremos tomar este camino? Es el camino de la cruz, pero la cruz lleva al trono y a la corona. Es la cruz la que nos crucifica completamente, la que tacha todo lo nuestro que no es de Dios y es la cruz la que aumenta a Cristo en usted; él debe aumentar, y yo debo menguar. Este es el camino de la cruz. ¿Quiere usted tomar este rumbo?

Gracias a Dios, él nunca nos dice todo lo que nos pasará. Si él hiciera esto, no nos atreveríamos ni siquiera a dar un paso. Gracias a Dios, él nos lleva paso a paso. Amados hermanos y hermanas, ¿quieren ustedes avanzar por este camino de fe?

¿Qué es la fe? No es la fe de nosotros, es su fidelidad. Nosotros dependemos de él. Por esa razón Pablo dijo: «*No fui desobediente a la visión celestial*». «En lo que a mí respecta, yo sería desobediente, pero gracias a Dios, no lo fui». Miremos al apóstol Pablo. En el pasado, él era como escoria. Sin embargo, todo lo que él contaba como su tesoro, ahora le parecía basura. Él dejó alegremente ir estas cosas. ¿Por qué? Por la excelencia del conocimiento de Jesucristo. «Oh, si sólo puedo ganar a Cristo, y conocerle, y el poder de su resurrección, y ser partícipe de sus sufrimientos, y ser conformado a su muerte, yo puedo llegar a la resurrección de entre los muertos. No que ya lo haya logrado, pero olvidando el pasado, me extendo hacia delante, hacia la meta, para ver si puedo lograr asir aquello para lo cual he sido asido por él».

La visión cuesta la vida

Hermano y hermana, ¿sabe usted que el Señor lo ha aprehendido? ¿Sabe que el Señor ha puesto su mano sobre usted y que él

tiene un propósito para su vida? ¿Sabe usted que él quiere glorificarlo, transformarlo y conformarlo a la imagen de su amado Hijo? Es por eso que él lo ha asido. Y así Pablo dijo que él quería aprehender eso para lo cual él había sido aprehendido. «Nada menos es suficiente. Todo lo que Dios ha propuesto en mi vida deberá ser completamente logrado para la gloria de Dios». Y no es maravilla que Pablo haya dejado toda una vida atrás. «Ya no más yo, sino Cristo que vive en mí. Es Cristo que es formado en mí».

Amados hermanos y hermanas, ¿es esta nuestra vida? ¿Está volviéndose la visión nuestra vida? En la visión nosotros vimos al Señor, y en nuestra vida es el Señor todo y en todo.

Y aun más, encontramos en la vida del apóstol Pablo, que él amaba a la iglesia, así como Cristo amó a la iglesia. En su vida él buscó siempre la comunión. Dondequiera que iba, lo primero que hacía era ubicar a los discípulos. ¿Es esto lo primero que nosotros hacemos cuando vamos a algún lugar, ubicar a los hijos de Dios para estar con ellos? Él amó la iglesia y se dio por ella, así como nuestro Señor. Y dijo: «*Además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién se enferma y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar y yo no me indigno?*» (2 Cor. 11:28-29). «Estoy anhelando gastarme y ser gastado para ustedes». Él amaba la iglesia; esa era su vida. Ya no fue más independiente. Él siempre estaba en comunión; necesitaba al Señor, y necesitaba a sus hermanos y hermanas. Esta es la visión transformada en vocación.

Y piense en su ministerio; después de ver esa visión, ella lo consumió realmente. Él vivió para esa visión; se convirtió en un testigo, un testimonio para el Señor y anhelando sufrir para que ese testimonio pudiera tener salida. Gracias a Dios, muy pocos, o nadie, conoció el misterio de Dios más que el apóstol Pablo, o el misterio de Cristo, la iglesia, como Pablo. Él no sólo lo predicó, sino que también lo vivió. Y dijo: «*Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado*». «Pero entre los perfectos no hablaré sobre la sabiduría de este mundo, sino de la sabiduría de Dios; la voluntad eterna de Dios, que Dios ha preparado para aquéllos que lo aman». «*Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman*»

(1 Cor. 2:9). Hermanos y hermanas, por este ministerio él dio su vida, para poder llevar a cada uno a la perfección en Cristo.

Ahora, ¿es esta nuestra vocación? ¿Para qué estamos viviendo? ¿Cuál es nuestro servicio? ¿Estamos sirviendo al Señor de acuerdo a la visión, para que ésta pueda volverse una realidad, para que la iglesia pueda llegar a ser una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante, santa y sin pecado, y apta para el amado Hijo? ¿Es este el propósito de nuestro ministerio? ¿Es la meta de nuestro ministerio que el Señor pueda ser conocido? «Santificado sea tu nombre, venga tu reino, sea hecha tu voluntad así en la tierra como en el cielo». ¿Es este nuestro ministerio?

Y miremos a Pablo, ¡cuánto sufrió! Él padeció más que cualquiera de los otros apóstoles. Si leemos 2 Corintios 11, vemos cómo sufrió. Pero había algo dentro de él que le daba fortaleza y paciencia, que le permitía gozarse en los padecimientos, sabiendo que el sufrimiento acabaría en gloria. Oh, ¿no es eso valioso?

La visión celestial no es barata: nos cuesta la propia vida, nos cuesta todo; pero vale la pena. ¿Lo queremos nosotros? Nosotros no podemos hacerlo; pero él puede. Él lo ha hecho; lo ha demostrado en su vida. Nuestro Señor Jesús ha sido perfeccionado y él es el autor y consumidor de nuestra salvación. Si sólo confiamos en él, él hará posible lo imposible.

Que el amor de Cristo nos constriña, para que podamos levantarnos y podamos seguirle. Por la gracia de Dios, que nosotros alcancemos la meta.

LA VISIÓN DE JUAN

Christian Chen

LA VISIÓN DE PEDRO, PABLO Y JUAN

Christian Chen

«Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial» (Hechos 26:19).

Gracias al Señor por poder estar juntos este fin de semana. Como ustedes saben, el tema de esta conferencia es ‘la visión celestial’. Esta expresión –‘la visión celestial’– está tomada del libro de Hechos, capítulo 26. Fue el testimonio del apóstol Pablo al rey Agripa, diciendo: «No fui rebelde a la visión celestial». Aquí encontramos esa expresión, la visión celestial. En la historia del apóstol Pablo, esa visión celestial cambió su vida. Una vez que fue capturado por ella, él nunca escapó y, de hecho, esa visión celestial explica toda la vida de Pablo. En ella, Pablo vio al Señor ascendido. Y no sólo vio a Cristo, la Cabeza, sino también a la iglesia, Su cuerpo. Este es su testimonio: él pudo decir: «No fui rebelde a la visión celestial».

Tres veces el cielo se abrió

Gracias a Dios, en el Nuevo Testamento, no sólo Pablo vio esta visión. Cuando estudiamos el libro de Hechos, encontramos que, en la ciudad de Jope –que hoy es Tel-Aviv– el cielo fue abierto y Pedro también tuvo una visión. Pedro estuvo bajo un cielo abierto. Él vio una visión, la visión de un tabernáculo invertido donde había todo tipo de animales, y Dios dijo a Pedro: «Pedro, levántate, mata y come». Pero, además de eso, cuando estudiamos Apocalipsis, vemos al apóstol Juan en la isla de Patmos, y se nos dice que una puerta se abrió en el cielo y Juan vio la visión del trono celestial. Esa visión es la llave que abre

todo el libro de Apocalipsis.

Hoy no sabemos mucho sobre el libro de Apocalipsis, porque nosotros no vimos lo que Juan vio. Si un día descubrimos una puerta abierta en los cielos, si realmente vemos el trono en el cielo, esa visión gobernará y controlará toda nuestra vida.

Aquí no sólo vemos la visión de Pablo, sino también la visión de Pedro y la visión de Juan. ¿Por qué la Biblia nos dice que estas tres personas vieron los cielos abiertos? Porque es algo que tiene que ver con el propósito eterno de Dios. Si estudiamos el Nuevo Testamento, encontramos el ministerio de Juan, el ministerio de Pedro y el ministerio de Pablo. Dios ha reunido estos tres ministerios para que tengamos una visión completa del cielo. Gracias a Dios, a través de ellos, podemos ver el cielo abierto y podemos recibir una visión celestial. Sin esa visión, podríamos trabajar muy duro, podríamos vivir una vida muy piadosa; pero, hermanos, aun estaríamos de algún modo lejos del eterno propósito de Dios. Tarde o temprano, es necesario que nosotros veamos esta visión maravillosa del cielo.

Ustedes recuerdan a Pedro cuando se encontró con el Señor. Él estaba echando las redes. Entonces el Señor le dijo: «Yo te haré pescador de hombres. Sígueme». Este fue el llamado maravilloso de nuestro Maestro y Señor. A partir de ese día, a Pedro se le confió un ministerio importante y único. Su ministerio fue siempre echar las redes. Recuerden el día de Pentecostés, cuando él echó las redes y tres mil peces entraron en ellas. En otra ocasión, de nuevo echó las redes, y entraron cinco mil peces. Así vemos cómo nació la iglesia de Cristo, vemos el principio de la vida cristiana, el principio de vida de la iglesia.

Pedro se relaciona con los fundamentos de la vida de la iglesia. A él le fueron dadas las llaves del reino de los cielos. Por eso, en el día de Pentecostés, Pedro usó esas llaves y muchos pudieron entrar. Luego, en casa de Cornelio, usó las llaves, y la puerta al reino de los cielos fue abierta de nuevo. Ese es el ministerio de Pedro. Gracias a Dios, hoy vivimos nuestra vida de iglesia, nuestra vida cristiana, sabiendo cuán importantes son los fundamentos de nuestra vida.

Entonces viene Pablo. Cuando nuestro Señor lo encontró en el camino a Damasco, Pablo fue capturado por la visión del cielo. Pablo era un fabricante de tiendas, y por estar relacionado

con ese oficio, le fue dado un ministerio: edificar la iglesia. Con Pedro, vemos el nacimiento de la iglesia; con Pablo, el crecimiento de la iglesia. La vida cristiana empieza con el nacimiento, pero es necesario que luego crezca hasta alcanzar la madurez. Esto es verdadero con la vida individual, pero también es verdadero corporativamente. Gracias a Dios por el ministerio de Pablo. Nosotros no sólo hemos nacido de lo alto, sino que necesitamos ser edificados juntos, llegar a madurar juntos. Este es el ministerio dado a Pablo. ¡Gracias a Dios por Pablo!

Luego encontramos a Juan. Su ministerio aparece hacia el final del primer siglo. Nuestro Señor ha ascendido al cielo hace casi setenta años. Juan era el único que quedaba de los apóstoles y estaba muy solo en esta tierra. Él pudo ver el desarrollo de la iglesia durante prácticamente setenta años. Idealmente, él debía haber visto el crecimiento y la maravillosa manifestación de la vida de Cristo en la iglesia. Pero desafortunadamente, antes de que él fuera a estar con el Señor, vio la declinación de la iglesia. Entonces se descubren las arrugas en la iglesia.

Esta no es sólo contaminación; la contaminación viene de afuera, viene del mundo. Cuando la Biblia habla acerca de las arrugas, significa que hay algo malo en su interior; nos dice que la iglesia se había desarrollado, pero desgraciadamente se había desarrollado de manera anormal. En el principio, no fue así; en el proceso de crecimiento no fue así, sino setenta años después. La parte más difícil de una carrera no es el principio, sino el final. Si nosotros vamos a conseguir nuestra corona o no, no depende de cómo corremos los primeros segundos. Es necesario correr hasta el último segundo.

El problema de Éfeso

Según la Biblia, setenta años es la duración de una vida. En este punto de la historia, la iglesia casi ha vivido setenta años. La iglesia de Cristo había empezado muy bien. En el día de Pentecostés, esos atletas empezaron muy bien su carrera, pero sólo Juan tuvo el privilegio de ver el final. Después de setenta años, él debería llegar a ver algo glorioso en la iglesia. La iglesia en Éfeso era una iglesia maravillosa treinta años atrás. Una iglesia tan madura que recibió esa carta – la carta a los Efesios – en que vemos la mayor revelación de Dios dada a la iglesia.

Ellos eran bastante maduros y por eso pudieron recibir esa visión celestial. Si usted recorre todo el Nuevo Testamento buscando una iglesia ejemplar, sin duda sería la iglesia en Éfeso. Pablo podía derramar su corazón a la iglesia en Éfeso. Pero hermanos, eso era treinta años atrás. No hablemos sobre nuestra victoria de hace treinta años; Dios quiere saber acerca de hoy. Entonces, al estudiar el libro de Apocalipsis, de nuevo es enviada una carta a la iglesia en Éfeso.

Ahora, cuando el Señor habla a la iglesia en Éfeso, le dice: «Arrepiéntete». ¿Por qué usó la palabra ‘arrepiéntete’? Esta es una palabra para los incrédulos; sin embargo, ahora nuestro Señor estaba predicando arrepentimiento a la iglesia. Hermanos y hermanas, ¿saben ustedes algo sobre el arrepentimiento? Ciertamente lo sabemos. Antes de ser salvos, nos arrepentimos. Pero, cuando la iglesia se olvidó del arrepentimiento, entonces vemos que la iglesia ya no es lo que fue hace treinta años. Por eso, cuando el Señor habló a las iglesias, dijo: «Arrepiéntete», a cinco de las siete iglesias. ¿Qué significa eso? Después de setenta años, hermanos y hermanas, ellos están tan bien y han sido tan bendecidos, pero ahora la iglesia necesita el ministerio de Juan.

Cuando el Señor se encontró con Juan, éste estaba remendando las redes. ¿Por qué? Porque las redes estaban rotas. Si la red se rompe, no puede sostener la bendición; los peces saldrán de ella. La red contiene las bendiciones de Cristo; pero, si está rota, la bendición se está perdiendo. Es necesario, pues, el ministerio del apóstol Juan. ¿Por qué? Porque en el día de Juan, la palabra de Dios ya había sido predicada por sesenta o setenta años y, sin embargo, la iglesia había perdido parte de la visión original; de algún modo, ellos no tenían una clara visión de Cristo como el Hijo de Dios. Entonces Juan recibió la carga de remendar la red, y por eso nos dio el evangelio según Juan. Ahora entendemos por qué su evangelio es tan diferente de Mateo, Marcos y Lucas: porque en ese maravilloso evangelio podemos ver que, después de muchos años, se ha extraviado el rumbo. Entre los cuatro evangelios, los eruditos de la Biblia reconocen que el evangelio de Juan es el más espiritual.

El ministerio de Juan

Ahora, hermanos y hermanas, después de setenta años, todo

parece estar igual. Nada parece andar mal con la organización, nada parece estar en desacuerdo con la teología; pero la iglesia en Éfeso ha perdido su primer amor. La teología es muy importante, la organización que surge de la vida, también es muy importante. Pero, hermanos, lo que el Señor quiere es el primer amor. ¿Se dan cuenta? Por esa razón necesitamos el ministerio de Juan: para reparar las redes. Nosotros podemos seguir con nuestra vida, podemos estar muy satisfechos con nuestra comunión, creemos ver algo, creemos que vemos a Cristo y también a su iglesia y todo parece normal. Pero lo que el Señor desea es un lugar donde hay vida espiritual, donde hay vida celestial, vida que está de acuerdo con el propósito eterno de Dios.

Gracias a Dios, por esa razón tenemos el evangelio de Juan. Pero además de eso, tenemos las epístolas de Juan. En ellas, ya no encontramos tanto el orden de los ancianos, diáconos y santos. Juan habla sobre la realidad. Cuando la iglesia está declinando, es muy necesario el ministerio de Juan. Ahora, el énfasis no está en los ancianos, diáconos y santos, sino en los padres, los jóvenes y los hijitos. De nuevo, todo es una cuestión de vida. Cuando la iglesia está en manos humanas, después de pocos años, es posible ver la decadencia; gradualmente, todo se pone muy en orden. Pero cuando Juan estaba remendando la red, él nos está diciendo algo sobre la vida; su preocupación es por la vida. ¡Gracias a Dios por las epístolas de Juan!

Pero también tenemos el libro de Apocalipsis. En este libro, Juan nos cuenta lo que él ha visto, y descubrimos una puerta abierta en los cielos. A veces, al estudiar el Apocalipsis, nos impresionan las siete trompetas, los siete sellos y las siete copas; la primera bestia, la segunda bestia y el dragón. Son profecías importantes, pero si nos olvidamos de la llave que es necesaria para abrir todo este libro, no es de extrañar que no entendamos el Apocalipsis. Recuerden cómo Pablo se dirigió a las siete iglesias. Pablo escribió trece cartas, algunas de ellas a individuos, pero hay siete dirigidas a iglesias. Eso sucedió en los días de Pablo.

Juan también tiene siete cartas dirigidas a siete iglesias, pero descubrimos que la estructura de ellas es diferente. Cuando Pablo escribía, después del saludo, de inmediato empezaba a compartir algo que estaba en su corazón. Lo mismo sucede con Juan,

pero antes de entrar en lo medular de la carta, ocurre algo singular en ellas. Juan ocupa el primer capítulo de Apocalipsis para explicarnos por qué y cómo él recibió su revelación. Descubrimos que él estaba desterrado en la isla de Patmos, y en el día del Señor, los cielos le fueron abiertos. Entonces vio a Cristo en su gloria y oyó una trompeta detrás de sí. ¿Por qué es necesaria una trompeta? La trompeta permite que aun los que están lejos oigan el mensaje. Si usted tiene veinte personas, no necesita una trompeta; pero si hay veinte mil personas que viven en tiendas, entonces es necesaria, para que puedan oír el llamado a la guerra o a la acción. Así que esto es para los que están lejos.

Juan estaba en la isla de Patmos, como usted y yo estamos en esta tierra. Ahora, cuando el cielo va a hablar, sabemos cuán lejanos están los cielos de la tierra. ¿Cómo podría usted oír la voz del cielo? No es extraño que en Apocalipsis encontremos la trompeta. Cada vez que se oye una trompeta, significa que viene un mensaje de los cielos, y esa voz ha de alcanzar a cada rincón del universo. Así, mis hermanos, cuando descubrimos que Juan oyó la trompeta detrás de él, sabemos que eso es algo que viene del cielo. En el capítulo cuatro, cuando Juan vio el cielo abierto, de nuevo oyó la trompeta. La trompeta significa: «Aquí está el mensaje celestial». Gracias a Dios, porque Juan recibió ese mensaje, y ahora él pudo escribir este libro maravilloso de Apocalipsis.

Así fue que Juan recibió la visión celestial. Cuando la iglesia está en decadencia, cuando la iglesia está llena de arrugas, cuando la iglesia envejece, ¿es posible que la iglesia envejezca? La vida de Cristo jamás envejece. Si hay algo viejo, pertenece definitivamente a la vieja creación, al viejo Adán. Después de setenta años la vida de Cristo verdaderamente ha crecido; pero lamentablemente nos creemos tan inteligentes, pensamos que somos tan sabios, que creemos que podemos entregar alguna contribución u opinión a la iglesia. Inconscientemente, nos proyectamos a nosotros en la iglesia y entonces descubrimos que ésta empieza a envejecer.

Miguel Ángel fue un gran artista. Él hizo algunas esculturas maravillosas. Cuando estaba creando su obra maestra, él llevaba una lámpara en su frente para tener siempre una luz que brillara sobre la obra. Entonces le preguntaron: «¿Por qué haces eso?».

Él contestó: «Tengo miedo de que, inconscientemente, yo proyecte mi sombra sobre esa estructura y entonces la obra entera se arruinará». Esa es la historia de la iglesia. Si usted y yo no somos cuidadosos, aun cuando seamos usados por el Señor de una manera maravillosa, podemos proyectar nuestra sombra sobre la iglesia. Si eso ocurre, la iglesia empieza a tener arrugas.

Hoy en día nosotros enfrentamos dos peligros. Un peligro es de afuera: es el mundo. Por eso a veces somos contaminados. Pero hay otro peligro que es de adentro. Hermanos, cuando estamos delante del Señor, debemos recordar que el problema en la iglesia no es este hermano o ese hermano. «Yo» soy el problema. La iglesia puede parecer perfecta, pero después que usted se une a la iglesia se vuelve imperfecta. ¿Ve usted eso? Así somos nosotros. Por eso, encontramos que la iglesia empieza a envejecer.

La restauración de la Iglesia

Así que, hermanos, con Pedro tenemos el nacimiento de la iglesia; con Pablo, el crecimiento de la iglesia y con Juan, la restauración o recuperación de la iglesia. ¿Qué es la restauración? La restauración es muy simple. Leamos Apocalipsis 2:5: *«Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras»*. ¿Qué significa eso? Al principio, por el ministerio de Pedro, la iglesia nació. Luego, por el ministerio de Pablo, la iglesia pudo crecer. Todo eso pasó en el principio. Así que «...recuerda de dónde has caído, arrepiéntete y haz las cosas que hiciste al principio». Esto significa que el ministerio de Pedro es importante. Los fundamentos son muy importantes y el crecimiento de la iglesia también es muy importante. Nosotros tenemos que marchar adelante hacia la madurez. Esto era lo que sucedía al principio. Así que el ministerio de Juan no es sólo la restauración, no es algo nuevo. Cuando la iglesia está envejeciendo, como en la historia de la iglesia después de 2000 años, ¿puede imaginar usted cuántas manos humanas se han introducido en la iglesia? Por eso, hoy, cuando miramos alrededor, tenemos que confesar que la iglesia está de hecho en ruina y desolación.

Hermanos y hermanas, si comparamos la condición actual de la iglesia con la iglesia en la Biblia, tenemos que reconocer

que ella está envejeciendo. Por una parte, está la contaminación del mundo, hay cosas extrañas en la iglesia: cosas de Babilonia, cosas que vienen del paganismo. Ese es un peligro. Pero recordemos también que las manos del hombre han entrado en la vida de la iglesia, y hoy no sólo está llena de contaminación, sino también de arrugas. Hermanos y hermanas, nosotros necesitamos el ministerio de Juan, necesitamos aun más de Juan, pero eso no significa que sólo necesitamos de él. Es necesaria la obra de restauración.

La iglesia hoy realmente está en ruina, decadencia y desolación, y realmente es necesario que nosotros veamos lo que Juan vio. Pero entonces, ¿cuál es el resultado? El resultado es: «Arrepiéntete, y haz las primeras obras». «Acuérdate cómo naciste, cómo creciste hasta la madurez». Hoy muchos hablan sobre la restauración de la iglesia, y toda la preocupación recae sobre la organización de la iglesia, sobre las cosas externas. Ellas son muy importantes; pero ese es sólo el comienzo, porque nosotros necesitamos arrepentirnos. Si realmente nos arrepentimos, nunca estaremos satisfechos, porque sabemos cuán vacíos estamos. Es necesario empezar desde el principio, tenemos que volver a ser como niños. ¿Quién puede entrar en el reino de cielo? Sólo aquéllos que se vuelven como niños. Este es el llamado al arrepentimiento.

Todo esto comenzó en Pentecostés. Lo que ocurrió allí es fundamental para todos nosotros. Pero desde allí, la iglesia debía ser edificada y gracias a Dios por Pablo. Él realmente nos ayuda a crecer y entrar en la madurez. Él escribió trece libros de la Biblia que podemos clasificar en cuatro grupos. El primer grupo contiene 1ª y 2ª Tesalonicenses. Cinco años después, otro grupo de cartas: Romanos, Gálatas y 1ª y 2ª Corintios. Otros cinco años, y encontramos Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón. Finalmente, después de otro cinco años, 1ª y 2ª Timoteo y Tito.

Si estudiamos estos cuatro grupos de cartas, veremos que Pablo nos dio un modelo de cómo la iglesia debe crecer desde la niñez hasta la madurez. 1ª y 2ª Tesalonicenses nos hablan de la primavera de la vida de la iglesia, cuando ella está en su niñez. En el segundo grupo de cartas, somos introducidos a la escuela de Cristo, el período juvenil. Y cuando vemos las cartas de la

prisión, descubrimos que la iglesia ha entrado en el otoño, que representa la madurez. Y en la última fase, el último grupo de cartas, encontramos que la iglesia llega a ser testimonio para el mundo y se transforma en un vaso útil en las manos del Señor. Por el ministerio de Pablo, tenemos el modelo de crecimiento de la iglesia desde la niñez hasta la edad madura. Gracias a Dios por el ministerio de Pablo.

Luego, cuando la iglesia cae en la decadencia, aparece el mensaje de Juan y sabemos cómo el Señor va a hacer la obra de restauración. Juan habla sobre la restauración de la iglesia todo el tiempo, porque su ministerio hace referencia al ministerio de Pedro y al de Pablo. Ahora, es necesario hoy que la cruz opere para quitarnos la contaminación del mundo; necesitamos también la vida del Espíritu Santo para inyectar en nuestras arrugas. Entonces nuestras arrugas desaparecerán y la iglesia volverá a ser joven. Por lo tanto, no hablamos sólo de muerte, sino también de resurrección.

Hermanos y hermanas, ahora entendemos cuán importante es la visión celestial. Sin esa visión, no tenemos el ministerio de Pedro, ni el ministerio de Pablo, ni el ministerio de Juan. En la visión de Pedro, el Señor dijo: «*Levántate, mata y come*». ¿Por qué? Porque en el templo de Dios había una pared que separaba a los gentiles de los judíos; pero, cuando el Señor murió por nosotros en la cruz, no sólo murió como nuestro Salvador, sino al mismo tiempo derribó esa pared intermedia de separación. Por esta razón, la carga de Pedro es la iglesia y el templo de Dios. Él nos dice que, como piedras vivas, nos acerquemos a la gran piedra viva que es nuestro Señor, para ser edificados como casa espiritual. Ese es el ministerio de Pedro.

Y qué decir del ministerio de Pablo. En el camino a Damasco, él vio la Cabeza en el cielo y el cuerpo de Cristo sobre la tierra. Por esa razón, el énfasis del ministerio de Pablo es la iglesia como cuerpo de Cristo.

Pero al considerar el ministerio de Juan, hermanos y hermanas, él vio a nuestro Señor caminar entre los siete candeleros. ¿Por qué siete candeleros? De acuerdo con la Biblia, siete candeleros significan siete iglesias. Entonces, ¿qué significa la visión recibida del cielo por Juan? El énfasis principal es la iglesia como el candelero de Dios, el testimonio de Dios. Y al principio,

cuando vemos el candelero, nos preguntamos: ¿Dónde está la lumbrera? ¿Dónde está la luz? Es necesario llegar a los últimos capítulos de Apocalipsis para ver que el Cordero es la lumbrera. Sabemos que nosotros somos los candeleros, pero nosotros no somos la lumbrera. Sólo Cristo es la lumbrera. ¿Quién es la luz? Dios es la luz. En el principio hay siete candeleros, pero al final vemos sólo un candelero que es la nueva Jerusalén. La nueva Jerusalén es la manifestación final de la voluntad de Dios. Finalmente vemos un gran candelero en el universo entero. La ciudad es el candelero, Cristo es la lumbrera y Dios es la luz. Ahora sabemos cuál es la misión de la iglesia.

Hermanos y hermanas, hoy todavía vivimos en el tiempo. ¿Cómo va Dios a tener su testimonio? Empezó en Éfeso, Pérgamo, Filadelfia y Laodicea. Cuando los santos se reunían como iglesia en Éfeso, había un candelero en cielo y por la iglesia en Laodicea, usted encontrará otro candelero de oro puro en el cielo.

Hermanos, recuerden que todo el libro de Apocalipsis está intentando decirnos cómo la iglesia puede hacer realidad el testimonio y por esa razón desde las primeras siete iglesias, en cualquier lugar, en Santiago, Temuco, Sao Paulo, Nueva York, Tokio, y dondequiera se reúnen los santos, ellos necesitan recibir el ministerio de Juan. Entonces ellos cooperarán con el Espíritu Santo. Finalmente, un día, al llegar al último capítulo de Apocalipsis, encontramos una nueva Jerusalén verdaderamente maravillosa. Finalmente, Dios ha obtenido lo que él deseaba.

Así que la visión celestial de Juan nos recuerda, después de resumir todo en Pedro, Juan y Pablo —y lo hemos reunido todo—, por qué el Apocalipsis es un libro tan importante. Así, al recorrer el Nuevo Testamento entero, entendemos por qué la visión celestial es tan importante. Sin visión celestial no hay mensaje celestial y sin un mensaje celestial, ¿cómo podemos nacer como iglesia, cómo podemos crecer y cómo podemos ser restaurados como iglesia?

La visión celestial desde diferentes ángulos

Hermanos y hermanas, cuán maravillosa es la obra del Espíritu Santo. Por eso estamos agradecidos de Dios, que nos ha dado una Conferencia maravillosa en este tiempo. Tenemos va-

rios oradores aquí y nos gustaría considerar la visión celestial desde diferentes ángulos, porque esto tiene que ver con el caminar de la iglesia. ¿Cómo podríamos avanzar como iglesia si estamos confundidos? Hermanos, el ministerio de Juan nos dará una respuesta clara. Gracias a Dios, creemos que en esta Conferencia, el Señor en su misericordia quiere darnos el cuadro completo de la visión celestial desde todos los ángulos.

Mi responsabilidad delante el Señor, es considerar la visión del apóstol Juan, porque creo que hay allí un mensaje para hoy, sobre todo cuando la iglesia está confundida y el pueblo de Dios no sabe dónde ir. Necesitamos recordar este mensaje maravilloso; lo cual no significa que no lo conozcamos en absoluto. Gracias al Señor, de algún modo ya hemos recibido algo de él antes de que necesitemos ser recordados este fin de semana –la visión celestial descrita por Juan. Queremos que el Señor hable a nuestros corazones y oremos para que estos días recibamos algo sólido del Señor y realmente veamos a Cristo. Así como aquellos magos sabios que vieron a Cristo y se nos dice que ellos no volvieron por el mismo camino.

Oremos para que, a través de esta Conferencia, realmente nos encontremos con Cristo y realmente lo veamos; que ya no podamos seguir siendo los mismos, que no nos vayamos a casa como vinimos. Gracias a Dios, recuerden que Patmos aún era Patmos, las siete iglesias aún eran siete iglesias, Asia Menor aún era Asia Menor, todo seguía siendo lo mismo. Pero Juan fue diferente después de recibir la visión celestial. Temuco todavía es el mismo Temuco, Santiago es el mismo Santiago, pero si nosotros realmente recibimos a Cristo, si realmente recibimos su visión celestial, ya no seremos los mismos. Que realmente pueda el Señor hablar a nuestros corazones, para que podamos continuar caminando con él.

LA VISIÓN DE JUAN

Christian Chen

Lecturas: Ap. 1:1-17, 4:1-11, Ezequiel 1:1, 1:4, 1:10, 1:22, 1:26; 2:1.

El Señor nos ha reunido en estos días para que volvamos a su Palabra, y recibamos un importante mensaje. El tema de esta conferencia es ‘la visión celestial’. Mi responsabilidad es compartir con los hermanos y hermanas sobre la visión celestial que fue dada al apóstol Juan.

Ayer mencionamos que en el Nuevo Testamento el Señor levantó a tres apóstoles, y a cada uno le dio una carga y un ministerio especial. Él levantó a Pedro, y el ministerio de Pedro está relacionado con el nacimiento de la iglesia; el ministerio de Pablo, con el crecimiento de la iglesia, y el ministerio de Juan con la restauración de la iglesia. Todo esto es la visión celestial, pero cada uno con un énfasis diferente. Gracias al Señor, en esta Conferencia, en su misericordia, intentaremos acercarnos a la visión celestial desde diferentes ángulos.

La carga para Pedro era el templo de Dios, la iglesia como la casa de Dios. Pablo recibió también una visión celestial. La Biblia dice que vino una luz del cielo, más luminosa que el sol, y Pablo quedó ciego. Sin embargo, sus ojos internos fueron abiertos, y nos dice que agradó al Padre revelar a su Hijo en él. En el camino a Damasco, él no sólo vio al Señor resucitado, sino que vio también el cuerpo de Cristo sobre la tierra. Esto tiene relación con el crecimiento de la iglesia.

Pero, al considerar la visión celestial recibida por Juan, vemos que ésta se relaciona con la restauración de la iglesia. Esta visión también es para nosotros; no sólo fue dada a Juan, sino

también debe ser nuestra propia visión. Así que tampoco queremos ser desobedientes a la visión celestial. Esta visión no es sólo para contemplarla. Pablo nos recuerda que ella tiene una demanda, exige nuestra obediencia. Entonces, hermanos, si queremos recibir la visión celestial, estemos preparados, pues esto significa que tenemos que rendirlo todo.

Reparando las redes

Al llegar a la visión dada a Juan, tenemos que repasar algunos antecedentes. Recordemos que cuando Juan vio por primera vez a su Maestro, estaba remendando las redes. Después de seguir al Señor, se le dio el ministerio de reparar las redes. Cuando Juan escribió su evangelio, fue el último de los evangelios; cuando escribió sus epístolas, fueron las últimas epístolas, y cuando escribió Apocalipsis, fue el último libro profético. Al considerar a Juan, siempre hallamos algo relacionado con el fin. En los tiempos finales, antes del retorno del Señor, descubrimos este mensaje para nosotros. Después de dos mil años de historia de la iglesia, antes del retorno del Señor, el mensaje de Juan es muy importante: es un llamado para los vencedores, es el último llamado. Cuando usted está en el aeropuerto esperando abordar un avión, se oye el último llamado recordándole hacerlo antes de que sea tarde. Este llamado aquí es lo mismo.

Tanto Apocalipsis como los evangelios y las epístolas, fueron escritos en el primer siglo. A finales de aquel siglo sabemos que la condición de la iglesia ya no era la misma del día de Pentecostés. No hubo que esperar dos mil años para que la iglesia de Dios envejeciera: según la Palabra de Dios, esto tomó sólo setenta años. Esto también es verdad con respecto a la vida natural: sólo espere setenta años y usted encontrará que ha envejecido. Esto, que es lo normal en la vida natural, no puede serlo para la vida de Cristo: la vida de Cristo nunca envejece. Si la iglesia es el cuerpo de Cristo, lleno de la vida de Cristo, ¿cómo es posible encontrar allí arrugas? ¿Cómo es posible que la iglesia haya envejecido?

Pero, hermanos y hermanas, el mensaje de Juan dice que la red fue rota; aun la red del evangelio fue rota. Paulatinamente, el pueblo llegó a no estar muy seguro sobre Cristo como el Hijo de Dios. Ellos saben que él es el Hijo del Hombre, nuestro Salva-

dor; saben que él es el Rey, el Siervo de Dios; pero de alguna forma, después de setenta años, algo se ha perdido. Hermanos, no fue necesario esperar dos mil años: en sólo setenta años la iglesia había envejecido.

Así que, hermanos, aquí tenemos el ministerio de Juan, y por qué él escribió su evangelio, las epístolas y sobre todo el Apocalipsis. Él quiere mostrarnos una visión celestial importante. Una puerta fue abierta en los cielos; él vio algo, y su vida fue gobernada por esa visión. Todo el libro de Apocalipsis, todos los escritos de Juan, son gobernados por esa visión. Lo que es verdad acerca de Pablo, también es verdad de Juan. Pero los días de Juan fueron muy diferentes a los de Pablo. Dios tuvo que abrir los cielos a Juan, y con esa visión celestial nosotros somos preparados para reunirnos con nuestro Novio cuando nos acercamos a los días finales. Después de dos mil años, si miramos alrededor, si tenemos ojos espirituales y en verdad entendemos lo que pasó en el pueblo de Dios, si comparamos nuestra condición espiritual con aquello que se ha escrito en la Biblia, descubriremos que las redes están rotas.

¿Quién va a remendar las redes? Para eso, necesitamos la visión celestial, especialmente la parte que fue dada a Juan. Entonces, tenemos este maravilloso libro de Apocalipsis.

Juan, el testigo

Pero, ¿por qué este libro? ¿Cómo entender este libro? Hay un trasfondo muy importante en él. Si estudiamos cuidadosamente, encontraremos una descripción muy importante: la nube. Hay una nube en muchos lugares del libro de Apocalipsis, ¿por qué?

Recordemos que cuando Juan escribió su evangelio, él casi tenía cien años. Probablemente, en ese tiempo ya su memoria fallaba, y quizás no podía recordar lo que le había pasado el día anterior, pero de algún modo él todavía recordaba lo sucedido hacía muchos años. Eso ocurre normalmente a la gente de edad; no pueden recordar el día anterior, pero evocan muy bien los momentos dorados de su pasado. Así sabemos cuándo estamos envejeciendo, porque las personas jóvenes siempre miran al futuro.

Lo mismo pasó a Juan. En su evangelio, él recordaba el día de su primer encuentro con su Maestro. Aunque su memoria

podiera fallar, él no podía olvidar esos días dorados, así que los describió con muchos detalles que son omitidos por los otros evangelios. Por ejemplo, la Betania que está más allá del Jordán, fue olvidada por Mateo y Pedro; si Pedro la hubiera recordado, habría dicho a Marcos que la anotara en su evangelio. Pero Juan recordó, y en su evangelio encontramos doce lugares que no se mencionan en los otros evangelios; él nunca podría olvidarlos. Él recordó su primer encuentro con su Maestro, a las cuatro de la tarde, en Betania, más allá del Jordán.

Juan —el que se recostaba en el pecho de nuestro Señor; aquel a quien Jesús amaba, y el que nos dice que Dios es amor— fue el único testigo entre los doce de cómo nuestro Señor sufrió en la cruz. Él nunca olvidó esa escena. Cuando estaba envejeciendo, intentó describirla, pero, ¿cómo expresarla con palabras? Finalmente, halló las palabras, y las transmitió a nosotros: «Dios es amor». ¿Cómo explicar la escena de la cruz? No hay otra expresión más acertada: «Dios es amor». Hermanos y hermanas, esto sucedió en su vida: él se encontró con su Maestro, y su vida cambió para siempre. Él era pescador en Galilea; era discípulo de Juan el Bautista, y un día le oyó decir: «*He aquí el Cordero de Dios*». Y, desde aquel día, se volvió un seguidor del Cordero. Por eso, en Apocalipsis, dice: «Éstos son los que siguen al Cordero por dondequiera que él va». Juan fue el primer seguidor del Cordero.

En su evangelio, Juan registra una primera, una segunda y una tercera pascua. Mateo, Marcos y Lucas sólo anotan una pascua. Así, según los primeros tres evangelios, no sabríamos que el Señor estuvo en la tierra treinta y tres años y medio. Nunca sabríamos este detalle. Pero Juan, como seguidor del Cordero, cuando escribió su diario, contabilizó su tiempo según el Cordero. Él señaló tres Pascuas, indicando que lo había seguido durante tres años. Cuando vio al Cordero de Dios por primera vez, lo siguió de inmediato, y sus días fueron numerados y anotados en relación al Cordero. Por eso sabemos que el Señor estuvo en la tierra durante treinta tres años y medio, porque cuando él empezó a predicar tenía treinta años. Ahora conocemos al Jesús de la historia de una manera mucho más clara. Gracias a Dios por eso.

Durante la pascua, en los tiempos de Jesús, entre el mediodía y las tres de la tarde, los sacerdotes en el templo mataban los

corderos de la pascua, unos 250.000 corderos. Así que imaginen la declaración: «He aquí el Cordero; éste es el Cordero». Tal vez a nosotros esto no nos impresione tanto, pero para el remanente entre los judíos, cuando oían la expresión, ‘el Cordero’, tenía un entendimiento diferente. Recuerden que Isaac preguntó a su padre: «¿Dónde está el cordero?». Ésta es una pregunta típica en el Antiguo Testamento. Todo judío devoto haría esa pregunta. Podemos preguntarnos: ¿No iban ellos al templo? Allí verían los corderos y bueyes. Entonces, ¿por qué aún preguntan: «¿Dónde está el cordero?»?

Pero seamos claros; aun en los tiempos del Antiguo Testamento, cuando llevaban los animales al templo y los ofrecían como sacrificio, sobre todo en el Día de la Expiación, cuando la sangre era derramada, el problema del pecado estaba resuelto. Pero según Hebreos, a pesar de ofrecer todos los sacrificios, la sangre de los animales sólo cubría sus pecados, nunca los quitaba. En toda la dispensación del Antiguo Testamento, la sangre de animales era derramada, pero esa sangre sólo cubría los pecados. Debido a la sangre, Dios no veía los pecados, pero en realidad, el pecado aún estaba allí. Aunque ellos ofrecían sus sacrificios, en lo profundo de sus corazones había un vacío, porque ellos sabían muy bien que esos corderos eran nada más que sombras; ellos esperaban la realidad. Piense en eso.

Andrés y Juan pertenecían al remanente que aguardaba la venida del Mesías. Ellos oraban para que un día el Mesías viniera y entonces todo estaría bien. Y mientras esperaban, vino la voz de su primer maestro, Juan el Bautista: «*He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*». La realidad ha llegado; ahora los pecados no sólo son cubiertos por la sangre, sino que aquí viene el Salvador del mundo, que quita el pecado del mundo. Por eso, ellos lo dejaron todo y lo siguieron. Desde aquel día, dondequiera que el Cordero iba, los discípulos le seguían.

Juan supo que nuestro Señor era el Cordero. Ahora, durante la primera y segunda pascua, ellos todavía iban al templo para recibir el cordero de pascua (porque sólo el sacerdote podía sacrificarlo), en el día catorce, entre las doce y las tres. Esa era la tradición en cada pascua. Pero en la tercera pascua, hermanos y hermanas, según el testimonio de Juan, ese mismo día, de las doce a las tres, el verdadero Cordero estaba en la cruz. Y en ese

momento, él dijo: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*». Y a las tres de la tarde, cuando cumplió su obra de redención, él dijo: «Consumado es», y encomendó su espíritu a su Padre.

Hermanos y hermanas, Juan lo vio todo con sus propios ojos. Esto ya no era más una sombra; Juan era un judío y supo lo que era vivir bajo las sombras, pero, gracias a Dios, él tuvo el privilegio de ver a Jesús morir en la cruz por él como el Cordero de Dios. No nos extraña que, al llegar a Apocalipsis, Juan mencione al Cordero 28 veces. Si queremos entender la visión de Juan, debemos recordar todo esto.

Ahora es muy real que, dondequiera que el Cordero va, él le sigue. Pero nuestro Señor no sólo murió por nosotros en la cruz, sino que también resucitó al tercer día y luego se apareció a sus discípulos, y durante cuarenta días, una vez más, ellos siguieron al Señor.

Ocultado por la nube

Pero entonces un día, él llevó a sus discípulos a Betania, se despidió de ellos, y de allí ascendió al cielo. El Señor resucitado ya no estaba limitado por el tiempo o el espacio y, por consiguiente, podía ascender en un segundo, pero su ascensión fue pública, visible. Los discípulos seguían al Señor con su mirada en tanto él ascendía a los cielos.

Leamos Hechos 1:9-11: «*Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos; ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.*».

Mientras los discípulos miran al cielo, después de seguirle durante tres años, el Señor se despide, y asciende. Se va. Mientras ascendía, una nube lo ocultó de la vista de ellos; así que Juan pudo seguir al Señor con su mirada, pero no más allá de la nube.

Los discípulos supieron que el Señor había ascendido al cielo, y el Espíritu les revelaría lo sucedido después. Pedro nos dice que Dios exaltó a nuestro Señor Jesús y lo ungió como Señor y

Cristo. Este es un mensaje maravilloso del Espíritu Santo. Creemos que Juan recibió también el mismo mensaje. Pero allí, cuando vieron al Señor ascender, sus ojos permanecieron mirando al cielo. Sobre todo Juan, a quien el Señor amaba, era muy sensible, y tenía que sufrir el dolor de su partida. Podemos imaginar esa emoción. Él ya no podía seguir físicamente al Señor; pero podía seguir al Señor con sus ojos. Finalmente, una nube lo cubrió todo; como si la nube se llevara a nuestro Señor. Y el Señor desapareció de sus ojos.

Cuando nuestro Señor Jesús estaba con ellos, todo era tan real. Cuando tenían hambre, él los alimentaba, cuando estaban deprimidos, él siempre estaba cerca. ¡Cuán maravilloso es estar siempre en la presencia del Señor! Durante tres años y medio, día y noche, ellos estuvieron con nuestro Señor Jesús. Ellos querían seguirle, ir donde él iba. Pero ahora, cuando el Señor ascendía al cielo, sólo podían seguirle con la mirada. Entonces, desafortunadamente, esa nube se lo llevó.

Desde aquel día, hubo un vacío profundo dentro de Juan. Él quería saber lo sucedido más allá de la nube. Él conocía todo lo de este lado de la nube, por eso escribió su evangelio, que es la revelación de Jesucristo. Él conocía bien todo este lado de la nube, pero del otro lado no sabía nada. Él quería saber lo sucedido al Señor después de su ascensión al cielo. Por supuesto, el Espíritu Santo lo confortaría: «Él ya es el Cristo, ya es el Señor». Porque el Espíritu Santo fue derramado y desde el día de Pentecostés sabemos que Jesús, nuestro Señor, ya es el Rey.

Estos discípulos eran como Jacob. Usted recuerda la historia de Jacob, cómo durante muchos años él creía que su hijo José había sido muerto por las fieras. José ya se había ido y sólo podría encontrarlo en sueños, pero nunca pensó que lo vería de nuevo. Un día, sin embargo, hubo buenas noticias, tan buenas que él apenas podría creerlo: sus hijos le dijeron que José aún vivía. Hermanos y hermanas, él apenas podía creerlo. Entonces, cuando vio la carroza enviada por José desde Egipto, despertó, y supo que su hijo estaba en el trono.

Lo mismo pasó a los discípulos. ¿Cómo sabemos que el Señor está en el trono? Podemos imaginar lo que ocurrió tras la ascensión del Señor, el vacío que ellos deben haber sentido. Pero hay buenas noticias. Pedro dice: ¡Dios le ha exaltado! Gracias a

Dios, esta noticia es muy buena, pero, ¿cómo sabemos que él ya está en el trono? Porque el Espíritu Santo fue derramado. En el día de Pentecostés, todo se torna realidad, y por el consuelo del Espíritu Santo, Juan supo muy bien que su Señor ya estaba en los cielos.

Mirando más allá de la nube

Juan amaba tanto al Señor; él realmente quería saber lo acontecido más allá de la nube y deseaba un día poder penetrar al otro lado de esa nube. Él esperó, esperó y esperó. Después de setenta años, estaba en la isla de Patmos, y tenía casi cien años. Él esperaba el retorno del Señor, así que estaba siempre mirando a los cielos. Cuando esa nube apareciera, significaría que nuestro Señor estaba de regreso. Si usted realmente espera el retorno del Señor, usted estará como Juan profundamente impresionado por esa nube.

Ahora, cuando él estaba en la isla de Patmos, era domingo, el día del Señor, y se suponía que él estaría reunido con todos los santos. Pero ahora él estaba en la isla de Patmos, separado de sus hermanos y hermanas. Él recordaba a todos aquellos santos, especialmente en el día del Señor, porque por una parte estaba aguardando el retorno del Señor, y por otra, antes de que el Señor regresara, él quería ser fiel a todas las iglesias que servía. Sólo él conocía muy bien la condición de las iglesias.

Cuando leemos Apocalipsis 2 y 3, podemos ver cómo el Señor habló a través de Juan a las siete iglesias. Pero no olvidemos que el Señor usó a Juan como instrumento porque no sólo el Señor conocía la condición de ellas, sino que Juan también la conocía muy bien. La condición de las iglesias estaba en el corazón de Juan; él sabía lo que sucedía en Éfeso, en Esmirna, cómo ellos sufrían por la causa de Cristo y cómo en Pérgamo los hermanos y hermanas permanecían fieles al Señor, pero lamentablemente seguían la enseñanza de Balaam y los nicolaítas. También pensaba sobre el estado de la iglesia en Tiatira, y conocemos muy bien la carta a esta iglesia.

Juan tuvo una larga vida. Su vida no fue como la de Pablo. Cuando Pablo fue martirizado, la iglesia en Éfeso estaba en su madurez. Es un gran consuelo para un siervo de Dios, cuando la iglesia está en una condición gloriosa. Pero agradó el Padre guar-

dar a Juan en esta tierra para vivir una vida de casi un siglo. Él vivió mucho tiempo, y atravesó muchas dificultades, así como nosotros; por consiguiente, puede realmente ayudarnos. Él puede decirnos lo que Pablo no pudo decirnos. Pablo fue a la gloria mientras la iglesia en Éfeso estaba en su edad dorada, pero después de treinta años, cuando Juan pensaba en esa iglesia, podemos imaginar lo que debe haber sido predicarles el mensaje de arrepentimiento. Su corazón se debe haber afligido cuando él pensaba en todos los santos en Asia Menor.

¿Cómo iba Juan a ayudar a las siete iglesias, si ellas estaban llenas de arrugas? ¿Cuál fue la solución? ¿Cuál fue el mensaje para las iglesias en Asia? Realmente este mensaje no era sólo para las siete iglesias, sino para todas las iglesias. Después de dos mil años, el mensaje de los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis ha venido a ser mucho más claro. Mientras Juan estaba en la isla de Patmos, en el día de Señor, aunque no podía partir el pan con sus hermanos y hermanas, él hacía memoria del Señor y podemos imaginar cómo evocaría su primer encuentro con su Señor, su crucifixión y su ascensión. Y recordaría cómo la nube se llevó a su Señor. Setenta años después, él todavía quería saber lo sucedido más allá de la nube. Al mismo tiempo, había una carga sobre sus hombros y en su corazón por las iglesias que ya no vivían sus días de gloria. El testimonio estaba en ruinas y las iglesias estaban en decadencia.

Con semejante fondo, algo pasó. Juan estaba pensando en las iglesias en Asia, y podemos imaginar que su rostro estaba vuelto hacia allá. Hoy, en un día despejado, se puede ver todavía Éfeso desde Patmos. En ese día del Señor, su corazón sufría por estas iglesias que él amaba tanto, aunque estaba lejos, y oraba por ellas trayéndolas ante el Señor. Él miraba hacia esas ciudades en Asia. Y entonces, escribe: *«Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor; y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta»*.

Ya mencionamos que en el libro de Apocalipsis, la trompeta se refiere siempre a una voz del cielo con un mensaje muy importante. Mientras él miraba hacia Asia Menor, pensando en las iglesias, oyó detrás de sí una voz fuerte. El mensaje era: *«Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias»*. Juan oyó una voz celestial. Su tendencia era ver la realidad de cada iglesia, pero ese día, hubo una voz detrás de él, y la Biblia dice: *«Y*

me volví ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro».

Hermanos, ¿qué sucedió? Había siete iglesias, llenas de arrugas y contaminación, pero cuando él se vuelve, ve algo sorprendente: siete candeleros. Esos candeleros están en el cielo. Él pudo ver más allá de la nube; ahora ve una visión celestial. Y no sólo siete candeleros de oro, sino en medio de ellos, Juan reconoció al Señor resucitado y ascendido; descubrió que nuestro Señor ya está en el cielo, más allá de la nube, en el Lugar Santo. Las iglesias en la tierra son sombras, pero la realidad está en cielo: he aquí siete candeleros de oro. ¿Podemos creerlo? En la ciudad de Éfeso había una iglesia, pero en el cielo hay un candelero.

Si nosotros miramos las condiciones terrenales, no sabemos qué hacer, pero si realmente tenemos la visión celestial, al volvernos, veremos una situación celestial. Esta es la realidad celestial, representada por siete candeleros de oro. Pero lo más importante de todo es que el Señor resucitado está en medio de ellos. Según el capítulo 2, nuestro Señor estaba caminando en medio de ellos. Hermanos y hermanas, ese es un gran consuelo. Es lo que ocurre más allá de la nube.

Al llegar al capítulo 4, una puerta se abre. Allí Juan oye otra trompeta y ve el trono. Luego, ve al Cordero que está en el trono. Cuando el Señor murió por nosotros, vimos al Cordero en la cruz. Nuestro planeta era como el patio exterior del templo. Pero después de su resurrección y ascensión, él entró en el Lugar Santo, y finalmente en el Lugar Santísimo.

Entonces, ¿qué dice el libro de Apocalipsis? Versículo 1: *«la revelación de Jesucristo»*, más allá de la nube. Si queremos saber sobre este lado de la nube, tenemos el evangelio de Juan; pero si queremos saber algo más allá de la nube, necesitamos el libro de Apocalipsis. Hermanos, al contemplar al Señor en el Lugar Santo y en el Lugar Santísimo, ¿qué tipo de visión es esta? Se nos dice que hay una puerta abierta. En otras palabras, Juan vio una visión celestial.

Ahora, ¿cuál es la respuesta a la condición de la iglesia? De acuerdo a esta revelación, la respuesta, la solución al camino de la iglesia está en el libro de Apocalipsis. El libro entero de Apocalipsis nos dice lo que Juan vio en la isla de Patmos. Finalmente, él pudo penetrar detrás de la nube. Él amaba tanto al Señor,

que el Señor tenía que aparecerse a él, lo mismo que a María Magdalena, la primera a quien se le apareció el Señor resucitado. No a Pedro, que negó al Señor tres veces, sino a María Magdalena, que tenía un corazón para el Señor. Cuando ella lloró y quiso encontrar al Señor, él se le apareció. Lo mismo sucedió a Juan.

La visión es para los que aman al Señor

¿Quién puede recibir la visión celestial? Nosotros, si amamos a nuestro Señor como Juan amó a su Maestro. ¿Está esperando usted el retorno del Señor? Cuando usted mira a las nubes, ¿piensa usted en la nube que se llevó a nuestro Señor?

¿Qué sucede con la iglesia hoy? Si usted ama al Señor, usted amará a aquellos a quienes el Señor ama: sus hermanos y hermanas, no porque ellos son amables, sino porque él los ama; así que usted debe amarlos también.

Hermanos y hermanas, hoy vemos que la iglesia está en ruinas y decadencia. ¿Cuál es la respuesta? La visión celestial es la respuesta. Cuando vemos esa visión, entonces tenemos la respuesta. He aquí cómo Juan tuvo su visión; la visión es para aquellos que aman al Señor. Que el Señor cree en nosotros ese amor, para que también veamos lo que Juan vio.

LA IGLESIA Y LA GLORIA DE DIOS

Christian Chen

Lectura: Apocalipsis 1:9-10, 12-13; 4:1-2.

Mi tarea es compartir con ustedes la visión celestial dada al apóstol Juan, descrita en el libro de Apocalipsis. Normalmente al estudiar los primeros capítulos de Apocalipsis, la tendencia es agrupar los primeros tres capítulos; y luego el capítulo 4 es como un nuevo principio. Pero si realmente queremos conocer la visión celestial dada a Juan, recordemos que es una unidad. A veces tenemos la impresión de que Juan vio al Señor ascendido en el capítulo 1, entre los siete candeleros, y decimos que esta es la visión número uno. Y al llegar al capítulo 4 decimos que esta es la segunda visión, porque allí Juan vio la visión del trono. Pero ambas visiones son sólo una.

La experiencia de Juan

Explicamos ya cómo Juan se reclinaba en el pecho del Señor mientras él estaba en la tierra. Y cuando su memoria iba a los días primeros, él recordaba su primer encuentro con su Maestro, y cómo Juan el Bautista les dijo: *«He aquí el Cordero de Dios»*. A causa de ese testimonio, Juan se volvió un seguidor del Cordero. Dondequiera que el Cordero iba, él también iba. Juan siguió al Cordero durante esos tres años y medio. Y un día, Juan vio con sus propios ojos al Cordero de Dios en la cruz. Antes de eso, todo lo que había visto era la sombra de ese Cordero. Cada año, al celebrar la pascua, ellos veían sólo la sombra. Pero en la última pascua, Juan vio al Cordero de Dios crucificado por todos. Ahora él podía decir: *«He aquí el Cordero de Dios»*; ahora

tenía una revelación de primera mano sobre el Cordero.

Al tercer día, el Señor resucitó. Cuarenta días estuvo con los discípulos y de nuevo Juan siguió al Cordero. Pero un día, en el monte de los Olivos, el Señor ascendió al cielo, mientras los discípulos miraban a lo alto. Así fue cómo su Maestro les dijo adiós. Podemos imaginar a aquel que había estado en el pecho de nuestro Señor, ahora viéndole regresar al Padre. Juan quería seguir el Cordero, pero no podía. Sólo podía seguirlo con su mirada. Y entonces vino una nube que le ocultó de ellos y se llevó a su Señor lejos de Juan, hasta el cielo.

Desde ese tiempo, aunque Juan disfrutaba la presencia de Dios a través del Espíritu Santo, continuó siguiendo al Cordero, ahora en el Espíritu. El Espíritu Santo estaba en él; él tomó su cruz y siguió al Señor durante otros setenta años. Setenta primaveras y setenta inviernos pasaron, y ahora Juan casi tenía cien años, pero aún recordaba esa nube que se llevó a su Señor. Él no sabía lo que había pasado con el Señor, pero estaba esperando su retorno; estaba esperando la nube que le traería de regreso. Por esa razón, él dice: *«He aquí que viene con las nubes»*.

Juan siempre estaba esperando el retorno del Señor. Pero en lo profundo de su corazón, había un enigma que él nunca entendió. Él quería saber lo sucedido más allá de la nube. Él conocía todo lo que había pasado a este lado de la nube, y por eso pudo escribir su evangelio. Cuando el Verbo fue hecho carne, en esos días, Juan pudo registrarlo. Esto se escribió sobre las cosas a este lado de la nube. Pero, ¿qué había sucedido más allá de la nube? Él quería saberlo, porque amaba tanto al Señor. Y así como el Señor quiso revelarse a María Magdalena, ahora quiso revelarse a Juan.

Juan estaba en la isla de Patmos en el día del Señor, el día en que los hijos de Dios se reúnen en torno a la mesa del Señor, para partir el pan en memoria de él. Podemos imaginar que en ese día Juan evocaba a Jesús crucificado, pero también cómo un día él regresaría de nuevo. Ese día Juan estaba con los santos; estaba en el exilio, lejos de ellos. Él quería estar a la mesa, quería compartir a Cristo con ellos, y recordarles el amor del Señor. Cuando Juan pensaba en su Señor, recordaba que él todavía no había regresado. Él había esperado no sólo diez o veinte años. En el principio su pelo tenía color, pero ahora habían pasado

setenta años y era un anciano de cabellos blancos que había esperado desde su juventud. El cielo todavía no se había conmovido; pero aún esperaba ver la nube; ver la nube significaría que el Señor estaba de regreso.

Así, en el día de Señor, recordándolo, algo todavía faltaba para el retorno del Señor. Aunque disfrutase la presencia del Señor, Juan todavía no estaba satisfecho; aún aguardaba la nube que le traería de vuelta. Eso sucedía en la isla de Patmos. Pero, al mismo tiempo, su corazón iba a todos los santos en Asia Menor. Él debería estar con ellos para partir el pan; pero ahora estaba en el exilio. Cuando pensaba en todas las iglesias en Asia Menor, recordaba días gloriosos. Pero también conocía la condición presente de ellas. Podía recordar lo que había pasado en Éfeso, en Tiatira; sabía todo sobre la iglesia en Laodicea. Les había servido muchos años, los conocía muy bien y los amaba. Y cuando estaba en la presencia de Dios, él era como un sumo sacerdote.

Cuando el sumo sacerdote se presentaba ante Dios, llevaba los doce nombres de las tribus de Israel en sus hombros, y las piedras preciosas con los nombres de ellos en su pecho. Cuando Juan estaba ante el Señor, en sus hombros y en su pecho, abrazaba a las iglesias en Asia Menor. Él conocía muy bien esas iglesias, pero ya no estaba con ellos; ellos estaban al otro lado del mar. Pensaba en las iglesias, en su gloria y en su oprobio.

En el día del Señor, cuando él estaba en la presencia del Señor, nos dice: *«Y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta ... y me volví...»*. Creemos que Juan estaba de cara a Asia Menor, pensando en esas iglesias, pero el Señor quería consolarlo. El Señor sabía lo que había en su corazón. El dolor del apóstol Juan también era el dolor de nuestro Señor Jesús. Así que el Señor quería consolarlo, y tenía un mensaje para él. En setenta años, Juan había visto los días gloriosos del nacimiento de la iglesia; pero, por el hecho de vivir tantos años, por la soberanía de Dios, vio asimismo la decadencia de la iglesia, sólo setenta años después.

Hermanos y hermanas, había una tremenda carga en el corazón del apóstol. Aún recordaba cuán madura había sido la iglesia en Éfeso. Pero, en una carrera, no es el inicio lo que cuenta; sino que es necesario llegar al final. Setenta años son una gran prueba, y ese tiempo tuvo Juan para ver la iglesia envejecida.

Ahora vemos por qué en ese día, mientras pensaba en las iglesias, el Señor quiso que él se volviese. Él tenía que oír el mensaje de la trompeta celestial. Así que cuando Juan se volvió, estuvo en el cielo, en el Lugar Santo, en los lugares celestiales. Allí vio siete candeleros y en medio de ellos al Señor resucitado; vio a uno semejante al Hijo del Hombre. El Señor ya estaba en gloria. Hermanos y hermanas, ¿ven esto? Esta es la visión celestial.

Setenta años de espera

Durante setenta años él quiso saber lo que había sucedido al otro lado de la nube. Pero la puerta del cielo estaba cerrada. Mas ahora agradó el Padre revelar a su Hijo también a Juan. Por esto, el libro de Apocalipsis dice: *'la revelación de Jesucristo'*. ¿Qué pasó más allá de la nube? Juan necesitaba recibir la revelación. Él había visto con sus propios ojos y experimentado lo que había pasado a este lado de la nube: había visto al Cordero en la cruz. Él tenía revelación de primera mano. También vio que la tumba del Señor estaba vacía; Jesús había resucitado de los muertos. Juan fue un testigo y registró todo en su evangelio. Pero, durante setenta años, él quiso conocer lo que pasó al otro lado de la nube, mientras la puerta permanecía cerrada; esa puerta retenía a nuestro Señor allí. Por setenta años, la oración de Juan debe haber sido que el cielo ya no retuviera allí a nuestro Señor. Entonces él vendría de nuevo, con las nubes. ¿No es eso lo que su amado Señor había dicho, que vendría con las nubes? Por eso, él estaba esperando la aparición de esa nube; estaba esperando la venida de nuestro Señor.

Sin embargo, siempre había algo en su corazón; ese misterio que nunca le había sido revelado, hasta aquel día cuando agradó al Padre abrir la puerta. En los capítulos 2 y 3, vemos al Señor en el Lugar Santo, pero en el capítulo 4, lo encontramos en el Lugar Santísimo. Todos los judíos sabían que la gloria y el trono de Dios están en el Lugar Santísimo, y cuando la puerta del cielo fue abierta, Juan vio la visión del trono. Tenemos la tendencia a hablar de dos visiones, pero es una sola. Hay un santuario celestial: el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. En el santuario celestial no hay un velo entre estos dos lugares, porque nuestro Señor ya murió en la cruz. El templo terrenal era sólo sombra del real. Aunque descubrimos a nuestro Señor en

el lugar Santo en los capítulos 2 y 3, este es uno con el Lugar Santísimo en el capítulo 4.

Juan vio una visión celestial. No sólo una visión acerca del cielo, sino el cielo mismo. Antes de eso, él conocía algo sobre el cielo, pero ahora el cielo realmente se abrió para él. Juan conoció todo sobre el cielo, todo lo que sucedió en torno al trono de Dios. Para explicar esta visión, es necesario todo el libro de Apocalipsis. Por tanto, al hablar sobre la visión celestial dada a Juan, estamos hablando de esa visión del Lugar Santo y el Lugar Santísimo. Por esta causa, cuando vemos el cielo, los capítulos 1 a 3 nos muestran claramente al Señor resucitado en el Lugar Santo, pero en el Lugar Santísimo, vemos al Cordero en el trono. Esta es la visión celestial que tuvo Juan, y ella gobernará todo el libro de Apocalipsis.

Muchos no pueden entender el libro de Apocalipsis, porque han perdido la llave. Si usted desecha la llave, no comprenderá nada. Nosotros nunca entenderemos los siete sellos, las siete trompetas o las siete copas; pero según el libro de Apocalipsis, hay una explicación allí, y la explicación viene del cielo. Si busca a su alrededor una respuesta, no la obtendrá; si busca en la situación política de hoy, en Bin Laden, en el presidente Bush, no la conseguirá. Recuerde: todas las respuestas tienen que venir del cielo. Es por eso que esta es 'la revelación de Jesucristo'.

Me es muy difícil compartir esto con ustedes, hermanos, debido a mis limitaciones. Para explicar esta visión, estrictamente hablando, necesitamos entender todo el Apocalipsis. Y aun más, necesitamos comprender otro libro del Antiguo Testamento. El problema es cubrir en un tiempo limitado dos libros de la Biblia. Cuando Juan vio la visión, recuerden que Dios había preparado esa visión durante setenta años. Durante todo ese tiempo, Juan siguió al Cordero, él permaneció en Cristo y Cristo habitó en él.

Recuerden, en el evangelio de Juan, nuestro Señor dijo: «Si ustedes permanecen en mí, mi palabra morará en ustedes». La palabra usada aquí, en griego, es *rhema* que quiere decir la palabra de vida. El *logos* es la palabra de verdad; los principios, el fundamento de la revelación. El Espíritu Santo que vive en nosotros unguirá la palabra de Dios, nos recordará lo que Dios ha dicho en su palabra, y la hará real: esa es la palabra de vida, una palabra viviente. ¿Cuál es el secreto para tener la palabra viva?

Permanecer en Cristo; para que el *logos* suyo habite ricamente en nosotros. Eso pasó en los setenta años de la vida de Juan. Mientras él permaneció en Cristo, el *rhema* habitó en él.

Esa fue la obra del Señor durante setenta años. Nosotros no sabemos lo que pasó en ese tiempo hasta que leemos Apocalipsis, que estrictamente hablando, es todo sobre esta visión celestial. ¿Cómo recibió Juan esa revelación? Usted dirá: «Bueno, en el día de Señor, él fue movido por el Espíritu Santo y vio la visión». Pero, hermanos, esto es simplificar mucho las cosas. Por setenta años, Dios estuvo preparando esa visión para Juan. Es necesario permanecer en Cristo para recibir la Palabra de Dios, para que el *logos* de Cristo habite ricamente en nosotros; para que la palabra de verdad se transforme en la palabra de vida. Al llegar ese momento, los cielos son abiertos; al recibir la revelación, Juan recibió la Palabra. ¿Cómo le habló Dios de nuevo? A través de la palabra que Dios ya había dicho en el Antiguo Testamento.

No sabemos qué ocurrió en esos setenta años, pero conocemos el resultado. Después de ellos, tenemos el libro de Apocalipsis. Y, ¿cómo es este libro? Si lo analizamos, vemos que es muy diferente a las epístolas de Pablo. Pablo conocía la Biblia con tal precisión, que al escribir Romanos, para mostrar que todos éramos pecadores, y que no hay ningún justo, él podía citar el Antiguo Testamento de una manera exacta. En otras palabras, él permitió que la palabra del Antiguo Testamento morase ricamente en él, y entonces el Espíritu Santo le habló de nuevo.

Cuando Pablo estudió el Antiguo Testamento —como estudiante a los pies de Gamaliel—, conoció muy bien el libro de Génesis y la historia de Abraham; pero ahora, cuando Dios le habló de nuevo, recordó la historia de Abraham, y Pablo vio la justificación por medio de la fe. ¿Cómo vio esta verdad maravillosa? ¿Pueden ver el principio aquí? Dios habló una vez más a Pablo y todo se abrió. Gracias a Dios, ese fue el ministerio y los escritos de Pablo. Pero la forma en que Pablo estudiaba la Palabra era memorizar todo; él podía hacerlo con mucha precisión; así que cuando citaba el Antiguo Testamento, siempre era la cita exacta, palabra por palabra.

Pero al llegar al libro de Apocalipsis, encontramos el Antiguo Testamento por todas partes; hay doscientos cincuenta refe-

rencias directas o indirectas a él; es como si detrás de Juan estuviese todo el panorama del Antiguo Testamento. Pero de algún modo él no pudo citar un solo versículo completo. Alguien podría decir que Juan tenía muy mala memoria, pero eso no es verdad, porque en su evangelio, él también cita el Antiguo Testamento. ¿Por qué entonces Apocalipsis es tan diferente? Porque Apocalipsis nos habla de una visión celestial. Cuando Juan tuvo la visión, de alguna manera la palabra viva vino a él, y siempre que esto pasa, está basada en la palabra de verdad; la palabra que Dios ya ha hablado.

Ahora podemos entender por qué, cuando Juan vio la visión, Dios lo había preparado por setenta años; porque durante ese tiempo, todo el Antiguo Testamento estuvo en Juan. Él estaba habitando en Cristo y meditando en la Palabra de Dios, y entonces el *rhema* moró en él. Así, por ejemplo, cuando el libro de Daniel moró en él, por una parte, Juan permaneció en Cristo y dejó que esa palabra morase en él, y según la promesa del Señor, el *rhema* vino a él. Así a través de todos esos pasajes del Antiguo Testamentos, el Espíritu Santo podía hablar una vez más a Juan.

Por esta causa, en el Apocalipsis, al ver la visión completa, no hay ninguna cita exacta. Todo es una impresión general. Al tocar el libro de Daniel, hay una impresión general; en Éxodo, de la misma manera. Hay langostas en Éxodo y en Apocalipsis, querubines en Ezequiel y en Apocalipsis, bestias en Daniel y en Apocalipsis. ¿Se dan cuenta, hermanos? Juan permaneció en Cristo y permitió que la Palabra de Dios morase ricamente en él durante setenta años, y ahora esta palabra se volvió *rhema*. Así consiguió la impresión general de la palabra que Dios había hablado en el Antiguo Testamento.

Finalmente, después de setenta años, Juan estaba listo, y en la isla de Patmos, en el día del Señor, el cielo se abrió con un mensaje. Esto significa que Dios habló a través del libro de Daniel, el libro de Éxodo, el libro de Ezequiel y así sucesivamente, y ahora Dios hablaba una vez más a Juan a través del Espíritu Santo y todo fue abierto.

¿Por qué muchos no entienden el libro de Apocalipsis? Porque se necesita todo el Antiguo Testamento para entenderlo. ¿Están ustedes preparados para eso, hermanos y hermanas? Esto es muy importante. Por eso es tan difícil descifrarlo.

La historia de la iglesia en la visión de Juan

Pero al llegar a la visión en los capítulos 1 a 5, vemos algo en el cielo que controla todo el libro de Apocalipsis y que también nos dará una respuesta a la condición actual de la iglesia. Cuando Juan abrazaba a las siete iglesias de Asia Menor en su pecho, las presentaba ante el Señor, meditaba sobre su condición y se preocupaba por ellas. Él se dolía al ver la declinación de la iglesia. Él era uno que permanecía en Cristo y Cristo en él; la palabra viva moraba en él, y debía haber una solución. ¿Cómo iba a seguir la iglesia? Pedro y Pablo ya no estaban presentes. La iglesia estaba en una situación desesperada. Debía haber una respuesta del cielo.

Entonces, cuando Juan presentó esto ante el Señor, el Señor habló desde el cielo. Entonces vienen las cartas a las siete iglesias. Estas siete iglesias pertenecen al primer siglo. Pero hay más aquí, porque las últimas cuatro iglesias mencionan la segunda venida de nuestro Señor, directa o indirectamente. En otras palabras, estas cuatro iglesias permanecerán hasta el retorno del Señor. El Señor aún no ha vuelto, así que definitivamente las iglesias de Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea están aquí. Hay una promesa a la iglesia de Filadelfia: la promesa del rapto. Ellos serán arrebatados antes de la Gran Tribulación. Ahora, en el primer siglo, el Señor no había venido aún. Eso significa que estas cuatro iglesias permanecerán hasta el retorno del Señor.

En otras palabras, el Señor quiso enseñar a Juan: «Tú puedes ver sólo estos setenta años. En setenta años la iglesia ha declinado, y a tus ojos esto es casi insufrible». Juan aún recordaba el día de Pentecostés, la presencia del Espíritu Santo en medio de ellos, y él también fue testigo de la madurez de la iglesia en Éfeso. Pero, hermanos, setenta años después, ya no era lo mismo. Ahora Juan tenía que predicar el mensaje de arrepentimiento; este era un mensaje para los incrédulos. Ahora, ¿por qué predicar el arrepentimiento a la iglesia? Ya sabemos la situación.

Juan conocía esas siete iglesias, y las conocía muy bien. Ellas representaban a las iglesias en toda Asia Menor. Juan conocía sus glorias y vergüenzas, sus fortalezas y debilidades. Si usted le preguntara a Juan: «¿Son ellas perfectas?», él tenía la respuesta. ¿Quién había experimentado la vida de la iglesia durante más tiempo que Juan? ¿Quién sabía mejor, o tenía más experiencia,

o conocía mejor los aspectos prácticos de la iglesia que Juan? La iglesia aún estaba sobre la tierra, aún era el cuerpo de Cristo, la casa de Dios, el candelero para Cristo. Todo esto es verdad. Eso era al final del primer siglo. Pero cuando el cielo habla, siempre amplía nuestra capacidad.

Juan conocía muy bien la condición presente, así que estaba calificado para ser usado por el Espíritu Santo para escribir estas siete cartas. El Señor ascendido podía hablar a través de Juan. Entonces vemos las siete iglesias y al Señor mencionando sus fortalezas y sus debilidades. Juan, en esos setenta años, conoció más que Pablo o Pedro, desde el nacimiento de la iglesia a su cima, y de allí a su declinación. Pero, ¿cuál era la solución? Cuando el Señor habló, realmente ensanchó la capacidad de Juan, y ahora entendemos que estas siete iglesias no son sólo las iglesias en el primer siglo: las últimas cuatro iglesias permanecerán hasta la venida del Señor, así que ellas representan la condición de la iglesia a lo largo de su historia.

Juan sólo conoció setenta años; pero el Señor puede ver más de dos mil años. Hermanos y hermanas, al estudiar la historia de la iglesia, conocemos la condición de la iglesia hoy. Al comparar la condición de la iglesia hoy con esas siete iglesias, entendemos que debe haber algún mensaje. Por esa razón, esta visión celestial no es sólo algo abstracto. Como nuestro hermano Stephen mencionó, la iglesia es gloriosa en origen y espiritual en naturaleza, pero ella siempre toca la tierra y eso significa que pueden ocurrir muchos problemas. Entonces, ¿cuál es la solución? Debe haber un mensaje.

Por esa razón, tenemos la iglesia en Tiatira –la iglesia en la Edad Oscura–. Luego, la iglesia en Sardis, que nos recuerda el siglo decimosexto, y cómo Dios usó a Lutero, Calvino y Zwinglio para sacar al pueblo de Babilonia y regresar a Jerusalén –*Sardis* significa *remanente*–. Ahora, cuando la iglesia estaba en el oscurantismo, ¿cómo lo sabemos nosotros? Porque la promesa a la iglesia en Tiatira era recibir la estrella de la mañana. ¿Qué significa eso? Significa que estamos en el período más oscuro, pero al ver la estrella matutina, el alba está cercana, pronto amanecerá. Así que Tiatira representa la iglesia en la Edad Oscura, cautiva en Babilonia por más de mil años. En el capítulo 17 de Apocalipsis encontramos el misterio de Babilonia, que habla de

la Babilonia religiosa, y que se cumplió en la historia de la iglesia.

Juan sólo vio setenta años, pero nuestro Señor ha esperado más de dos mil años. La iglesia fue llevada cautiva a Babilonia, pero gracias a Dios, a través de Lutero y Calvino regresamos a Jerusalén. Así que sabemos que la iglesia de Sardis permanecerá hasta la venida del Señor. Antes de ello, tendremos la iglesia en Laodicea. Usted conoce su condición: tibia; ni fría ni caliente. La presencia del Señor debería estar con ellos, pero lamentablemente, tienen al Señor fuera. Él tiene que tocar a la puerta; no a la puerta de los pecadores, sino a la puerta de la iglesia.

¿No es esta una historia muy triste? Ellos tienen el nombre de iglesia; sin embargo, todavía Cristo está fuera, y él tiene que golpear y llamarlos a arrepentirse: «Abre la puerta, déjame entrar, yo debería estar en medio de ti. Tú sólo tienes el nombre de iglesia; entonces, ¿por qué me tienes afuera?». Está demasiado lleno; no hay lugar allí para Cristo. Somos tan importantes, nosotros decidimos todo, nosotros decimos: 'Esta es la iglesia', pero el Señor está fuera tocando la puerta. Ésa es la condición de la iglesia antes del regreso del Señor.

Pero entre Sardis y Laodicea, está la iglesia en Filadelfia. ¿Qué es Filadelfia? Ella está definitivamente aquí, en la historia de la iglesia, antes que el Señor vuelva. Antes de entonces, hay una iglesia en Tiatira, en Sardis, en Filadelfia y en Laodicea. Pero entre éstas, usted quiere estar definitivamente en Filadelfia, porque ella siempre es alabada por el Señor. Entre las siete iglesias, esta es una de las dos que el Señor no reprende. El Señor le dice: «Yo te he amado». Y sólo la iglesia en Filadelfia, entre las siete, tiene una corona. ¿Qué significa eso? Es una iglesia victoriosa; es un vencedor. En la iglesia en Tiatira, el Señor llama a individuos a ser vencedores; pero en Filadelfia hay un vencedor corporativo; la iglesia entera tiene la corona.

Ahora, nuestro Señor nos quiere revelar su mente y su visión, quiere mostrarnos el camino de la iglesia. El camino de la iglesia es Filadelfia. Pero recuerden, Filadelfia es sólo el camino, nunca nuestra etiqueta. Cuando usted pone Filadelfia como su etiqueta, usted ya no es Filadelfia; ya se ha vuelto Laodicea. ¿Qué dice Laodicea? «Yo soy rico». La iglesia en Filadelfia es rica: tiene una puerta abierta. ¿Qué puerta era esa? En el palacio de David,

el tesoro estaba en piezas diferentes, y cuando David tomaba las llaves y abría la puerta, todo el tesoro de David estaba disponible para ellos. Ésta es la condición de la iglesia en Filadelfia; las inescrutables riquezas de Cristo son suyas. Ellos disfrutarán todas las riquezas de Cristo. Pero si eso es su etiqueta, si usted dice: «Yo soy rico», entonces el Señor dirá: «Tú eres pobre, tú ya eres Laodicea».

Cuando el Señor habló estas palabras, nos mostró un camino más excelente. No critique a otros; lo importante es: ¿estamos caminando en el camino de Filadelfia? Esto significa amor fraterno; significa obedecer a la Palabra de Dios y no negar su nombre. Ustedes son muy débiles, pero el Señor les dará una puerta abierta. Este es el camino de la iglesia. Si realmente vemos esta visión, encontraremos un camino. Gracias a Dios por eso. Descubriremos que los vencedores son el camino. Dios llama a los vencedores. No importa en qué condición usted se encuentre, usted puede ser un vencedor. Pero, por supuesto, el deseo del Señor no es solamente tener vencedores individuales, sino también un vencedor corporativo. ¡Gracias a Dios!

¿Ve usted cómo el Señor ensanchó el corazón de Juan? «Tú te preocupas por setenta años; pero yo me preocupé por más de dos mil años. ¿Puedes imaginar mi dolor?». Gracias a Dios, la solución es ser un vencedor; no importa en qué condición esté la iglesia. Cuando la iglesia en general decae, los vencedores permanecen de pie. No son especiales, pero cuando los demás caen, ellos permanecen en pie. Es muy claro: este es el mensaje del cielo.

Pero si sólo vemos esto, todavía no tenemos la solución íntegra. Usted será entonces un predicador sobre la restauración de la iglesia; se considerará como un reformador. Al estudiar la historia de la iglesia, vemos a Lutero, Calvino y Zwinglio, los reformadores, y los admiramos. Hoy, muchos jóvenes en los Estados Unidos, cuando estudian la historia de la iglesia, quieren ser reformadores. Ellos tienen ambiciones. «Como Lutero reformó la iglesia; yo quiero hacer lo mismo». Pero ese término ya fue usado, así que hablan sobre 'restauración'. Quieren restaurar el orden de la iglesia. Pero si sólo vemos estos dos capítulos y sólo vemos a los vencedores, sin saber en qué contexto ellos son vencedores, no tendremos la solución.

Usted recuerda el famoso libro de Watchman Nee, «La igle-

sia normal». En la edición china, cuando él escribía el prólogo, dijo: «Yo sé que esta obra sufrirá ataques y oposición; pero no temo a eso. Tengo miedo de algo mucho mayor que eso». No temor del enemigo, sino de sus amigos. Muchos aman este libro, e intentan usarlo como un modelo. Ellos quieren formar una iglesia del Nuevo Testamento, y empiezan a practicar basados en este libro. ¿Comprenden? La gente que habla sobre la restauración, a menudo sólo habla mucho sobre esto.

La historia nos dice que hay muchos reformadores; ellos ahora son viejos, pero cuando estaban en la Universidad, soñaban con ser reformadores. Al principio, estaban de parte del Señor y de su restauración; pero, lamentablemente, algunos de ellos terminaron yendo de vuelta a los ortodoxos griegos. Esta es la lección que tenemos que aprender de la historia de la iglesia. Es mucho más fácil aprender algunas técnicas, o usar un libro como una receta. Pero recuerden que esa es la razón de la decadencia de la iglesia. ¿Por qué? Porque sólo vieron un poco de esto, y se olvidaron que los capítulos 1, 2 y 3 están conectados con los capítulos 4 y 5.

Esa visión es unitaria, y no puede ser dividida. Una parte es el Lugar Santo, allí están los candeleros, pero luego en el Lugar Santísimo, veremos los querubines y el trono. Así que esta es la visión celestial. Es el cielo mismo. ¿Qué es el cielo? El cielo es el cielo porque Dios está allí, y el infierno es infierno porque Dios no está allí. Ahora, hermanos, al ver realmente la visión celestial, tenemos que saber qué es el cielo, y allí veremos el trono de Dios. ¡Y Juan lo vio!

Aun más, él recordó setenta años antes, cuando estuvo de pie junto a la cruz y con sus propios ojos vio al Cordero que moría por nuestros pecados. El Cordero fue sacrificado, como en el templo. Pero en esa visión celestial, Juan vio al Cordero en el trono. ¿Y qué nos dice? Era un Cordero ‘como inmolado’; es decir, recientemente sacrificado. Así que, cuando Juan vio esa escena, significaba que Jesús había ascendido al cielo. Recordemos esa nube que llevó a Cristo al cielo; era exactamente eso lo que Juan quería saber —lo que sucedió al otro lado de esa nube. Ahora él tuvo la respuesta. A este lado de la nube, el Cordero en la cruz, el Cordero inmolado; pero en esa visión, cuando el Cordero ascendió al cielo, es un Cristo glorificado, un Cristo resuci-

tado, un Cristo ascendido, Cristo en gloria.

El que vio al Cordero en la cruz fue usado para hablarnos sobre el Cordero en el trono. De la cruz al trono, de las espinas a la corona. ¿Quién tuvo este testimonio? No Pedro; Pedro no estaba allí cuando Jesús fue crucificado; ni Pablo. Pero Juan vio esta historia del pesebre hasta el trono; del pesebre a la cruz, y de la cruz al trono. Estrictamente hablando, esa visión celestial tiene dos partes: una parte está en el evangelio de Juan: «He aquí el Cordero, el Cordero en la cruz». Y luego, más allá de la nube, encontramos el mismo Cordero que está ahora en gloria, y está en el trono. Esta es la visión.

Correspondencia con la visión de Ezequiel

Aquí hay muchas cosas que decir. Ahora, ¿por qué tenía Dios que preparar a Juan durante setenta años para recibir esa visión? Si leemos los primeros cinco capítulos, nos recuerdan el libro de Ezequiel. No tenemos tiempo para pasar por la visión de Ezequiel y la visión de Juan. Pero mencionemos rápidamente que en Ezequiel se nos dice que los cielos fueron abiertos. Ezequiel fue el único profeta en el Antiguo Testamento que vio el cielo abierto. En Apocalipsis, una puerta se abrió en el cielo. En el primer capítulo de Ezequiel, al principio él dice: «Yo», pero no explica quién es; en el versículo siguiente sabemos que es Ezequiel. Y en el primer capítulo de Apocalipsis, Juan dice: «Yo Juan». Es una palabra muy importante, y nos recuerda el Antiguo Testamento. «Yo Daniel». Daniel vio una visión. Juan también, y lo mismo Ezequiel.

En el primer capítulo de Ezequiel, él es cautivo en el río Quebar. Juan es desterrado a la isla de Patmos. Cuando Ezequiel recibió la visión tenía treinta años. Como sacerdote, él podía entrar en el templo y servir al Señor; pero era un cautivo. Él era un sacerdote sin templo, un hombre sin país. Ese es Ezequiel, y lo mismo pasa a Juan. En el día del Señor, cuando él estaba pensando en las siete iglesias en Asia, él era un pastor sin su rebaño. Él estaba separado del rebaño, muy lejos. Ezequiel estaba entre los exiliados, en el tiempo en que el pueblo fue llevado a Babilonia, y recordamos a Juan diciendo: «*Yo Juan, coparticipe vuestro en la tribulación...*». Ustedes han sufrido por la causa de Cristo, pero todos nosotros compartimos ese sufrimiento.

Hermanos, ¿ven ustedes la correspondencia aquí? En el primer capítulo de Ezequiel, en el trono, había uno con semejanza de hombre. En Apocalipsis capítulo 1, entre los candeleros, había uno semejante al Hijo del Hombre. Por setenta años, el libro de Ezequiel moró en Juan y cuando él permaneció en Cristo y permitió a la Palabra morar en él, él tenía ahora una impresión muy genuina de Ezequiel. Aquí podemos ver cómo esa visión fue formada. Bajo el trono había cuatro seres vivientes, y en Apocalipsis alrededor del trono había cuatro seres vivientes. En ambos libros vemos querubines, y según Ezequiel 10, su cuerpo estaba lleno de ojos, como en Apocalipsis 4. En Ezequiel, los cuatro seres vivientes eran un hombre, un buey, un león y un águila, lo mismo que en Apocalipsis. En Ezequiel, cada querubín tenía cuatro alas, pero en Apocalipsis cada uno tenía seis alas. No hay ninguna contradicción aquí, porque depende del ángulo de visión.

En Ezequiel hay una extensión que brilla como vidrio. En Apocalipsis, un mar de vidrio claro como el cristal. En Ezequiel, un trono que parece zafiro, y en Apocalipsis, jaspe y cornalina. Había antorchas en la presencia del trono, y en Apocalipsis las siete lámparas estaban ardiendo. En Ezequiel hay la apariencia de un arco iris, y en Apocalipsis, un arco iris alrededor del trono. Cuando Ezequiel vio, cayó postrado, y cuando Juan vio la visión, cayó como muerto.

Así que, hermanos, al estudiar en detalle los primeros capítulos de Ezequiel y Apocalipsis, entendemos que Juan, para describir mejor su visión, tenía como trasfondo el libro de Ezequiel. Es decir, se necesita el libro de Ezequiel para explicar el Apocalipsis, y vice-versa. Para los rabinos judíos hoy, la visión de Ezequiel es tan santa, que ellos no se atreven a interpretarlo, y aun tratan de no leerlo. Es un libro cerrado para los judíos, aun en los círculos intelectuales. Pero gracias a Dios, a través del Apocalipsis, vemos que Ezequiel tiene explicación.

En el comienzo, Ezequiel realmente vio la gloria de Dios. Entre las escuelas rabínicas, lo más difícil de explicar en el Antiguo Testamento, es la gloria de Dios. Por esto, el Espíritu Santo usó todo el libro de Ezequiel para explicarla. Allí vemos cómo Ezequiel tuvo una visión, algo que vino del norte, y cuando lo vio de más cerca, vio seres vivientes; luego, vio ruedas junto a

las criaturas. Sobre las cuatro criaturas, una mirada más cercana nos muestra ‘firmamentos’ –cielos. Este es el cielo sobre la tierra. Hay ruedas, y las ruedas tocan la tierra, así que éste es el cielo en la tierra. Sobre el cielo, está el trono de Dios y uno semejante a un hijo de hombre sentado allí.

Luego, la gloria y el resplandor como un arco iris. ¿Qué es un arco iris? Es luz, y Dios es luz. Nadie puede ver la luz hoy, pero al ver un arco iris es como si Dios transformara lo invisible en algo visible. Algunas partes son verdes, otras son rojas y eso produce el arco iris. Dios es luz; pero entonces nadie puede ver a Dios mismo. Pero, gracias a él, por medio del unigénito Hijo del Padre, podemos ver a Dios. Lo que vemos no es la luz propiamente tal, sino el arco iris. El arco iris nos recuerda que la lluvia ha pasado, y la luz se refleja en las gotas de lluvia, que representan sufrimientos, tribulaciones; finalmente podemos recrearnos con el bello espectáculo del arco iris. Siempre que vemos un arco iris, sabemos que la tormenta ha terminado.

Nuestro Señor dijo: «Consumado es», porque él murió por nosotros en la cruz. Hubo una tormenta en el Gólgota, pero gracias a Dios, porque Cristo murió por nosotros en la cruz, ahora podemos ver a Dios a través de su Hijo unigénito. Desde la cruz, vemos el arco iris. Vemos claramente que esta es la visión de Ezequiel. Después, en el capítulo 10, cuando él fue llevado al templo de Dios, descubre la gloria de nuevo, en el Lugar Santísimo. Ezequiel era sacerdote; conocía bien todo lo referente al Lugar Santísimo; él sabía que allí estaba el arca, los querubines y la Shekinah de la gloria de Dios sobre el arca. Así que cuando compara a los seres vivientes y los querubines sobre el Arca, nos dice que estas cuatro criaturas son querubines; de modo que la gloria que él vio en Babilonia, era la misma del Lugar Santísimo.

Todos sabemos que el trono de Dios estaba sobre el arca, según el Salmo 80: *«Tú ... que estás entre querubines»*. Eso significa que es aquí donde Dios ha puesto su trono. Al entrar en el Lugar Santísimo, vemos el trono de Dios y también vemos la gloria de Dios. Esto sólo se puede ver en el Lugar Santísimo. Ezequiel conocía muy bien esta parte, y todos sabemos que el trono de Dios por una parte está en cielo, y por otra en el Lugar Santísimo. Allí se encuentra la gloria de Dios. Cada año, el sumo

sacerdote tenía que entrar en el Lugar Santísimo con la sangre. Eso es muy claro; pero es sólo la mitad de la respuesta. ¿Qué quiere decir eso? Al estudiar 1º Crónicas, cuando la Biblia trata de describir algo sobre el arca, habla sobre el diseño de carroza. Esa es una palabra muy importante. Pero esta palabra es desconocida: ¿Cómo pudiera haber una carroza sobre el trono? Porque ellos no conocen la naturaleza del trono de Dios.

Cuando pensamos en el trono de Dios, o en el cielo o en el Lugar Santísimo, nos parece que es algo estático, que no se mueve en absoluto. Pero la palabra *carroza* está allí, y nadie entiende lo que ese término está haciendo allí. Ellos no entienden lo que es este carro. Pero ahora Ezequiel entiende, cuando ve no sólo el carro, sino también las ruedas. ¿Qué significa eso? Significa que el trono de Dios es un trono móvil.

Sabemos muy poco sobre el trono de Dios, pero realmente es un trono-carroza. Es una palabra compuesta; de un lado, un trono; y por el otro, un carro. Nosotros sabemos lo que es una carroza. Por ejemplo, hablamos de una carroza con cuatro caballos que corren. Pero lo que vio Ezequiel era un carro con cuatro querubines. Una carroza de cuatro caballos sólo puede ir en una dirección, dependiendo del camino que los caballos están enfrentando; si el caballo está vuelto al norte, el carro irá al norte. Pero esto no es verdad con la carroza de Dios. El carro de Dios avanza en las cuatro direcciones. Por eso cada querubín tiene cuatro caras. Si usted mira el carro desde el este, enfrentando al oeste, verá cuatro hombres. Pero si usted enfrenta al norte, verá leones, y si usted enfrenta el este, verá una carroza de cuatro águilas, y hacia el sur, una carroza con bueyes.

¿Qué significa eso? El trono de Dios no permanece en el cielo. Cuando el pueblo de Dios está sufriendo, sobre todo en Babilonia, para asombro de Ezequiel, él nunca soñó que vería la gloria de Dios. Si usted quiere ver la gloria de Dios, ha de ir al cielo o a Jerusalén; así que, ¿quién esperaría ver la gloria de Dios en Babilonia? Esa fue una gran sorpresa. Este trono es un trono móvil, un trono en movimiento. Y cuando los querubines y las ruedas se mueven, llevan el cielo con ellos, y llevan el trono con ellos. Debido a sus alas, el cielo puede bajar o ascender. ¡Esa es la gloria de Dios! Hermanos, ¿cómo podemos entender esto?

Ezequiel descubrió que antes de que Babilonia entrara en la ciudad, algo pasó: la gloria de Dios abandonó del templo. Al principio sólo estaba en el umbral, y entonces se fue a la puerta oriental, y gradualmente voló. Debía inmediatamente subir al cielo, pero se detuvo en el monte de los Olivos, dio una última mirada y ascendió al cielo. La gloria de Dios se retiró del templo y volvió al cielo. Esta es la tragedia. Cuando la gloria ya no está en el templo, éste es como cualquier otro edificio. Finalmente, no quedó piedra sobre piedra, y entonces el pueblo fue llevado en cautiverio.

La iglesia está cautiva en Babilonia; porque la gloria de Dios ha partido. La gloria de Dios debería estar en el Lugar Santísimo, entre su pueblo; pero cuando ella partió, entonces el templo fue como cualquier otro edificio. Cuando la gloria de Dios se va, podemos llamar a estas personas ‘iglesia’, pero ellos son un grupo como cualquier otro grupo en la sociedad. Así, mis hermanos, para ver la visión entera, este es el mensaje de Ezequiel.

Pero este libro tiene otro mensaje maravilloso: la gloria de Dios regresó. ¡Gracias a Dios! Al estudiar el capítulo 43, vemos cómo la gloria de Dios retornó. Durante el período del segundo templo, aunque ellos lo habían reconstruido, el Lugar Santísimo estaba vacío, no había arca, ni Shekinah, ni querubines. ¿Por qué? Porque la gloria de Dios se había ido. No es de maravillarse que en el año 63 d. de C. un general romano llamado Pompeyo conquistara la ciudad, tomara el templo, hollara el Lugar Santísimo, y no fuese muerto. ¿Qué significa esto? Que la gloria de Dios ya se había ido. Ahora, ¿cuándo regresó la gloria de Dios?

Gracias a Dios, Juan tiene la respuesta. A este lado de la nube, cuando Juan escribió su evangelio, dijo: «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros*». La palabra *habitó* significa ‘*se tabernaculizó*’, se hizo tabernáculo entre nosotros. El Verbo se volvió carne, y fue como un tabernáculo. Él se tabernaculizó entre nosotros. En ese tabernáculo, como en el Lugar Santísimo, encontramos la gloria. Juan dice: «*Y vimos su gloria*». Esta es una de las frases más maravillosas en toda la Biblia. «*...gloria como del unigénito del Padre*». Es decir, la gloria de Dios regresó por medio de Jesucristo. Él es el unigénito Hijo. ¿Lo ven, hermanos? Por eso, el Lugar Santísimo siempre estuvo vacío hasta que Jesús nació en Belén.

Ahora cuando Juan vio a nuestro Señor Jesús, él dijo: «Vimos su gloria». Jesucristo es ese trono en movimiento. Cuando él vino a la tierra, trajo el cielo a la tierra; cuando visitó Jerusalén o Galilea, trajo el cielo allí; trajo el trono de Dios allí. Cuando fue a las bodas de Caná, él llevó la gloria de Dios allí, y cambió el agua en vino. Esta es la explicación de la gloria de Dios. Por eso, Pablo dice: «Vemos la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.» Cuando vemos la faz de Cristo, vemos la gloria de Dios. Todo se cumplió de manera maravillosa. Este es el evangelio de Juan.

Y, ¿qué pasó al otro lado de la nube? Gracias a Dios, hermanos, aquí vemos el trono. Juan vio el trono, porque Jesús ascendió al cielo; ese trono en movimiento se remontó al cielo. Pero, recordemos, aunque nuestro Señor está en cielo, sentado en el trono, al estudiar la visión de Ezequiel, vemos algo muy interesante: las ruedas y los querubines no están conectados, pero se mueven juntos. Y aun más, hay una voz desde el trono y esa voz gobierna todo el movimiento. Esas ruedas sobre la tierra son gobernadas por la voz del trono. Así, mis hermanos, cuando nuestro Señor ascendió al trono, derramó el Espíritu Santo.

Los seres vivientes realmente son seres creados según el propósito original de Dios; están de acuerdo con su voluntad. Y es por eso que nosotros fuimos redimidos. Después de redimidos, somos como representados por esas criaturas. Después que la iglesia fue redimida, llegamos a ser una nueva creación, y llegamos a ser el soporte del cielo. La iglesia aún está sobre la tierra, pero dondequiera que ella va o donde ella esté, siempre trae el trono del cielo a todo lugar.

Cuando nuestro Señor abrió el libro, hubo siete sellos, siete trompetas y siete copas. Después de los siete sellos sabemos que saldrán cuatro caballos y muchos eventos terrenales pasarán hasta el retorno del Señor. Recuerde que los siete sellos dependen de la apertura del libro. Ellos son gobernados por el trono. Todos esos caballos y eventos son como esas ruedas. Por una parte, a través de la iglesia; por otro lado, Dios mismo conmueve todo el universo y entonces vienen los caballos y las bestias, y así sucesivamente.

Hermanos, nuestro Dios todavía tiene el control. A veces, no entendemos a Bin Laden o a George Bush, pero recordemos que

todo lo que sucede depende del trono, porque nuestro Señor Jesús ya ha ascendido al cielo y cuando él abre el libro, entonces todo se mueve. De esta manera, el propósito de Dios será cumplido. Así que el libro completo de Apocalipsis es sobre el trono de Dios en movimiento. Los siete sellos, las siete trompetas y las siete copas nos dicen simplemente que las cuatro ruedas están girando. Pero gracias a Dios, es todo con un propósito: para que finalmente la nueva Jerusalén descienda del cielo.

El trono hoy está en el cielo, pero un día descenderá sobre esta tierra. Entonces estará el cielo en la tierra; el trono en movimiento. Finalmente, al ver la nueva Jerusalén, ella será la gloria de Dios. Todo será transparente, con piedras preciosas, y ahora sabemos lo que es la gloria. Si usted quiere ver la gloria, es la nueva Jerusalén. Así que, gracias a Dios, ésta es la visión celestial que le fue dada a Juan.

Que el Señor, por medio del libro de Apocalipsis, hable a nuestros corazones.

EN TORNO A LA VISIÓN CELESTIAL

Hoseah Wu
Jonathan Pong
Gino Iafrancesco
Claudio Pereira
Roberto Sáez
Rodrigo Abarca
Rubén Chacón
Eliseo Apablaza

VISIÓN Y NUEVA CREACIÓN

Hoseah Wu

Lecturas: Ap. 21:5, Is. 43:18-21, Mr. 2:21-22, 2ª Cor. 5:17, Gál. 6:15.

Mi carga es compartir cómo esta nueva creación que Dios busca puede manifestarse plenamente en su pueblo. Cuando Dios habla, tiene un propósito en mente, tiene algo en su corazón que quiere realizar totalmente. Dios nunca habla palabras vacías; su palabra es verdad, su palabra tiene sustancia, tiene poder, tiene la capacidad de ejecutar lo que él quiere.

El tema de esta conferencia es ‘la visión celestial’, así que todos los participantes han mencionado esta importante cosa, la visión celestial. A menos que seamos asidos por esta visión celestial, nuestra vida no tendrá ningún significado, no tendremos dirección, estaremos a la deriva, y no tendremos idea alguna acerca de lo que Dios realmente persigue. Nuestro servicio cristiano no tendrá ninguna dirección. Hemos oído de nuestros hermanos, que cuando Pablo fue cogido por la visión celestial, su vida cambió drásticamente, y de allí en adelante, su ministerio y su vida entera fue gobernada y controlada por esa única visión celestial.

Si somos capturados por esa visión celestial, hermanos y hermanas, algo tremendo va a ocurrir en lo profundo de nuestro ser. Cuando nosotros no sólo vemos esa visión, sino que esa visión realmente nos ha cogido, hay un sentimiento de urgencia. Cuando somos cazados por esta visión, el Espíritu Santo nos da un sentimiento de urgencia. Aunque Dios es muy paciente y conoce nuestras debilidades, él sabe cuán lentos somos para respon-

der a esa visión; él entiende todo eso y es muy paciente con nosotros. Sin embargo, de nuestra parte, deberíamos tener un sentimiento de urgencia porque sólo tenemos una vida tan corta, y ella no es sino para que la visión se cumpla en nosotros. Hermanos y hermanas, si en estos días somos asidos por la visión celestial, el Espíritu Santo nos dará un sentimiento de urgencia real.

Hay un principio que quiero compartir con ustedes, y este principio ha llegado a ser muy importante para mí, porque yo no soy tan joven como algunos de ustedes, hermanos y hermanas, y hay urgencia de tiempo. A través de las Escrituras, particularmente a través de los escritos de Pablo, si estudiamos Efesios, vemos lo que Dios se ha determinado en el pasado, lo que en la eternidad pasada se ha propuesto afianzar. Eso que él quiso asegurar para sí mismo a través de toda la eternidad. Lo que él quiere para la eternidad futura tiene que ser asegurado ahora.

Es por ello que esta dispensación es llamada la dispensación de la gracia, la dispensación del Espíritu Santo, la dispensación de la iglesia. Hermanos y hermanas, en la edificación de la iglesia, Dios quiere involucrarnos. Dios no es pasivo. Cuando él nos revela su visión, él persigue algo para sí mismo, y él quiere involucrarnos en esta cosa gloriosa que él busca para sí mismo. Esa es la obra de la gracia, es el trabajo del Espíritu Santo, y es por eso que nos ha sido dado el Espíritu Santo, para que él realice y perfeccione esa obra en todos nosotros.

Necesidad de expresar la nueva creación

Así que, hermanos y hermanas, me gustaría sólo compartir unos pocos ejemplos que encontramos en el evangelio de Juan. Cómo podemos permitir que la nueva creación sea una realidad en nuestras vidas. Nosotros sabemos que la nueva creación es Cristo. Cristo es nuestra nueva creación. Cristo es la nueva creación de Dios. En Cristo, Dios encuentra su plena satisfacción, y ahora él está invitándonos a venir a lo mejor de él. Hermanos, ¿cómo vamos a permitir que esa creación sea realidad con nosotros como su pueblo? La iglesia debe ser la expresión de esa nueva creación, porque Cristo es la cabeza de esa nueva creación y lo que es verdad acerca de la cabeza también debe ser verdad en relación al cuerpo. Nosotros debemos aprender que, a

fin de que esa nueva creación se vuelva una realidad, tenemos que abandonar lo viejo. Ahora, hermanos y hermanas, eso es una cosa muy drástica para nosotros.

En los Estados Unidos, tenemos un refrán: «El zapato viejo siempre es más confortable». ¿Conocen eso? A veces, cuando uno se compra zapatos nuevos, es difícil acostumbrarse a ellos. Ahora, hermanos y hermanas, uno de los fenómenos comunes entre la gente del mundo es que ellos aman mirar hacia el pasado. Nosotros, los chinos, miramos atrás, a una larga historia, y nuestro orgullo es que nuestra historia es casi tan larga como la de los israelitas. Tenemos una historia de más de cuatro mil años. Ese es nuestro orgullo. Pero, hermanos y hermanas, si ustedes miran atrás, aunque en la historia haya un registro glorioso, cuando usted realmente mira atrás, ¿qué ve realmente? Si usted quiere ser amable con la cultura china, dirá que cuando mira al pasado ve una ruina gloriosa. Era gloria, pero esa gloria está hoy en ruinas. No tenemos nada por delante, pero si miramos atrás, y sólo encontramos ruinas.

Ustedes, hermanos y hermanas en América del Sur, aprecian el ministerio del hermano Christian Chen, y dan gracias a Dios por nuestro hermano. Yo hice un par de viajes con nuestro hermano a Turquía, a las siete iglesias en Asia. Visitamos Filipos, Éfeso y todas las otras iglesias. En las Escrituras, Éfeso es una iglesia gloriosa, porque la iglesia es el cuerpo de Cristo, pero si usted va allí, a esa ubicación geográfica, ¿qué ve? Sólo ruinas. Ahora, ¿qué nos quiere enseñar el Espíritu Santo? Esos verdaderos valores espirituales están inadvertidos y todavía son reales. Cristo en nuestro medio, aunque no lo vemos, es una realidad espiritual. Usted no puede verlo con los ojos físicos; sin embargo, lo vemos con nuestros ojos espirituales, y damos gracias a Dios por su presencia con nosotros en estos días. Es una bendición estar juntos y estar en Su presencia. Yo digo que éste es el cielo en la tierra.

Lo que el Señor busca es una realidad espiritual. La primera lección que debemos aprender es que antes de que lo nuevo llegue a ser una realidad, tenemos que abandonar lo viejo. Eso es lo más difícil de hacer y, por eso, lo que no podemos por nosotros mismos, Cristo lo ha hecho por nosotros. En la cruz, él anuló a una raza humana que nunca podría satisfacer su corazón. En

su resurrección, él aseguró una raza en Cristo, que puede satisfacer totalmente el corazón del Padre. Lo que nosotros no podíamos, él lo concluyó por nosotros; él nos abrió una puerta. Las cosas viejas pasaron, y todas han sido hechas nuevas ahora en Cristo Jesús. Gracias a Dios por esa realidad. Esa es la realidad que el Señor Jesús ha logrado para nosotros.

Quiero compartir un poco acerca de lo que nosotros podemos experimentar. Comprender la verdad es bueno, pero si la verdad sigue siendo verdad objetiva no puede ser vida en nosotros. Así que necesitamos la verdad, pero necesitamos la luz de esa verdad y necesitamos la vida para experimentar esa verdad. Ahora vamos al evangelio de Juan. Vamos a usar algunas señales que encontramos en el evangelio de Juan y compartir algunas lecciones que debemos aprender antes de que la nueva creación pueda ser realidad en nosotros.

En Juan capítulo 2, miraremos primero el versículo 10. Al leer a través de la Biblia, a veces prestamos atención a las grandes palabras, palabras que tienen peso real. Hemos oído muchas grandes palabras en esta Conferencia. La expresión 'la visión celestial', ¡vaya si es una palabra grande! He oído a nuestro hermano de Colombia hablar de 'la supremacía de Cristo'. ¡Qué tremendo! Y, ¿qué hay acerca de nuestra experiencia? ¿Cómo puede ser eso real con nosotros? Esta mañana oímos compartir acerca de que Dios debe ser satisfecho primero y cuando él está verdaderamente satisfecho, entonces nosotros somos satisfechos.

Ese orden nunca puede invertirse y, cuando así sucede, estamos en un gran problema. Así que Dios es primero, él debe ser supremo y todos sus derechos deben ser restaurados totalmente. Cuando se restauran todos sus derechos y autoridad, entonces todo está bien. Cuando su autoridad y su derecho están sobre nosotros todo está bien. Siempre que su derecho y autoridad son violados, habrá caos, muerte y tinieblas. Ahora miremos este versículo. Hay un par de palabras muy insignificantes, comunes, pero son claves en toda la verdad. Así que no miremos las grandes cosas ignorando las pequeñas, porque a los ojos de Dios, sean grandes o pequeñas, son las palabras de Dios y son todas importantes.

Dios ofrece el mejor vino

Veamos el versículo 10. La escena es en Caná, y esta es la primera señal registrada para nosotros en el evangelio de Juan: *«Y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora»*. Ahora, hermanos y hermanas, el Señor desea que nosotros tengamos el buen vino, que es su corazón, lo mejor de él, y él no se reservará nada. *«¿Tú has reservado este buen vino hasta ahora? ¿Para qué lo estás guardando, para ti mismo?»*. No, no, para nosotros.

Pero, hermanos, lamentablemente no estamos en condición de recibirlo todavía, así que el Señor lo guarda para nosotros hasta el tiempo correcto, en que él pueda decir: *«Ahora pueden tomarlo»*. Hermanos y hermanas, Dios tiene todas las ricas bendiciones con las que él quiere bendecirnos. Su opción es dar, y su gozo es dar todo lo suyo —él no se reservará nada. Pero, a veces, se detiene hasta que estemos preparados para ello; porque las cosas de Dios son muy valiosas para él. Él no malgasta las cosas preciosas: quiere asegurarse que aquellos que las reciban, las aprecien y sepan lo que están recibiendo. Por eso, el maestra-sala dice: *«Tú has reservado el buen vino hasta ahora»*.

Ahora, ¿cuál es la clave para que recibamos ese vino nuevo? Hermanos y hermanas, estoy seguro que muchos de ustedes han encontrado esa llave. Fue lo que María la madre de Jesús descubrió en la fiesta de bodas, porque ella vino a Jesús y le dijo que ellos no tenían vino. Mientras aún tengamos nuestro propio vino viejo, no gustaremos nunca el buen vino que Dios da. ¿Hemos llegado ya a ese momento en que no tenemos vino? Nada en este mundo puede satisfacernos, nada en el mundo religioso puede satisfacernos.

Nosotros buscamos una vez la satisfacción en el mundo religioso, pero fallamos. Muchos de nosotros resolvimos ese problema rápidamente: *«Él me falló, lo rechazaré, no lo buscaré de nuevo»*. Y cuando rechazamos lo viejo, que nos falló, descubrimos lo nuevo en Cristo Jesús. Hermanos, esto no es sólo una vez, sino una experiencia continua, y es por eso que el ministerio del Espíritu Santo siempre debe estar fresco, viviente. Las cosas que se nos dieron nuevas en el pasado, no pueden ser nuevas hoy. Dios siempre tiene algo nuevo, algo más, para nosotros.

Cuando yo compartía con algunos de los hermanos locales, juntos en el hotel, mi corazón saltó de alegría al ver lo que el Señor está haciendo no sólo exteriormente sino en muchos corazones, y al oír el testimonio de cómo ustedes, en esta parte del mundo, han sido ayudados por los ministerios de los hermanos Watchman Nee y Austin-Sparks.

Ahora esto sé, porque pude conocer un poco al hermano Sparks. Un hermano que no lo conocía bien, se acercó a otro hermano que sí le conocía muy bien, y le dijo: «¿Puedes escribir para mí unas páginas sobre la singularidad del hermano Sparks? ¿Cuál es la cualidad única que caracteriza la vida de nuestro hermano?». Después de algunas semanas de meditación, él llegó a una conclusión, y le dijo que el hermano Sparks tenía sólo una cualidad: su búsqueda de Dios. «Dios es muy grande, él está más allá de mí y yo debo seguirlo». Eso marcó su vida, y esa era también la vida de Pablo. Él dijo: «Yo olvido todo lo que está atrás, y prosigo».

Hermanos y hermanas, esa debe ser nuestra pasión. Las inescrutables riquezas de Cristo necesitan que todos nosotros lo busquemos. Él nos quiere a todos juntos para descubrir la plenitud de Cristo, y su llenura se relaciona con su gloria. Cuando su plenitud se expresa totalmente, eso es su gloria.

Ahora, hermanos y hermanas, ¿cómo está su provisión de vino? ¿Tiene usted todavía su propio vino? ¿Está ofreciéndole el mundo todavía algo de su vino? ¿Está ofreciéndole el mundo religioso todavía un poco de vino? Si todavía buscamos ese tipo de satisfacción, no vamos a descubrir lo óptimo que Dios quiere darnos. Que nos falte pronto el vino que ofrece el mundo religioso. Si nos falta, no regresemos de nuevo. Dejemos pasar lo viejo para poder descubrir lo nuevo. Porque esta frase que leímos: «*Tú has reservado el buen vino hasta ahora*», puede no ser verdad con nosotros. Que el Señor no tenga que esperar, y nos encuentre listos para el vino nuevo. El Señor está haciendo una cosa nueva. Gracias a Dios. Miremos hacia adelante.

Las Olimpiadas en Atenas fueron muy emocionantes. Felicitaciones a los chilenos, sus tenistas ganaron medallas de oro. Yo estaba leyendo un calendario devocional cristiano, y un entrenador de carreras decía que lo primero que un corredor debe tener presente es nunca mirar atrás. «Si miras atrás, estás perdido».

Hoy día, la manera de medir el tiempo en una carrera es en fracciones de segundo. Así que él dice: «No mires atrás; en el momento en que lo haces, estás descalificado. Entonces, ¿qué debes hacer? Debes mirar a la línea de llegada». Esta es nuestra meta: lo mejor de Dios. Dios mismo es nuestra recompensa.

Hermanos y hermanas, alabado sea Dios, porque él no mantendrá su vino lejos de nosotros. Él está esperando oírnos decir: «Yo no tengo vino, yo quiero el mejor». Él está esperando por ese clamor de nuestros corazones: «No hay vino. Tú tienes el mejor».

Costo y alcances de la visión espiritual

Vamos a otra señal. El capítulo 9 del evangelio de Juan, habla sobre el hombre ciego de nacimiento. Veamos el versículo 32. Estas son las palabras de un hombre que nació ciego y recibió la vista. Esta señal es muy diferente. Este hombre nació ciego. Así es nuestra verdadera condición espiritual. En el caso de este hombre, no era que sus ojos estuvieran enfermos, o que sus ojos hubieran sido dañados, sino que él no tenía visión desde su nacimiento. La razón por la cual recibió la vista, fue un acto creador, soberano, de Dios. Fue algo que nunca estuvo allí y que él recibió. Ahora, ¿quién puede hacer eso? Sólo Dios el Creador. Este hombre comprendió eso.

Ahora leamos el versículo 32: «*Desde el principio, no se ha oído decir que ninguno abriese los ojos a uno que nació ciego*». Ese es un versículo poderoso. Hermanos y hermanas, ¿qué es lo nuevo? Puedo darles un ejemplo. Esta es mi primera vez en su país, de tal manera que todo es nuevo para mí; es la primera vez que estoy con ustedes, así que todos ustedes son nuevos para mí. Pero para los chilenos, no es nuevo, es antiguo. Ustedes han estado aquí todo el tiempo y conocen todo por muchos años. Así que, a nivel humano, lo nuevo es relativo. Lo que es nuevo para mí, es viejo para ustedes, y lo que es nuevo para ustedes puede ser viejo para mí.

Entonces, ¿cuál es la definición de novedad espiritual? ¿Qué es lo nuevo? «*Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman*» (1ª Corintios 2:9, también es una cita de Isaías 64). Hermanos y hermanas, esto es lo nuevo. En nuestra Conferencia

de junio pasado en Richmond, dijimos que este versículo habla de la iglesia. Lo que ojo no vio, ni oído oyó, lo que nunca ha subido en la mente del hombre, es la nueva creación, que es Cristo, que es su cuerpo, la iglesia. ¡Cómo necesitamos tener una mente renovada, una mente espiritual para discernir las cosas espirituales! Así que este hombre ciego dice: «Desde que el mundo existe, lo que a mí me sucedió nunca había pasado».

Ahora hermanos y hermanas, si nosotros hemos recibido alguna vista espiritual, es obra de Dios, es la misericordia de Dios; porque todos éramos espiritualmente ciegos. Nuestra capacidad de ver espiritualmente es cero, pero si se nos ha dado vista espiritual, es un acto creador de Dios, es su obra. Es como en la creación, cuando Dios dijo: «Haya luz», y fue la luz; nosotros no tuvimos ninguna contribución. Todo es por su misericordia, por su obra.

Pero permítanme ir más allá. Cuando se nos ha dado vista espiritual, llegamos a ser objeto de controversia. La gente dice: «¿Dónde conseguiste eso?». A usted se le ha dado vista espiritual para ver algo, y la gente dice: «¿Cómo lo lograste?». ¿Ven lo que estoy diciendo? Esto ha creado muchos problemas en el mundo religioso. Cuando aquel hombre recibió la vista, creó muchos problemas a los fariseos. Decían: «¿Es éste el mismo hombre? Se parece a él». Pero él decía: «Yo soy», y ellos no lo creían, pues era algo de lo que nunca habían oído, algo que Dios había hecho. La gente no puede entenderlo, ellos se confunden. «¿Dónde conseguiste eso? Tú tienes la misma Biblia, ¿cómo yo no veo lo mismo? ¿Cómo puedes ver más de lo que yo veo?».

He aquí una historia real. Un hermano americano fue a Honor Oak para oír el ministerio del hermano Sparks, y después de que éste compartió, el hermano americano dijo a un creyente local: «Dígame, ¿qué versión de la Biblia usa el hermano Sparks? ¿Cómo tiene él las notas al pie de página que yo no tengo en mi Biblia? ¿Dónde consiguió todo eso?». Lo que quiero decir es que hay un costo cuando se nos da visión espiritual. ¿Estamos considerando nosotros ese costo? Porque cuando aquel hombre recibió la vista, fue expulsado de la sinagoga. Hermanos y hermanas, recibir visión espiritual tiene un costo.

La visión espiritual no es barata, es costosa. Es dada a aquellos que se comprometen con Dios. Piense en eso. Es fácil oír,

pero es costoso obedecer. Hermanos y hermanas, piensen en eso. Cuando el hermano Sparks vio la iglesia como el cuerpo de Cristo, Cristo como la cabeza viva, y cuando vio que la obra de la cruz es necesaria para la iglesia, comentó con otro hermano muy cercano: «Cuando recibí esa visión, toda Inglaterra se volvió contra mí».

Hermanos y hermanas, recuerden: la visión no es barata; les costará su propia vida. Pero hermanos y hermanas, vale la pena, porque ésa es la única forma en que Dios puede lograr lo que quiere conseguir para sí mismo. Esta es la vía en la cual la creación puede ser una realidad con nosotros. Es caro para la iglesia ser una iglesia real como Dios la desea tener. Necesitamos considerar el costo; pero, hermanos y hermanas, tengo que decirles cuál es su precio. Ese es el único camino al corazón de Dios. ¡Gracias a Dios!

La respuesta de Dios a la muerte es la resurrección

Por último, veamos Juan capítulo 11. Pero primero quiero mostrarles cómo tratamos de guardar lo viejo. A veces, por ser amables con nuestro hermano, somos poco sabios. Queriendo mostrarle amor y simpatía, ayudamos a que él retenga lo viejo. Inconscientemente, a menudo hacemos eso con nuestros hermanos y hermanas. Mostramos nuestra simpatía en un nivel humano; pero ignoramos el corazón de Dios. Este versículo me impactó recientemente, Juan 11:37. Suena correcto, parece lógico; pero una cosa puede sonar correcta y lógica, y estar totalmente equivocada.

«Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?». Usted sabe que librar a alguien de la muerte es una gran cosa a nivel humano. Hay una hermana que vino hace algunos años a nuestra comunión y cuando recién llegó, ella dijo: «¿Por qué Dios permitió a Jesús morir en una cruz siendo tan joven, sólo a los treinta y tres años? ¿Por qué no le permitió vivir mucho más tiempo para que hiciera una obra mayor? ¿Por qué tenía que morir tan temprano?». A ella le parecía muy lógico. «¿Por qué morir innecesariamente antes del tiempo correcto?». Ése es razonamiento humano y, ¿cómo entra el raciocinio humano en la voluntad de Dios?

Hermanos y hermanas, el versículo: «¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?», parece muy lógico. ¿Pero es este el camino de Dios? No, el camino de Dios está más allá de nuestro entendimiento. Dios nunca razona con nosotros, él sólo nos pide que obedezcamos. Sólo él sabe lo que es verdaderamente bueno; nosotros no lo sabemos. La caída del hombre lejos de Dios es porque nosotros queremos saber lo que es bueno y lo que es malo. Lo bueno y lo malo está en la providencia de Dios. Nosotros estamos para buscarlo y depender de lo que él nos diga que es bueno y malo ante sus ojos. Hermanos y hermanas, nosotros no sabemos lo que realmente es bueno, sólo Dios lo sabe. Así que el Señor Jesús retrasó su viaje a Betania y esperó hasta que Lázaro estuviera realmente muerto. Sin muerte, nunca experimentaremos el poder de la resurrección. «El que guarda su vida la perderá, y el que pierda su vida por mi causa, la ganará».

Esa no es lógica humana, pero ese es el camino de la vida. Así que el Señor esperó hasta el cuarto día y dijo: «¿Dónde le pusisteis?». Ellos lo llevaron al lugar y el Señor dijo: «Quitad la piedra». Y Marta estaba tan nerviosa, que dijo: «Hiede ya, porque es de cuatro días; él está más allá de toda esperanza». Se dice en la tradición judía que si una persona ha estado muerta por tres días, hay una posibilidad de que reviva, pero al cuarto día ya no hay posibilidad alguna de reavivarla. Pero entonces el Señor entra en escena y Lázaro es resucitado de los muertos. Ahora hermanos y hermanas, cuando Marta dijo: «Señor, ya hiede, él ha estado allí cuatro días; lo que es natural, es natural; lo que es natural perece. Tú no puedes revertir eso». Pero gracias a Dios, el Señor dijo: «¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?» (Juan 11: 40).

Ahora, ¿qué es la gloria? La vida que sale de la muerte es la gloria y por eso la iglesia es una iglesia gloriosa, porque la vida que poseemos es una vida que salió de la muerte. Esa es la iglesia, es Cristo nuestra vida. Hermanos y hermanas, gracias a Dios, para nosotros la muerte no es el fin. La respuesta de Dios a la muerte es siempre la resurrección, y la iglesia es la respuesta a la muerte, porque nuestra cabeza es el glorioso Señor Jesús resucitado, y la respuesta al mundo es: «Cristo es mi vida», la vida de Cristo resucitado.

Firmes en medio de la conmoción

Finalmente, para animarles, hermanos y hermanas, aquí en América del Sur, todo lo que Dios está obrando en nosotros como creyentes, corporativamente, en la iglesia, está más allá de nosotros, todo es su obra. Ustedes descubrirán que estamos rodeados por la amenaza de muerte pero vivimos por el poder de la resurrección. Si no hay muerte, no hay vida de resurrección y, hermanos, la iglesia debe atreverse a encarar la muerte porque nosotros tenemos Su vida, la vida de resurrección y nuestra Cabeza está en la gloria.

Ahora, hermanos y hermanas, hay días difíciles delante nuestro. Estamos viviendo días de gran conmoción; pero, gracias a Dios, estamos firmes sobre una Roca sólida: Cristo, su muerte, su resurrección, su ascensión, glorificación y exaltación. Ese es nuestro firme fundamento, y somos incommovibles por causa de Cristo. Él es nuestra nueva creación y gracias a Dios por eso.

Finalmente hermanos y hermanas, capturar la visión celestial, hacer real esa visión, tiene un precio. ¿Estamos preparados para eso? ¿Diremos: «No el vino, sino el Señor es mi gozo y mi satisfacción»? Cuando hemos recibido esa visión espiritual y las personas nos miran como realmente extraños para el mundo —y lo somos—, lo que nos separa del mundo es nuestra visión.

Lo que nos señala como verdaderos cristianos y verdaderos creyentes es nuestra visión. Tiene un costo, pero merece la pena, y gracias a Dios, si Cristo es con nosotros, ¿quién contra nosotros? Si Cristo es nuestra justificación, ¿quién puede condenarnos? Y gracias a Dios, aquellos a quienes él ama, los amará hasta el fin. Hermanos y hermanas, gracias a Dios por lo que él está haciendo y que podamos asirnos a él. Me alegro mucho de poder estar con ustedes, hermanos y hermanas, en estos días.

Lo que Dios está haciendo en los Estados Unidos, en China y en muchos lugares, no está separado de lo que él está haciendo con ustedes. ¡Nosotros somos uno! La gloria de ustedes será nuestra gloria, su victoria será nuestra victoria. El Señor nos ayude. Desafortunadamente, si somos derrotados, también nos afectamos unos a otros, así que seamos fuertes en el Señor, estando firmes en un Espíritu, porque Cristo es nuestra victoria. ¡A él sea toda la gloria! Nosotros somos uno y nada prevalecerá en contra nuestra, porque nuestro Cristo es un Rey victorioso. ¡Toda la gloria a Él!

PROBADA POR FUEGO

Jonathan Pong

Lecturas: Apocalipsis 7:9-14. Salmo 66:10-12. Malaquías 3:2-4.

Gracias al Señor por este encuentro. El tema de la conferencia es ‘la visión celestial’. En el primer mensaje, nuestro hermano (Christian) compartió desde tres ángulos diferentes: la visión de Pablo, la visión de Pedro y la visión de Juan. Desde diferentes ángulos podemos tener un cuadro completo de la visión celestial. Quisiera usar lo que ya hemos leído acerca de la segunda visión de Juan en la isla de Patmos. Quiero compartir a través de esta visión algo que Dios ha hecho en la iglesia en China, así que espero por la gracia de Dios tener tiempo para compartir lo que el Señor ha puesto en mi corazón. En el libro de Apocalipsis hay ocho visiones dadas al apóstol Juan, y nuestro hermano compartió sobre la primera visión. Me gustaría tocar brevemente la segunda visión.

Probados por el fuego

La segunda es una gran visión que empieza con el trono, aquel que está sentado en el trono y el único que es digno de tomar el libro de manos del Padre. En el capítulo 7, la visión se extiende desde el trono al Cordero y luego a las personas alrededor del trono. Es la primera vez en este libro donde vemos personas ante el trono. Juan nos dice que hay una multitud que nadie puede contar, con vestiduras blancas, de toda nación, pueblo y tribu y lengua, de pie ante el trono.

Esta mañana, cuando yo entré a esta sala, oí los himnos con que ustedes alababan al Señor, y tuve una sensación de esta vi-

sión: de todas las naciones, tribus y lenguas con sólo un centro: Dios en el trono y su Hijo el Cordero. Realmente siento que algo del cielo está en la tierra, y esto es saborear un poco lo que ha de venir. Somos sólo unos centenares aquí, pero allá seremos multitudes, nadie sabe cuál su número. Incluso puedo imaginar que cuando estemos en el cielo algún día, el coro más bonito será el de los latinos, porque ustedes realmente saben cantar. El canto realmente conmueve mi cuerpo entero, toca mi corazón y yo tengo que llorar. Y en esta visión Juan vio eso. ¡Qué gloriosa escena!

Fue hecha la pregunta: «¿Quiénes son éstos de vestiduras blancas?». Juan dijo: «Señor, tú lo sabes». Y el ángel contestó: «Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus túnicas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero» (vers. 14). Así que la primera característica descrita por el ángel acerca de esa multitud es que ellos salieron de la gran tribulación. En otras palabras, estas personas han sido probadas por fuego y son los vencedores. Porque ellos han vencido, han recibido esta recompensa del Señor y son arrebatados ante el trono. Sus vidas han sido probadas.

Yo escogí las otras dos escrituras, una en el Salmo 66 y otra en Malaquías 3. Todos los santos en el Antiguo Testamento tuvieron el mismo testimonio. Somos justificados por la sangre, esta justificación por la fe es gratuita. No necesitamos hacer nada, por la gracia de Dios, somos salvos gratuitamente, y damos gracias a Dios por eso. Pero ese es apenas el principio. El Señor nos llamó fuera de este mundo, él pagó el precio más alto por cada uno de nosotros y él está guiándonos por un camino. Este camino tiene una meta y esa meta es el trono. Así que de aquí a allá hay una senda por recorrer, pero este camino de entrada a Cristo es la senda estrecha.

Pienso que hoy muchos cristianos tienen una confusión. Usaré una analogía. En la escuela dominical, el maestro compartió una historia con los niños, en el evangelio de Lucas, acerca de un hombre rico y un mendigo llamado Lázaro. Un día, ambos murieron y se encontraron en la otra vida, pero había una gran sima entre ellos que les separaba. El mendigo está en el seno de Abraham, muy cómodo, muy feliz. Pero en el otro lado, donde está el rico, es un lugar caluroso. No es el infierno, pero es muy caluroso. Todos sabemos esta historia por el propio Jesús.

Después de la historia, el maestro les preguntó a los niños: «¿Cuál de ellos te gustaría ser?». Todos se miraron y levantaron sus manos: «¡Yo sé, yo sé!». Así que el maestro le preguntó a uno: «Dilo, por favor». El pequeño se puso en pie y dijo: «Mientras esté vivo, quiero ser el hombre rico, y cuando me muera, quiero ser como el mendigo». ¡Qué inteligente! Yo pienso que, de algún modo, todos tenemos el mismo deseo. Cuando estamos viviendo en la tierra, tratamos de ser ricos, y cuando dejamos esta tierra quisiéramos ser como el mendigo Lázaro. Así ganamos ambos beneficios, el terrenal y el celestial. Éste es nuestro deseo, pero no podemos tener ambos.

En esta visión, todos los vencedores estaban delante el trono. La primera calificación era que ellos habían pasado por la gran tribulación. Fueron probados por el fuego. El Salmo 66 dice: «*Porque tú nos probaste, oh Dios; nos ensayaste como se afina la plata*». Este fuego refinador es una analogía para describir la vida cristiana. Cuando somos salvados, tenemos una mezcla. Tenemos la vida divina que entra en nuestro ser —llamamos a eso nacer de nuevo—, cuando recibimos la vida de Cristo; pero al mismo tiempo, aún tenemos la vieja vida del yo, y esta vida tiene que pasar por un proceso, el fuego refinador, para ser purificada. Ese es el propósito por el cual Dios está obrando ahora mismo.

Para el salmista, en el comienzo, cuando él pasó por el fuego, no podía entenderlo. Estaba confundido. «¿Por qué? Se supone que yo soy bendecido por el Señor». Al contrario: «*Nos metiste en la red*». Estaban viviendo como prisioneros. También averiguó que otras personas tenían cargas sobre sus espaldas. En otras palabras, eran esclavos, bajo dura persecución: «*Hiciste cabalgar hombres sobre nuestra cabeza*». Él resume todas estas duras experiencias en dos palabras: fuego y agua; a veces muy caliente como el fuego; otras, frío como el agua.

La experiencia tiene tal contraste de un extremo a otro, y cuando pasamos por estos procesos, a veces nos confundimos, porque pensábamos que seríamos muy bendecidos. Pero, cuanto más caminamos con el Señor, tendremos muchas sorpresas. La razón por la cual somos sorprendidos es porque no estamos preparados psicológicamente, pero al estudiar la Palabra cuidadosamente, con la mente despejada, vemos que la Biblia ya nos

ha revelado estos secretos.

En Malaquías, el texto que hemos leído, se comparte la misma experiencia. Dios es fuego purificador y él está afinando a sus levitas. Nosotros somos sus levitas, tenemos el privilegio de servir a nuestro Dios, pero estamos tan confundidos. Estamos limitados por nuestra carne y para servir a Dios, nuestra carne tiene que ser abatida. Pero no nos gusta eso, no es cómodo, está lleno de lágrimas y dolor. Un día averiguaremos que ese es el camino que Dios diseñó para cada uno, y nosotros pasaremos por él de una u otra forma.

Testimonio de la obra de Dios en China

Yo fui salvo en 1961. Tenía dieciséis años y vivía en Taipei, Taiwán. Los primeros diez años de mi vida cristiana estuve en Taiwán, hasta 1971 cuando fui a Estados Unidos como estudiante graduado y ese mismo año me casé con mi esposa. Fui a una universidad en Carolina del Norte y recuerdo muy claramente, era agosto de 1971. A principios de septiembre, un fin de semana, hubo una pequeña reunión en casa de un hermano, con muchas personas.

Ese día, el anfitrión inició la reunión diciendo: «Hoy tenemos un orador especial desde Nueva York, llamado Stephen Kaung». Yo no sabía quién era Stephen Kaung, sólo conocía el nombre chino, no el nombre inglés. Cuando el dueño de casa presentó al hermano Kaung, éste se puso en pie y yo dije: «Ah, yo lo conozco», y comenté con mi esposa: «Su nombre no es Stephen Kaung, sino Chiang Sho Dao, o algo así. Ese es el nombre chino». Porque cuando yo estudiaba en la escuela secundaria en Taipei, aproximadamente en 1964, el hermano Kaung había visitado Taipei desde Nueva York y habló sobre los ‘cánticos graduales’ en la asamblea de Taipei.

En ese momento yo era un estudiante de secundaria y mi impresión allí fue: «Oh, su Biblia es diferente de mi Biblia. Él estudia la Biblia y yo leo la Biblia, pero de algún modo su versión es diferente de la mía. Cuando él comparte, toda la Biblia está llena de luz; pero cuando yo leo, no veo mucho». Así fue como yo lo encontré en esos años tempranos. Fui muy afortunado desde 1971 en adelante, por tener el privilegio de oír las enseñanzas del hermano Kaung.

En 1992, después de dieciséis años de servicio en una compañía americana, renuncié a mi trabajo y asumí como obrero a tiempo completo. Por una parte, sirvo en nuestra congregación, y por otro lado el Señor me puso en un ministerio muy especial en China. Ahora les diré cómo estoy involucrado con China hoy y la razón para ello. Desde 1992 hasta ahora, he tenido el privilegio de ir allí tres veces al año y visitar iglesias en las casas en toda China.

Tengo comunión con muchos cristianos diferentes en China. Con este fin, el Señor me ha preparado cerca de diez años para este ministerio. Durante la fase de preparación, desde 1982 a 1992, adquirí un gran conocimiento en relación a China; por una parte debido a mi trabajo en una compañía americana, y por otro lado, por el privilegio de reunirme con hermanos y hermanas chinos. A través de ese contacto y testimonio, tuve una mejor comprensión de lo que Dios estaba haciendo en China.

Yo nací en Taiwán y tenía muy pocos contactos cristianos en China continental. Pero debido a esos diez años de inusual preparación, llegué a saber mucho de ellos. Entonces conocí lo que había sucedido con esos cristianos durante los últimos cincuenta años. Cuando yo estaba en Taiwán, oíamos hablar mucho de los chinos y su gobierno comunista. Muchos conocen acerca del presidente Mao. Él gobernó China durante treinta años y, durante ese tiempo, el período más conocido es llamado ‘la revolución cultural’.

Eso fue de 1966 a 1976, y muchos cristianos sufrieron enormemente. Por supuesto, al estudiar toda la historia, desde que Mao tomó el poder en 1949 hasta su muerte, esos treinta años, usted sabrá que el gobierno tuvo una serie de tácticas para eliminar a los cristianos, y ellos lo hicieron muy sistemáticamente. Muchos cristianos estuvieron bajo gran presión para apostatar de la fe, o ser perseguidos. Así que toda China pasó por el fuego.

Durante la revolución cultural hubo cuatro personas famosas, llamados ‘la banda de los cuatro’. Eran seguidores de Mao Tse Tung. Uno de ellos, llamado Mr. Jung, hizo una declaración al principio de la revolución cultural: «En tres años, voy a enviar a toda la cristiandad al museo». Y lo hicieron. Quemaron todas las Biblias en China, a tal punto que yo oí que en un pueblo en el sur de China reunieron miles de copias de la Biblia, las apilaron

como una pequeña montaña y le ordenaron a un pastor: «Ven y quema las Biblias». Pero él se negó, así que allí mismo lo mataron. Cosas similares sucedían por todas partes.

Las Biblias eran quemadas, los edificios de las iglesias eran cerrados, los seminarios cristianos eran clausurados. Las escuelas y hospitales cristianos fueron confiscados y todo lo que tuviese relación con el cristianismo desapareció durante esos años. Todos quedaron muy callados sobre su fe, algunos se rindieron, pero unos pocos guardaron la fe y pasaron por tiempos terribles. Algunos fueron a los campos de trabajos forzados, otros fueron enviados a prisión, otros fueron asesinados. Durante esos diez años, todos los cristianos pasaron por un infierno.

Exteriormente, no había ninguna actividad cristiana. En Taiwán, recibíamos noticias de China. El líder más conocido de ese tiempo era el hermano Nee, que murió en 1972. Muchos buenos cristianos, sufrieron grandemente y todos hacían la misma pregunta: «¿Por qué, Señor? Tú deberías hacer algo, deberías vindicar a tu pueblo, ellos han sufrido demasiado. ¿Por qué?». No había respuesta. Aquello parecía interminable, aun desesperado.

Cinco años atrás, me encontré con un grupo de cristianos iraníes, en una conferencia en Seattle. Había unos cien cristianos de Irán y otros de China. Cuando estábamos charlando, un hermano me dijo:

–Hermanos, ustedes son de China, ¿cierto?

–Sí, la mayoría; pero algunos somos de Taiwán.

–¡Alabado sea Dios!, porque nosotros podemos entenderlos.

–¿Cómo es que pueden entendernos?

–Bueno, Dios levantó en China a un hombre llamado Mao Tse Tung. Pues, para nosotros, los iraníes, Dios levantó a un hombre llamado Khomeini. ¿Sabe quién fue Khomeini?

–Sí, lo conozco, fue un líder famoso.

–Pues, a causa de que Mao Tse Tung los persiguió a ustedes, hoy los cristianos han experimentado una explosión de crecimiento en China.

–¿Cómo pueden ustedes ser cristianos?– le pregunté –porque yo tenía la impresión que en Irán todos son musulmanes, y es muy difícil allí predicar el evangelio. Si usted es cristiano, lo apresarán y lo matarán.

—Sí, así era; pero Dios hizo un milagro y revirtió la situación imposible. Dios nos dio un hombre llamado Khomeini. Él hizo una obra tan terrible en Irán, que muchos dejaron el Islam. Ellos dijeron: «Si Khomeini nos predica este tipo de Islam, no queremos creer». Así que muchos jóvenes rechazaron el Islam y empezaron a buscar una alternativa. Como resultado de ese proceso, somos centenares de cristianos iraníes aquí hoy. El evangelio fue predicado en Irán después que Khomeini murió. Del mismo modo sucedió con ustedes en China.

—Tiene usted razón— le contesté.

El presidente Mao murió en 1976. Tres años más tarde, Deng Xiao Ping subió al poder, China tuvo una apertura, y muchos viejos cristianos que antes fueron perseguidos ahora fueron restaurados. El evangelio en China tuvo una gran explosión. Algunas estadísticas: En 1949, el año en que el comunismo asumió el poder, la población cristiana en China era alrededor de 700.000 contra la población china en ese tiempo, que era de 460 millones de habitantes. Así que la proporción era aproximadamente 1,4 personas por 1.000, un porcentaje bajísimo.

El evangelio fue predicado por primera vez en China a principios del siglo XIX por un misionero protestante llamado Robert Morrison. Él llegó desde Inglaterra en 1807. En tres años más se cumplirán doscientos años de la predicación del evangelio en China. En 1949, después de 150 años de arduo trabajo misionero, el evangelio estaba como golpeando un muro, los chinos lo estaban rechazando. Los chinos son muy orgullosos: «Nosotros no necesitamos que un extranjero nos diga que somos pecadores y tenemos que arrepentirnos. No, ustedes los extranjeros son los pecadores. Ustedes vienen acá y nos invaden. Ustedes deben arrepentirse; no nosotros». Así que el evangelio fue rechazado. Muchos chinos rendían culto a ídolos. «Tenemos nuestros propios dioses; no necesitamos un Dios extranjero».

A lo largo de estos 150 años de dura labor, aunque miles de misioneros vinieron a China, muy pocos chinos fueron salvos. ¿Qué podíamos hacer? ¿Quién podría cambiarnos? Hablando humanamente, era imposible. ¿Quién puede cambiar una cultura? ¿Quién puede cambiar el hecho histórico? Era simplemente imposible predicar el evangelio allí. Pero los misioneros y unos pocos cristianos en China oraron y oraron durante largo tiempo.

Entonces Dios oyó sus oraciones, y cuando vino la respuesta, a nadie les gustó. La respuesta fue el presidente Mao. China sufrió grandemente bajo su mano. Él gobernó con mano dura durante treinta años. Las estadísticas muestran que bajo su mando, por lo menos treinta millones de chinos fueron asesinados. ¿Cuál es la población en Chile? –Quince millones–. Así que Mao mató dos veces la población de Chile.

¿Quién se atreve a adivinar cuántos cristianos hay hoy en China? ¿Cien millones? En 1949, antes que el comunismo llegara, había 700.000 creyentes. Ahora, agregue tres ceros más después de ellos: ¡700 millones! De 1979 hasta ahora, poco más de veinte años. Ningún misionero lo hizo, ningún seminario teológico. ¿Quién fue? El Espíritu Santo y esos cristianos fieles. Cuando Dios obra, ningún hombre puede detenerlo. Es tan rápido, más allá de la imaginación más fértil. En estos años he tenido el privilegio de ir y tener comunión con estos cristianos. Muchos cristianos son renacidos y los viejos creyentes que tanto han sufrido tienen sesenta, setenta u ochenta años. Han trabajado duro, pero la cosecha es muy grande.

Hoy el problema no es quién predicará el evangelio, porque el evangelio ha sido predicado por todas partes. La gente viene a ellos y dice: «He oído que eres cristiano; por favor, dime cómo puedo llegar a ser un cristiano». Porque han perdido toda esperanza, y buscan respuestas: «¿Cuál es el significado de la vida? Por favor, dímelo». Así que predicar el evangelio en China en los últimos veinte años se ha hecho fácil. Sin embargo, hay muchos bebés cristianos. ¿Quién puede alimentarlos? ¿Quién puede enseñarles a usar la Palabra de Dios? Esta es hoy la necesidad más urgente.

Por otro lado, si miramos atrás, vemos que el Señor hizo una obra maravillosa, aun antes que los comunistas asumieran, a través de unos pocos cristianos. Muchos de ustedes conocen a Watchman Nee. Él recibió gran ayuda de una hermana británica llamada Margaret Barber. Ella llegó a China en 1912 por segunda vez, y cuando vino, con otra hermana inglesa, el Señor puso en su corazón orar por los jóvenes en China. Eso fue en 1912. El Señor respondió su oración y entonces ella ayudó a cerca de una docena de jóvenes y muchos de ellos fueron levantados y grandemente usados por Dios en esos años.

Si usted leen ‘Contra la marea’, conocerán la vida de Watchman Nee¹. Dios lo usó en forma poderosa y le dio visión celestial. Muchos cristianos recibieron su ministerio y experimentaron un reavivamiento. En aquel tiempo, la obra estaba creciendo también tremendamente en toda China. Eso fue antes de 1949. Por una parte, Dios había bendecido notoriamente a los cristianos, pero al mismo tiempo la mano humana empezó a interferir, porque era una obra tan grande: diez mil, veinte mil, muchas personas entraron en esta congregación. Pero entonces la mano humana empezó a organizar.

Las cosas empezaron a cambiar. Usted verá muchas arrugas, como un hermano ha compartido, y las arrugas no son de Dios, sino de la naturaleza humana. Así que Dios pasó a los cristianos a través del fuego, con el fin de purificarlos. Él necesita nuestro sacrificio puro. Dios no puede aceptar nada que no sea de él mismo. Todo lo carnal es rechazado. Nuestra naturaleza humana tiene la tendencia a corromper la obra de Dios. Así en el nivel *macro*, usted verá que todos los cristianos en China pasaron a través del fuego purificador, pero en la visión *micro*, vemos que el fuego tocaba muchas de esas grandes obras, el trabajo de la iglesia local en ese momento. Toda la obra en China pasó por una tremenda persecución. Aun hoy, Dios está purificando su testimonio.

Dios está refinando su iglesia

Ayer, cuando nuestro hermano me pidió que compartiera lo que estaba en mi corazón, yo oí su testimonio, cómo el Señor ha trabajado en Chile, cómo ustedes han sido bendecidos durante los últimos veinticinco años. Ustedes también han pasado por muchas pruebas y juicios y yo pensé que debía compartir la misma experiencia de la cual fui testigo en China. Como individuos, pasamos por el fuego para purificar nuestra vida individual. Como un cuerpo, tenemos diferentes asambleas en muchos lugares, y el Señor también está refinando su iglesia para que podamos servirle de acuerdo a su carácter.

Así que todo lo que enfrentamos no es un accidente, sino un diseño de Dios. Somos llamados para caminar en esta senda es-

¹ En español ha sido publicado bajo el nombre de La Vida de Nee To-Sheng.

trecha para que un día disfrutemos el privilegio de estar ante el trono, con vestiduras blancas y alabándole en el cielo, donde le serviremos por siempre. Para llegar a eso, hoy pasamos por todos estos procesos. Así que tenemos que estar preparados, nuestro corazón tiene que ser recto. Este es el proceso que tenemos que experimentar juntos.

Espero que lo compartido sobre las iglesias en China sea un estímulo a las iglesias en América del Sur. Los días son muy cortos, el Señor regresa muy pronto, así que el proceso se está acelerando. Él tiene que hacer una obra rápidamente y nosotros tenemos que cooperar con él. Nosotros no queremos restarnos, sino presentarnos a Dios confiando que él obrará, para que su nombre sea alabado y él reciba toda la gloria. ¡Aleluya!

CRISTO, LA PRIORIDAD EN LA MUDANZA DEL TABERNÁCULO

Gino Iafrancesco

Números, libro de orden

Hermanos, vamos a abrir inicialmente la palabra del Señor en el capítulo 4 del libro de Números. Este libro de los Números tiene un nombre en el hebreo que tiene que ver con el inicio del libro, como acostumbran los hebreos a nombrar los libros del Pentateuco. El nombre sería *'En el desierto'*, allí como en el capítulo 1 verso 1 dice: *«Habló Jehová a Moisés en el desierto»*. Así se llama este libro: *'En el desierto'*. Y ha sido también llamado Números. Desde la Septuaginta le pusieron ese nombre, *Aritmoi*, de donde viene esa palabra que nosotros usamos, Aritmética. Es un libro que tiene ese nombre también. En el desierto y Aritmética, Números.

Es un libro donde Dios pone en orden. Él mismo revela por el Espíritu sus delicadezas; lo que es primero, lo que es segundo, lo que es tercero. Allí en ese libro aparecen los censos; en ese libro aparece el orden de marcha. En ese libro aparecen las tribus que tienen la bandera, y aparecen las tribus que acompañan de segundo, y aparecen las tribus que acompañan de tercero.

Quizás a nosotros nos gustaría siempre tener la bandera, y siempre ir de primeros. Pero, en el orden de Dios, a veces tenemos que ir de segundos, y a veces tenemos que ir de terceros. Yo pienso que es más fácil ir de tercero que de segundo. Es más fácil ser 17, ser 23, ser 51, que ser segundo. Ser segundo requiere más tratamiento, requiere más espiritualidad de parte del Señor.

Y aquí en este libro de Números, el Señor nos habla de un orden de prioridades. Dios tiene prioridades, prioridades que no tienen que ver con un arreglo externo, sino que son prioridades espirituales; son delicadezas espirituales. El orden del Señor se conoce por las delicadezas del Espíritu en nuestro interior. Y aquí, en este capítulo 4 donde tenemos abierto, vamos a ver un orden de prioridades, un orden de marcha, un orden de procesión y de precesión.

Mudanza del campamento

Entonces, miremos allí desde el capítulo 4, versículo 5. Comienza el Espíritu Santo, creemos aquí todos, que es el que inspiró a Moisés, a usar frases tan claves. «*Cuando haya de mudarse el campamento...*». Constantemente, el campamento del Señor se está mudando. Este es el libro de Números, es el libro de las jornadas en el desierto. Esas jornadas aparecen aquí en este libro. Otros órdenes de marcha, otras prioridades, otras distribuciones aparecen aquí en este libro.

Constantemente, si estamos caminando, si estamos siendo dirigidos por el Señor, estamos mudando el campamento. La nube del Señor se detiene por un tiempo, mientras la torta se cocina por un lado, y cuando ya la torta esté suficientemente cocida, para que no se queme, entonces el Señor tiene que voltearla.

Ustedes recuerdan ese pasaje en el libro de Oseas que dice que Efraín fue una torta no volteada. Cuando una torta no se voltea a tiempo, entonces se quema por un lado y queda cruda por el otro lado. De manera que el Señor tiene que estar volteando la torta. Las tribus del Señor somos tortas. El Señor, en Israel, a cada tribu la comparó con una torta. Ahí, Efraín es una torta. La mesa de los panes de la proposición era una mesa de tortas. Cada tribu era una torta. Y había que darle la vuelta a la torta en el momento apropiado.

Ustedes recuerdan en Jeremías, donde Dios habla de Moab, y dice que Moab estuvo mucho tiempo tranquilo, se quedó reposado en sus sedimentos. Entonces su olor y su sabor no cambiaron. Y entonces el Señor tendría que hacer algo, tendría que remover a Moab para cambiar su sabor y para cambiar su olor. Constantemente, el Señor está haciendo esas remociones. A ve-

ces parece que nos deja tranquilos por un tiempo, parece que la nube se va a quedar de vacaciones tres meses. De pronto, se levanta la nube, y tenemos que seguirla.

Iniciativa de Cristo

Y aquí, esta primera frase que leímos en el verso 5 nos habla de que eso está constantemente aconteciendo con nosotros, con el pueblo de Dios. «*Cuando haya...*». Haya, haber... Eso debe suceder de tanto en tanto, constantemente. No somos nosotros los que decidimos esto. Es exclusivamente la gloria de Dios la que decide esto, la gloria de la Shekinah cuando haya de mudarse el campamento.

«*...vendrán...*». No es que primero vamos, sino que primero nos llegan. «*...vendrán Aarón y sus hijos...*». Aquí, ustedes saben que Aarón y sus hijos, que son los sumos sacerdotes, representan primeramente a Cristo. Cada movimiento del campamento necesita una iniciativa de la cabeza, una iniciativa del Señor. Nosotros no podemos movernos como queremos, porque nos vamos a donde no tenemos que ir. Es el Señor el que siempre tiene que tomar la iniciativa. «*...vendrán Aarón y sus hijos...*». Dios toma la iniciativa. Dios nos atrapa, nos agarra entre la espada y la pared y dice: «Bueno, ahora estás tú aquí para esto».

Ester pensaba que estaba ya de reina. ¡Feliz! No se imaginaba lo que Dios estaba planeando. Ella pensaba: «¡Qué suertuda que estoy! Ahora me escogió el rey, ahora sí voy a vivir una vida muy cómoda». Eso era lo que ella pensaba. Pero de pronto, aunque fue Mardoqueo el que le habló, creo que fue el Espíritu Santo por Mardoqueo, y le dijo: «Ester, Dios puede traernos liberación por otro lado a su pueblo, pero, quién sabe si para esta hora estás tú ahí. Tú no estás ahí para estar cómoda, para estar feliz, para ser la reina; estás allí para ser instrumento de Dios, para que Dios haga lo que él quiere hacer. Y lo va a hacer contigo, con una mujer frágil».

Dios hace las cosas de él siempre con personas frágiles, con personas estériles. Elizabet era estéril, Ana era estéril, Sara era estéril. Bueno, María no era estéril, pero era virgen. Ella tampoco podía hacer nada por sí sola. Y el «cómo», pues esa siempre es la pregunta: «¿Y, cómo, cómo sucederá esto?». Cuando Gabriel le habló de lo que Dios haría, ella empezó a preguntar: «Pero,

¿cómo, si yo no tengo marido?». Y, gracias a Dios, Gabriel le dijo cómo era. «No es cosa tuya, María; el poder del Altísimo te cubrirá, y el santo ser que nacerá será llamado Hijo del Altísimo. O si no, sería hijo tuyo solamente, María, o de José. No, el poder del Altísimo te cubrirá, y el santo ser que nacerá será llamado Hijo del Altísimo».

Esa es la iniciativa de Dios. Entonces María dijo lo que tenemos que aprender todos de María: «Okey, Señor, Amén, hágase en mí según tu palabra». Y ahí quedó embarazada, como decimos en español. Para los hermanos de Brasil, quedó ‘grávida’, porque ‘embarazada’ es otra cosa. Cuando dijo: «Hágase en mí según tu palabra», ella confió. Entonces le dijo Elisabet: «Bienaventurada la que creyó». Amén. La iniciativa de Dios.

Desmantelar la tienda

«Cuando haya de mudarse el campamento, vendrán Aarón y sus hijos...». La siguiente frase es un poco más dolorosa. *«...y desarmarán el velo de la tienda».* Para avanzar un poquito, todo empieza por una desarmada. Cada pasito que la nube nos hace dar comienza con esta desarmada. *«...vendrán Aarón y sus hijos y desarmarán el velo de la tienda...».*

Yo me imagino y espero que ustedes también se ponen a pensar qué pensaría el Señor Jesús cuando era joven, y después de trabajar un poco con su padre putativo allí en carpintería, a lo mejor tenía sus tiempos en privado, y se ponía a leer, por ejemplo, Isaías 53, el sacrificio de la pascua, ese montón de sacrificios por el pecado, de trasgresiones, de paz, la ofrenda mecida, tantas cosas que simbolizaban su sacrificio.

Y él sabía –porque él, seguramente de muy temprano el Espíritu Santo le dio conciencia mesiánica– que ese era él, que las cosas comenzaban por él, que este asunto del velo, de la tienda, se refería primeramente a él. Claro, secundamente a nosotros, pero primeramente se refería a él. Y si él no hubiera pasado primero por este proceso de desmantelamiento, claro que ninguno de nosotros podría pasarlo. Por eso, no podemos empezar por la iglesia; tenemos que empezar por el Señor Jesús.

La tipología nos habla, en primer lugar, del Señor Jesús. Claro, también nos habla de la iglesia. El Espíritu Santo llamó la atención a algunos hermanos, por ejemplo, a nuestro hermano

Mackintosh sobre el aspecto cristológico de la tipología. Y yo creo que nos ayudó mucho el Señor a través del hermano Mackintosh y otros hermanos sobre lo cristológico de la tipología. Sólo que después el Espíritu Santo, debajo de lo cristológico, empieza a mostrar el aspecto eclesiológico de la tipología. «*Si uno murió por todos, luego todos murieron*» (2ª Cor. 5:14).

Debajo del aspecto cristológico de la tipología existe también el eclesiológico, sin negar el cristológico; no es poniendo el cristológico a un lado y el eclesiológico al otro, no. Exactamente, detrás de la cabeza, está el cuerpo. Lo que pasó la cabeza, bueno, el cuerpo tiene que pasar por lo menos en parte. Claro, nunca pasaremos todo lo que pasó el Señor Jesús. Él tiene un nombre que ninguno conoce, sino él mismo. Sólo él sabe lo que quiere decir ser la cabeza del universo y el amado del Padre, pero alguna cosita, ciertamente, nos tocó a nosotros.

Cuando habla aquí de desarmar el velo de la tienda —como esta mañana nos estaba recordando uno de los hermanos, los distintos velos— para pasar de afuera al atrio, había que pasar por una puerta; para pasar del atrio al Lugar Santo había que pasar por otra puerta; para pasar del Lugar Santo al Lugar Santísimo, había que pasar por otra puerta, o digamos, por otro velo. Estos velos son varios.

El Señor rasga los velos y también después, cuando ese tabernáculo se volvió un templo, también el atrio ahora tenía muchos patios, y también había, ya no velos sino murallas de separación entre hombres y mujeres, entre judíos y gentiles, entre laicos y sacerdotes, entre el Lugar Santo y el Santísimo. Había muchas barreras. Todas, todas eran legítimas, claro. Todas representaban una enseñanza de Dios llamándonos a la prudencia espiritual, a la delicadeza, a la sensatez, a la reverencia, al temor de Dios. Porque nosotros, cuando estamos ciegos, pasamos caminando encima de un campo minado sin saber que está minado. Y cuando nos explotan las minas —me disculpan que hable al estilo colombiano— cuando nos explotan las minas, empezamos a tener un poco de temor.

La sabiduría es el temor de Dios, el principio de la sabiduría es el temor de Dios, y la inteligencia es el apartarse del mal. Tenemos que aprender a caminar lentamente.

Cuando mi hijo era pequeño, él quería pasar por debajo de la

mesa, pero no agachaba la cabeza, y se daba un golpazo. Y luego de tantos golpazos tuvo que aprender a agachar la cabeza, ¡pero la levantaba otra vez muy rápido y se volvía a golpear! De tanto golpearse, aprendió a agachar la cabeza por un buen rato, para después poderla levantar. Es que nosotros no la queremos agachar, o la queremos levantar demasiado rápido. Es el problema.

Entonces, dice: «*Cuando haya de mudarse el campamento...*». Todo comienza por un desmantelamiento. Ese desmantelamiento lo entendía el Señor Jesús. Y muy a propósito voy a decir lo siguiente: en tiempos de avivamiento, de espiritualidad, hemos aprendido que lo importante es el Espíritu, lo importante es lo que hace el Señor, con su gracia, con su misericordia, lo que él hace subjetivamente en nosotros. Entonces, si no somos cuidadosos, podemos correr el riesgo de deslizarnos en el mero subjetivismo con la excusa de espiritualidad.

Lo objetivo y lo subjetivo

Por eso, antes de las experiencias subjetivas, y de conocer a Cristo subjetivamente, Dios hizo una revelación objetiva. Después viene lo subjetivo, después viene la experiencia espiritual. Pero la experiencia espiritual del pueblo de Dios, todo lo que nosotros vamos a ir viviendo, descansa en un hecho objetivo: en la encarnación histórica del Verbo de Dios, en una obra que hizo Dios antes de que nosotros oyéramos de ella, antes de que la creyéramos, antes de que la experimentáramos.

Todo comienza por una iniciativa divina y esa iniciativa comienza desde ese plan eterno: un amor que planificó, un amor que tomó una decisión, como nos hablaba nuestro hermano Roberto Sáez, nos trasladó al concilio de la Trinidad antes de la fundación del mundo. Allí comienzan todas las cosas.

Israel no entendía qué era lo que Dios estaba haciendo. Cuando leían a Moisés, el velo estaba puesto sobre la cabeza de ellos, y Dios estaba haciendo algo. Dios primeramente ha hecho algo objetivo, en Cristo Jesús. Que, claro, no estoy en contra de lo subjetivo, no estoy en contra de la experiencia espiritual. Tenemos que vivirla; y no hay salida: hay que pasar por ahí. Pero lo que estoy diciendo es que antes de lo espiritual es lo objetivo.

Antes de la experiencia subjetiva de la iglesia y de las personas cristianas es la revelación objetiva de Dios. Porque por ahí

algunos han dicho que si esa palabra de Dios no es vivida por usted no es palabra de Dios, como si el problema estuviera en la palabra de Dios y no en el ciego y en el sordo y en aquel con el corazón engrosado.

El problema no es de la palabra de Dios. No es que la palabra de Dios no sea palabra de Dios si nosotros no la vivimos o no tenemos experiencia de ella. La palabra de Dios es palabra de Dios porque Dios la habló, aunque nadie la quiera oír, aunque nadie la crea, aunque nadie la experimente. ¡Ella es la palabra de Dios, porque Dios la habló! Dios es, y Dios hizo cosas, y anunció cosas, y están escritas en la Biblia, inspiradas por el Espíritu Santo. Son la palabra de Dios, son la verdad de Dios.

El problema no está con la Biblia; el problema somos nosotros, que somos ciegos. El problema somos nosotros, que vemos y no vemos; tenemos oídos, pero no para oír, y no oímos; tenemos el corazón engrosado. El problema es de nosotros. La palabra de Dios es la palabra de Dios desde que Dios la habla. Que nosotros somos tardos para oír, es otra cosa. Que nosotros nos demoramos en entender la palabra del Señor, en creerla y en experimentarla, ése es un problema que Dios tiene con nosotros, no con su palabra. No vamos a echarle nuestro problema a la palabra, no vamos a pensar que es culpa de la palabra, o que ella no es la palabra.

Hermanos, toda la experiencia espiritual de la iglesia descansa en una revelación objetiva y en hechos objetivos de Dios. Dios habló. Ahora, podemos oír o no, podemos entender o no, podemos creer o no, podemos experimentar o no. Dios habló. El problema no es de Dios; el problema, ahora, es nuestro.

Pero, lógicamente, después de las cosas objetivas, entonces, claro, el Señor primero envía a su Hijo, y después envía a la Esposa. Primero, la profecía, la preparación. Primero, los hechos, y mientras los hechos estaban aconteciendo, los testigos de Dios ni siquiera estaban entendiendo, y el Señor les decía: «Miren, recuérdense bien estas palabras que les digo, guárdenlas, porque el Hijo del Hombre va a llegar allá a Jerusalén y le van a hacer esto, y aquello». Y ellos oían y volvían a oír, pero esas palabras les estaban veladas. Pero eran las palabras de Dios, y era revelación de Dios saliendo de él al encuentro nuestro, pero que todavía no llegan a nosotros, porque nosotros somos

los que tenemos velos, y somos los que tenemos el corazón engrosado y con los oídos oímos pesadamente.

El problema es nuestro, pero todas las cosas empiezan con Dios, con los hechos objetivos y firmes de Dios, los cuales el evangelio nos anuncia, y el Espíritu hace reales en nosotros. Son reales los hechos de Dios en él mismo, son reales en la historia. Dios estuvo ahí y Dios está ahí. Pero entonces el Espíritu está trabajando también. Ahora sí viene la otra parte, claro.

Cuando el Señor leía lo de dismantelar el velo, desarmarlo, yo pienso que él entendía algo acerca de sí mismo y que nosotros también beberíamos de la misma copa que él bebió, y también seríamos bautizados con el mismo bautismo con el cual él fue bautizado. Claro que sí. Pero él sabía que si él no lo hacía en sí mismo, si él no se santificaba, no podríamos nosotros ser santificados, ni podríamos nosotros solos desarmar nuestro velo grueso. Porque es que el velo no se rasga de abajo para arriba; se rasga de arriba para abajo. Es Dios el que nos atrapa y es Dios el que rasga el velo. Nosotros lo que menos queremos es rasgar el velo. Pero no hay avance, ninguno, que no empiece por este dismantelar.

Prioridades

Pero, permítanme un tiempo, antes de hablar de la parte espiritual, hablar aquí en Chile de la parte doctrinal. El asunto del velo de la carne. Recuerda que el Señor Jesús está simbolizado aquí por este tabernáculo. Él es el primer tabernáculo, él es la primera piedra de la casa de Dios. «*El Verbo de Dios tabernaculizó* –dice en el griego– *entre nosotros*». Él es el primero. Claro que él nos incluye a nosotros, pero él es el primero.

El diablo tiene interés de presentar otro Jesús, otro espíritu y otro evangelio. Y Dios comienza por un orden de prioridades. Lo primero que se mueve aquí es el asunto del arca. Todavía no lo del candelero. Sí, está en el orden, pero no se empieza por el candelero; se empieza por el arca. Y no se empieza por poner el arca en el Santísimo, sino por hacer el arca. Primero está la parte objetiva, y entonces está la parte subjetiva. Primero está la cristología, la encarnación. Claro que si vamos a dejar eso meramente en la ortodoxia, ciertamente que nos vamos a quedar apenas en el inicio; pero no por ser espirituales vamos a tirar a la

basura la ortodoxia. ¿Me comprenden?

La ortodoxia es espiritual, como Pablo les escribió a los corintios: «Si alguno se cree espiritual, reconozca que lo que os escribo —esa carta a los corintios, que no es la de Efesios, no, es la 1ª a los Corintios— reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor». No voy a enfatizar los mandamientos, no voy a imponer mandamiento a los hermanos. ¡Dios los guarde del hermano Gino a ustedes! En guardia, sí, tienen que ponerse en guardia. No, yo creo que ustedes me están entendiendo lo que quiero decir.

Cuando el apóstol Juan les escribía esas cartas allá a los hermanos y les decía: «Ah, bueno, por ahí están llegando unos que dicen que Jesucristo no vino en carne», está hablando de ese aspecto objetivo de esos velos. «No le recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido!».

Pero, a veces, nuestra inclusividad es tan amplia que se vuelve ingenua. Nosotros debemos incluir a todos los que son de Cristo, a cada uno en la plenitud de su función. Todo lo que es del Señor; pero, pare de contar. Es él, lo que es de él, lo que es él mismo. Todo lo que es de él, todos los que son de él, y cada uno en la plenitud de sus funciones. Eso queremos. Queremos todo lo de Cristo, queremos a todos los de Cristo y queremos a cada uno en la plenitud de sus funciones. Pero, pare de contar.

Pare de contar, porque a veces el diablo se aprovecha de que: «Bueno, estos ya están aprendiendo el asunto de la inclusividad, así que me les voy a adelantar y les voy a meter gato por liebre antes de que se den cuenta». Entonces, el Señor, en su misericordia, nos guía lentamente a una inclusividad que no sea ingenua. Hay una inclusividad establecida en la ortodoxia mínima del propio Nuevo Testamento.

Yo sé que es muy peligroso deslizarse a discusiones doctrinales y legalistas. Eso es terrible, por eso digo esto, como si estuviera caminando en ese campo que les mencioné hace un rato. Por favor, no se vayan al otro extremo, no quiero que ustedes se equivoquen. Gracias a Dios, ustedes tienen el Espíritu Santo, y necesito que tan pronto se den cuenta de algo me corrijan directamente en la cara, porque así me van a guardar, me van a proteger. ¿Amén? No tengas temor de decirme las cosas en la cara, porque eres mi hermano, y me vas a ayudar. Amén.

El arca antes del candelero

Entonces, vamos a tener comunión, somos una iglesia. Aquí hay un grupo, aquí hay otro grupo. Y empezamos a hablar de la iglesia y todos entendemos el asunto de la iglesia más o menos igual. Entonces, bueno, ya que estamos entendiendo más o menos el asunto de la iglesia, vamos a juntar los grupos. De una vez, vamos haciendo las cosas como si el candelero estuviera en el Lugar Santísimo; pero el candelero no está en el Lugar Santísimo.

En esta procesión, el candelero no va de primero; el candelero va de tercero. De primero va el arca, y después la mesa de los panes de la proposición, y entonces el candelero, y entonces el altar de oro, el incienso y el incensario. Pero nosotros nos vamos con el rabino, con la bruja de Togo, y con el imán nos vamos allá al Vaticano a orar juntos, financiados por el B'nai B'rith¹, o el Vaticano, la masonería y todos, porque ellos están interesados en el ecumenismo. Y el discurso de la unidad ellos se lo pueden robar, si somos ingenuos. Sólo que ellos no la quieren en Cristo, ni para Cristo; ellos quieren robarse todo lo que puedan de Cristo, para el molino de ellos.

Entonces, no podemos empezar por el candelero, tenemos que empezar por el arca. Y para tratar el asunto del arca, eso tiene que tratarse con tal cuidado, que primero hay que desmantelar el velo para tratar con el arca. El Señor, en primer lugar. El Hijo de Dios se hizo hombre verdadero, con espíritu, con alma, con cuerpo humano como nosotros. Fue probado en todo según nuestra semejanza. Algo objetivo, algo que vamos a ir conociendo después, subjetiva y espiritualmente; pero todo empezó en él.

Y nosotros nos vamos acercando; digamos, él se va acercando a nosotros. Y nosotros lo vamos conociendo, y lo vamos experimentando. Y decimos que ahora esta es la realidad. Pero, claro, ese es un don. La realidad siempre ha sido él, y la verdad siempre ha sido su palabra. Pero entonces, claro, ahora la vamos comprendiendo mejor, la vamos experimentando.

Ahora, eso es una parte sumamente importante para nosotros, pero debemos recordar que comenzó en él, y que nos ha llegado de a poco, así como la figura del matrimonio. El hombre no llega

¹ Palabras hebreas que significan «Los Hijos del Pacto» y es el nombre de una poderosa organización judía mundial que trabaja en pro del globalismo y que financió al Vaticano para el Ecumenismo en Asís, Italia, recientemente.

directamente, ¿no? Me perdonan, esa es una figura santa. Pero aquí todos son serios. El Señor sabe cómo llegar a su novia para que ella le responda, pero él toma la iniciativa. Somos nosotros los escogidos, porque él nos amó primero. Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. Él vino y nos encontró.

Entonces, hermanos, sigamos mirando allí, un poquito, el verso 5: «...*desarmarán el velo de la tienda, y cubrirán con él el arca del testimonio*». Todos los cuidados, todas las delicadezas primeras, en cualquier avance, tienen que ver primeramente con el arca, primeramente con el aspecto objetivo del arca. Y entonces el aspecto espiritual, subjetivo, los dos. No sólo es subjetivo porque a veces nosotros los humanos nos deslizamos a la subjetividad, a las emociones tipo ascensor que a veces suben, a veces bajan; a veces no sabemos si estamos en el espíritu o no, ¡y nos pegamos unas confundidas! Por eso el Señor tiene que otra vez calmarnos. Espera un poco, para, y de pronto nos sorprende con algo que hace, y decimos: «Señor, qué misericordioso fuiste tú». Él es el que hace, él es el que va adelante.

Entonces, el primer cuidado, en cualquier avance, es con el arca. En cualquier comunión, en cualquier contacto tiene que ser el «asunto» –y lo digo así entre comillas, me perdonan esa palabra tan baja, no encuentro otra ahora– el «asunto» de Cristo. Como Dios, como Hijo de Dios, como Hombre verdadero. Y la muerte expiatoria recibida por fe, cosas tan mínimas, doctrinales, ortodoxas, como el asunto de la Trinidad, como el asunto de la encarnación, como el asunto de la expiación, como el asunto de la justificación por la fe.

Hay otros capítulos, claro, lógico, hay otros capítulos. Pero estos capítulos primeros nunca pueden faltar. Y comienzan en Dios objetivamente, y vamos recibéndolos por la fe, conociéndolos espiritualmente, experimentando todo lo que esto significa, pero fundamentados en lo que el Señor es y lo que él ha revelado y ha inspirado y ha hablado y que está escrito en la Biblia, y que necesitamos la gracia de Dios para poder entenderla y para poder manejarla y obedecerla, y experimentarla.

Claro que sin la gracia no hacemos nada, pero hay que empezar por el arca. Esta habla de la divinidad de Cristo: oro por dentro y por fuera. Nos habla de la humanidad de Cristo, la madera de acacia. Nos habla de la obra de Cristo: ahí está el propiciatorio.

Primeramente

Ustedes recuerdan cómo Pablo comenzaba a evangelizar. Allí en 1ª a los Corintios, ustedes lo sabrán de memoria, en el capítulo 15, donde Pablo dice: «*Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí*», dice él recordándoles cuando él los evangelizó a los corintios cuando estuvo por primera vez allá, y dijo: «Retenéis la palabra que os he dado, reteniendo la cual sois salvos. Primeramente», Números, aritmoi. «*Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: que Cristo...*». Cristo es la primera cosa, es el arca. Cristo, todavía no es el propiciatorio. El propiciatorio: Él «*murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras*».

El propiciatorio se pone encima de la persona. Pero si esa persona que murió por nuestros pecados no es la que realmente es y la que la palabra y los apóstoles por el Espíritu Santo escribieron y la iglesia ha conocido en la ortodoxia, pues si fuera un ángel, no sería lo mismo. Si fuera una criatura, si no fuera Dios, el Hijo de Dios que se hizo hombre. Las cosas, hermanos, comienzan por ahí: Cristo. La persona debajo de esa palabra, Cristo. ¡Cuánto hay! Ahí está la eternidad. Ahí está Cristo en la eternidad, Cristo en la Trinidad.

A veces, cuando oímos la palabra Trinidad, pensamos: «Ah, este asunto teológico de los seminarios, que se le ocurrió por allá a Atanasio en el concilio de Nicea, esa cosa tan complicada. Vamos a dejar el asunto de la Trinidad a un lado, y nosotros vamos a invocar al Señor Jesús». Claro que hay que invocar al Señor Jesús, pero un día vas a descubrir que no hay nada más práctico, no hay nada más espiritual que conocer y vivir a Dios en la Trinidad. La Trinidad, la relación íntima del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es la dinámica —no sólo la ortodoxia—, la dinámica de la vida de la iglesia, y es la salud de la sociedad donde la iglesia se mete.

El asunto de la Trinidad no es solamente un asunto teológico, hermanos. ¡Llega a ser hasta sociológico! «*Como tú, oh Padre, en mí...*». ¡Ay, para entender esa frase! ¿Cómo es eso? Eso solo nos lo puede enseñar él. «*Como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros*». Ese «*como*» es el modelo, pero es «*en nosotros*». Es la dinámica. Ese «*como*», pues, sí puede expresarse mínimamente con las palabras espirituales que el Espíritu Santo ha ido enseñando a la iglesia.

Acomodando lo espiritual a lo espiritual

Porque dice Pablo en 1ª Corintios 2, que el Espíritu nos enseña las palabras espirituales para hablar las cosas espirituales, y que lo espiritual concuerda con lo espiritual. Ahí habla de dos cosas espirituales. Dice que Dios nos las reveló, las cosas profundas de Dios, por el Espíritu, «...no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual». Acomodando. ¿Qué es acomodar? Ahí habla de dos cosas espirituales que se acomodan una a la otra. Una cosa espiritual es la realidad de la cual hablan las palabras. La otra cosa espiritual son las palabras que hablan de esa realidad. Y la realidad de las palabras y las palabras que testifican de esa realidad son dos cosas espirituales que se acomodan lo uno a lo otro.

«...acomodando lo espiritual a lo espiritual...». Palabras enseñadas por el Espíritu, que seguramente ha estado enseñando a la iglesia. Y claro que también los hombres hemos estado metiendo la mano en la iglesia. Gracias al Señor, que Dios no nos ha fulminado todavía. Nos ha perdonado, nos sigue teniendo paciencia, nos sigue purificando, nos sigue tratando todavía. Tiene esperanzas de hacer algo con nosotros. Amén. Que lo siga haciendo. Aquí estamos, Señor. Amén, él hará su obra.

Pero, amados, existen las buenas palabras en la fe y el amor. En la fe y el amor. Pablo le dice a Timoteo: «*Retén* –ahí están lo de adentro y lo de afuera–, *retén la forma de las sanas palabras ... Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo*». Antes está algo interno que se llama el buen depósito. Y eso sólo se puede guardar por el Espíritu Santo.

Tenemos que depender siempre del Espíritu Santo para que haga vivas las palabras que ya nos sabemos, para que nos toque cuando oímos un mensaje de asuntos que ya hemos oído. Necesitamos que el Espíritu Santo nos haga reales, cada vez, sus palabras. Ese es el buen depósito por el Espíritu Santo. Sólo por el propio Espíritu Santo se puede guardar el buen depósito. El Espíritu, cada vez, tiene que ayudarnos, cada vez tiene que estar presente, cada vez tiene que hacer vivas las palabras de Dios, pero esas palabras de Dios son vivas en Dios.

En nosotros es que no existe siempre la experiencia de la vida de sus palabras que siempre, objetivamente, son espíritu y

vida. Nosotros necesitamos que el Espíritu Santo nos haga tocar la vida de la palabra de Dios que siempre en sí misma, objetivamente, es viva, porque es palabra de Dios. Ella nunca es muerta. Nosotros podemos hablar las palabras vivas de Dios de una manera muerta, porque nosotros generalmente estamos muertos en nosotros mismos. El que hace viva la palabra en nosotros, el que nos transmite su vida es el Espíritu.

Guardar el buen depósito por el Espíritu Santo. ¡Aleluya, qué maravilla! No nos fue alquilado, no nos fue prestado, no nos fue vendido. ¡Nos fue dado! El Espíritu Santo nos fue dado, y él está ahí con el mayor deseo de hacernos experimentar siempre la vida de la palabra. El problema no está en la palabra, ni en el Espíritu Santo; siempre el problema está en nosotros.

«Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que habita en nosotros». Eso es lo que Dios nos ha concedido, el aspecto interno. Y ahora, las palabras espirituales que se acomodan a este contenido espiritual, es lo que dice Pablo: «Retén la forma de las sanas palabras». La forma de las sanas palabras, es un aspecto exterior, un aspecto que podríamos llamarle ortodoxo. Claro que aquí ninguno se va a quedar con mera ortodoxia. Ya el Espíritu Santo nos ha enseñado que, como los hermanos han enfatizado, ya hace buen tiempo, el asunto principal es la vida. La vida.

Lo espiritual

Pero yo estoy dando vueltas y vueltas, porque fácilmente nosotros podemos confundir vida con emoción, con sensación. Y a veces en una sensación ‘misticoide’ nos tomamos o nos arrogamos los derechos de ser heterodoxos, de ser herejes, de pasar por encima de la palabra, porque «esa es letra muerta; lo espiritual es lo que yo siento».

No siempre lo que uno siente es espiritual, ni todo lo espiritual es de Dios. Claro, el Espíritu Santo hace cosas espirituales, pero los otros espíritus también son espíritus, por lo tanto hacen cosas también espirituales. Los demonios también hablan en lenguas, Satanás también hace milagros. Podemos tener experiencias, sensaciones, cosas subjetivas, pero que no son de Dios. No digo que Dios no vaya a tocar nuestras emociones. Por algo nos las dio, pero él les dio un lugar. O sea, que no debemos caer en el subjetivismo con la excusa de la espiritualidad.

La palabra del Señor tiene objetivamente un faro. Y siempre esa palabra dirá lo mismo. Que la entendemos de distintas maneras en la medida que avanzamos, la vamos entendiendo mejor, pero ella siempre dice lo mismo. Ella siempre es luminosa. Ella, la palabra en sí es luminosa. Nosotros somos los que nuestra Biblia no nos brilla tanto, pero no es culpa de la Biblia. Yo sé que los hermanos lo saben; todos lo sabemos: la culpa es nuestra.

Entonces, dice Pablo, que él tenía un celo por la iglesia, porque la serpiente astuta quería presentar otro Jesús. Por ahí empieza. Otro Jesús. Él puede usar eclesiología, y a la eclesiología ponerle otro Jesús. Él puede usar eclesiología, y a la eclesiología ponerle otro espíritu. Él puede usar eclesiología, y a la eclesiología ponerle otro evangelio. Y si nos comemos sólo el discurso externo de la eclesiología, si ponemos el candelero en el Lugar Santísimo, se nos cuele el diablo.

La inclusividad de la iglesia debe ser una inclusividad muy cuidadosa, donde lo que primeramente queremos encontrar cuando nos encontramos con los hermanos es a Cristo. Es el testimonio de Cristo, el testimonio claro, espiritual, lógico. Pero si es espiritual, hermanos –yo sé que ustedes concordarán conmigo– si es espiritual, es bíblico. Es bíblico.

Entonces, lo bíblico es espiritual, y lo espiritual de Dios es bíblico. Después sí, de ver el asunto de «¿Cristo es Dios? ¿es hombre?», ahora sí ponemos encima del arca el propiciatorio. «*Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí* –dice Pablo–: *Cristo murió por nuestros pecados*». Ahí está el propiciatorio, ahí está la obra de Cristo. Ahí está la esencia del evangelio. Entonces tenemos en cuenta la confesión del espíritu que habla en la persona acerca de Cristo.

Ahora hay bestsellers hablando de Cristo. Ahora Cristo se volvió el Cristo apócrifo, el Cristo de «El caballo de Troya». Ese se volvió famoso. La gente ahora quiere saber de Cristo, pero no el Cristo de los apóstoles, no el Cristo de la Biblia, sino el Cristo de Benítez. «El caballo de Troya» ya lleva seis volúmenes así de gruesos hablando de otro Jesús, de otro espíritu y de otro evangelio. Y la gente lo compra, y compra el primero, y compra el segundo y el tercero, y la gente está pidiendo comer cosas de Cristo según sus propias concupiscencias.

Entonces, amados, en este orden de prioridades, el arca, como

corresponde a Cristo –a quien Dios quiere que tenga la preeminencia en todas las cosas–, en cualquier avance, cualquier pequeño paso que vamos a dar, tenemos que tener en cuenta el arca en sus dos aspectos: el arca objetiva, y el arca subjetiva, el arca que el pueblo de Dios hace, el arca que el pueblo de Dios coloca en el Lugar Santísimo para que Cristo –porque nosotros tenemos que cooperar con Dios– para que Cristo se forme en nosotros.

El arca tiene que ser puesta en el Lugar Santísimo del templo de Dios. Tenemos que cooperar para que Cristo se forme en nosotros. Pero lógicamente que debemos estar abiertos es al arca verdadera, al arca del pacto, del testimonio de Dios. Entonces, la iglesia debe tener en cuenta esas dos cosas: lo objetivo y lo subjetivo.

Lo que Dios ha hecho en la historia, ya sea que lo conozcamos o no, que la gente lo crea o no, que lo experimente o no, Dios lo hizo, y es una realidad divina y espiritual, objetiva, histórica. Y también, claro, hermanos, claro que sí, también lo espiritual, también la experiencia íntima, subjetiva, que es lo que Dios quiere.

Dios nos quiere llevar a eso, pero él nos quiere llevar así, con calma, con calma. Primeramente el pueblo tenía que ver si realmente era el arca del pacto, ¿no? «Cuando haya de moverse el campamento, Josué, entonces mira, vas a llegar hasta el fondo del Jordán, ¿no?, y van los sacerdotes a quedarse allá en esa posición hasta que todo el pueblo pase, porque el pueblo no había pasado antes por este camino». Entonces, el pueblo tenía que guardar distancia, tenía que ir con cuidado, tenía que seguir el arca con cuidado. Gracias a Dios que esos sacerdotes se quedaron allá en el fondo del Jordán hasta que el pueblo pasara.

Entonces ahora sí llegamos a esa segunda parte, a la parte subjetiva, espiritual, de nuestra participación con Cristo en la muerte y en la resurrección. Porque sólo la obra objetiva de él, creída por el evangelio que está en la Biblia, es la que crearemos, es la que viviremos por el Espíritu Santo. Pero primeramente hay que oírlo. Lo que él es, lo que él hizo. Entonces, bueno, esas cosas –Jehová, Trinidad, encarnación, expiación, justificación por la fe– esas son cosas objetivas que después pasan a inhabitar dentro de nosotros.

La Trinidad, en la iglesia. La Trinidad: el Padre, el Hijo y el

Espíritu Santo en nuestro espíritu. Pero primero es en sí misma. Entonces, Dios en Cristo; entonces, el Padre y el Hijo por el Espíritu, en nuestro espíritu. Y entonces en nuestra alma, y entonces vivificando nuestro cuerpo mortal. Y entonces reconociéndonos como un solo cuerpo universal expresado como uno. Ya que es uno solo, pues, en cada lugar se expresa como uno; incluye a todos los que el Señor incluye. Todo eso es la consecuencia.

La escatología descansa en la eclesiología. Porque, ¿cómo vamos a hablar de vencedores sin saber quién está adentro y quién está afuera en la iglesia? La eclesiología descansa en la soteriología, la salvación. Así sabemos quién está salvo y cómo, y quién no, quién es de la iglesia y quién no.

La iglesia no es el primer capítulo; la iglesia es un capítulo posterior. Necesario, importantísimo. ¡Es la amada del Señor! Cuanto más el Hijo es amado, el Hijo mismo. Es el Hijo amado y la Amada. Tienen ese orden: primero es Dios, primero es el Hijo; primero es la revelación de Dios, como le fue confiada a la iglesia por los apóstoles, como está en el Nuevo Testamento.

La iglesia es la que conoce a Dios en Trinidad. Eso no lo vas a encontrar en el Islam, ni en el judaísmo, ni en la academia, ni en la universidad. La iglesia es la que conoce que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que tienen una relación tan deliciosa entre ellos, que eso es, hermanos, ese es y será siempre el mayor espectáculo. El primer espectáculo que los ángeles han visto desde que nacieron, y que están tratando de entender, y que la iglesia con el Espíritu Santo en sus primeros siglos trató de comprender, el primer espectáculo, el foco, es la Trinidad.

Un segundo espectáculo

El segundo espectáculo es la encarnación, visto de ángeles. El tercer espectáculo es la edificación de la iglesia. Somos espectáculo también; pero somos apenas el tercer espectáculo. Nosotros fuimos llevados por el amor de Dios. Llegamos detrás del primer y eterno espectáculo que la iglesia tiene que estar viendo, que es la Trinidad. Claro, no sólo la ortodoxia trinitaria: la Trinidad, la relación del Padre y del Hijo con el Espíritu Santo, cómo se ha revelado a la iglesia, cómo produce fruto, como decíamos, incluso sociológico a través de lo eclesiológico.

La Trinidad. Ese será el espectáculo que nunca se agotará, ese será el espectáculo que estaremos siempre viendo espiritualmente: la Trinidad. Y ahora la iglesia está celebrando ese espectáculo. Cuando nos hablaban nuestros hermanos esta mañana, ¿no era una celebración, no era un testimonio? Los hermanos están hablando porque la iglesia está viendo, el Espíritu Santo le está mostrando a la iglesia cómo es el Señor, cómo es el Hijo de Dios, qué relación tienen, qué planearon. Cada vez, el Espíritu Santo nos extasiará trasladándonos a ese seno suyo. Y lo veremos, nos gozaremos, lo celebraremos.

Nunca será desconectado este espectáculo, el primer y principal espectáculo que tienen que ver las criaturas que Dios creó para eso, tanto los ángeles por una parte, y la iglesia por otra. Es la Trinidad.

Y entonces, la encarnación. La palabra de Dios habla objetivamente. Dios habló ya de la Trinidad, de la encarnación, de la expiación, de la justificación por la fe —claro, ahí continúa— de la resurrección, de la salvación. El Espíritu, la iglesia, el reino, la consumación. Pero, no habrá escatología sin eclesiología, ni eclesiología sin soteriología, y eso sin cristología y sin Trinidad. Orden de prioridades. Para avanzar, la iglesia tiene que conocer mejor el espectáculo espiritual de la Trinidad, de la vida humana del Señor Jesús, profundizar en la obra de la cruz. Eso es el propiciatorio. De eso nos habla el propiciatorio, de la obra de propiciación, la obra hecha por el Señor.

Primeramente se ha enseñado que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras. Y cuando Pablo decía «*conforme a las Escrituras*» no se estaba refiriendo todavía al Nuevo Testamento, que apenas estaba siendo escrito; se refería al Antiguo. Detenemos en conocer la obra de la cruz. La iglesia se detenga en la obra de la cruz. Entonces, «*resucitado al tercer día conforme a las Escrituras*».

Procesión de los utensilios

Ahí va el arca. Resucitado. Si se da cuenta, aquella arca había que cubrirla con unas pieles como está en el siguiente verso, con pieles de tejones, y por encima un paño de azul, y el paño de azul estaba por fuera en el caso de esta procesión. Esta procesión tenía varios montoncitos. En uno iba el arca, en otro iba la mesa

de los panes de la proposición, en otro iba el candelero, en otro iba el altar de oro. Ese era el orden de la procesión.

Pero el precursor tenía el paño de azul por fuera. Los otros tenían el paño azul y el de carmesí. Claro, el arca no tenía paño de carmesí, porque ella no necesita ser expiada, ella es la que nos trae la expiación. El paño de carmesí está en la mesa de los panes de la proposición, ahí está también el de azul. Pero en el arca el azul estaba por fuera, porque el Señor ya resucitó. Nosotros tenemos la vida divina por dentro, pero por fuera somos como un ratón. Porque esos tejones eran como ratones. No eran animales muy bonitos.

He visto una foto de los tejones que hay en el Sinaí, y parecen ratones grandes. Claro, es resistente la piel para vivir en el desierto, y el tabernáculo por fuera parecía un ratón grande. La gente que lo veía por fuera, a lo mejor se asusta de un ratón gigante. La gloria va por dentro. Como dice Juan. Tanto Isaías hablando del Mesías, como Juan hablando de nosotros, lo mismo. «No hay parecer en él, le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos». Por fuera, pieles de tejones; por dentro están los tesoros.

Y así también la iglesia. ¿Qué dijo el apóstol Juan? «Ahora somos hijos de Dios, pero todavía... todavía... no se ha manifestado lo que hemos de ser». O sea, el paño de azul todavía lo tenemos por dentro, y por fuera tenemos las pieles de tejones. En cambio, el Señor Jesús sí, él se hizo hombre como nosotros. También el arca es cubierta por pieles de tejones, pero encima de las pieles de tejones se le pone el paño de azul. Por fuera. El Señor ya tiene la gloria por fuera. Él ya fue glorificado, él ya fue resucitado. Entonces, él es el precursor, es el que va adelante. Nosotros vamos detrás. Detrás viene la mesa, y detrás el candelero y detrás el altar de oro del incienso.

Orden en la perseverancia

Por causa del tiempo, sólo voy a leer un versículo, y termino. Hechos 2:42. Aquí está la caminata de la iglesia del principio. Perseveraban en estas cuatro cosas, pero en este orden. No empieza con oraciones ecuménicas en Asís, allá con el imán, con el rabino.

Ustedes saben que Acab estaba casado con Jezabel y que fue-

ron padres de Atalía. Él tenía sus intereses, pero quería que Josafat se aliara con él, para los intereses de él. Y, ¿qué le pasó a Josafat cuando se dejó enredar en los intereses ecuménicos de Acab? Se le rompieron las naves. Dios les desbarató las naves, porque eran alianzas impías. O sea, Dios no aprobaba una inclusividad ingenua. Josafat peleó las guerras de Acab; no como David, que peleó las guerras de Dios. David peleaba las guerras de Dios; los intereses de Dios eran los de David. Pero Acab no tenía esos intereses. Con su política eclesiástica se asoció a Josafat, para que Josafat peleara la guerra de Acab, y no como David las guerras de Dios. Entonces, hermanos, tengamos cuidado.

Perseveraban en cuatro cosas, en ese orden. Primera cosa: «la doctrina de los apóstoles». ¿De qué era que hablaban los apóstoles principalmente? Claro que ellos hablaban de mucho. Si tú vas a 1ª Corintios 11, hablaban del velo. Por allá en Timoteo, hablaba del ósculo santo. Por allá, Juan habla del lavamiento de los pies. Y pensamos que eso es lo que habla la palabra de Dios. Claro que eso está en la palabra de Dios, pero, ¿de eso es que habla la palabra de Dios? ¿Qué nos dice Hechos de los Apóstoles? Los apóstoles no cesaban, ni de día, ni de noche, todos los días en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo.

La doctrina de los apóstoles es acerca de Jesucristo. Como dice Pablo: «*No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesús como Señor*». Y, como dice también Pablo, en la carta a los Romanos, «*el evangelio de Dios acerca de su Hijo*». El Hijo es lo primero. El arca es primero. La doctrina de los apóstoles.

Claro que los apóstoles también hablaron de la iglesia, de las últimas cosas. Y por eso es que después aparecen la comunión unos con otros y el partimiento del pan, así como después del arca que estaba en el Lugar Santísimo, en el Lugar santo, frente a frente, al norte, estaba la mesa de los panes de la proposición, y al sur, frente a la mesa, estaba el candelero.

Claro, si hay cabeza tiene que tener cuerpo, pero no puede haber cuerpo sin cabeza. Esa Cabeza merece tener un cuerpo, y por eso debemos amarlo y que nos tenga. En verdad, que nos tenga. Él lo merece. Lo quiere y lo merece. La iglesia tiene que estar ahí, porque él lo merece. Pero la comunión unos con otros, y el partimiento del pan vienen después de la doctrina de los

apóstoles.

Y el cuarto, claro, ahí viene el incensario, las oraciones. Las oraciones vienen de cuarto: el altar de oro del incienso.

Doctrina de los apóstoles, comunión unos con otros y partimiento del pan, uno frente al otro, y las oraciones. El arca, la mesa, el candelero y el altar de oro.

LA VISIÓN Y LA PALABRA VIVA

Claudio Pereira

Lecturas: Juan 1:1, 14; Col. 3:16; Mateo 4:3-4; Juan 6:63, 67-68.

El tema de este tiempo juntos es «la visión celestial». Me gustaría compartir algo muy sencillo con los hermanos sobre la palabra viva de Dios y la visión celestial. En este tema de la palabra viva, el apóstol Juan tiene un papel muy importante. Nuestro hermano Christian ha compartido sobre esto. Me gustaría tomar un aspecto pequeño que tiene relación con el ministerio de Juan.

Pero, ¿qué es la palabra de Dios? La palabra de Dios es el idioma, es la lengua de Dios. Cuando Dios habla, no habla primeramente en español, en portugués, en inglés; sino que la lengua de Dios es su Palabra. Cuando Dios quiere compartir algo de su corazón, el medio, el instrumento que utiliza, es la Palabra. Este es el instrumento que Dios nos dio para que le escuchemos.

Dios no habla aparte de su Palabra. Así que para comprender a Dios, para escuchar a Dios, es muy importante conocer la palabra de Dios. Si conocemos la palabra de Dios, si —como dice el versículo de Colosenses que hemos leído— habita ricamente en nosotros la palabra de Cristo; si la Palabra habita ricamente en nosotros, entonces tenemos el medio para comprender la voz de Dios. Pero, si la Palabra no habita ricamente en nosotros, nuestra capacidad de comprender a Dios, de comprender su voz, está bastante limitada.

Un niño pequeño, un bebé, no tiene muchas formas de comunicación desarrolladas. Cuando un niño pequeño tiene alguna necesidad, siente un dolor, empieza a llorar. Es la única forma

que tiene para manifestar lo que siente, lo que quiere. Muchas veces, cuando el niño empieza a llorar, pensamos que es una cosa; le damos la comida, pero sigue llorando. Y hacemos otra cosa, y otra cosa, y sigue llorando. Y los padres empiezan a quedarse confundidos, porque no saben de qué se trata. ¿Qué hago yo ahora, tengo que ir al médico, tengo que hacer alguna cosa? Porque el niño pequeño no tiene formas de comunicarse.

Cuando hemos nacido de lo alto, somos niños, somos los pequeñitos de Dios. Pero Dios no quiere que lleguemos a diez, quince, veinte años de vida con él, y sigamos llorando nuestras necesidades delante de Dios. Tenemos que aprender a hablar con Dios, a escucharle. Y para esto, necesitamos de su Palabra habitando en nosotros.

Así que, hermanos, el crecimiento espiritual, el crecimiento en Cristo, está muy relacionado con el habitar de la Palabra en nosotros.

El *logos* y el *rhema*

Las cuatro porciones de la Biblia que hemos leído, nos muestran dos términos que en la lengua original de la Biblia son utilizados para describir la Palabra. En Juan 1:1 dice que «en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios». Y también en Colosenses: «que habite ricamente en vosotros la Palabra». En estos dos versículos, en el original, la palabra es ‘Logos’. Esta palabra ‘Logos’ quiere decir la palabra que fue dicha una vez, la palabra revelada, la palabra que está escrita en nuestras Biblias. Este es el Logos de Dios.

Dios habló una vez, y esto está establecido para siempre en la Palabra. Este es el ‘Logos’. El ‘Logos’, hermanos, es algo como una definición muy completa, muy amplia, total. Es una palabra que tiene amplitud. Por esto es que, cuando la Biblia dice «el Verbo –la Palabra– estaba con Dios, y era Dios», habla de algo muy completo. La Palabra es Cristo. Cristo es toda la revelación de Dios para nosotros. En él está toda la palabra de Dios. Se contiene toda la palabra de Dios en la persona de Jesucristo. Por esto, Cristo es el ‘Logos’ de Dios.

Pero en Mateo, cuando el Señor habla que no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, el término es ‘rhema’, la otra palabra griega que también

tiene el mismo significado, pero con un énfasis diferente. El 'rhema' quiere decir una palabra muy específica, muy particular; una palabra que no solamente fue hablada en el pasado y está en la Biblia. No; es una palabra que el Espíritu Santo tomó y habló de una forma muy viva y real para mí, para ti, para cada uno de nosotros.

Así que espero que esté claro para los hermanos que cuando la Biblia, cuando el Nuevo Testamento habla de la Palabra, usa dos términos: uno se refiere a la Palabra que fue hablada una vez, otro se refiere al Espíritu Santo tomando una porción de la Palabra y hablando personalmente con nosotros. Y nosotros necesitamos de los dos. Si sólo tenemos uno, algo va mal.

Si pensamos que basta tener la revelación de la Biblia, la letra escrita de la Biblia, no vamos a ganar la revelación personal del Espíritu Santo para nosotros. Y si pensamos que podemos tener esta revelación personal sin la Palabra habitando ricamente en nosotros, también nos equivocamos. Necesitamos de las dos.

Cuando el Señor habla de que todo hombre vivirá de toda palabra que procede de la boca de Dios, habla de vivir. Para vivir, dependemos de la palabra viva. No basta la letra, conocernos la Biblia escrita. Pero necesitamos ir un paso adelante, y permitir que el Espíritu Santo hable a través de la palabra escrita, por medio de la palabra escrita. Así que necesitamos del 'Logos' habitando ricamente, y necesitamos rogar al Espíritu Santo que tome el 'Logos' y lo transforme en 'rhema', algo vivo, algo que nos transforma, algo que viene para separar alma y espíritu, algo que viene a hacer una obra en nuestras vidas. Este es el papel de la palabra viva de Dios.

La visión celestial tiene mucha relación con los 'rhemas'. Para que veamos algo, necesitamos del 'rhema', de la palabra viva de Dios. Cuando la palabra viva viene, así como Pablo a las puertas de la ciudad de Damasco, nos pone por tierra. La palabra viva no es algo que va a alegrarnos mentalmente, con un conocimiento. No, ella va a producir un cambio. Esto es necesario, hermanos, esto es muy necesario.

Juan y el *rhema*

¿Por qué Juan es importante en este tema? Porque, si miramos lo que Juan escribió, los libros que Juan escribió en el Nue-

vo Testamento, si lo comparamos con los otros libros del Nuevo Testamento –lo que Pablo escribió, lo que Lucas escribió–, vemos que Juan usa mucho más la palabra ‘rhema’ que los otros autores. Es difícil percibirlo en nuestras Biblias en portugués o español, porque no hay cómo hacer la diferencia, pero en verdad Juan usa el término ‘rhema’ muchas veces en su evangelio, y nos preguntamos por qué.

Hemos oído que el apóstol Juan ocupó un papel, después de Pedro, después de Pablo, en la historia de la iglesia en el primer siglo. Y cuando Juan escribió sus libros, la revelación que Dios le dio, sabemos que la situación de la iglesia ya estaba en decadencia. No estamos más en los días de Pablo, en los días de los grandes viajes apostólicos, de la fundación de las iglesias, del establecimiento de iglesias locales en muchos lugares, con muchas personas siendo ganadas para Cristo. La situación ahora era diferente, como nos ha dicho el hermano Christian por las mañanas.

Sabemos por la carta a la iglesia de Éfeso que el primer amor se había acabado. Aún había organización, aún había verdad; pero algo muy importante, fundamental, dejó de existir en la iglesia al final del primer siglo. De alguna forma, la realidad espiritual no era más como antes. Algo se perdió de la vida, y esta es la razón por la cual Juan escribe su evangelio. Es un evangelio diferente de los otros tres, y tiene un énfasis especial.

En un momento en que la decadencia, la degeneración, ocurre en la iglesia, algo necesita cambiar. Hay que volver al principio. Por esto, el evangelio empieza con el principio de los principios. Cronológicamente, el evangelio de Juan empieza en el punto más remoto de toda la Biblia, porque empieza en la eternidad pasada.

Este evangelio es muy especial, y tiene un propósito especial. Todo aquel que lee y pone atención, este evangelio es tan especial, tan maravilloso, va a encontrar en el final una declaración de propósito, que explica que el autor del evangelio de Juan tenía un propósito al escribirlo.

En Juan capítulo 20:30-31, vean la declaración del propio autor, del propósito del evangelio que escribió: *«Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para*

que creyendo, tengáis vida en su nombre».

Así que, hermanos, en un momento en que la vida se va de la iglesia, en que la realidad empieza a decaer, Juan escribe un evangelio de vida. Este evangelio fue escrito para que lo leamos, y creamos en Jesús como el Cristo. Y cuando creemos, tenemos vida. Hay vida real, porque es la Palabra de Dios.

Y aquí vemos la importancia del ‘rhema’. ¿Por qué Juan usa el ‘rhema’ tantas veces? ¿Por qué la palabra viva es tan importante para él? Porque, en un momento como éste, es muy importante no solamente el ‘Logos’, sino, llenos del ‘Logos’, tener los ‘rhemas’ de Dios en nuestras vidas. El evangelio de Juan empieza con algo muy sublime. Es la eternidad pasada, el Verbo que está con Dios, el Verbo que se encarna, y que viene al mundo.

Cómo obtener los *rhemas*: el amor

Si los hermanos leen el capítulo 1 de Juan, es un capítulo muy precioso, muy hermoso, porque después de este inicio glorioso hay una parte que es un cambio bastante grande. Tenemos una escena en la tierra con algunos galileos muy jóvenes, discípulos de Juan Bautista, que son conducidos a conocer a Cristo. Y vemos en esta parte de Juan la historia de algunas personas. Aquí está Juan, aquí está Andrés, aquí está Felipe, aquí está Natanael, aquí está Simón Pedro, antes de conocer a Jesús. En estas vidas, hay un secreto muy importante, un secreto que va a hablarnos sobre cómo podemos obtener los ‘rhemas’ de Dios.

Si todos nosotros deseamos la palabra viva, ¿cómo podemos obtenerla? ¿Cómo podemos ser ricos en el ‘rhema’? En estas vidas presentadas aquí hay un secreto muy importante para aprender.

¿Quién era Juan? ¿Quién era este joven? ¿Cuál era su ambición? Hemos escuchado de visión celestial y ambición, propósito. ¿Cuál era la ambición de Juan? ¿Qué deseaba él de su vida? ¿Cuáles eran sus amigos, sus compañeros? Sabemos que Juan era hijo de Zebedeo, que era pescador, y su padre no era pobre; tenía empleados que trabajaban para él. Los hijos trabajaban con el padre, pescando.

Pero vamos a leer en Juan 1, del versículo 29 en adelante. El texto es muy interesante, por esto les pido bastante atención en cuanto leemos:

«El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios» (*vers. 29-34*).

Esta parte habla del mensaje de Juan Bautista. Muchas veces pensamos de Juan Bautista como un predicador de arrepentimiento; pero vemos aquí por qué él fue el mayor de los profetas; mayor que Isaías, que Jeremías, que los grandes profetas. ¿Por qué? Porque vio a Cristo, vio la venida del Mesías, anunció su llegada. Y Juan Bautista recibió una visión muy amplia, muy grande. Él vio a Jesús como el Hijo de Dios. Él es el Mesías, pero no como los judíos lo entendían, como un líder político, religioso. ¡No! Él es el propio Hijo de Dios, él es el Cordero que quita el pecado del mundo. Hermanos, quita el pecado, termina con el imperio del pecado, termina con el reino del pecado. Introduce el reino de la justicia, de la santidad. Este es el Cordero de Dios.

También es aquel que bautiza con el Espíritu Santo. Los que creen en Cristo son bautizados en un solo Espíritu. Y Juan lo vio, y más que esto, él vio la Novia. Porque él habla: «El que tiene la novia, es el novio». Él vio la iglesia, la iglesia de Cristo. Cristo como cabeza de su iglesia, de su novia. Así que, hermanos, Juan Bautista fue un hombre de mucha visión.

Lo que vemos después en el texto de Juan 1 es que estos jóvenes, que vienen de Galilea, son jóvenes piadosos. Vienen de Galilea para las fiestas de los judíos: para la pascua, para los tabernáculos. Pero en sus oraciones hay un deseo por algo más. Tal vez no sepan lo que es, pero quieren más. No están contentos con el formalismo religioso de sus días. No están contentos con las ceremonias externas, con la cultura bíblica de los fariseos. Quieren más, quieren algo más. De alguna forma saben que viene el Mesías, y quieren al Mesías. Pero, ¿cómo saber acerca de él?

Entonces, probablemente en algunas de aquellas fiestas de los judíos, escuchan acerca de Juan Bautista, y van a escucharle. Y se quedan impresionados con su palabra. Son cautivados en sus oraciones, no por la persona de Juan, que no tenía nada de impresionante, sino por la palabra viva que escuchaban del profeta de Dios. Sus corazones son jóvenes, pero sus corazones de alguna forma son despertados. «Señor, hay algo. Señor, tú respondes nuestro clamor». Y escuchan a Juan, y aprenden con Juan. Probablemente no dejan su trabajo en Galilea. Vuelven para trabajar con su padre; pero siempre que es posible, están nuevamente en Jerusalén, y bajan al Jordán para escuchar a Juan. Pero un día, hermanos, algo diferente sucede. Leamos desde el verso 35:

«El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios».

Aquellos jóvenes discípulos de Juan ya habían escuchado sobre el Cordero. Pero ahora pasa el Cordero, y Juan dice: «He aquí el Cordero de Dios». El versículo siguiente nos cuenta lo que ocurrió con los discípulos, dos de ellos.

Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras? Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús».

¿Quién era el otro? El texto no nos dice el nombre del otro. Pero tantas veces en este evangelio el autor habla del «otro discípulo», «aquel discípulo», que nosotros sabemos que es el testimonio ocular que está presente; pero que se oculta, que jamás dice su nombre, jamás menciona su persona. Juan, en su humildad, no puede hablar de sí mismo, no puede hablar de su persona. Habla de sus compañeros. Y, hermanos, habla con mucho amor, porque escribe cuando ya es muy, muy viejo, con más de noventa años. Pero en detalle se recuerda de todos; son una preciosa memoria. Y menciona a sus compañeros, todos, uno a uno; pero no habla de sí mismo.

Pero hay cuatro veces en este evangelio donde encontramos

al apóstol Juan hablando de sí mismo en una forma muy particular, muy especial. Les doy los textos. Están en Juan 13:23 («Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús»), 19:26 («Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo»), 21:7 («Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! ...») y 21:20 («Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?»). En estas cuatro veces, Juan habla de sí mismo como el discípulo que Jesús amaba.

Hermanos, tal vez una primera impresión de algunos podría ser que Juan quiere presentarse como alguien especial, mejor que los otros. «Miren, yo soy el amado». Tal vez, esta pudiera ser una primera impresión. Pero, hermanos, esto no es verdad. Con casi cien años, Juan no dice su nombre en su evangelio; pero no puede ocultar lo más precioso que ha tenido en su vida. Él vio el Verbo encarnado, él vio el Dios hecho carne, él tocó el Verbo de la vida, él recostó su cabeza sobre su pecho, y él escuchó de este Jesús que él era amado.

¿Qué puede ser más preciso en nuestras vidas, hermanos, que escuchar de Dios, el Dios Hijo, que somos amados? Juan podría olvidar todo, pero jamás podría olvidar que era el discípulo amado de su Señor. El Señor que lo amó, que dio su vida por él. Cuán precioso es el amor del Señor por Juan, que le marcó por toda la vida.

Hermanos, el amor es un tema muy fuerte en lo que Juan escribe. El amor es fundamental para que podamos tener visión celestial, para recibir la palabra viva de Dios. Cuando vemos el amor del Señor, y cuando escuchamos de su voz que somos amados. Entonces, esto produce en nosotros algo que nos cambia por completo. Hermanos, seguir al Señor no es más sacrificio; el camino de la cruz no es más pesado. Si la vida cristiana nos trae sufrimientos, tenemos pruebas y privaciones, muchas dificultades. Pero, ¿qué es esto, cuando sabemos que él, nuestro Amado, nos ama con amor eterno, está por nosotros, y todo lo que hace con nosotros es por su amor?

¿Qué quieren estos dos discípulos con Jesús? En Juan capítu-

lo 1, ellos siguen a Jesús, buscan a Jesús. Entonces Jesús, viéndoles que le seguían, les dijo: «¿Qué buscáis? ¿Cuál es vuestro propósito? ¿Cuál es vuestra ambición?». Ellos le dijeron: «Rabí, ¿dónde te hospedas, dónde estás? Queremos estar contigo. No queremos primeramente tus bendiciones, tus milagros, tus doctrinas, verdades. Queremos estar contigo». Entonces, van para estar con él. Y en seguida, en el versículo 40, vemos a Andrés, hermano de Simón Pedro. Era uno de los que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús.

Estos hombres conocieron a aquel que buscaban por tanto tiempo. Ellos buscaban una persona, a la persona del Mesías, y lo encontraron. No era posible a ellos guardarlo, tenían que compartirlo. Y Andrés dice a su hermano: «*Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)*». Estos judíos conocían el Antiguo Testamento; pero el Antiguo Testamento les habló de una persona. En el Antiguo Testamento hay muchas historias, mucha poesía, muchas enseñanzas, muchas promesas; pero, por detrás de todo esto, hay un solo tema: el Mesías, el Cristo.

Hermanos, Cristo no está solamente en el Nuevo Testamento; está en todo el Antiguo Testamento. Y estos hombres, de alguna forma, encontraron al Mesías, y empezaron a compartir: «Hallamos al Cristo, está aquí».

«El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme. Y Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe halló a Natanael, y le dijo –Miren lo que le dijo, miren el testimonio que da de Cristo–: Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret».

Felipe nos habla de aquel que medita en las Escrituras, que conoce la Biblia, pero que en la Biblia encontró a la persona del Hijo de Dios. En seguida, él habla a Natanael, da testimonio a Natanael.

«Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede salir algo de bueno?». Natanael no le creía mucho. Tenía una gran ansiedad en su corazón, pero la realidad era muy dura para él: el ceremonialismo, la superficialidad, el mundanismo, la misma religión. Así que no podía creer. ¿Cómo? ¿El Mesías?

«Le dijo Felipe: Ven y ve. Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien

no hay engaño. Le dijo Natanael: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel».

Hermanos, Natanael estaba debajo de la higuera, oculto, escondido. Estaba en oración, en meditación; ponía su corazón delante de Dios, por la redención de Israel, por la manifestación del Mesías. Clamaba por el Hijo de Dios, y así que el Señor le escuchó la oración. Porque Natanael, sin saber, oraba a aquél que estaba muy cerca. Y cuando escuchó que su oración, solo, era conocida de Jesús, inmediatamente le dijo: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel».

Hermanos, esta parte de la Biblia muestra los corazones de estas personas, de estos hermanos nuestros. Gente como nosotros. No conocían al Hijo de Dios, pero en sus corazones había algo muy fuerte, un clamor, un deseo de verlo, de conocerlo, de darse totalmente para él.

Hermanos, nosotros vivimos hoy en los últimos de los últimos días; nosotros también esperamos a nuestro Señor. Hay un deseo en nuestros corazones de verlo. Sí, hermanos, qué bendición, que nacimos de lo alto; qué bendición, que fuimos regenerados en Cristo, que el Espíritu Santo habita en nosotros. Es algo maravilloso, es algo tremendo. Nosotros, mortales, pecadores, destinados al infierno, pero fuimos maravillosamente redimidos, salvados.

Pero, hermanos, en nuestros corazones hay un deseo por más. Porque nosotros queremos verle, queremos estar delante de su faz, delante de su persona. Queremos ver su belleza. Él es el más hermoso, el más maravilloso. Le conocemos en parte, pero queremos verle personalmente. Hoy día tenemos en nuestros corazones un sentimiento muy semejante. Y luego vamos a ver a nuestro Señor, luego vamos a estar en su presencia.

Estos hombres nos muestran una llave, una llave que se relaciona con la Palabra de Dios y con la visión celestial. Juan 14:21, 23, palabras de nuestro Señor: *«El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él ... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él».*

Hermanos, el deseo de Dios es morar en nosotros. En el Antiguo Testamento, tenemos el tabernáculo. Es algo que Dios preparó, de modo que él pudiera venir y habitar entre su pueblo. ¿Por qué? Porque Dios es un Dios santo, y nosotros somos pecadores. Pero Dios hace provisión, de modo que pueda estar con nosotros, porque este es su deseo. Es un deseo irresistible. Él nos creó para él. Él quiere venir para estar con nosotros. Quiere habitar en nosotros, y cuando Juan en el capítulo 1 de su libro, versículo 14 dice: «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros*», la palabra *habitó* en el original es «*se hizo tabernáculo*». Él, Jesucristo, es el tabernáculo de Dios, para que Dios pueda habitar en nosotros, entre nosotros. Pero en Juan 14, Jesús dice que el que tiene su Palabra es el que le ama.

Hermanos, en la medida de nuestro amor por la palabra de Dios está nuestro amor por nuestro Señor. Aquel que ama al Señor, ama su Palabra. ¿Por qué? No es simplemente un mandamiento: «Haz esto, entonces te amo». No, es porque el Señor sabe que para que él pueda habitar en nosotros, vivir en nosotros, manifestarse, expresarse en nosotros, él precisa encontrar el Logos de Dios ricamente habitando en nosotros. Así que la medida de nuestro amor es la medida de nuestro guardar su Palabra. Si guardamos la Palabra, el Padre nos ama. Y el Padre y el Hijo vendrán a nosotros, y harán morada, habitación, en nosotros.

Hermanos, la Palabra escrita de Dios debe habitar en nosotros ricamente. Esta parte, hermanos, es algo a lo que nuestro corazón debe dedicarse con mucho esfuerzo. Cada día, cada momento posible, debemos llenarnos de esta palabra de Dios. De todas las formas posibles, por todos los medios, leerla, estudiarla, meditar en ella, guardarla, hablar de ella.

Si estamos llenos, si estamos creciendo en el conocimiento de la Palabra de Dios, vamos a dar condiciones al Espíritu Santo para que Cristo crezca en nosotros, para que él sea una expresión madura en nosotros. Pero si la Palabra no está habitando ricamente, le ponemos una limitación muy grande. Así que, hermanos, el Logos debe habitar.

El Logos son, no porciones de la Biblia (qué bueno memorizar el Salmo 23, o Juan 3:16; probablemente todos sabemos bien); el Logos quiere decir los 66 libros de la Biblia. Evidentemente,

no podemos conocerlos a todos hoy; pero estamos caminando para conocerlos, para ponerlos todos adentro. Aquí están afuera, pero un día deben estar todos adentro.

Pero la segunda parte, el ‘rhema’, está relacionado con el amor, está relacionado con nuestro amor al Señor. Aquel que ama, tiene los mandamientos del Señor, y el amor va a conducirlo a la Palabra viva. Nosotros no podemos producir los ‘rhemas’, no podemos esforzarnos para tener los ‘rhemas’ vivos de Dios, pero el amor va a hacernos sensibles a los ‘rhemas’ de Dios. Al crecer en el amor, el amor por nuestro Señor, vamos a crecer en nuestra sensibilidad espiritual, y recibir muchos ‘rhemas’, ‘rhemas’ vivos que van a transformar nuestra vida.

Hermanos y hermanas, cuando un hombre se queda enamorado de la mujer que Dios le ha dado, o cuando una mujer se queda enamorada del hombre que Dios le ha dado, empieza una relación de amor. ¿Qué hace el amor? Muchas veces tenemos dificultades para saber cuál es la voluntad de Dios, qué debo hacer en la iglesia, cuál es la decisión que debo tomar, qué quiere Dios para mí o para mi familia. Tenemos dificultad. Pero cuando alguien ama de verdad, hace dos cosas. Primero, hace solamente lo que va a agradar a su amado o su amada. Y en segundo lugar, no hace nada que pueda contristarle.

Nuestra vida con el Señor es así. Queremos agradarle. Por sobre todo, no queremos contristarle; no queremos presentar nada que lo pueda entristecer. No porque temamos un juicio, sino porque lo amamos. Vemos cómo nos amó, y deseamos amarle. Los ‘rhemas’, la palabra viva de Dios, está relacionada con el amor. Juan vio en su tiempo, en la decadencia del final del primer siglo, cómo el ‘rhema’, la palabra viva de Dios, era necesaria, y cómo esta Palabra estaba basada en el amor.

Hermanos, este amor no solamente va a permitir que nuestra vida individual, nuestro ser, nuestra persona sea transformada; porque el propósito de Dios no es sólo nosotros personalmente. Pero este amor de la Palabra viva va a edificar la iglesia, la casa de Dios.

Sirviendo Cristo a los hermanos

Quiero terminar con una cita de Mateo 24:45-51: *«¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su*

casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá. Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a sus conservos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes».

Hoy nosotros somos siervos de Dios, y conservos los unos de los otros. La iglesia es edificada con nuestro servicio de los unos a los otros. Hay un siervo bueno, porque aquí no hay una relación de autoridad. Un siervo está colocado para alimentar a los otros conservos, y así, hermanos, somos todos nosotros en la casa de Dios.

Hay un siervo bueno y otro malo. ¿Cuál es la diferencia entre el bueno y el malo? ¿Qué hacen los dos de diferente? La diferencia es que uno sirve con Cristo, sirve a Cristo a sus hermanos. Cristo habita en nosotros; Cristo vive, crece y se manifiesta en nosotros. Entonces, cuando estoy con mis hermanos, expreso a Cristo en cosas muy sencillas, en cosas muy simples: en mi servicio, en mi palabra. Pero, como no soy yo, sino Cristo, entonces aquel Cristo que está en mí va a edificar al hermano, y Cristo en esta forma va a hacer todo en tu corazón.

Pero, si no es Cristo, entonces soy yo. Y si soy yo, aunque sea mi bondad, mi esfuerzo, mi diligencia, esto va a golpear al Cristo que habita en mis hermanos; esto va a ser una destrucción. Por esto, hermanos, hemos de llenarnos de la Palabra, llenarnos del Logos, para que entonces el Espíritu Santo venga a hacernos crecer por la palabra viva que nos transforma, y por la palabra viva que transforma a nuestros hermanos y hermanas en nuestras vidas.

Así que el Señor nos ayude, que estemos en su presencia, y que podamos ofrecernos como siervos calificados, llenos de su Palabra, con un corazón lleno de su amor, para que él tenga satisfacción en nuestras vidas.

LOS OFICIOS DE CRISTO EN EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS

Roberto Sáez

Me embarga un sentimiento de indignidad, y también un sentimiento de gratitud a Dios por considerarnos para vivir este momento.

Este año, yo he tenido solamente un mensaje en mi corazón. Un mensaje que partió en Rukakura, que ha ido creciendo, ha ido tomando diversas formas, y se ha convertido en una carga para compartirla. Donde quiera que he ido este año, he ido tocando este tema de una u otra manera. Y llegado a este momento, a esta Conferencia, compartiré acerca de lo que el Espíritu de Dios ha estado impregnando dentro de mi corazón, no una palabra que yo haya estudiado, o que yo haya investigado en muchos libros, sino lo que ha sido mi experiencia con el Señor durante este año.

Por supuesto, él me ha hablado por la Palabra, y eso ha dado una vivencia en que he podido recorrer la Escritura en este tema que voy a compartir. De una manera muy especial, la Escritura se ha vuelto a abrir para mí de una manera renovadora.

El consejo eterno de Dios

Quiero leer los primeros versículos donde voy a basar esta palabra.

Hechos 2:22-24: *«Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por*

medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella».

Hebreos 1:13-14: «Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?».

Hebreos 2: 5-9: «Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando; pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites? Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos; todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra...».

Hebreos 3:1: «Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús».

El texto que he leído de Hechos da cuenta de una reunión que hubo antes que el mundo fuera, una reunión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La Deidad reunida para tomar consejo entre sí respecto de cosas trascendentes, de hechos que iban a suceder en el futuro. Allí se acordó primero nuestra creación; luego, nuestra redención. En ese consejo se tomaron seguramente los acuerdos con respecto a lo que nosotros conocemos como el nuevo pacto; pero que en la Deidad eso fue más bien un pacto eterno.

No sabemos cuánto tiempo duró esa reunión; no se nos dice en la Escritura una medida de tiempo que haya durado esa reunión. Yo supongo que eso abarcó una gran cantidad de tiempo. Allí fue manifestada la voluntad de Dios de crearnos a nosotros. Los ángeles ya existían. Luzbel ocupaba el primer lugar entre los ángeles. Tal vez él era la más importante criatura en los cie-

los. Su lugar en los cielos era un lugar de alabar, de adorar, de servir en el altar, en las piedras del altar.

En el libro de Ezequiel se dice que desde el día de su nacimiento estaban preparados los tambores y las flautas. Así que yo supongo que desde los orígenes él fue un personaje relacionado con la música, con la alabanza, con la orquestación, con los arreglos musicales. Él fue tal vez una persona que creó muchas melodías y sirvió en el coro angelical para llevar mucha gloria a Dios. Innumerables cánticos, innumerables sonidos que se mezclaron para llevar la alabanza a Dios. Él ocupaba un lugar importante porque era el jefe de la hueste angelical, y toda la alabanza pasaba por medio de él hacia Dios.

Luzbel tuvo envidia del lugar que ocupaba el hombre en el Plan de Dios

Cuando él vio a la Deidad reunida tomando consejo –un consejo es una reunión de personas que tiene autoridad para tomar decisiones– seguramente Luzbel, que estaba tan cerca de Dios, tuvo envidia de esa reunión. Tal vez empezó a concebir en su corazón el por qué a él no se le había invitado a tomar parte de ese consejo. En algún momento supo que él y sus compañeros habían sido creados para servir a los que serían herederos de la salvación. Supo, en ese momento, que el mundo venidero no era para él ni para sus compañeros, que ellos no serían los protagonistas en esa creación de Dios, en esa gloria venidera que sería manifestada.

Había sido concebido un propósito eterno de Dios; había llegado el momento en que ese plan de Dios de crear una raza de seres semejantes a Dios iba a ser llevado a la realidad, y Luzbel y sus compañeros no estaban considerados para ser los administradores de aquel mundo venidero; por lo cual empezó a pensar para sí: «Estoy siendo desplazado; hay otras criaturas que van a ocupar un lugar de privilegio en el corazón de Dios». Y empezó a pensar mal de Dios y empezó a pensar mal de la creación de Dios.

Entonces, él empezó a sentir una envidia insoportable. Empezó a odiar a Dios y a odiar los planes de Dios. No sé cuánto tiempo habrá pasado, no creo que la maldad haya tomado lugar en un minuto, y que en un minuto se haya decidido sacarlo del

lugar de la ministración en el altar de adoración, donde él oficiaba con un ministerio sacerdotal, llevando la alabanza.

Es curioso que el libro de Ezequiel dice de alguien que toma para sí un pronombre personal: «Yo te saqué, yo te saqué, porque hallé que en ti había maldad». ¿Quién será esa persona? Me imagino que fue el propio Hijo de Dios, porque dice: «Yo te saqué del altar de Dios». ¡Bendito es Dios! Su trono fue estremecido, su cabeza fue ofendida. Su autoridad fue enfrentada por una criatura que se atrevió a pensar de sí mismo: «Yo no soportaré este desig- nio de la voluntad de Dios; no aceptaré ser desplazado. Yo subiré y me sentaré al lado de la silla de Dios, y subiré por sobre su cabeza, y tomaré el reino en mis manos». Así pensó Luzbel.

Y fue el Señor Jesucristo quien, cuando halló la maldad en este ángel principal, y encontró que su corazón se rebelaba contra los designios de Dios; entonces el propio Señor Jesucristo lo sacó de ese ministerio.

Digo que Dios es bendito y maravilloso, porque no fue él quien lo sacó como reaccionando, como castigándolo por los pensamientos que tuvo. Yo me imagino que Dios escondió su cabeza. El día en que Dios vio que una criatura se levantaba contra él, Dios guardó silencio. Tal vez su cabeza, si la movió, la movió para hundirla en sus hombros. No para reaccionar, no para levantar ni siquiera un dedo contra el que lo estaba ofen- diendo y atacando, contra el que estaba dudando de su dignidad, sino que dejó que Otro lo defendiera. Levantó la cabeza de su Hijo, levantó a Cristo como la cabeza de todo lo creado, y le dio autoridad en el cielo y en la tierra, para que actuara en represen- tación suya, como si Dios mismo actuara por él.

Y en verdad, el Señor Jesucristo es participante de la natura- leza divina, es Dios con Dios. Pero Dios lo levanta, no para que actúe como Dios, porque en el propósito de Dios estaba que el Hijo asumiera nuestra humanidad. De tal manera que en el mo- mento en que Dios lo levanta como cabeza está echada la suerte de nuestro Señor Jesucristo. Y en ese consejo eterno se toma el acuerdo de que el Señor Jesucristo vendrá, vendrá para ofrecer su vida, vendrá para salvarnos, para redimirnos. Vendrá, porque ellos supieron de antemano que, al crearnos a nosotros, arriesga- ban el hecho de que nosotros también nos rebeláramos, como se rebeló Luzbel.

Ignoro por qué, para los ángeles, no hubo un plan de redención. Y sin embargo para nosotros, para la descendencia de Abraham, hubo misericordia. Ignoro eso. Tal vez en otro momento lo entenderemos; pero bendito sea Dios que tuvo misericordia de nosotros, que podría habernos destinado también a una eterna perdición, pero echó a andar para nosotros un plan de salvación.

El Señor Jesucristo asumió venir a este mundo

El Cordero de Dios fue ofrecido antes de que el mundo fuese, y allá se firmó un pacto eterno, en donde el Señor Jesucristo se comprometió consigo mismo, ante el Padre, a venir a salvarnos y a dar su vida por nosotros. Asumió el riesgo de que nosotros fracasáramos. Asumió también que él, al venir en forma humana, sería probado como nosotros, y que tendría que pasar por la prueba más grande de la humanidad, y era que él, como hombre, tenía que vivir en este mundo agradando al Padre, haciendo la voluntad de Dios, sometándose a Dios y aprendiendo la obediencia. Y expuesto a todas las contingencias de las limitaciones humanas, nuestro Señor Jesucristo asumió venir a este mundo.

El Padre también se arriesgó, poniendo toda la responsabilidad del destino de toda la creación, de todo el propósito de Dios, de todos los planes de Dios; todo fue puesto en las manos del Señor Jesucristo. La confianza del Padre hacia su Hijo fue maravillosa.

El carácter de Dios lo estamos conociendo a través de estas gestiones. Vemos que Dios no reacciona como Dios. No se rebaja a actuar frente a una criatura para castigarlo; no se arriesga a ser acusado de ser arbitrario, de ser un Dios grande, poderoso, que aplasta a una criatura; sino que tiene una idea mucho mejor. Entonces hace que el Señor Jesucristo venga, y sea hecho humanamente un poco menor que los ángeles, para que en esta condición—menor que los ángeles— pueda enfrentar a esta criatura mayor. Para que Dios nunca jamás sea acusado de arbitrario, ni de injusto, ni de abusador. Bendito sea Dios, que actúa de esta manera, y nos muestra también así cómo tenemos que ser nosotros, para que cuando seamos ofendidos y atacados nunca nos defendamos por nosotros mismos, y dejemos siempre que Otro nos defienda. ¡Aleluya! El Hijo de Dios fue probado, vino y se encarnó.

Cuando el ángel caído vio la obra de Dios en la creación, al primer Adán, figura del que había de venir, como ya tenía odio contra él y contra todo lo que es la obra de Dios, decidió tentarlo, hacerlo caer, arruinarlo. Él es identificado por el Señor Jesucristo como el ladrón que vino para matar, para robar y para destruir. Consiguió arruinar la raza humana; pero Dios tenía preparado el plan para restaurarnos.

Y aquí vemos a nuestro Señor Jesucristo, a diferencia del primer Adán. El primer Adán, que está en el huerto siendo tentado, está medio inconsciente de lo que implica un acto de desobediencia, de lo que va a desatar una acción de desacato. Digo que no está tan consciente, aunque Dios le advierte que si desobedece va a morir; pero como él no lo ha experimentado, tal vez no sabe exactamente lo que significa un acto de desobediencia. Tal vez un poco ignorante de lo que es la perfección de Dios y la santidad de Dios, cae en las redes de Satanás, cae en la tentación. Él está en el jardín del Edén. Lo está pasando bien. Quiere disfrutar un poco más; no le basta todo el placer que tiene. Quiere disfrutarlo todo; no es capaz de negarse a sí mismo.

El Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, está en otro jardín, en el huerto de Getsemaní, en la prueba más grande, y en la crisis más extrema de la naturaleza humana, siendo probado en la obediencia. Getsemaní significa ‘prensa de aceite’, y su alma va a ser triturada en la más grande prueba que un hombre pueda soportar. Frente a él está la copa, la copa que contiene la voluntad de Dios, la copa que contiene las maldiciones de Dios para la raza caída.

El perdón nuestro no es un ‘perdonazo’, ni tampoco es una excusa. Dios no excusó nuestros pecados, sino que castigó nuestros pecados. La voluntad de Dios es castigar la humanidad. Toda la humanidad será castigada en Cristo, y el Señor Jesucristo será visto como un maldito. Colgado en el madero, crucificado, será separado de Dios. Y el Señor Jesucristo está temblando, y tan grande es la impresión que siente su alma sensible ante este tipo de muerte, que su sudor cae a tierra como gruesas gotas de sangre. Eso implica que el Señor está plenamente consciente de lo que le toca enfrentar.

Su temor es legítimo: el temor de un hombre ante la muerte; pero más aún el tipo de muerte que le toca enfrentar, una muerte

ignominiosa, vergonzosa, una muerte que le separará de Alguien del cual nunca jamás, eternamente, nunca, había estado separado. Pero, por un instante, a causa del pecado —no por el pecado de él, porque jamás tuvo pecado, sino por el pecado de todos nosotros—, será sentenciado, siendo nuestro vicario, el representante de toda la raza humana, de todos los tiempos. Y ése es su temor.

Pero si bien es cierto que ese es un temor que lo estremece, hay un temor todavía mucho más grande, y es el temor a desobedecer. Él sí sabe lo que implicaría un acto de desobediencia. El sí que está muy consciente de lo que significaría un desacato. Nunca ha desobedecido. Ha vivido eternamente sujeto al Padre. Nunca se ha hallado en su corazón alguna rebelión. Tiene derecho ahora a desobedecer, porque el castigo no es por él, y si él decidiera subir al cielo sin experimentar la cruz, todavía puede conservar su dignidad, porque es invicto con respecto al pecado.

Pero, ¡bendito es su amor hacia nosotros!, está dispuesto a morir, a negarse y a enfrentar el juicio, a sacar la cara por nosotros, a asumir nuestra humanidad, con tal de agradar el corazón del Padre. Se acuerda de la reunión que hubo allá, en la eternidad, se acuerda de que no puede faltar a su compromiso, a ese pacto de honor. Se acuerda que el Padre dijo: «Yo juro por mí mismo que vamos a sacar adelante este proyecto». Se acordó que el Padre le dijo: «Hijo, si tú vas, si tú te entregas, si tú pagas el precio; tú harás tu parte y yo haré la mía, pero juntos sacaremos adelante este proyecto». Se acordaba en ese instante de ese consejo eterno, y de los compromisos que había asumido por el bien de este plan tan maravilloso.

El Señor Jesucristo fue valiente, fue honorable, fue muy digno. Pensó, y por su mente pasaron todos esos pensamientos; su memoria fue refrescada con aquellos acuerdos, con aquellos pactos, con aquellos compromisos. Y estuvo dispuesto, en un momento, a decir: «Padre, si quieres...». El querer de Dios es su voluntad.

Parece increíble que una criatura, por no querer lo que Dios quiere, provocó este caos en los cielos; que una criatura en la tierra, por no acatar lo que Dios quiso para él, arruinó a toda la raza humana, y trajo tanto daño. Y he aquí uno que está consciente, que está consciente que bastaría que él no quisiera lo que

Dios quiere, para que la muerte permaneciera, y el castigo eterno y el infierno nos esperara a todos nosotros. Bastaría que él dijera: «No quiero tu voluntad». Él no sería afectado en nada, porque él es santo y justo. Bastaría solamente eso; pero él está pensando en nosotros.

Él está pensando en su iglesia, él está pensando en esa novia que imaginó eternamente con el Padre. Pero él vio a la iglesia antes que el mundo fuera, y la vio como una novia hermosa y ataviada. Y se enamoró de ella, y estuvo dispuesto a venir por ella, para que fuera su compañera. Estuvo dispuesto, y la amó hasta el fin. La amó. Dispuesto estuvo hasta dar su vida por ella, a pagar el precio más alto, a dejar el lugar más alto para venir al lugar más bajo. A buscar la iglesia. Y aquí está, diciendo: «Padre, si quieres...». Qué significativa es esta palabra: «Si quieres...».

Cuán importante es considerar el querer de Dios en un momento como éste. «Si quieres, pase de mí esta copa, pero que no sea como yo quiero, sino como tú quieres». Y allí quedó sellada nuestra redención, y allí está la clave de nuestra salvación. Allí está el secreto de la sabiduría divina, de la revelación de Dios, entre el Padre y el Hijo, de la forma como ellos decidieron hacer las cosas. Lo hicieron con sabiduría, de una manera perfecta.

Nos inclinamos ante este acto entre el Padre y el Hijo, ante esos acuerdos divinos. Nos inclinamos en adoración, en alabanza, en reconocimiento. Nos llenamos de júbilo al ver a nuestro Dios salvándonos, creándonos, restaurándonos, formándonos. ¡Qué enseñanza! «Que no sea como yo quiero, sino como tú quieres». Amén.

Pensar que donde nosotros caímos más fuertemente fue en nuestra voluntad; porque nuestra desgracia humana es tener una voluntad caída, y la gracia de Dios es salvar esa voluntad para reunirla y unirla a la de Dios. Y esa es la salvación, y esa es la obra de Dios para con nosotros, y el Señor lo está haciendo perfectamente. Y estamos conociendo cuán lejos caímos. Cuánto nos cuesta remontarnos para unir nuestra voluntad a la de Dios.

Allí se nos pasa la vida, trabajando –Dios con nosotros y nosotros con él– para lograr afinar nuestra voluntad a la suya. Y aquí está el Mesías, dándonos la más grande lección de obediencia.

cia, encontrando complacencia aun en la muerte, con tal de agradecer al Padre, y tener la voluntad afinada y unida a la de Dios. ¡Aleluya!

La figura de David ante la rebelión de Absalón

Hubo un incidente en Israel que nos recuerda lo que pasó con Luzbel en el cielo. El hijo de David, Absalón, quiso usurpar el trono de su padre. La Escritura dice en 2 Samuel 15:30 que, David supo que su hijo venía contra él, a tratar de tomar el reino, y venía decidido a matarlo. Así que David reaccionó exactamente como reaccionó Dios en los cielos: David se cubrió la cabeza, y abandonó Jerusalén con los pies descalzos, y todo el pueblo que estaba con él cruzó el torrente de Cedrón, y subió la cuesta de los Olivos. Exactamente el mismo recorrido que mil años más tarde nuestro Señor Jesucristo haría la noche en que iba a ser entregado. David subió llorando; nuestro Señor estuvo allí transpirando. David estremecido por el corazón de su hijo; allá arriba, Dios estremecido por la intención de una criatura que quiere usurparle el trono. David esconde su cabeza, como Dios escondió su cabeza.

Yo creo que aquí hay una gran enseñanza para la iglesia. Me parece –no lo puedo afirmar absolutamente– pero es muy significativo que los ángeles, cuando adoran a Dios en el cielo, ellos levantan sus alas, y para poder cubrir sus rostros, tiene que tapar su cabeza, y con esa acción están diciendo: «Dios, nosotros reconocemos que sólo tú eres la cabeza; nosotros no queremos ser cabeza. Reconocemos que uno de nuestros congéneres quiso pasar por sobre tu cabeza. Ese incidente nos avergüenza, pero nosotros hemos decidido nunca levantarnos contra ti, porque reconocemos que sólo tú eres la cabeza».

Hay sabiduría en eso, como hay sabiduría en el hecho que las hermanas tengan una señal en su cabeza; porque con eso están diciendo: «La iglesia no reconoce a otro como cabeza, sino al Señor Jesucristo». La iglesia está diciendo que no por sí misma, sino que sólo por Aquel que es su cabeza, puede tener acceso al cielo. ¡Aleluya! La iglesia está diciendo, a través de las hermanas con su cabeza cubierta, que ella no por sus méritos tiene acceso a la presencia de Dios, sino por los méritos de Aquel que es su cabeza. ¡Gloria al Señor!

El Señor Jesucristo, en los días de su carne, frente al templo que era la sombra de su propia persona, y que contenía todos los símbolos de lo que era él, lo halló con las puertas cerradas. Tres puertas separaban al hombre de Dios. La primera puerta era el ‘camino’, la segunda puerta era la ‘verdad’, y la tercera puerta era la ‘vida’.

Esas tres puertas estaban ahí en el templo: la puerta del atrio, la que estaba a la entrada del Lugar Santo y la que separaba al Lugar Santo del Lugar Santísimo. Estos eran como tres velos que separaban al hombre de Dios. El día que murió el Señor Jesucristo, esos velos se rasgaron. Y él había dicho: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida». «Yo soy esas tres puertas, y nadie viene al Padre sino por mí». Cuando él entregó su vida, las tres puertas se abrieron, y el camino quedó abierto y expedito para que nosotros tengamos acceso a la presencia de Dios.

Todos los velos se rasgaron. El Señor Jesucristo subió al cielo, ascendió y se sentó a la diestra de la majestad en las alturas. Cuando subió arriba, los ángeles le esperaban, y lo aplaudieron. Los ángeles se alegraron con grande gozo cuando vieron llegar al cielo al Señor Jesucristo. Vieron consumado el propósito de Dios, y vieron como Dios tomó una corona de honra y de gloria, y coronó a nuestro Señor Jesucristo como cabeza, como Señor y Cristo.

Los ángeles se alegraron. Ese día fue maravilloso. Una fiesta maravillosa en los cielos, grandiosa. Recibir al Señor Jesucristo triunfante y victorioso. Había un motivo grande de celebración. Uno que había sido hecho un poco menor que los ángeles había enfrentado, en esta condición al ángel caído, y lo había vencido. ¡Aleluya!

Eso me impresiona; eso me impacta y me conmueve: que Dios haya hecho así las cosas, y que los ángeles se hayan alegrado. Que no haya sido Dios que haya desplegado todos sus poderes divinos para aplastar a la criatura inferior, sino que con Uno que fue hecho un poco menor que los ángeles, lo venció, y esa victoria fue la vergüenza de Satanás, que teniendo el dominio y el imperio de la muerte, no fue capaz de retener en la muerte a Aquel que era imposible retenerlo, porque él era el autor de la vida.

¡Bendito es el Señor! Se levantó triunfante de entre los muertos, y como quien sube hacia el cielo en una carroza triunfal, avergonzó a las potestades, y triunfando sobre ellos, los exhibió públicamente, despojándolos de sus poderes. Y así subió al cielo, victorioso. ¡Y ese es nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios! ¡Aleluya, gloria a su nombre!

Apóstol y sumo sacerdote

Él está en el cielo ahora; él fue nuestro apóstol, fue el apóstol de Dios, y es la cabeza de todo cuanto existe. Y la voluntad del Padre es reunirlo todo bajo sus pies. Y le ha dado todo dominio y toda autoridad. Y preciso es que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos por debajo de sus pies. Y cuando haya suprimido todo dominio, entonces tomará su corona y le devolverá el reino a aquel que le sujetó a él todas las cosas, y dirá: «¡Misión cumplida!». ¡Aleluya! Su apostolado fue fiel, y fue festejado en los cielos con éxito. La misión cumplida como apóstol.

Hoy día está cumpliendo otra misión: es nuestro sumo sacerdote, y él ora por nosotros cada día, y la iglesia puede contar con Cristo en los cielos, sabiendo que la iglesia es recibida allá en los cielos, tal como él fue recibido. La iglesia no va al cielo; la iglesia es del cielo. La iglesia está con Cristo sentada en lugares celestiales. La iglesia pertenece allá. Cristo, nuestro precursor, entró en los cielos, y nos abrió un amplio camino, y tenemos acceso con confianza, y somos recibidos arriba como él fue recibido.

Leí un comentario que nuestro hermano Stephen Kaung hizo del libro de Filemón, y la analogía que él hace de la intercesión de Pablo por Onésimo con respecto a Filemón. Cómo Pablo le ruega a Filemón que reciba a este esclavo fugitivo que le había hecho tanto daño, y le dice: «Recíbelo como a mí mismo». Y es exactamente lo que Cristo hace en el cielo, pidiéndole a Dios: «Padre, yo podría tener derecho a demandarte que tú los recibas, no como a pecadores, sino como hijos. Yo podría tener derecho a pedirte que lo hagas; pero no voy a usar este derecho. Más bien, te ruego».

Y el Padre no puede negarse en esto, porque habiendo jurado por sí mismo, y no habiendo otro mayor por quien jurar, juró por sí mismo, ante su Hijo, que este proyecto de la iglesia,

la compañera de Cristo, ellos lo sacarían adelante. El Padre trabaja, y el Hijo trabaja, para que este proyecto salga adelante con éxito.

El Hijo no falló; el Padre tampoco falla, de tal manera que la iglesia puede tener una absoluta seguridad que su marcha por este mundo, que sus días en la tierra, están amparados por un pacto, por una promesa de un Dios poderoso y fiel, que jamás ha fallado en cumplir sus promesas. La oración de la iglesia cobra sentido; la marcha de la iglesia en este mundo cobra sentido; la certeza, la seguridad de nuestro caminar cobra sentido, estando respaldada por un Dios como el que acabamos de describir en sus pensamientos, en sus acciones, en sus reacciones. ¡Bendito es el Señor!

El Señor bendiga su Palabra. Amén.

EL LUGAR DE SU REPOSO

Eliseo Apablaza

Cuando examinamos las Escrituras, encontramos que hay tres grandes obras que Dios realizó, y que le han causado una profunda satisfacción y le han traído un tremendo reposo a Dios. La primera de ellas es la creación, la segunda es la redención, y la tercera es la edificación de su Casa.

Tres grandes obras de Dios

Génesis 1:31 dice: *«Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera»*. Y en Génesis 2:3: *«Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación»*.

La obra de la creación produjo tanta satisfacción en Dios que él descansó el día siguiente de haberla concluido, es decir, el séptimo, y lo santificó. Todo había sido hecho perfecto; todo era bueno en gran manera. Sin duda, para que Dios descanse, significa que está perfectamente complacido, agradado, en lo que ha hecho.

La otra gran obra de Dios, por medio del Señor Jesucristo, es la redención después que el hombre cayó. En el eterno consejo de Dios, se acordó que el Señor Jesús viniera, tomara forma de hombre, que muriera en la cruz y que nos redimiera para Dios, restaurando así al hombre de su caída. Dice la Escritura que cuando el Señor Jesucristo, después de haber consumado nuestra eterna redención, fue exaltado hasta los cielos, dice Pedro en su discurso de Pentecostés que *«el Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies»*.

El Señor Jesús fue invitado a sentarse a la derecha de Dios Padre, es decir, a asumir una posición de descanso, lo cual significa que la obra de la redención había sido perfectamente acabada, y que esa obra había complacido enteramente el corazón de Dios. Esa posición de descanso del Señor Jesús a la derecha del Padre, implica una contemplación de la perfección de la obra de la cruz.

Y luego, la tercera obra que encontramos en las Escrituras que Dios realiza y que llena el corazón de Dios de satisfacción y de reposo, es cuando se construye su Casa. En 2 Crónicas 6:41 se nos dice lo que ocurrió cuando Salomón dedicó el templo de Jerusalén. Salomón hizo una preciosa oración en aquel momento, y en parte de esa oración, Salomón dijo: *«Oh, Jehová Dios, levántate ahora para habitar en tu reposo»*.

La obra de la casa había sido perfectamente concluida. Todo el diseño que le había sido mostrado a David fue realizado por su hijo Salomón. Y cuando se dedica esa casa, Salomón invita a Dios para que tome posesión de su casa, y para que repose en ella. Y dice la Escritura que a continuación, cuando Salomón terminó de orar, dice que la gloria de Dios llenó la casa. Y eso significa la señal de aprobación de Dios de que realmente esa oración de Salomón había encontrado cumplimiento.

La creación llenó de satisfacción el corazón de Dios; la redención llenó de satisfacción el corazón de Dios en Cristo; la edificación de la casa, de nuevo, llena de satisfacción el corazón de Dios. Y en los tres casos, Dios se regocija y reposa.

Es interesante, amados hermanos y hermanas, que cada vez que Dios concluye a la perfección alguna obra y él descansa, él invita al hombre para que repose con él. Fue así en la obra de la creación, cuando él reposó al séptimo día. Para Adán, ese séptimo día de Dios fue el primer día de su vida; de modo que Adán comenzó su vida en la actitud de reposo, compartiendo el agrado de Dios por lo que había hecho. Fue como si Dios hubiese invitado a Adán a su lado y le hubiese dicho: «Mira lo que ha sido hecho, mira lo que han hecho mis manos. ¿Lo puedes ver? Está todo perfecto, está todo bien. Te invito a que descanses conmigo, a que entres en mi reposo».

Adán estuvo todo ese séptimo día contemplando maravillado, extasiado, la perfección de la obra de la creación. Dice en

Efesios 2:6: «...y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús». Aquí se refiere a lo que Dios hizo no sólo con Cristo, exaltándolo a su diestra, y sentándolo en esa actitud de reposo, de satisfacción por la obra concluida, sino que dice aquí que nosotros fuimos juntamente resucitados y sentados en los lugares celestiales con Cristo Jesús.

De nuevo encontramos que cuando el Señor concluye la obra de la redención, el hombre tiene que sumarse a la satisfacción y a la contemplación de esa obra concluida. Nada tuvo que hacer Adán en el séptimo día; nada tenemos que hacer nosotros luego de haber creído y de haber visto la perfección de la obra de la cruz, excepto sentarnos en lugares celestiales y descansar.

Pero también, cuando el Señor llenó de gloria la Casa, se sugiere en la Escritura que a nosotros también se nos invita a participar de ese descanso de Dios por la obra de la casa que ha sido terminada.

Si nosotros vamos al último capítulo de Éxodo, encontramos exactamente lo mismo. El tabernáculo ha sido terminado, todo conforme al diseño que Dios le mostró a Moisés en el monte. Entonces, cuando todo estuvo concluido, dice que la gloria de Dios bajó sobre el tabernáculo, y nadie podía entrar, porque la gloria era muy fuerte allí. Sin embargo, cuando Dios encontró su reposo en medio del desierto, en ese lugar, entonces después los sacerdotes, el sumo sacerdote y los levitas, todos, fueron también invitados a habitar en aquella casa, a ministrar en la casa, a participar de la satisfacción de Dios por la casa terminada.

Siempre que Dios descansa, siempre que Dios reposa de sus obras maravillosas, invita al hombre a que participe de esa contemplación, de ese reposo, de ese descanso. ¡Bendito es el Señor! ¿Conocemos nosotros lo que es esa experiencia? ¿Tenemos nosotros el gozo, la dicha, de por causa de haber visto la obra perfecta de Cristo en la cruz, haber reposado de nuestras obras, y haber entrado en el reposo de Dios? Si es así, eso es una maravillosa bienaventuranza.

Tres obras: creación, redención, y edificación de su casa.

Ahora bien, de estas tres grandes obras de Dios, en dos de ellas, las dos primeras, el hombre no tuvo ninguna participación.

Cuando Dios creó, cuando Dios redimió, el hombre no tuvo nada que hacer. Sin embargo, en esta tercera obra de Dios, que es la edificación de su casa, sea en el tabernáculo en el desierto, sea el templo de Salomón, sea en la restauración del templo en los días de Zorobabel y de Josué, siempre Dios ha requerido de la ayuda del hombre, de la colaboración del hombre.

Ciertamente, este es un privilegio muy grande. ¿No es Dios todopoderoso? ¿No es grande en extremo? ¿Cómo es que necesita de nuestras débiles fuerzas, y de que nuestras torpes manos puedan ayudar? Este es un privilegio maravilloso.

Vamos a hablar algo, entonces, si el Señor nos permite, acerca de la casa de Dios, y acerca del reposo de Dios.

Tres propósitos en Éxodo

Cuando leemos en el libro de Éxodo atentamente, nos vamos dando cuenta de que Dios sacó a Israel de Egipto al menos por tres grandes razones o propósitos. En el capítulo 3, cuando Dios llama a Moisés, leemos que Dios tiene como objetivo sacar a Israel de Egipto para introducirlo en la tierra de Canaán. Es el primer gran propósito. Pero, a medida que seguimos leyendo, en el capítulo 19, encontramos que también Dios tenía el propósito de hacer de ellos un reino de sacerdotes y de gente santa. Si seguimos leyendo el libro de Éxodo, y encontramos un tercer gran propósito: él quiere habitar en medio de ellos.

Estos tres propósitos están ordenados de esta manera, y creemos que están ordenados en orden de importancia, en forma ascendente. Primero, introducirlos en Canaán; segundo, hacer de ellos un reino de sacerdotes, y tercero, hacer de ellos su habitación. Hay una gradación. Eso significa que nosotros, a medida que vamos caminando con Dios, el propósito de Dios se va aclarando, se va precisando. Ahora bien, la mayor expresión de la voluntad de Dios, del deseo de Dios para con Israel es que él quiere habitar en medio de ellos.

Recuerden ustedes en Apocalipsis capítulo 21, cuando son hechos los cielos nuevos y la tierra nueva, lo primero que se le dice a Juan es esto: *«He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos...»*. ¿Se fijan que el propósito de Dios, el gran propósito, es habitar en medio de su pueblo? En Apocalipsis tenemos la conclusión de ese propósito. Aquí ve-

mos cómo, más allá de la tierra y de los cielos que desaparecen, en los nuevos cielos y la nueva tierra, este propósito sigue en pie.

Esto es algo precioso: tres propósitos, y el más importante de ellos es el tercero.

Ahora, hay otra cosa interesante aquí: de los tres propósitos, el primero que se cumplió no fue el primero, ni el segundo, sino el tercero. Es decir, antes que el Señor introdujera a Israel en Canaán, antes que el Señor convirtiera a ese pueblo en un reino de sacerdotes, él los constituyó en una habitación para sí.

El hecho de que Israel entrara en Canaán significaba la plenitud, la satisfacción de Israel, significaba el reposo de Israel. Había sido esclavo en Egipto; después había caminado por el desierto hasta cansarse. Por tanto, Canaán representaba la plenitud, el reposo, el descanso. Sin embargo, antes que este objetivo se cumpliera, se cumplió otro objetivo, el más grande.

Por otro lado, el hecho de que Israel haya sido sacado de Egipto para constituirse un reino de sacerdotes y de gente santa, eso representaría una bendición para todas las naciones, porque Israel debería ser como un nexo, como un intermediario entre Dios y todas las naciones.

Podemos decir entonces que el primer propósito de Dios para con Israel satisfacía a Israel; el segundo propósito satisfacía a todas las naciones, pero el tercer propósito, y el más importante de todos, satisface el corazón de Dios. Por eso, cuando termina el libro de Éxodo, Israel todavía no está en Canaán, Israel todavía no es un reino de sacerdotes, pero Dios ya tiene su lugar de habitación. Siempre debemos buscar la satisfacción de Dios antes que nuestra propia satisfacción.

Buscando la satisfacción de Dios

Amados hermanos y hermanas, si nosotros revisamos nuestra vida —en algunos casos, nuestra larga vida cristiana—, ¿hemos hallado esto? ¿Hemos hallado que nosotros buscamos la satisfacción de Dios? ¿Buscamos que sean suplidas las necesidades de Dios? —entre comillas «necesidades», porque en realidad él no necesita de nosotros, no necesita de nada. Él es autosuficiente, él es todopoderoso. Por eso decimos las «necesidades» de Dios entre comillas, pero de alguna manera que no entendemos, Dios

nos comunica a nosotros que él tiene una necesidad.

Ustedes recuerdan el episodio de la viuda de Sarepta. Elías es enviado donde la viuda. La viuda no tenía casi nada para comer, y estaba dispuesta a morir de hambre con su hijo. Llega Elías. La viuda pudo haber pensado que este profeta le traía una solución para su problema, pero en vez de encontrarse con un Elías que viene lleno de pan y de provisiones, viene a pedirle a ella que le dé de comer. Es muy extraño, pero este pasaje, sin duda, nos enseña que cuando Dios —representado aquí por el profeta Elías— cuando Dios es saciado en su necesidad, cuando él tiene su porción, entonces la viuda —que nos representa a nosotros, a la iglesia— la iglesia tiene también su porción. En la medida que Elías esté satisfecho, la viuda nunca pasará hambre.

El Señor nos ayude para ver una visión nueva, celestial, que nos permita cambiar nuestra perspectiva, porque hemos pasado muchos años recibiendo beneficios, buscando dones y dádivas de Dios para nosotros. Pero si el Señor nos concede su gracia, si podemos avanzar un poco hacia la madurez, entonces vamos a empezar a buscar la complacencia de Dios.

¿Está él agradao de nosotros? ¿Estamos llenando la medida de su propósito? ¿O de estos tres grandes objetivos nos interesa el primero, entrar en Canaán, o el segundo, ser nosotros algo, un reino de algo? ¿O nos interesa que él habite en la tierra, que él tenga casa donde morar? Porque ustedes han de saber que desde el día séptimo que descansó, él no había tenido reposo, después de la caída de Adán hasta que vino y reposó en el tabernáculo en el desierto. Muchos años, miles de años, en que él vio el panorama del mundo sumido en el pecado, el hombre enemigo de Dios. ¿Cómo podía él reposar? Pero allí, cuando tuvo su pueblo, él encontró reposo. Cuando Elías está satisfecho, la viuda no tendrá nunca más hambre.

Ustedes conocen los cuatro evangelios. Mateo nos muestra al Señor Jesús como el Rey, el Rey que tiene autoridad, el Rey que plantea demandas. Marcos nos muestra al Señor como el Siervo, que vino para arar la tierra y también para morir sobre el altar del sacrificio. Lucas nos muestra a Jesús como el Hombre perfecto, el Hombre lleno de gracia, compasivo. Juan nos muestra a Jesús como el Hijo de Dios, que es como el águila que sube y baja, poderosa.

¿Por qué no aparece Lucas en primer lugar, en vez de Mateo? ¿Por qué no pensó Dios en suplir primero las necesidades del hombre, mostrándonos a un Cristo que se compadece de nuestras debilidades y que nos salva? No, el primero es Mateo, y lo primero que vemos es a Jesús como el Rey, y que reclama obediencia.

Tenemos que empezar por Dios. Si él es obedecido, si él es visto en esta visión magnífica, entonces a su tiempo, dos libros más allá, Lucas, vamos a encontrar nosotros toda nuestra satisfacción.

Cuando leemos en 1 Pedro capítulo 2, encontramos la visión que Pedro nos muestra de la casa de Dios. Allí se nos muestra que Jesús es la piedra angular, y que sobre esa piedra viva hay otras piedras edificadas. Es la casa de Dios. Y curiosamente, en este pasaje donde se nos muestra la iglesia como la casa de Dios compuesta por piedras vivas, aparece dos veces la palabra ‘para’. Y la palabra ‘para’ nos muestra una finalidad, un propósito.

Hay dos propósitos por los cuales existe la iglesia como casa de Dios. El primero está en el versículo 5, cuando dice: «...vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo». La principal razón de ser de la casa de Dios es, en este pasaje, ofrecer algo a Dios, darle algo a él; en este caso, sacrificios espirituales por medio de Jesucristo.

El segundo ‘para’ está en el versículo 9: «Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis...» –ahí está el ‘para’– «...para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable». Aquí se habla del anuncio, para el hombre, del evangelio de la salvación. El primer ‘para’ nos dice que la casa existe para Dios, y el segundo ‘para’ nos dice que la casa existe para el hombre. Primero, Dios; luego, el hombre. ¡Bendito es el Señor!

¿Qué es la iglesia donde nosotros nos reunimos? ¿Es un lugar donde las necesidades del hombre están siendo satisfechas, y donde las necesidades del hombre son la primera prioridad, donde queremos ayudar a la gente, pero rebajando los estándares espirituales? No queremos hacer demandas, tal vez; no quere-

mos ser demasiado claros acerca de la verdad de Dios para que no se ofendan. ¿Es una casa para el hombre o es una casa para Dios? ¿Qué está primero?

Una casa para Dios

Volvamos a Éxodo capítulo 24. Hasta Éxodo 24 –respecto a la historia de Israel, que también representa nuestra propia historia espiritual– nosotros tenemos que el pueblo estuvo esclavo en Egipto; segundo, que Dios redimió a Israel de Egipto. Pero hasta este capítulo 24 todavía nosotros no hemos oído nada acerca del tabernáculo; no sabemos nada todavía de que Dios tiene algo más para Israel.

Pero el capítulo 24 nos llama la atención porque, aunque hasta aquí Moisés ya ha sido llevado hasta el monte en dos ocasiones, en ninguna de esas dos ocasiones habían ocurrido tantas cosas importantes como en este capítulo. Esta es la tercera vez que es invitado al monte, y hay toda una serie de acciones que nos dan a entender que algo grande se avecina. Por primera vez, dice aquí que Jehová le dice a Moisés: «*Sube ante Jehová, tú, y Aarón, Nadab, y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y os inclinaréis desde lejos*» (Éx. 24:1). Por primera vez involucra no sólo a Moisés, no sólo a Josué o a alguno de sus colaboradores íntimos, sino por primera vez se invita a subir al monte a los hijos de Aarón y a setenta ancianos. Es interesante este dato.

Luego, más adelante, al seguir leyendo, encontramos que se erigen un altar y doce columnas, se ofrecen sacrificios de paz, se lee el libro del pacto, se rocía al pueblo con la sangre. Dios muestra una visión maravillosa de sí mismo, donde los hombres vieron a Dios, como dice el versículo 10: «*...y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno*». Esa visión no la había visto Moisés antes, ni nadie.

Este capítulo 24 es muy importante. Luego los invitados, esos setenta y más hombres, dice que comen y beben allí. Y después la nube cubre el monte por seis días. ¿Por qué tanto preparativo? Porque en el capítulo 25, Dios habla por primera vez del más grande propósito, que es el mismo que se concluye después en Apocalipsis 21. «*Jehová habló a Moisés, diciendo: Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda*».

Me parece que por primera vez Dios habla de que quiere algo para él. Todo lo que hasta aquí se ha dicho es en bien de Israel, todo es pensando en el pueblo de Israel. Pero aquí dice: «...*to-men para mí ofrenda; de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón, tomaréis mi ofrenda*».

Y sigue describiendo la ofrenda en los versículos siguientes, y en el versículo 8 está el gran anuncio: «*Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos*». Primera vez en la Biblia que encontramos que Dios no sólo visita la tierra, como cuando visitó a Abraham bajo ese encino donde estuvieron comiendo, sino que por primera vez decide venir y habitar en la tierra.

¡Qué noticia, qué anuncio! Y como es algo tan grande lo que va a ocurrir, Dios se asegura de que ese santuario deberá cumplir todas las exigencias, todos los requisitos, porque va a ser su habitación. Por eso dice, en el versículo 9: «*Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis*». Nada quedó librado a la imaginación de Moisés; nada quedó librado a la imaginación de Bezaleel o Aholiab, aquellos dos grandes artesanos que dirigieron la obra. Nada podía ser dejado al azar, porque eso que iban a edificar era tan importante: su casa.

Al leer los capítulos siguientes, nos damos cuenta que Moisés, que tenía una gran sensibilidad espiritual, entendió rápidamente, se dio cuenta que en este momento estaba llegando a un punto esencial de por qué Dios los había traído. Entonces, al leer más adelante encontramos un diálogo entre Moisés y Dios, y Moisés le pide a Dios que él tiene que acompañarlos en su peregrinar. Entonces, finalmente, Dios le promete que sí los va a acompañar. Le dice Dios a Moisés: «*Sí, te voy a acompañar, para que tú tengas descanso*». Y en seguida, Moisés le dice: «*Señor, tómanos a nosotros como tu heredad*».

Así se cumple el deseo de Dios. Dios procura que ellos tengan su herencia, su reposo. Y Moisés, que ya ha visto, que ya ha sido alumbrado, dice. «*Señor, tómanos a nosotros como tu herencia, como tu reposo*». Moisés ha llegado a conocer el corazón de Dios, y sabe ahora cómo agradar a Dios. Moisés ya ha madurado, es un hombre espiritual, y de ahí en adelante él buscará siempre que Dios tenga su reposo y su herencia en la tierra.

Es la mayor expresión de nobleza en el pueblo de Dios pro-

curar este objetivo. ¿Por qué? Porque él lo hizo primero con nosotros, porque él nos amó cuando no éramos dignos, porque él envió a su Hijo cuando nosotros estábamos perdidos, porque él tuvo nuestros nombres en su corazón antes que nosotros tuviéramos su nombre en nuestro corazón.

¡Cuántos años hemos buscado nuestro propio bien! El Señor, en su gracia, nos concede la luz. ¿Empezaremos a buscar la satisfacción de Dios? A medida que avanzamos, que vamos madurando, Dios nos va ayudando, nos va guiando, para que nuestro amor esté en la dirección correcta.

Buscando el bien del otro

Ustedes conocen el Cantar de los Cantares. En los primeros capítulos del Cantar de los cantares, la sulamita está complacida porque el amado es de ella. Esa es toda su visión. Todo su amor está dentro de su corazón para ser disfrutado con el amado, pero ella quiere disfrutar ese amor. Es un amor todavía egocéntrico.

Pero cuando vemos los capítulos siguientes del Cantar de los cantares, nos damos cuenta que ese amor cambia de dirección; ya no está centrado o enfocado en ella, sino que está –en los últimos capítulos– centrado en el amado. Entonces, ella dice al final: «Yo soy de mi amado, y él tiene en mí su contentamiento». ¡Cómo cambia la visión! Ella no se pertenece; es de él. Ella vive para que él tenga contentamiento en ella.

¿Qué es la iglesia? ¿Es el lugar donde los sólo hombres encuentran satisfacción, o donde él encuentra su reposo? Si nosotros cambiamos las prioridades, no vamos a encontrar nuestro reposo, porque nuestro reposo sólo lo encontramos después que él ha encontrado el suyo. Dios busca una herencia para nosotros, y nosotros buscamos, a partir de ahora, una herencia para él.

Efesios 1:14, dice que (el Espíritu Santo) *«es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria»*. Aquí se nos habla de nuestra herencia. Sin embargo, algunos versículos más adelante –versículo 18– dice: *«...alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos»*. Su herencia.

Por causa de nuestra debilidad y de nuestra pequeñez, por causa de que estamos todavía como niños avanzando, lo primero que hace el Espíritu Santo es mostrarnos nuestra herencia en Cristo, ciertamente. Pero luego nos dice: «Yo les voy a revelar ahora cuál es el supremo propósito de Dios, y es que él tenga su herencia en ustedes».

¿Cómo es el corazón de Dios? El corazón de Dios siempre se da, siempre procura el bien del otro. Cuando leemos 1 Corintios 13 encontramos que el amor es eso: ocuparse del otro, y no de sí mismo. Cuando leemos Filipenses 2:4, dice: «...no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros». El apóstol tiene un reclamo cuando dice: «...todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús» (Fil. 2:21).

¿Por qué él pide que nosotros busquemos su herencia, su reposo, si él no necesita de nosotros? Es para que nosotros aprendamos a ser como Dios, a pensar como Dios. Él nos está diciendo: «Yo quiero que ustedes sean como yo. Yo busco sólo el bien de ustedes. Yo quiero vuestro reposo y vuestra herencia. Pero quiero enseñarles que si ustedes quieren ser como yo y sentir como yo, deben procurar también la herencia y el descanso de otro».

No es que Dios lo diga tan abiertamente; ustedes se dan cuenta. Es que el Señor no podría hablar tan abiertamente, de decir: «¿Por qué no me aman? ¿Por qué no me atienden? ¿Por qué no procuran un lugar para mí?». Claro, en Éxodo lo dice: «Y harán un santuario para mí»; pero en otros lugares sólo lo sugiere.

La clase de hombres que colaboran con Dios

La edificación de la casa es una gran obra de Dios, que busca la satisfacción de Dios. Si examinamos cómo fue edificado el tabernáculo en el desierto, vamos a encontrar algunas luces acerca de cómo Dios edifica hoy su casa, a quiénes Dios utilizará para esta tarea, qué clase de personas pueden participar de esta obra. Cuando leemos el registro de Éxodo, encontramos tres cosas muy interesantes.

Cuando Dios le dice a Moisés que reúnan esa ofrenda para construir el tabernáculo, y cuando más adelante en otro capítulo reitera eso, encontramos que lo primero es que haya hombres con visión espiritual, o visión celestial. Es necesario que Moisés

suba al monte, es necesario que Moisés reciba los planos directamente de Dios, es necesario que no quede ningún detalle fuera de esa visión de Moisés. Cuarenta días y cuarenta noches. Sin visión no hay obra de Dios. Sin visión celestial no podemos nosotros colaborar con Dios en su propósito eterno. Primero, se requieren hombres con visión celestial.

Segundo: «...de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón...». Más adelante se reitera esto mismo, cuando dice: «Tomad entre vosotros ofrenda para Jehová, todo generoso de corazón». ¡Qué interesante! Dice después: «Y vino todo varón a quien su corazón estimuló, y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad...».

Cuando Dios quiso edificar el tabernáculo, no obligó a nadie; no usó de las ofrendas regulares que se le ofrecían. ¡Cómo podría él construir su habitación con una ofrenda obligada de gente mezquina, de gente que todo lo hace girar en torno de sí misma! Oh, la casa de Dios es tan santa, es tan pura, es tan noble, que no se le permite participar en ella a quien no sea generoso de corazón, a quien no crea que él se debe a Dios, y que todas sus riquezas, sus bienes, todo lo que de Dios ha recibido, a Dios le pertenece y a Dios tiene que volver.

Esto no es el único ejemplo que encontramos, porque si ustedes leen después, cuando David informa al pueblo que su hijo va a construir la casa en Jerusalén, entonces de nuevo tenemos lo mismo. David dice: «He acumulado algunos talentos de oro y de plata; en todo este tiempo he estado pensando en la casa de Dios. Yo también de mis recursos particulares voy a aportar lo mío. ¿Quién más quiere dar? ¿Hay otros voluntarios que quieran aportar?». Y dice el registro que vinieron los príncipes, la gente más noble, trayendo sus ofrendas, y el pueblo se alegró de ofrendar para Dios. ¿Se fijan que no hay mezquindad allí?

Tercero: Hombres y mujeres «sabios de corazón». Porque luego que estuvieron los materiales del tabernáculo, fueron necesarios los artesanos, los que trabajaran con sus manos, para hacer toda esa obra maravillosa. Y allí estuvo Bezaleel y Aholiab, una gran cantidad de hombres y mujeres que tejieron, que bordaron, que prepararon cada parte de ese precioso tabernáculo. «Sabios de corazón». Dios los dotó de sabiduría en el diseño de toda obra primorosa.

Primero, hombres con visión espiritual, luego, hombres generosos de corazón, y, por último, hombres y mujeres sabios de corazón.

El sueño de David

Vamos a volver a David. Cuando leemos los últimos capítulos de la vida de David, nos llama la atención una cosa: su principal preocupación fue la casa de Dios. Había ganado tantas batallas, había reunido tantas riquezas, había construido su propio palacio. A esa altura de su vida, él estaba plenamente satisfecho. Y entonces le dice al profeta Natán: «Estoy preocupado por algo: yo tengo una magnífica casa, pero Dios habita todavía en tiendas. Eso no está bien».

¡Ay, qué sensibilidad la de David, para darse cuenta que Dios tenía una necesidad! Distinto el caso del tiempo de la restauración en los días de Zorobabel y de Hageo, cuando Dios tiene que hablarles a través del profeta, y decirles: «Ustedes están preocupados de artesonar sus casas; pero mi casa está desierta». Tiene que venir un profeta, y también Zacarías, para decirles: «¡Despierten, hay que retomar la obra de la restauración de la casa!».

Pero aquí encontramos que David no necesita que alguien le predique. Él tiene sensibilidad para darse cuenta que hay una obra pendiente en su vida. Ha vencido a Goliat, ha vencido a todos sus enemigos, ¡pero Dios no tiene casa! El Salmo 132 es uno de los salmos más hermosos de todos. «*Acuérdate, oh Jehová, de David, y de toda su aflicción; de cómo juró a Jehová, y prometió al Fuerte de Jacob: No entraré en la morada de mi casa, ni subiré sobre el lecho de mi estrado; no daré sueño a mis ojos, ni a mis párpados adormecimiento, hasta que halle lugar para Jehová, morada para el Fuerte de Jacob.*».

¡Oh, hermanos y hermanas amados, que el Señor ponga en su gracia esta carga que tuvo el corazón de David cuando ya era anciano, en los días de su madurez! Que el Señor no nos permita dormir el sueño de la indiferencia, el sueño de la comodidad y de la riqueza, el vano sueño de pensar que ya todo lo tenemos. ¡Nuestras necesidades están saciadas, y el Señor no tiene casa!

«...*Hasta que halle lugar para Jehová, morada para el Fuerte de Jacob.*». ¿Cuáles son nuestras prioridades? ¿Cuáles son las metas de nuestra vida? ¿Están todavía centradas en nuestro cír-

culo íntimo, o hemos recibido la gracia para mirar un poco más allá: la obra de Dios, los propósitos de Dios, los planes de Dios?

Si ustedes siguen leyendo el Salmo 132, en el versículo 8 dice: «*Levántate, oh Jehová, al lugar de tu reposo, tú y el arca de tu poder*». «Sí, ven, ya tienes casa. Levántate, ven. Venga tu arca, venga Cristo, venga el poder de su nombre». «*Tus sacerdotes se vistan de justicia, y se regocijen tus santos*». Sí, cuando él viene a morar, entonces sus sacerdotes son justos, entonces sus santos se regocijan. ¿Cuándo hay verdadero gozo en nuestro corazón? Cuando estamos en la casa de Dios, viendo que el arca—Cristo—está en el lugar central. La centralidad, la excelencia, la supremacía de Jesucristo.

«*Por amor de David tu siervo no vuelvas de tu unguido el rostro*». Oh, no nos dejes olvidarnos de esto. «*Porque Jehová ha elegido a Sion; la quiso por habitación para sí. Este es para siempre —¿pueden subrayar eso?— este es para siempre el lugar de mi reposo; aquí habitaré, porque la he querido*». Esto es algo asombroso, que nosotros, seres tan viles, tan vulnerables, podamos ofrecerle a Dios, y decirle: «Ven a tu morada; descansa, reposa». Parece algo para no creer. Entonces, el salmista le dice: «Levántate al lugar de tu reposo», en el versículo 8. Y Dios responde: «*Este es para siempre el lugar de mi reposo; aquí habitaré, porque la he querido*». Sí, éste es el lugar de mi reposo».

Y entonces, lo que viene hacia abajo, es lo que nos toca a nosotros. Vienen, como por decirlo así, las añadiduras, las maravillosas añadiduras. El Señor sigue hablando: «*Bendeciré abundantemente su provisión; a sus pobres saciaré de pan. Asimismo vestiré de salvación a sus sacerdotes, y sus santos darán voces de júbilo. Allí haré retoñar el poder de David; he dispuesto lámpara a mi unguido. A sus enemigos vestiré de confusión, mas sobre él florecerá su corona*».

¿Pueden percibir la tremenda bendición que viene sobre el pueblo? La salvación, la justicia, el gozo. Esas voces de júbilo... No es sólo una sonrisa, ¡son exclamaciones de júbilo! Es decir: «¡Bendito sea Dios, que se ha acordado de nuestras miserias, y nos ha transformado en algo donde él puede morar! ¡Bendito sea Dios, grande en misericordia!».

Ahora, David, como ustedes saben, él no construyó la casa. Él expresó el deseo, juntó los materiales. Pero Dios le niega ese

deseo. ¿Por qué? «Tú has derramado mucha sangre y has hecho grandes guerras; has derramado mucha sangre en la tierra delante de mí». No podía ser David. El dulce cantor de Israel, el que ganaba las batallas de Dios, el que tenía un corazón conforme al corazón de Dios, no pudo. Era un hombre de guerra, había derramado sangre. Tuvo que ser Salomón, su hijo.

La palabra Salomón significa ‘pacífico’. Sólo la gente de paz, sólo los hombres quebrantados de corazón. Sólo los mansos, como Moisés —el hombre más manso que pisaba la tierra— sólo ellos pueden participar. Que el Señor nos conceda un corazón así. El Señor nos transforme, porque nosotros no somos mansos, porque no somos pacíficos. Somos violentos y rudos por naturaleza. Somos mezquinos y avaros por naturaleza.

¡Qué cosa tan santa es la casa de Dios! Dios le dice a David: «Yo te amo, David. Yo te escogí cuando tú estabas detrás de las ovejas, y eras un muchacho imberbe y menospreciado por tus hermanos, y aun menospreciado por tu padre. Yo te amo, David, ¡pero tú no puedes!». ¡Ah, la santidad de Dios!

Ahora, qué interesante, hermanos, que cuando Dios supo a través de Natán —bueno, él lo sabía desde el principio— pero cuando se informó a través de Natán de este deseo de David de edificarle casa, él le dice: «Tú no me edificarás casa; Salomón tu hijo me edificará casa. Pero yo te edificaré casa a ti». ¡Bendito es el Señor! ¿Podemos percibir lo que eso significa? «David, por causa de lo que tú me has amado, por causa de lo que tú has hecho o has intentado, o por causa simplemente del deseo de tu corazón; lo que tú no puedes hacer por mí, yo lo voy a hacer por ti».

Y ustedes saben lo que eso significa. Significaba que David iba a tener una descendencia de reyes; pero sobre todo que de esa descendencia iba a salir el Rey de reyes. La casa de David es la casa sobre la cual Jesucristo, como Rey supremo y eterno, habría de reinar algún día. «Yo te he escogido, David, y tu casa será perdurable, y tu reino, el reino de uno de tus descendientes, será un reino sempiterno».

Entonces, David, cuando escucha eso, no puede soportar la emoción, y la gratitud, y dice que fue y se estuvo delante de Dios, aparentemente en una actitud de adoración, y le dice: «¿Quién soy yo, Señor?». Y esa oración de gratitud de David hacia Dios es una de las oraciones más preciosas que encontra-

mos en la Biblia, tal vez sólo comparable con la de Daniel en el capítulo 9. Hermosas, ¿por qué? Porque el que ora no piensa en sí mismo; piensa en el otro. ¡Bendito es el Señor! En esa oración, David declara la magnificencia, la misericordia, la gracia, las riquezas de Dios.

¿Han leído ustedes las palabras finales de David a Salomón? Es una conversación muy conmovedora. Imaginemos a David muy anciano y su hijo muy joven. Y le dice: «Salomón, yo he tenido un sueño: construir casa para mi Dios. Pero el Señor no me lo permitió, y él me dijo que tú lo ibas a hacer». Y entonces le da todas las instrucciones. «El diseño me lo dio Dios; los materiales, los he juntado por años. Lo vas a hacer así, y así, y así. Salomón, que no se te escape ningún detalle. Esta debe ser la casa más hermosa de toda la tierra; es la casa para el Dios eterno». Es un pasaje precioso, que es bueno leer una y otra vez, para imbuirnos nosotros del sentir de ese hombre maduro en Cristo.

Una casa transitoria: Betania

Vamos a avanzar en el tiempo. Han pasado mil años. Llega el Señor Jesús, se hace hombre; y en ese tiempo de su ministerio terrenal ocurren cosas extraordinariamente grandes. Como diría, en términos modernos, alguien, hay un cambio de paradigma. Ha llegado el tiempo en que todas esas sombras, esas tipologías, esas metáforas del Antiguo Testamento, den lugar a la realidad.

Entonces, ese templo de Jerusalén, que nos habla de la casa de Dios, y el arca dentro del templo, que nos habla de Cristo, eso ya debe ceder su lugar, porque es una sombra no más, y ahora debe venir el lugar de la realidad, de la verdadera casa, de la verdadera arca. Sin embargo, ¿qué encontramos? Los hombres no ven, no se dan cuenta, del cambio de paradigma. Ellos todavía siguen aferrados a las sombras, y no ven que la realidad ha llegado. Entonces, Jesús encuentra en esos tipos, en el templo, un lugar vacío para él.

Esa casa que debía ser el lugar donde él pudiera reposar, la ha visto convertida en cueva de ladrones, de mercaderes. Entonces, en ese tiempo, cuando el Señor Jesús no tenía dónde recostar su cabeza, donde Nazaret estaba lejos y ya él no era el hijo pequeño

que podía volver a esa casa donde se había criado; estando en Jerusalén, no tenía dónde recostar la cabeza. Y entonces, amados hermanos y hermanas, surge aquí una casa alternativa, por decirlo así. Una casa transitoria, como una transición entre el antiguo pacto y el nuevo, entre la antigua casa y la casa definitiva: la casa de Marta, María y Lázaro, en Betania.

Él no encontraba reposo en Jerusalén, la ciudad santa, ni en el templo santo; pero lo encontró en una ciudad pequeña y en una casa humilde. Antes que fuera manifestada la iglesia, está Betania, como una metáfora, un símbolo. Entonces, cuando el Señor estaba cansado del camino, de la oposición de los religiosos, de los judíos, de los hombres endurecidos por la religiosidad vacía, él llegaba a Betania, y encontraba tres personas que representan lo que es la casa de Dios, lo que es la iglesia: María, un corazón que le adora, que le escucha con reverencia; Marta, unas manos que le sirven; Lázaro, un amigo que le ama.

Lázaro no era uno de los Doce; pero él era amigo. Cuando miramos en Crónicas el registro de todos los colaboradores que David tenía, aparecen los grandes capitanes, los encargados de la tesorería y de la administración de su reino, y al final aparece uno que la única cualidad que tenía era que era amigo del rey: Husai arquita.

Lázaro, el amigo. Eso es suficiente. No necesita ser un predicador, ni un apóstol; era el amigo, a cuya casa el Señor podía llegar confiado, con la comodidad de saber que va a encontrar un lavatorio para que le laven los pies, un lugar donde reclinarsse, una mesa servida y un abrazo cálido. Lázaro, su amigo. Transición. Pero esto es o esto debe ser la iglesia para él.

El testimonio de Esteban

Avancemos un poco más. El Señor Jesús murió, resucitó, fue exaltado. Surge la iglesia en Jerusalén en Pentecostés. Se escogen siete varones llenos de fe y del Espíritu Santo para que administren las cosas de la casa. Esteban es uno de ellos, uno de los siete. Y Esteban, asombrosamente, es tal vez el primer judío de la iglesia en Jerusalén que percibió muy claramente este cambio de paradigma, la diferencia entre el templo de Jerusalén y el nuevo templo que Dios tendría, entre la casa hecha de mármol y la casa hecha de piedras vivas.

Cuando leemos el relato de Hechos 7, cuando se lleva a Esteban al concilio, en los versículos previos, los últimos del capítulo 6, le acusaban diciendo: «Le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés». Por supuesto, esas acusaciones tenían algo de asidero, así como también las que le hicieron al Señor Jesús, que había dicho que en tres días podía levantar el templo si es que el antiguo era derribado. Verdad, sí había verdad allí. Sólo que ellos, con su mente oscurecida, no podían entender espiritualmente sus palabras.

Esteban sí había visto el cambio de paradigma. Cuando leemos su discurso de defensa, si lo miramos superficialmente, podemos pensar que es sólo un recuento de la historia de Israel. Pero es más que eso. Lo que hay aquí, en este discurso, es como la historia de la casa. Vean en qué momento y cómo Esteban termina su discurso. «*Este halló gracia delante de Dios —refiriéndose a David—, y pidió proveer tabernáculo para el Dios de Jacob. Mas Salomón le edificó casa; si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: El cielo es mi trono...*».

¿Se dan cuenta del cambio de paradigma? Esteban reconoce que Salomón le edificó casa; pero luego dice: «*si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano*». ¿Qué está diciendo Esteban? ¿Está diciendo que ese fastuoso templo que está allí, edificado en cuarenta y tantos años, que es una de las maravillas de toda esa región, ya no sirve de nada, ya no es la casa de Dios? Efectivamente, es así.

«*El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿o cuál es el lugar de mi reposo?*». Cuando Esteban cita esas palabras, y seguramente vio los rostros endurecidos de esa concurrencia, se dio cuenta que esa pregunta de Dios no iba a tener respuesta de parte de ellos. El concilio no estaba en condiciones de responder esta pregunta que Dios había hecho muchos siglos antes: «*¿Qué casa me edificaréis? ... ¿O cuál es el lugar de mi reposo?*».

Al ver Esteban la dureza, la mirada hosca y dura como una espada, que se cernía sobre él, entonces dice: «*¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo...*». ¿Se fijan que es ahí donde termina Esteban

su discurso histórico, esa relación histórica que venía haciendo? La termina allí, justo cuando habla del templo y de la casa, la nueva casa que Dios requiere, porque ellos no estaban en condiciones de entenderlo, porque se requiere una revelación del Espíritu Santo para ver que Dios ya no habita en templos hechos por manos de hombres. No es Jerusalén, ni el templo con toda su gloria, sino que es una casa humilde y pequeña en Betania, o ahora la iglesia que ha sido manifestada.

¿Por qué murió Esteban? Sí, murió por el testimonio de Jesucristo. Y también murió por el testimonio de la casa.

La iglesia es para él

Amados hermanos y hermanas, el Señor permita que en estos días, el Salmo 132 sea nuestra carga, sea nuestra oración. Leámoslo una y otra vez, y veamos que el Señor ‘necesita’ un lugar donde habitar. Cuando el Señor iba al templo en Jerusalén, aunque era su casa, ¿qué encontraba? Sacerdotes que corrían de allá para acá, y levitas afanados que llevaban y traían los utensilios y los animales que eran muertos. Y tal vez el Señor, algún día de esos, iba entrando, y alguien choca con él y le dice: «¡Hazte a un lado! La casa de Dios no es el lugar donde tenemos muchos rituales que cumplir, muchos programas que realizar; no es un lugar estructurado conforme a una tradición, donde seguimos un orden determinado, donde todo está preestablecido. Un lugar en el cual, si el Señor viene, no tiene cabida; un lugar donde molesta.

¿Cómo es la iglesia? ¿Qué es la iglesia? La iglesia es el lugar en que, cuando él está, no se hace nada más, ninguna otra actividad que mirarlo a él, contemplarlo a él, escucharlo a él. Cuando él entra, no hay ningún ritual, ningún movimiento. Todo está centrado en él. El levita se tranquiliza, el sacerdote deja de funcionar. Todo, todo, lo mira a él.

Amados hermanos y hermanas, quiera el Señor que ardan nuestros corazones, con todo lo que el Señor nos ha estado hablando en estos días: su Palabra, su carga, su visión celestial. Y digamos, para terminar, como David: *«No entraré en la morada de mi casa, ni subiré sobre el lecho de mi estrado; no daré sueño a mis ojos, ni a mis párpados adormecimiento, hasta que halle lugar para Jehová, morada para el Fuerte de Jacob»*. Amén.

EL LUGAR DEL AMOR EN LA VIDA DEL CUERPO

Rodrigo Abarca

Lecturas: 1^o Cor. 12:12-14; 12:27-31.

Como sabemos, hermanos, el tema de esta Conferencia es la visión celestial, y podemos encontrar en el Nuevo Testamento que esa visión celestial se encuentra particularmente resumida –los diferentes puntos de vista– en el ministerio de tres hombres, como ya otros hermanos han dicho: en el ministerio de Pedro, en el ministerio de Pablo, y finalmente en el ministerio de Juan. Y entre estos tres hermanos, a Pablo le fue encomendada la tarea de la edificación de la casa de Dios.

Pablo recibió la visión celestial, y su tarea era traer esa visión celestial a la tierra, y plasmarla sobre la tierra. La edificación de la casa de Dios, la edificación del cuerpo de Cristo, que es la concreción sobre la tierra de esa visión celestial.

¿Qué es la visión celestial? Es la revelación del propósito eterno de Dios, es la revelación del misterio que estuvo escondido desde los siglos en Dios, pero que ahora –dice el apóstol Pablo– ha sido dado a conocer a los santos. Y ese misterio es Cristo, ese misterio es primeramente Jesucristo, el Hijo amado de Dios, y en segundo lugar, la iglesia. Porque ese misterio es Cristo, pero es Cristo en nosotros, la esperanza de gloria.

Entonces, hermanos amados, a Pablo le tocó, de parte de Dios, comprender, entender, y administrar también para los santos la revelación de este misterio. Particularmente, su carga fue la edificación de la casa de Dios, la edificación del cuerpo de Cristo.

Pablo y la visión del hombre universal

Es Pablo quien nos habla de la iglesia como el cuerpo de Cristo. Esto forma parte de la carga particular del apóstol Pablo. Ustedes saben que el principio de esa visión le fue otorgado en el camino a Damasco. Cuando él vio a Jesucristo en el camino a Damasco, vio la cabeza, vio a Cristo el Señor; pero también le fue revelado que aquellos que siguen a Cristo, los que pertenecen a Cristo, están tan íntimamente unidos a él, que quien toca a aquellos que son de Cristo toca también al mismo Señor Jesucristo.

Así que cuando Pablo perseguía a la iglesia, en realidad, aunque él no lo sabía, perseguía a Cristo. Aquello le fue mostrado a Pablo en el camino a Damasco. Pero, hermanos amados, le llevó toda una vida al apóstol comprender profundamente el significado de lo que vio en el camino a Damasco. Él vio algo, pero a lo largo de su vida él fue entendiendo, y esa visión se fue desarrollando dentro de él, se fue desarrollando y fue creciendo.

Él nos habla entonces de un nuevo hombre, que es un hombre universal. Es un nuevo hombre que está constituido por todos aquellos que pertenecen a Cristo. No sólo universal en el sentido del espacio –por decirlo así, en un sentido mundial–, sino también universal en el sentido del tiempo. Es un hombre que abarca el tiempo y el espacio. Todos aquellos que son de Cristo a través de todo el tiempo y también del espacio, forman en Cristo un solo y nuevo hombre.

De muchos hombres, él ha hecho un solo hombre. De todos aquellos que eran muchos y dispersos, de todas las lenguas, tribus, naciones, él ha venido a constituir un solo y nuevo hombre, sobre la cruz. Así que, cuando Cristo murió en la cruz, algo ocurrió, algo invisible, que no puede ser visto con estos ojos.

Cuando nosotros contemplamos la escena de la cruz, por supuesto, vemos la cruz, y al Señor clavado en la cruz, y vemos aquellos ladrones, uno a su derecha y el otro a su izquierda, y a la multitud abajo, burlándose, y a María al pie de la cruz y a Juan, el discípulo amado, junto a María. Eso es lo que vieron los judíos dos mil años atrás.

Pero, desde el punto de vista de Dios, en el ámbito invisible, espiritual, algo mucho mayor estaba siendo llevado a cabo, algo mucho mayor de lo que los ojos pueden ver. Allí en la cruz, Dios

tomó a todos los hombres, les dio muerte sobre ella, y, de todos esos hombres, hizo un solo y nuevo hombre. Este es el misterio de Dios.

Entonces, cuando Pablo vio a Cristo, vio la cabeza en el cielo, pero también vio que ese hombre no sólo estaba en el cielo, sino que también estaba en la tierra. Lo llenaba todo desde el cielo hasta la tierra. ¿Quién era ese hombre? ¿A quién vio Pablo? Nosotros sabemos, hermanos, que Pablo vio a Cristo, la cabeza, y al cuerpo, que es la iglesia.

Pero, fíjese usted que, cuando hacemos esa distinción, inmediatamente se introduce en nosotros una distinción también entre Cristo y la iglesia. Nos imaginamos a Cristo como la cabeza, en el cielo, y nos imaginamos a la iglesia como el cuerpo, sobre la tierra. Pero casi podemos verlos como dos cosas que están separadas. Cristo es la cabeza; pero nosotros somos el cuerpo.

La vida práctica de la iglesia como cuerpo

Pero ahora veamos, hermanos amados, lo que dice el apóstol Pablo en 1ª Corintios 12, hablando del cuerpo de Cristo. Si ustedes leen la carta a los Efesios, encuentran a la iglesia celestial, espiritual, divina, eterna y gloriosa. Pero cuando leemos la carta a los Corintios encontramos a la iglesia sobre la tierra; una iglesia local, con todos los problemas, complejidades y situaciones difíciles que se viven en las iglesias sobre la tierra. Pero no hay contradicción entre lo uno y lo otro.

Aquí tenemos la dimensión práctica y terrenal de la iglesia. No terrenal en el sentido de que es de la tierra, sino de cómo la iglesia está expresándose sobre la tierra, particularmente en una iglesia, la iglesia de los corintios. Esta iglesia, este grupo de hermanos, esta compañía local de creyentes, con todas las dificultades que tienen como creyentes sobre la tierra.

Cuando nosotros vemos la visión celestial, nos elevamos a las alturas de la gloria de Dios. Somos elevados por esa visión, contemplamos cosas que están más allá de nuestra capacidad humana de comprensión. Nuestro espíritu se eleva a las alturas. Pero, tarde o temprano, volvemos a la realidad sobre la tierra, y nos encontramos con el contexto de las iglesias y de los hermanos, y las situaciones que se viven día a día en nuestras iglesias, en nuestra comunión con los hermanos.

Muchas veces nos preguntamos cómo es que esa visión tan gloriosa y maravillosa podrá descender algún día y plasmarse entre nosotros. ¿Te has hecho esa pregunta? ¿Has sentido alguna vez esa especie de doloroso contraste entre lo que vemos y lo que somos? Lo que vemos es tan glorioso. Lo que vemos con los ojos de la fe, lo que vemos con los ojos interiores del espíritu. Pero lo que vemos con estos ojos de nuestro cuerpo, a veces parece contradecir tan abiertamente lo otro.

Ahora tenemos la 1ª carta a los Corintios y la segunda carta. Gracias a Dios, porque tenemos estas cartas. Pero cuando leemos sobre la iglesia de los corintios podemos descubrirnos a nosotros mismos en ella. Podemos descubrir que después de todo, a pesar de la gloria y de toda la riqueza de Cristo que hubo en la iglesia en los primeros treinta años de su historia, aun así eran hombres como nosotros, con debilidades, con problemas, con dificultades. Gracias a Dios por eso.

Y podemos descubrir algo muy importante al mirar esta iglesia con todas sus dificultades y problemas. Pablo les dice: *«Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo»* (1 Cor. 12:12). Ven ustedes que Pablo está hablando del cuerpo de Cristo, y nosotros sabemos que el cuerpo de Cristo es la iglesia. Entonces, si cuando leemos este versículo, usáramos la lógica natural, o tratáramos de sacar una conclusión lógica, podríamos leerlo así: «Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros (aquí se está hablando de la iglesia), pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo...» (¿de quién está hablando? De la iglesia). ¿Qué podríamos sacar como conclusión, entonces?, ¿qué debería decir aquí, a continuación? «...así también la iglesia». ¿Se dan cuenta? Pero no dice «la iglesia»; dice «Cristo».

Nosotros decimos: Cristo es la cabeza. Pero aquí Pablo está diciendo algo más, algo muy importante: él está diciendo que Cristo no sólo es la cabeza; sino que Cristo es también el cuerpo. Él está diciendo que no sólo Cristo es la cabeza, sino que él es también los brazos, las manos, el tronco, las piernas y los pies; que todo ese nuevo hombre es Jesucristo. ¡Bendito sea el Señor!

Cristo es la cabeza, es cierto; pero él también es el cuerpo. Cristo es ciertamente la cabeza; está sentado en la gloria, en el

trono, a la diestra de Dios Padre, resurrecto, ascendido, victorioso, Señor de señores y Rey de reyes. Pero él, dice Pablo, es también el cuerpo. Porque nosotros no podemos separar la cabeza del cuerpo, ¿verdad? Nos imaginamos inmediatamente una totalidad que incluye un cuerpo con una cabeza. Así que, hermanos amados, la Escritura dice que Cristo es así. Cristo no es sólo la cabeza. El cuerpo de Cristo es también el mismo Cristo.

Cristo es un misterio. Esto es algo precioso. Cristo es la cabeza, es cierto; pero él también es el cuerpo. Cuando Pablo vio entonces a Cristo en el camino a Damasco, no sólo vio la cabeza: vio también el cuerpo; es decir, vio al nuevo hombre completo, a ese hombre corporativo que es una unidad indivisible.

Hermanos amados, en el pensamiento de Dios, en el propósito eterno de Dios y en los hechos de Dios obrados sobre la cruz, Cristo y la iglesia son indivisibles. No se puede separar a Cristo de la iglesia; es imposible a los ojos de Dios, desde que Cristo se encarnó y murió sobre la cruz, y luego resucitó y fue ascendido a los cielos, quedó consumada la unión de Cristo y de la iglesia de una manera definitiva. Nunca más Cristo podrá ser separado de la iglesia; nunca más podrás encontrar a Cristo sin encontrar junto con él a la iglesia.

Hermanos amados, no podemos separar a Cristo de la iglesia. Un día, debido a la caída del hombre, pareció que Cristo nunca iba a poder tener su cuerpo que es la iglesia. Pero porque él vino, porque él murió sobre la cruz, y porque él resucitó de los muertos, entonces ahora sí Cristo tiene su cuerpo que es la iglesia, y nunca más será separado de su cuerpo que es la iglesia. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Cuando miramos arriba, a los cielos, consideramos que sí, es verdad que él está sentado a la diestra de Dios. Es el Hijo de Dios. Pero también es el Hijo del Hombre; es uno como nosotros quien que está sentado a la diestra de Dios. Y nosotros estamos unidos a él.

Pero, hermanos amados, ¿qué importancia práctica tiene todo esto para nosotros? ¿Por qué Pablo escribe a los corintios sobre esto? Porque, como dice él, el cuerpo tiene muchos miembros. Aunque es uno solo el cuerpo, el cuerpo tiene muchos miembros. Tiene manos, tiene brazos, tiene pies, tiene piernas; tiene muchos miembros.

El versículo 27 dice que dentro de esa unidad que es el cuerpo hay muchos miembros con diferentes funciones. «*Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular*». Ahora, hermanos, recordemos esto: Cristo y su cuerpo son una sola cosa. No podemos separarlos. Este es un hecho, hermanos amados. Sea que nosotros lo entendamos o no lo entendamos, sigue siendo una verdad, una realidad, un hecho eterno. No podemos cambiarlo.

Si nosotros no sabemos que Cristo y la iglesia son una sola cosa, todavía sigue siendo verdad que Cristo y la iglesia son una sola cosa, y todavía sigue siendo verdad que si nosotros somos de Cristo pertenecemos a ese único cuerpo de Cristo. ¿Cuántos cuerpos hay? Uno. ¿Cuántas iglesias hay? Una. Pero, si tú no sabes eso, todavía sigue siendo verdad que si eres de Cristo, aunque no sepas que hay un solo cuerpo, eres miembro de un único cuerpo.

Pero también es verdad que todos aquellos que son de Cristo forman parte del único y mismo cuerpo. Y también es verdad que cada miembro del cuerpo es un miembro de Cristo. Esto es un hecho, hermanos amados, es una realidad que no se puede cambiar y no se puede alterar, y que es verdad, sea que nosotros lo sepamos, o sea que lo olvidemos o lo desconozcamos.

En el mundo hay muchos hijos de Dios que no saben, o que no han entendido aún esto de lo que estamos hablando. Se nos ha hablado acerca de la declinación y de la ruina de la iglesia, y parte de esa declinación y de esa ruina es que esta verdad, esta realidad esencial, fue olvidada, desapareció del corazón de los hijos de Dios.

Así, encontramos hermanos reunidos en diferentes partes, bajo diferentes nombres y diferentes banderas, y muchos de ellos no pueden decir, aunque lo entiendan de una manera teórica, que hay un solo cuerpo. Para muchos de ellos, en la práctica y en la realidad, esta no es una visión que haya tocado sus corazones. Pero, hermanos, porque ellos no lo ven, ¿no son miembros del cuerpo? Si son de Cristo, si han sido lavados por la preciosa sangre de Cristo, aunque no entiendan que hay un solo cuerpo y que son miembros del único cuerpo de Cristo, ¿por eso no serán del cuerpo? No, hermanos amados, todos los que son de Cristo son un solo cuerpo con Jesucristo el Señor.

Pero, puesto que el cuerpo está formado por muchos miembros, tenemos aquí un problema, y fíjense ustedes que es el problema que enfrentó la iglesia de los corintios: que hay diversidad de funciones en el cuerpo. Y, ¿qué ocurre cuando hay diversidad de funciones, diversidad de dones y diversidad de miembros?: «Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?».

Dificultades para la unidad

¿Cuál era el problema de la iglesia de los corintios? Uno de sus problemas, no el único, es que ellos, debido a esta diversidad de dones, de funciones en el cuerpo de Cristo, de la diversidad de miembros que hay en el cuerpo, estaban divididos los unos contra los otros, y estaban conteniendo los unos contra los otros. Porque en la iglesia no sólo hay un brazo, porque en el cuerpo no sólo hay pies, y no sólo hay manos o sólo piernas, sino que hay piernas, manos, pies y brazos.

Entonces, los corintios estaban con problemas entre ellos. Porque no sólo había un Pablo, sino que también había un Cefas o Pedro. Y no sólo estaba Pedro, sino que también estaba Apolos. Así que lo que era una riqueza era también un problema para ellos. Ciertamente Dios enriqueció al cuerpo, poniendo muchos miembros y entregando muchas funciones y muchos dones; pero eso, que era una riqueza de parte de Dios, vino a ser un problema para los corintios.

¿Cómo poner de acuerdo y concertar esa diversidad? Sí, en Cristo somos uno. Es un hecho indiscutible. Pero, podemos vivir, funcionar y existir sobre la tierra como si fuésemos uno? Esa es la pregunta. Cuando decimos: «Somos uno», todos podemos plegarnos a esa declaración y decir: «¡Amén, somos uno!»; pero cuando decimos: «Entonces si somos uno, vivamos como uno»... ¡qué problema! ¿verdad? Esto les pasaba a los corintios.

El problema no era saber que son uno; el problema era vivir siendo uno. Este es el problema de la cristiandad en la actualidad. Si usted hace una conferencia para la unidad, y nos a llama

a todos, y nos apresuramos a declarar que somos uno en el Espíritu, que tenemos un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre, el cual es por todos, sobre todos y en todos, seguramente todos los hermanos van a decir: «¡Amén, somos uno!». Pero si luego usted dice: «Sí, ahora entonces, puesto que somos uno, vivamos como uno», usted no va a tener muchos ‘amenes’. ¿Por qué? Ah, hermanos, porque para nosotros es tan fácil confesar la visión celestial, pero es tan difícil obedecerla.

Y Pablo dijo: «Yo no fui rebelde, desobediente, a la visión celestial». Porque, hermanos amados, la visión celestial no es simplemente para confesarla, para creerla, para hablar de ella. Es para obedecerla y para vivirla sobre la tierra; y si no es así, entonces no sirve de nada que sepamos la visión celestial. Nos engañamos a nosotros mismos creyendo que sabemos, y no sabemos; creyendo que tenemos algo y no lo tenemos. Porque si no lo vivimos, no lo tenemos.

Entonces, hermanos, es muy fácil reunirse y decir: «Somos uno». Pero si has hecho la prueba, y has tratado de hacer esa experiencia de ser uno, no con los que piensan como tú, no con los que hacen las cosas como tú las haces, no con los que tienen las mismas costumbres que tú tienes, no con los que cantan como tú cantas, no con aquellos que son como tú eres, sino con aquellos que siendo de Cristo son enteramente diferentes de ti; ahí habrás notado la diferencia.

Es fácil reunirse con los que se parecen a uno. Si todos hacemos las cosas igual, eso es muy fácil, porque a la carne no le cuesta acomodarse a lo que se le parece. Nuestra carne corre a identificarse con aquello que le agrada, con aquello que le gusta. Hay una expresión que se usa por allí. Dicen: «A mi me gusta la gente que es como yo, la gente que es como uno». Gente como uno. ¿Y qué de aquellos que no son como tú? ¿Qué de aquellos que no piensan como tú? Ah, pero, ¿cómo no piensan como yo? ¿No dice la Escritura que tenemos que tener una misma mente? Sí, lo dice, y tenemos que llegar a tener una misma mente, pero tenemos que hacer un camino para ello.

Cuando venimos a Cristo, venimos como bebés espirituales, niños recién nacidos. Los corintios eran niños; ese era su problema. Y los niños, hermanos amados, casi no tienen mente. Usted sabe que un recién nacido no tiene mente. Tiene toda una mente

aún por formarse. Hablando espiritualmente, todos nosotros venimos como niños, y necesitamos que la mente de Cristo se forme en nosotros. No nacimos con la mente de Cristo formada. Nos va a llevar años, muchos años, toda la vida, para que quizás algo de esa mente preciosa y maravillosa se forme en nosotros.

Pero, ahora, ¿cómo llegamos allá? ¿Qué vamos a hacer? Tenemos un gran problema, porque somos muchos y diferentes. Pero, gracias a Dios, él tiene la respuesta. ¿Y cuál es la respuesta? 1 Corintios 12:27 dice: «Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular». Tu eres de Cristo. Pero, ¿puedes decir lo mismo de todos los que son de Cristo? Me refiero a los que han nacido de arriba, a los que tienen el Espíritu de Dios morando dentro de ellos, a los que han sido lavados por la preciosa sangre de Cristo. ¿Son ellos miembros del cuerpo, igual que tú? Sí. Pero hay diversidad.

Y ahora estamos hablando de una iglesia como la de los corintios, que vivía en una época de normalidad, en que la ruina y la decadencia aún no habían llegado. A lo menos, en aquella época, si uno iba a la ciudad de Corinto y preguntaba por la iglesia, no le decían: «¿Cuál iglesia? ¿Estarás hablando de la iglesia bautista que está en la calle veintiocho, o la iglesia metodista que está en la avenida tal, o estarás hablando de la iglesia católica que se reúne allá? ¿De qué iglesia me hablas? ¡Sé más específico!». Uno llegaba a la ciudad de Corinto y preguntaba: «¿Dónde está la iglesia de Cristo?». Y había sólo una respuesta, porque había sólo una iglesia en Corinto.

Pero ahora nosotros tenemos un problema más grande todavía, porque la ruina y la decadencia entraron en la iglesia. Entonces, cuando llegamos a una ciudad o a cualquier lugar, y preguntamos por la iglesia, ¿qué nos responden? Y si otros hermanos nos preguntan: «¿De qué iglesia son ustedes?». Si uno dice: «Bueno... ¿cómo le explico, cómo se lo puedo decir? Eh... somos hermanos, nos reunimos por aquí y por allá...». «Pero, ¿cómo se llaman?». «Bueno, eh... cristianos». «Sí, está bien, todos somos cristianos. Pero, sea más específico». ¿Qué respondemos?

En el tiempo del Nuevo Testamento no era necesario responder esas preguntas, porque sólo había una iglesia sobre la tierra. Sea que tú fueses a Corinto o a Éfeso, a Esmirna o a Tiatira, a Filipos, a Roma o a Jerusalén, tú encontrabas que allí había una

sola iglesia. Ahora estamos en un problema enorme. Pero Dios quiere restaurar su iglesia. Así que, gracias al Señor, en cierta medida, es el problema del Señor.

Si fuera solamente nuestro problema, estaríamos en una situación sin salida. Pero, gracias a Dios, él es la Cabeza del cuerpo que es la iglesia, y él sabe cómo resolver todo lo que nosotros hemos echado a perder. Porque cuando nosotros tocamos las cosas de Dios, siempre las echamos a perder, no hay duda. Nunca toques las cosas de Dios, porque cuando las tocas, las echas a perder. Y las hemos tocado demasiado; hemos metido las manos en las cosas de Dios, así que están tan deformadas y alteradas que son irreconocibles.

¿Cómo no van a ser irreconocibles? El testimonio de Dios es que Cristo tiene un solo cuerpo que es la iglesia, pero cuando miramos sobre la tierra y vemos lo que los hombres hemos hecho de la iglesia, entonces ya no podemos ver el testimonio de Dios. No vemos lo que Dios ve, no vemos la realidad celestial, porque la iglesia está dividida. ¿No es así? Pero, gracias a Dios, Cristo es aún la cabeza de la iglesia, y él puede reunir a todos los que están dispersos.

El camino más excelente

1ª Corintios 12:31: «Procurad pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aún más excelente». Ahora, cuando uno lee este versículo, da la sensación como si Pablo estuviese diciendo: «Este es el camino de la iglesia; puedes tomar este camino si quieres. Pero yo tengo un camino mejor para los que tienen una ambición más alta, un corazón más elevado». Entonces, hay un camino más excelente, como si hubiesen dos caminos: un camino para los que quieren ir más bajo y un camino para los que quieren ir más alto. Pero no dice así el texto griego.

El texto griego dice: «Mas yo os muestro el camino más excelente». No un camino: el camino. Porque hay un solo camino para la iglesia, y este es el camino que todos somos llamados a tomar. ¿Cuál es el camino? Mire cómo Pablo dice y recuerde por favor el versículo 28 y el versículo 29 mientras leemos el capítulo 13 de 1ª Corintios.

Como nuestra Biblia está dividida en capítulos y versículos, y algunos capítulos tienen inclusive subtítulos, da la sensación

como si de pronto Pablo el apóstol hubiese cambiado de tema. Entonces, terminamos de leer el versículo 31 y decimos: «Muy bien», hacemos un cambio de switch en nuestra mente y empezamos a leer el nuevo capítulo como si hablase de algo totalmente diferente. Las divisiones de la Biblia, los capítulos y los versículos (que ayudan mucho a leer la Biblia), y mucho menos los subtítulos, no forman parte de la Escritura inspirada originalmente por Dios.

Entonces, aquí no hay un cambio de tema, no hay un cambio de asunto; aquí sigue lo mismo, continúa Pablo desarrollando el mismo asunto, el mismo tema. *«Yo os muestro el camino más excelente»*. *¿Cuál es ese camino? Versículos 28 y 29. «¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?»*. Ahora, esos son los dones, los diferentes ministerios y funciones que hay en el cuerpo de Cristo. Entonces considerando esto, Pablo dice: *«Si yo hablase lenguas humanas y angélicas...»*, esto es, un don en el cuerpo de Cristo, *«...y no tengo amor; vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor; nada soy»*.

¿Por qué lo dice Pablo? Fíjense, hermanos, que nosotros ponemos a veces el acento y el énfasis donde no debe ser puesto. Decimos: «Muy bien, las lenguas son algo muy importante». Ustedes saben que hay todo un sector importante de la cristiandad que hace de las lenguas su bandera de identificación. Ahora, nosotros creemos en las lenguas, porque están en la Escritura. Pero Pablo dice: *«Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor; vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe»*. Ah, pero nosotros decimos: «Muy bien, ahí están los pentecostales; ese problema lo tienen ellos. Gracias a Dios, nosotros no somos pentecostales, así que no tenemos este problema. ¡Qué bien estamos, hermanos!

Pero, un momento. No ha terminado el apóstol. Dice: *«Y si tuviese profecía...»*. ¡Ah, cuidado! Aquí, la profecía, hermanos, no se refiere a la capacidad de predecir eventos futuros. La profecía es la Palabra de Dios. Es la revelación de Dios en la iglesia.

Es algo santo. Pero las lenguas también son santas, porque vienen de Dios. Todo lo que viene de Dios es santo. Pero el punto no es si es santo o no es santo; el punto es qué lugar le damos en la obra, en la casa, en el cuerpo de Cristo.

Veán ustedes, todos los dones son dados para el cuerpo. Y hay algunos que tienen profecía, son los profetas. Ah, y dice algo más: «...y *entendiese todos los misterios...*». Por supuesto, no se refiere aquí a los misterios del cosmos, esas cosas que dan a veces en la televisión, los misterios ocultos de las pirámides... No se refiere a ese tipo de misterios. ¿A qué se refiere? A los misterios de Dios. Si yo puedo entender todos los misterios... «y *toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy*». ¿Qué les parece?

Hermanos amados, algunos dicen: «Muy bien, nosotros entendemos, vemos y comprendemos los misterios de Dios». Gracias a Dios por eso. Pero si tú, porque entiendes los misterios de Dios, dejas de amar al hermano que no entiende los misterios de Dios como tú, no eres nada, dice Pablo. ¿Sabes por qué? Porque Cristo y su cuerpo son una sola cosa, y no podemos separar a Cristo de su cuerpo. Y el cuerpo de Cristo somos nosotros, los hermanos y las hermanas.

Entonces, si tú tocas al cuerpo de Cristo, ¿a quién tocas? A Cristo. Si tú separas a un miembro del cuerpo y lo pones a un lado, ¿a quién pones a un lado? A Cristo. Si tú menosprecias a un miembro del cuerpo de Cristo, ¿a quién menosprecias? A Cristo. Así es. Créeme, querido hermano, que el Señor se lo toma personalmente. Porque así, cuando Pablo perseguía a la iglesia y arrastraba a los creyentes a las cárceles, quien se lo tomó personalmente fue el Señor en los cielos: «Saulo, ¿por qué me persigues?».

Cuando tú hieres aun miembro del cuerpo, vas a saber que la Cabeza está siendo herida en ese acto en que tú hieres a un miembro del cuerpo de Cristo. Y cuando menosprecias a un hermano, también estás menospreciando a la Cabeza. «Pero, dices, es que el hermano no entiende». Más la Escritura no dice que tiene que entender. El hecho es antes del entendimiento.

«Y si *repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres...*». Hay hermanos que son tan entregados a servir, a dar... «...y *si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor;*

de nada me sirve». Ahora, hermanos amados, esto parece casi contradictorio, porque ¿cómo alguien va a dar sus bienes para dar de comer a los pobres, y cómo alguien va a entregar su cuerpo para ser quemado, y lo va a hacer sin amor?

Nosotros tenemos acá en Chile el Hogar de Cristo. Y la gente del mundo tiende a pensar que eso es el amor: es dar de comer a los pobres, es buscar a la gente que no tiene nada y ayudarlo. «Eso es el amor», dicen ellos. Pero Pablo dice que uno puede hacer eso, y no tener amor. ¿A qué se refiere Pablo? Recuerden, el contexto es el cuerpo de Cristo. Si tú, por causa de esa generosidad que tienes para dar, y todo lo demás, haces de ello una razón para dividir, para separarte y para menospreciar, para herir y para dañar a tus hermanos, entonces no te sirve de nada.

Gracias a Dios por todos sus dones; gracias a Dios por la revelación que nos ha dado. Pero él nos está llevando por el camino más excelente. El apóstol Pablo sabe que sólo hay una manera en que el cuerpo puede ser edificado: esa manera es el camino del amor. Sin amor, no se puede edificar el cuerpo de Cristo. Sin amor, nunca los miembros se van a concertar para trabajar juntos. Sin amor, nunca las piedras se van a unir unas a otras para levantarse en la casa de Dios.

Sólo el amor puede producir edificación en el cuerpo de Cristo. Por eso dice esto el apóstol Pablo. Y a continuación nos describe el amor. Sin embargo, nos vamos a saltar la descripción que hace del amor y vamos a ir al versículo 8: «El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán». Vendrá un día, hermanos amados, en que ya no necesitaremos más hombres que profeticen y nos muestren la visión celestial, porque lo veremos a Él, tal como Él es. Cuando ese día llegue, no será necesaria la profecía.

«*Y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos*». Ahora bien, queridos hermanos, ¿ustedes saben qué hombre escribió estas palabras? No fue ninguno de los hermanos que aquí estamos, que sabemos poco o nada de las cosas del Señor, y estamos todavía aprendiendo. Fue el apóstol Pablo. Y probablemente no ha habido un hombre en la historia de la iglesia que haya conocido más profundamente los misterios y la ciencia de Dios que el apóstol Pablo. Pero mire lo que dijo este hombre: «*En parte conocemos, y en parte profetizamos*». Ni aun Pablo pensaba que él ya cono-

cía tanto y suficiente como para todavía no necesitar ser corregido, ser ensanchado y ver más allá de lo que veía.

Ah, pero nosotros tenemos una pequeña luz del cielo, y nos tomamos de ella y la convertimos en una espada de batalla, ¿no es así? No obstante, lo que nosotros sabemos de Cristo, con todo lo glorioso que es, no es Cristo mismo todavía. Si nos aferramos a eso, como si eso fuera todo, y después lo convertimos en una doctrina, afilada como una espada, y levantamos la espada para pelear con otros que tienen otra doctrina afilada como una espada, entonces, estamos muy lejos del hecho divino del cuerpo de Cristo y de la iglesia, como Dios la hizo en Cristo.

Pablo dice: *«Ahora vemos por espejo, oscuramente»*. Bueno, la verdad, hermanos, es que los espejos de la época de Pablo no eran como los espejos que tenemos ahora. En la época de Pablo no existía el vidrio, y por lo tanto, no existían los espejos que nosotros tenemos ahora. Se pulían en plata o en bronce o en algún metal, para reflejar una imagen. Pero, para lograr ver algo en esos espejos, uno tenía que concentrarse mucho en la imagen, y era como mirar a través de una bruma, de una neblina. No se veía y no se distinguía claramente el rostro de quien se miraba.

Entonces, Pablo dice: *«Ahora vemos por espejo»*. Como a través de una neblina, como a través de una bruma, de una niebla. No vemos claramente todavía. Nuestra visión de Cristo todavía no es muy clara, todavía no es muy nítida. Nuestra visión del misterio de Dios es una bruma gloriosa, pero todavía no es completamente clara y completamente nítida. Sí, Cristo es definitivamente claro y nítido; pero somos nosotros los que tenemos un problema, y Dios tiene que trabajar largos y largos años en nuestra vida, para que alguna vez lleguemos a ver con más claridad y mejor. Y Pablo sabía eso.

«Mas entonces veremos cara a cara», no como a través de un espejo. Un día lo veremos a él, dice Juan, tal como él es. ¡Bendito sea el Señor! *«Ahora conozco en parte...»*. ¿Quién puede decir que ya lo conoce todo? No estamos hablando de doctrinas ni teologías; estamos hablando de Cristo. ¿Quién puede decir que ya conoce a Cristo? Pablo dice que no es que nosotros lo conozcamos a él, sino que más bien él nos conoce a nosotros.

«Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor; estos

tres; pero el mayor de ellos es el amor». Hermanos amados, la ciencia terminará, la profecía terminará, el conocimiento terminará; pero el amor nunca terminará, porque el amor es la misma naturaleza de Dios, el amor es la esencia de Dios. Recordemos entonces, la iglesia sólo puede ser edificada en amor. Pero, ¿cómo es el amor? ¿Qué es el amor, cómo se vive, cómo se expresa? Sin amor, dijo Pablo, no podemos ser edificados como cuerpo de Cristo. Es imposible. Pero, ¿cómo entonces? Tenemos que recurrir a Juan, él nos puede enseñar acerca del amor.

El testimonio de Juan

¿Por qué nos puede enseñar Juan? Nuestro querido hermano Christian Chen nos ha hablado acerca del ministerio del apóstol Juan. Juan fue el más joven de los discípulos del Señor; pero también fue el que sobrevivió más tiempo, vivió casi hasta los cien años. Y Juan, de entre todos los discípulos del Señor, de aquellos doce hombres que estuvieron con el Señor, fue quien llegó a conocer más íntimamente y más profundamente al Señor.

Cuando el Señor comenzó su ministerio, llamó a doce hombres. El Señor tenía muchos discípulos; había muchos hombres y mujeres que le seguían. Pero entre esos muchos, él escogió doce, al principio. En el evangelio de Marcos 3:13 se nos dice que, cuando escogió a los doce, Jesús *«subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él»*. Ahora, hermanos, el número doce representa al pueblo de Dios. Doce tribus representan al pueblo de Israel, el pueblo de Dios. Y cuando el Señor va a iniciar su iglesia sobre la tierra, él llama a doce para comenzar, porque doce es el número que representa al pueblo de Dios. Y él ahora va a comenzar un nuevo Israel, un Israel espiritual que es la iglesia.

La iglesia en el pensamiento de Dios es eterna; la iglesia siempre estuvo escondida en el seno de Cristo, así como Eva estuvo escondida dentro de Adán antes que saliera a la vida. La iglesia estuvo escondida en Cristo, ella es el misterio de Cristo. Pero, en el tiempo y en la historia, la iglesia comenzó aquí.

Por supuesto, la iglesia comenzó en Pentecostés, pero el embrión de la iglesia, la matriz de la iglesia, antes de que ella naciera a la vida en Pentecostés, comenzó aquí. ¿Se dan cuenta? Así

como un bebé que se forma en el vientre de la madre, hasta que es dado a luz, así también la iglesia tuvo un período de pre-gestación, en el tiempo del ministerio del Señor. Y ese período de pre-gestación es el tiempo que el Señor Jesús tuvo con estos doce hombres que fueron llamados.

El versículo dice: «...y llamó a sí a los que él quiso. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar». Pero fíjense ustedes que el énfasis de la Escritura es que, en primer lugar, Jesús los llamó «para que estuviesen con él», para que lo conociesen a él. Los llamó a sí, los atrajo hacia él, los enfocó en él. Jesús se convirtió en el centro de la vida de esos doce hombres.

Y Juan nos habla en 1ª de Juan capítulo 1. Recuerden ustedes que Juan está escribiendo en un tiempo de decadencia y de ruina. Cuando la ruina y la decadencia han llegado a la iglesia, sólo hay un camino para recuperar lo que se ha perdido. ¿Cuál es el camino? Volver al principio de todo. Si hemos equivocado el camino, ¿qué debemos hacer? Hay que desandar todo el camino de regreso y volver al principio.

Ahora, históricamente hablando, gracias a Dios por el apóstol Pablo. Gracias a Dios, porque con él tenemos la revelación más completa y acabada del misterio de Dios y de Cristo, y podemos ver a la iglesia en toda su gloria, en toda su perfección, en los pensamientos de Dios. Pero, hermanos amados, la iglesia, históricamente, no comenzó con el apóstol Pablo. Cuando Pablo llegó, ya la iglesia estaba, existía, sobre la tierra.

Así que, si nosotros queremos comenzar y volver al principio, no podemos regresar ni partir por el apóstol Pablo. Fíjense ustedes, los reformadores, en el siglo XVI, querían volver al principio, querían regresar a la iglesia primitiva; pero llegaron sólo hasta el apóstol Pablo y la justificación por la fe. Porque cuando ellos leyeron sus Biblias, encontraron que la carta a los Romanos era la más larga y más profunda a sus ojos. Entonces, llegaron hasta ahí.

Gracias a Dios por el apóstol Pablo. Pero, históricamente, la iglesia comenzó con Jesús y los Doce. Entonces Dios no va a usar al apóstol Pablo para llevarnos al principio. ¿Por qué? Porque Pablo no estuvo en el principio, porque Pablo no conoció las cosas desde el principio. Él vino después, para edificar, para

completar, para acabar, para llevar la casa hacia la gloria perfecta y madura final. Pero antes de él estuvieron estos hombres con Jesús.

Y Juan dice: *«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida»* (1 Jn. 1:1). Lo que está describiendo el apóstol Juan, entonces, es esta experiencia que tuvieron los doce con Jesucristo. Es una experiencia progresiva. Ellos fueron llamados para estar con Jesús. Imagínese que usted hubiese sido elegido para estar tres años y medio, día y noche, con Jesús, viviendo con él, despertándose con él y viendo su rostro en la mañana, almorzando con él al mediodía, siguiendo durante la tarde, y al acostarse el último rostro que veía era el rostro amado del Señor. Y durante tres años y medio, día y noche, por los caminos, de aldea en aldea, Jesús con esos doce hombres.

Y entre esos doce había uno que se llamaba Juan. Era el más joven, pero también él tenía una sensibilidad o un temperamento diferente. Él se sentía atraído por Jesús mismo. Y Juan dice que, durante ese tiempo con Jesús, ellos comenzaron a vivir una experiencia que fue progresando. Si leemos con atención 1ª de Juan, se van a dar cuenta que Juan hace una descripción de una experiencia progresiva.

«Lo que hemos oído...», lo primero que hicieron fue oír; así comenzó todo. Mucha gente vino hasta Jesús para oírle, porque nadie hablaba como él. Ellos también vinieron para oír a Jesús. Pero no sólo escucharon a Jesús el Señor, sino que también *«lo que hemos visto»*. También muchos vinieron para ver al Señor. Escuchar es primero, luego vieron. Pero dice luego: *«lo que hemos contemplado»*. Esto es diferente. Usted puede ver al Señor, y después irse. Pero si usted se queda el tiempo suficiente mirándolo, va a descubrir cosas maravillosas. Eso es contemplarlo. Es más que ver. Contemplar es quedarse mirando algo.

¿Se imaginan ustedes a Juan contemplando al Señor? Juan no era un hombre de acción como Pedro; era un hombre más quieto, más callado, más contemplativo. Entonces, él miraba, contemplaba a Jesús ir y venir, miraba a Jesús salir y entrar, miraba como él se relacionaba con la gente, miraba todo lo que Jesús hacía. Y mientras lo miraba, sus ojos interiores se iban

abriendo, y él iba viendo, iba conociendo, iba sabiendo. Y Jesús es como un tesoro que se abre delante de nosotros. Y las riquezas son indescriptibles y preciosas.

Juan contemplaba a Jesús. Pero no sólo contemplaba. Dice: «*y palparon nuestras manos*». ¿Recuerdan quién estaba recostado en el pecho del Señor esa última noche? Juan. Estaba pegado a Jesucristo, recostado en él.

Ahora, un hombre que ha conocido a Jesús de esa manera, hermanos, nos puede decir algo acerca de Jesús, ¿verdad? Tiene algo que decimos acerca de Jesús que nadie más podría decirnoslo. Alguien que estuvo recostado en el seno de él la noche en que él fue entregado, que escuchó los latidos del corazón del Señor la misma noche en que él era entregado. Ese bendito corazón que se partía por nosotros. Pues allí estaba Juan.

Amar hasta el fin

Entonces, él nos puede decir algo que nadie más puede decirnos acerca de Jesús, porque nadie estuvo con Jesús tan íntimamente y estrechamente asociado y apegado como Juan. Y, ¿qué nos dice de Jesús? Evangelio de Juan, capítulo 13. La última noche del Señor con sus discípulos, la noche en que el Señor partió el pan y tomó la copa.

«Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin». Recuerden, hermanos, *«lo que hemos oído, lo que hemos visto, y lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida».* Y, ¿qué dice Juan como resumen de eso que él oyó, vio, tocó y palpó? ¿Cuál es el resumen de esa experiencia? ¿Cómo él sintetiza lo esencial de esa experiencia? ¿Qué dice él? *«Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin».*

Si tuviéramos a Juan aquí hoy día con nosotros y le preguntáramos: «Juan, ¿quién era el Señor, cómo era? ¿Cómo lo puedes describir? Él era tan maravilloso, hacía tantos milagros, se daba a la gente, sus palabras eran palabras como nadie jamás habló. Él, entero, era lleno de gloria. Pero, dinos, Juan, con toda esa gloria, ¿qué era lo más esencial, el rasgo más característico de él?». Y Juan nos diría: «Él amaba, él nos amó hasta el fin».

«Sí, habían palabras que ningún hombre ha dicho. Sí, había luz como ningún hombre ha dado en este mundo. Él era la luz del mundo. Sí, él hacía milagros que nadie jamás ha hecho y nadie jamás volverá a hacer sobre la tierra. Sí, él era único, sí, la gloria de Dios estaba en él. Pero, sobre todas las cosas, el amó hasta lo sumo. Y nosotros vimos en él el rostro de Dios». Y, ¿cómo era ese rostro? Dios, dijo Juan, es amor.

Jesús amó hasta el fin. ¿A quiénes? «*A los suyos que estaban en el mundo*». ¿Quiénes son los suyos que están en el mundo, hermanos amados? ¿Quiénes son? La iglesia, su cuerpo. ¿Cómo los ama? Hasta lo sumo. ¿Te das cuenta, hermano?

Y entonces, antes de irse, el Señor dijo: «Un mandamiento nuevo os doy». ¿Por qué un mandamiento nuevo? Porque ese mandamiento no podía ser dado hasta que él hubiera sido conocido como fue conocido. Porque el mandamiento es: «*Amaos los unos a los otros, como yo os he amado*». Pero antes de que alguien pudiese ver como Cristo amó a los suyos, ¿cómo podría cumplirse ese mandamiento? Pero él los amó hasta el fin.

¿Saben qué significa «hasta el fin», hermanos? Los amó hasta el final del camino, hasta beber la última gota de la copa de la voluntad del Padre. Hasta lo sumo, hasta que pendió, desnudo, clavado sobre una cruz. Hasta ese punto, los amó. Hasta lo sumo, hasta que sus brazos benditos fueron partidos por los clavos, nos amó. Hasta que sus pies benditos fueron traspasados por los clavos, nos amó. ¡Nos amó, hermanos, amados!

Juan estuvo allí, al pie de la cruz. Él fue el único que estuvo allí para ver hasta dónde Jesús nos amó. Por eso, él puede decir después: «*Dios es amor*». El amor no es algo teórico ni conceptual; el amor es práctico, el amor es real. El amor es la causa de que nosotros hoy día seamos salvos. Nos amó hasta lo sumo.

Y Jesús dijo: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos». ¿En qué cosa, amados hermanos? ¿En los milagros que hacemos? ¿En las multitudes de personas que se salvan? ¿En el tamaño de las iglesias o congregaciones que podamos tener, o tal vez en las doctrinas que enseñamos? ¿O en la maravillosa luz que tenemos? ¿Eso dijo el Señor? El Señor dijo: «En esto sabrán todos que ustedes son mis discípulos; son míos, son como yo; me pertenecen a mí: en que se aman los unos a los otros, como yo los amé, hasta lo sumo».

Así es, hermanos. Y así es, hermanas queridas. ¿Hasta cuándo, hasta dónde debes amar a tu hermano? ¿Hasta dónde debes aguantar a tu hermano? ¿Hasta dónde debes recibir a tu hermano? ¡Hasta el fin! Hasta que la cruz termine con tu vida completamente, hasta ese punto debes amar a tu hermano. Amén. ¡Gracias, Señor!

ANHELANDO SU VENIDA

Rubén Chacón

Como se ha dicho, el tema de esta Conferencia es «La visión celestial», y yo quisiera abordar un aspecto, un elemento que es componente de esta visión celestial. No es el primero, pero no por eso es menos importante. Un elemento respecto de Cristo –porque la visión celestial es Cristo, es acerca de Cristo–, pero un elemento respecto a la persona de Cristo que ya ha sido mencionado y que yo quisiera destacar en esta hora. Así que les voy a invitar a que abran sus Biblias en el libro de los Hechos, capítulo 1.

A modo de introducción, es bueno decir que el libro de los Hechos es el segundo tratado escrito por el evangelista Lucas. Como dice el versículo 1 del primer capítulo: «*En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba*». Ese primer tratado es el evangelio según Lucas, y en él, establece claramente acerca de qué escribió: Trata «*acerca de todas las cosas que Jesús **comenzó** –subrayo el verbo ‘comenzar’– a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba*». De esto trata el evangelio de Lucas.

Pero, para Lucas, esas son las cosas que Jesús *comenzó* a hacer; Jesús no terminó de hacer. Las que están en el evangelio de Lucas son aquellas que Jesús *comenzó* a hacer; pero él continúa haciendo hasta el día de hoy. ¡Bendito sea el Señor!

Por lo tanto, el evangelista Lucas, en este libro, quiere seguir contándonos las cosas que Jesús sigue haciendo y sigue enseñando, ya no ahora desde la tierra, sino ahora desde el cielo,

desde que fue llevado arriba.

En el evangelio de Lucas, podemos decir, él escribió acerca de la gloria de Cristo, la gloria del Hijo del Hombre. Lucas reveló a Jesucristo como el Hombre, el Hijo del Hombre perfecto; y reveló, en ese evangelio, la gloria de este Hijo del Hombre. En este segundo tratado, él va a revelarnos, a registrarnos, a contar-nos, la gloria de la iglesia. El período de tiempo que abarca en su escrito, en su segundo tratado, son los primeros treinta años de la vida de la iglesia. En este libro, él registró el nacimiento de la iglesia y sus primeros treinta años de vida. Y estos primeros treinta años de la vida de la iglesia fueron una vida gloriosa.

No habrá –hasta hoy, por lo menos– otro período de mayor gloria que la que está relatada aquí. Esta gloria se explica porque Cristo está exaltado en los cielos. De alguna manera, Lucas va a decirnos que, más allá del velo del cual se nos ha hablado en esta conferencia, el Señor Jesús está exaltado, está entronado a la diestra de Dios, y que, aun cuando este libro no es el Apocalipsis, es decir que no nos está mostrando lo que ocurre al otro lado del velo, no obstante, este libro está relatándonos lo que ocurre aquí en la tierra, pero que es consecuencia de lo que acontece en los cielos.

Como nos ha dicho el hermano Stephen, la cabeza del cuerpo está en el cielo, la cabeza del cuerpo que es Cristo está exaltada. Cristo está entronado a la diestra de Dios; pero el cuerpo de Cristo está aquí en la tierra. El libro de los Hechos nos habla de ese Cristo, de ese nuevo hombre en el plano terrenal. Apocalipsis nos habla de ese nuevo hombre en el plano celestial. Ambos libros arrancan desde el mismo punto: Cristo resucitado y exaltado. Apocalipsis, contándonos la historia desde el plano celestial; el libro de los Hechos, desde el plano terrenal.

Lo que está aconteciendo con la iglesia se explica por la cabeza que es Cristo. Es Jesucristo exaltado el que ha enviado al Espíritu Santo, y es el Espíritu Santo lo que explica toda la gloria que vive esta iglesia en sus primeros treinta años.

Hay, por supuesto, una gran diferencia entre el libro de Apocalipsis y el libro de los Hechos. Apocalipsis mira las cosas desde el plano celestial y el libro de los Hechos desde el plano terrenal. Y hay otra gran diferencia: este libro sólo abarca los treinta primeros años; en cambio, Apocalipsis va hasta los últimos días,

hasta la consumación de todas las cosas. Y la razón porque el Espíritu Santo quiso que Lucas registrara esta gloria primera de la iglesia fue que cuarenta años después —como nos ha dicho el hermano Christian Chen— esa gloria comenzó a perderse, esa gloria comenzó a decaer, esa gloria comenzó a ser opacada. Tenemos que ir al libro de Apocalipsis para descubrir, y entender, y ver esa decadencia.

Pero, amados hermanos, la buena noticia es que la iglesia comenzó con gloria y va a terminar con gloria; la iglesia comenzó con gloria, y va a terminar con una gloria mayor. ¡Alabado sea el Señor! Que va a terminar tan bien, que esta vez no va a volver a decaer, sino que esta vez el Señor Jesucristo regresará por ella; esta vez, la iglesia se reencontrará con su Amado Señor. ¡Bendito sea su nombre!

La historia de esta gloria primera de la iglesia, en rigor, comienza en el capítulo 2 del libro de los Hechos, como ustedes saben. El capítulo 1 es entonces —por decirlo de alguna manera— un capítulo introductorio. En este capítulo, Lucas toma exactamente el final del evangelio de Lucas y trata de hacer un nexo entre el evangelio de Lucas y el libro de los Hechos. En otras palabras, trata de hacer un nexo entre Cristo y la iglesia.

La iglesia se explica por Cristo; la gloria de la iglesia es el resultado de la gloria de Cristo. Así que, en el capítulo 1 de Hechos, Lucas trató de unir estas dos verdades: la que relata en su evangelio, y la que va a relatarnos ahora, en este libro de los Hechos. Él toma exactamente el final de su evangelio, que es el momento de la ascensión de Cristo, que es el momento de la exaltación de Cristo, y comienza en el capítulo 1 con ese momento, con ese instante, para unir ambos tratados, ambas verdades.

A pesar del carácter introductorio que tiene este libro, quiero compartir con ustedes cuatro elementos, cuatro hechos, que están mencionados en este primer capítulo, y que, por una parte ligán la realidad de la iglesia con la persona de Cristo y, por otro lado, nos explicarán por qué la iglesia comenzó con una gloria tan grande.

Hemos hablado de cómo esa gloria, a finales del siglo primero, comenzó a decaer. Pero también es bueno y es interesante que nos fijemos por qué es que la iglesia comenzó con una glo-

ria tan grande, tan tremenda, tan maravillosa; qué explica esa gloria primera, que hasta el día de hoy nosotros añoramos y admiramos.

Hay cuatro notas aquí, en este capítulo 1, que quisiera mencionar rápidamente, y detenerme principalmente en la última.

Factores en la gloria de la primera iglesia

La certeza de la resurrección de Cristo

La primera de ellas está en el versículo 1:3. Dice que Jesucristo, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido, *«a quienes también, dice, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días»*.

La primera cosa que explica la gloria sublime, maravillosa, con que la iglesia comenzó, con que la iglesia nació, es esa convicción absoluta en los corazones de esos hermanos de que Cristo había resucitado. En esos cuarenta días que permaneció aún en la tierra después de resucitar, el Señor consideró importante convencer de manera absoluta, con pruebas que no dejaran lugar a dudas, de que él había resucitado.

¿Habrá tenido impacto en esos creyentes, habrá tenido impacto en esos primeros discípulos, estar absolutamente convencidos de que Cristo había vencido a la muerte, y que había resucitado? Amén. Eso explica mucha de la gloria que vemos después. Hombres que estaban convencidos, con pruebas indubitables, de que su Señor no estaba en una tumba, sino que había vencido a la muerte.

Esas pruebas indubitables, según el mismo Lucas, tenían que ver con demostrar que él no había resucitado en espíritu, sino que había resucitado en cuerpo. Él había resucitado de una manera corporal, su alma no había sido dejada en el Hades, y su carne no había visto corrupción. Él fue resucitado con su cuerpo. ¡Aleluya! Y si le preguntamos al mismo Lucas, él nos dirá en su evangelio:

«Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros. Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu. Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy;

palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos» (Lucas 24:36-43).

¡Bendito sea el Señor! Convicción absoluta de que Cristo había resucitado, de que su cuerpo no había quedado en el sepulcro, que su cuerpo no había visto corrupción, que al tercer día su cuerpo había sido levantado, y el Señor estaba resucitado con un cuerpo de gloria. Por Cristo no sólo vino la vida, sino también salió a luz la inmortalidad, y la inmortalidad tiene que ver con el cuerpo. Esa es la primera cosa que explica la gloria de esta iglesia en estos treinta años.

La enseñanza acerca del reino de Dios

La segunda cosa está también ahí, al final del versículo 3. El Señor Jesucristo no sólo estuvo apareciéndoseles durante cuarenta días a sus discípulos, hasta dejarlos absolutamente convencidos de su resurrección, sino que también dice que durante esos cuarenta días estuvo *«hablándoles acerca del reino de Dios»*.

No sólo se apareció, no sólo se manifestó, sino que durante esos cuarenta días estuvo hablando a sus discípulos. Y el Señor estaba a punto de ascender a los cielos, así que seguramente el Señor tenía en su corazón recordarles, remarcar, reforzar, aquellas verdades que para él eran las más fundamentales, las que sus discípulos no deberían olvidar una vez que él se fuera. Les habló acerca del reino de Dios.

Tiempo atrás, cuando yo estaba estudiando esta Escritura, dije: «Qué bueno habría sido saber de qué les habló. Les habló acerca del reino de Dios; pero, ¿qué les habló, qué les dijo acerca del reino de Dios?». Después me di cuenta que lo que les habló durante esos cuarenta días acerca del reino de Dios está al final de los evangelios. Mateo 28, Marcos 16, Lucas 24, Juan 21, registran esas palabras de Cristo durante esos cuarenta días.

¿Qué les habló en esos cuarenta días acerca del reino de Dios? ¿En qué consistió exactamente lo que les habló? No sólo que él estaba resucitado, sino que ahora, en él, se encarnaba la autoridad y la potestad del reino de Dios. Él les habló durante esos

cuarenta días del lugar que ocupa él, resucitado, en el reino de Dios.

En Mateo 28, dice Jesús a sus discípulos, una vez que hubo resucitado: «He aquí, yo tengo toda potestad en el cielo y en la tierra». Ahí les estaba hablando acerca del reino de Dios. «Yo soy ahora el que ha vencido a la muerte; yo soy ahora el que ha resucitado, el que tiene todo el poder, toda la autoridad, en el cielo y en la tierra». Y con la autoridad del Rey, manda a sus discípulos a ir a todas las naciones, y manda a los discípulos a enseñar a las naciones las cosas que él había mandado, y bautizar a los discípulos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

En el evangelio de Marcos, en el capítulo 16, el Señor les habló acerca de las obras del reino. Si ustedes miran al final, muy de acuerdo al énfasis de todo el evangelio de Marcos, en el 16:15, muy parecido a Mateo, les dice: *«Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado»*. Pero aquí está el énfasis de Marcos: *«Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán»*. Las obras del reino.

Los discípulos quedaron convencidos absolutamente en su corazón, no sólo de la resurrección de Cristo, sino de la realidad del reino de Dios, de la realidad presente del reino de Dios, de la autoridad del nombre de Jesucristo. En esa autoridad, ellos podrían ir a las naciones y enseñar lo que el Señor había mandado, y en el nombre de Cristo, y en la autoridad del Señor resucitado, los discípulos podían ir y manifestar los hechos de Cristo, las obras de Cristo.

Y mire cómo dice al final: *«Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén»*. No sólo enseñanza con autoridad, sino también las obras del reino manifestándose, el poder de Cristo manifestándose.

En Lucas 24, dice el versículo 45: *«Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y*

resucitase de los muertos al tercer día». Ahora, noten el 47: «...y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén».

El reino de Dios en las palabras de Lucas, en el énfasis de Lucas, es que esta buena noticia no es sólo para algunos, no es sólo para los judíos: es para todo el mundo. Comenzando desde Jerusalén, debe alcanzar a todas las naciones, sin distinción de raza, de clase social, de sexo, de status. El propio Lucas, acompañando al apóstol Pablo, había recorrido ciudades gentiles. Lucas había sido testigo de cómo el Señor también salvaba a los paganos, a las gentes que no eran judías, y cómo, a pesar del oscurantismo en que estaban bajo la idolatría y el paganismo, la gracia de Dios era poderosa para alcanzarlos y hacerlos también parte de la iglesia.

Los discípulos quedaron convencidos no sólo de la resurrección de Cristo, sino también de la realidad presente del reino de Dios. ¿Habrán hecho impacto las palabras de Cristo en estos primeros discípulos, que no sólo descubrieron que el Señor vivía, que estaba resucitado, sino que además era Rey de reyes y Señor de señores, que además tenía toda autoridad en los cielos y en la tierra. Y que la iglesia podía avanzar y extender, y llevar y manifestar el reino de Dios a todo el mundo, a todas las naciones; porque el Señor Jesucristo estaría con ellos hasta el fin del mundo?

La venida del Espíritu Santo

La tercera cosa que explica esta gloria de la iglesia, esta gloria primera, está en Hechos 1 versículo 4: *«Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días».* La tercera cosa que explica esta gloria tremenda, esta gloria primera de la iglesia es el Espíritu Santo –Pentecostés. Y sobre esto, habría mucho que decir, porque sin el Espíritu Santo no hay iglesia; sin el Espíritu Santo no hay Cristo en nosotros.

Qué interesante es que Cristo resucitó corporalmente. No obstante, él fue exaltado, fue llevado a los cielos, y él envió al Espíritu Santo. Y, ¿por qué envió al Espíritu Santo? Porque sólo

a través del espíritu Santo, es que todo lo de Cristo puede venir a ser nuestra realidad; es a través del Espíritu Santo que todo lo que Cristo conquistó y logró puede hacerse tesoro en nuestros corazones. Así que la gloria, esta gloria primera de la iglesia en sus primeros treinta años, no se podría explicar sin la venida del Espíritu Santo. ¡Bendito sea el Señor!

El anuncio de la Segunda Venida

Y la cuarta cosa está en los versículos 9 al 11. *«Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo».*

Nuestro Señor resucitó con su cuerpo, fue exaltado, y vino en el Espíritu, para poder habitarlos con todo su poder y su gloria. Pero, hermanos queridos, la cuarta cosa es que él regresará; que hoy está presente entre nosotros y en nosotros por su Espíritu, pero que él regresará personalmente por segunda vez. Y el Señor quiso asegurarse de que en los discípulos, aun cuando lo estaban viendo irse, quedara claro en sus espíritus, de que él regresaría por segunda vez, que la separación no era para siempre, que la separación no era definitiva.

Y Lucas, algo que no contó en su evangelio, lo registró aquí. ¿Por qué aquí? Porque esto tuvo un impacto tremendo en la iglesia. Lo contó aquí, no en el evangelio, porque este hecho maravilloso explica también, de alguna manera, la gloria primera de la iglesia. ¿Cuál es ese hecho? Que *«...este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo».*

Nuestro Señor ha de regresar por segunda vez, en forma corporal. ¡Aleluya! Y podremos no sólo verle, sino también podremos tocarle, podremos abrazarle, podremos besarle, podremos estrecharlo en nuestros brazos. ¿Habrán tenido este impacto positivo en la iglesia? ¿Habrán tenido impacto positivo la palabra, el mensaje, de estos dos varones? «No se queden mirando al cielo como si él nunca más va a regresar; no se queden mirando al

cielo como si esta es la última vez que lo ven. No –dicen–, él volverá, él regresará por segunda vez; él volverá a aparecer por segunda vez. Tal como le habéis visto ir al cielo, así vendrá».

Amados hermanos, y desde este mismo día en que ellos vieron partir al Señor al cielo, los creyentes vivieron esperando al Señor. No cuarenta años después, no quinientos años después, no dos mil años después; desde ese mismo día, los creyentes, en su forma de vida diaria y cotidiana, esperaban el regreso del Señor. Y eso explica, en algún grado, en alguna medida, por qué ellos fueron como fueron, por qué manifestaron una gloria como la que manifestaron. Estaban altamente motivados, estaban altamente impulsados; su corazón ardía deseando que ese regreso fuera en cualquier momento. ¡Bendito sea el Señor!

A nosotros nos ocurre a veces que, como estamos dos mil años después de esto, trasladamos nuestra experiencia al primer siglo, y pensamos y decimos: «Bueno, el Señor acababa de irse, así que seguramente ellos no quedaron pensando en su regreso; entendieron que tenían que empezar a trabajar, y entendieron que tenían que extender el reino de Dios, y entendieron que tenían que salir y evangelizar, y hacer la vida de iglesia. Y, seguramente, ellos no pensaron... Era muy inmediato, era muy reciente, para que quedaran anhelando el regreso del Señor».

Les trasladamos nuestra experiencia a los creyentes del primer siglo. Pero, amados hermanos, nunca fue así; en el primer siglo nunca fue así. En estos treinta primeros años de la vida de la iglesia no aconteció así. Los discípulos vivían esperando el regreso del Señor cada día, cada día. Ya nos ha explicado el hermano Christian Chen cómo esa nube marcó al apóstol Juan, cómo esa nube, de alguna manera, para Juan, significó que el Señor fuese ocultado de sus ojos. Cómo esa nube significó para Juan, en alguna medida, que el Señor era separado de ellos.

Así que, cuando ellos escucharon el mensaje de estos dos varones con vestiduras blancas, ellos dijeron: «¡Aleluya! Él va a regresar», y quedaron anhelando su regreso día a día. Y, ¿cómo lo sabemos? Lo sabemos porque todo el Nuevo Testamento, en todos los libros, está lleno de referencias al regreso del Señor. No hay carta, no hay escrito donde, de manera directa o indirecta, haya siempre una conciencia clara de que el Señor regresará.

Hermanos queridos, nosotros estamos dos mil años después,

y nosotros decimos: «Es probable que estos hermanos estaban equivocados. ¿Cómo podían pensar que el Señor regresaría en sus días, cuando han pasado dos mil años y no ha regresado?». Hermanos queridos, el regreso del Señor no es primeramente una cuestión escatológica. No es una cuestión de cronología, de tiempo; no es primeramente una cuestión de orden de acontecimientos –Que el Señor no puede venir, porque esto no ha ocurrido, o que va a regresar después que esto otro haya ocurrido–.

Ellos no pensaban así. La esperanza bendita de la iglesia es, primeramente, una cuestión de amor. Es una cuestión de amor. Ellos esperaban el regreso de Cristo porque lo amaban, porque no soportaban la separación con su Amado Señor. Ellos no estaban primeramente intrigados por los acontecimientos, sino que era un corazón que ardía de amor, de ver cuanto antes regresar a su Amado.

Testimonios de las epístolas acerca de la Segunda Venida

Quisiera hacer un breve recorrido por algunas epístolas, y ver cómo en cada una de ellas se menciona esta esperanza de la iglesia.

Hermanos, lo que estoy compartiendo es esto: la visión celestial no estará completa en nosotros hasta que el Señor regrese. Así que por eso, la iglesia, aunque tiene al Señor presente en el Espíritu, lo anhela, lo espera, proclama su venida, vive en la conciencia cada día de que el Señor regresará. Eso no para estar quietos, no para estar en una actitud contemplativa; al contrario, estos hermanos salieron a hacer lo que tenían que hacer. Pero, mientras hacían lo que tenían que hacer, ellos vivían esperando el regreso del Señor en cualquier momento.

«...así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo» (1 Co. 1:6-7). El testimonio de Cristo que habían dado los apóstoles a esta iglesia, estaba confirmado por Dios. ¡Qué precioso es eso! Mientras esta iglesia vivía confirmada por Dios mismo –el testimonio de Cristo era confirmado entre ellos con esta manifestación de dones, en la cual eran ricos– esta iglesia vivía esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.

Hay algo más grande que los dones, y eso más grande que los

dones es el dador de los dones; él es el don por excelencia, él es la fuente de todo don. Así que estos hermanos, aunque eran ricos en todo don espiritual, vivían esperando y anhelando al dador de los dones, al don por excelencia, a nuestro bendito Señor Jesucristo.

Otra carta de Pablo escrita a otra iglesia, a los Filipenses, capítulo 3, versículos 20-21, dice: *«Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas»*. ¡Alabado sea el Señor! Nuestra herencia será completada sólo al regreso del Señor. La plenitud habrá entrado en la iglesia, y la transformación no sólo de espíritu y alma, sino también de cuerpo, ha de ser completada a la venida de Cristo Jesús.

1ª Tesalonicenses capítulo 1, versículos 9-10. Pablo está dando aquí testimonio de la iglesia en Tesalónica, y dice: *«...porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera»*. Pablo destaca aquí no sólo cómo los tesalonicenses se convirtieron de los ídolos a Dios, no sólo cómo ellos una vez convertidos vivían para servir al Dios vivo y verdadero, sino que mientras servían, esperaban de los cielos al Hijo de Dios.

Tito, capítulo 2 versículos 11 al 13. Esta carta a Tito ha de llegar a impactar, aunque está dirigida a una persona, pero ha de llegar a impactar a todas las iglesias de Creta. *«Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo»*.

La gracia de Dios nos enseña que tenemos que vivir en este siglo de una manera sobria, justa y piadosa. Pero no sólo eso, sino que mientras vivimos de una manera sobria, justa y piadosa, debemos estar aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Note usted como aparece en todas las epístolas, y sólo

tomando los textos donde aparece el verbo ‘esperar’. La iglesia vivió esperando el regreso de su Amado desde el primer día que el Señor ascendió a los cielos.

Hebreos 9:28: «...*así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan*». Esta es la única vez en toda la Biblia, en todo el Nuevo Testamento, que aparece la expresión ‘aparecerá por segunda vez’. «...*sin relación con el pecado*», cosa que él resolvió ya con su primera venida; sino que esta vez aparecerá para salvar a los que le esperan. ¡Aleluya!

Tiene que haber una concordancia entre el momento en que el Señor regresará, y la actitud de la iglesia. Y la actitud de la iglesia no va a ser otra que estar esperándole; porque aun cuando es verdad que él viene como ladrón en la noche, el apóstol Pablo dice a los tesalonicenses: «*Mas vosotros no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón*». La iglesia le estará esperando. Cuando él aparezca, la iglesia estará lista para recibirlo, para ir a su encuentro. No será una sorpresa para los que andan de día. ¡Gloria a Dios, él aparecerá por segunda vez, para salvar a los que le esperan!

2ª de Pedro 3:10. En estos versículos aparece tres veces la palabra ‘esperar’. Aquí está reflejada nuestra esperanza; nuestra esperanza es Cristo, nuestra esperanza es el regreso de Cristo: «*Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas*».

Aplicación de esto. Dice Pedro: «*Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán*» (vers. 11-12). Nuestra versión Reina-Valera 1960 dice ‘esperando’ y apresurándonos para la llegada de ese día; pero la verdad es que en el texto griego es: «esperando y apresurando la venida del día de Dios». «*Pero nosotros –hermanos, los que estamos en esta asamblea– esperamos según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por lo*

cual, oh amados, estando en espera —otra vez la palabra, por tercera vez— *de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz*». ¡Alabado sea el Señor!

¿Existe alguna manera en que la iglesia no sólo espere, sino apresure la venida del día de Dios? Pedro aquí lo dice: andando en una santa y piadosa manera de vivir; pero también aguardando esta esperanza cada día. Como nos decía el hermano Christian Chen, cada vez que veamos una nube, pensemos en su regreso. Cada vez que veamos una nube, digamos: ¿Será esa la nube que le llevó y le ocultó, y será esa la nube que le traerá por segunda vez?

La iglesia puede apresurar la Venida de Cristo

Vivamos con la conciencia diaria del regreso de nuestro Amado. Con la primera venida de Cristo, la iglesia fue constituida la novia del Cordero; en la segunda venida de Cristo, esa novia se casará con su Amado. Y la novia, que está comprometida con su Amado que se ha ido lejos por un tiempo, no puede vivir de otra manera que en función del día en que se casará con su Amado. Y si es una novia llena de amor, no puede tener otra manera de vivir que pensando en función del día en que va a reencontrarse con su Amado.

Hermanos, nosotros, que habremos quedado hasta la venida del Señor no precederemos a los que durmieron, pero seremos arrebatados juntamente con ellos, y saldremos a recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor, y ya no habrá más separación. Y ya no habrá más necesidad de una tercera venida, porque esta vez nuestra reunión con él será definitiva, será para siempre. ¡Aleluya! Saldremos a recibir al Señor en el aire, en las nubes, y así estaremos reunidos a él para siempre. ¡Alabado sea el Señor!

Hermanos, creo firmemente que el Espíritu Santo está iniciando un movimiento en el mundo entero, que le está diciendo a la iglesia: «¡Prepárate, alístate, comienza a pensar en su regreso, comienza a recuperar la conciencia de que el Señor vuelve!». Hermanos, esa es la manera en que apresuraremos la llegada de ese día. El Señor en los cielos está expectante de ver a su iglesia que lo anhele.

¿Cómo podría el amado Jesús estar interesado en regresar por su amada, cuando ella está indiferente, cuando ella está ocupada en otras cosas y no tiene su corazón puesto en él? ¿Usted regresaría por una amada que no lo espera? ¿Regresaría por una amada que no está pensando en usted, que está indiferente a su venida, que ha tenido su regreso por tardanza? Hermanos, creo que el Señor espera ver a su iglesia levantarse, y que comience a decirle: «¡Señor, regresa! ¡Señor, ven! ¡Señor, no soportamos más la separación!». Tiene que comenzar a levantarse en nuestro espíritu un gemido anhelante por el Amado. Anhelamos esa reunión definitiva.

Con los hermanos de la iglesia en La Florida, aquí en Santiago, estamos haciendo una experiencia muy bonita. Nos hemos propuesto, una vez al mes, que cada padre de familia, alrededor de su mesa, junte a toda su familia, y haga una pequeña vigilia desde las doce de la noche a las tres de la mañana, con las Escrituras abiertas, y le diga a su familia: «Vamos a hacer un ejercicio de estar esperando al Señor. Mientras afuera los demás duermen, mientras los demás afuera viven para sí mismos, vamos a decirle al Señor como familia: te estamos esperando, estamos vigilando». Y el padre de familia, con sus hijos, abre las Escrituras y leen juntos estos textos de la esperanza bienaventurada de la iglesia. Juntos se irá generando en nuestro espíritu, se irá despertando nuestro corazón, recuperando esa conciencia de conocer a Cristo.

La iglesia puede apresurar la venida del día de Cristo. Y eso significa, hermanos, en términos prácticos, que debemos comenzar a anhelar al Señor, debemos comenzar a pedir que él regrese. Creo que el Señor va a ayudarnos en esto. ¿Sabe cómo nos va a ayudar? El mundo se nos va a volver cada vez más hostil, y eso va a ser bueno para la iglesia, porque entonces la iglesia comenzará a sentir que este mundo no es su hogar, que su ciudadanía no está aquí en la tierra, sino en los cielos.

Nuestra alma comenzará a ser afligida, y comenzaremos a elevar nuestro gemido: «Señor, este mundo no es nuestro hogar; Señor, llévanos contigo, queremos estar en tu gloria; Señor, queremos verte cara a cara, queremos abrazarte, queremos reencontrarnos contigo para siempre». ¡Alabado sea el Señor! Cuando el Señor regrese, su iglesia le estará esperando. Pero eso

tiene que comenzar hoy, tiene que comenzar a ser despertado a partir de ahora.

Terminemos con Apocalipsis 22:20. El penúltimo versículo de la Biblia termina con esta gloriosa declaración. La primera parte la dice Cristo mismo, y la segunda parte debe decirla la iglesia. Capítulo 22 versículo 20, el penúltimo versículo de su Biblia, del último libro de la Biblia, cuando ya todo está por cerrarse, cuando la revelación está completamente concluida, dice así: *«El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve»*. A eso, responde la iglesia: *«Amén; sí, ven, Señor Jesús»*.

¡Amén; sí, ven, Señor Jesús! ¡Aleluya!

**OTRAS PUBLICACIONES
DE EDICIONES «AGUAS VIVAS»**

Stephen Kaung

Discipulados a Cristo

Christian Chen

El Misterio de Su Voluntad

El Eterno Consejo de Dios

Entrando en las Riquezas de la Palabra

Eliseo Apablaza

Conforme al Modelo

Consagración y Servicio

Las Riquezas de Su Gracia

Los Amigos También Tienen que Morir

La Buena Tierra

Claudio Ramírez

Del Cielo hasta la Tierra (poemas)

Como el Rocío de Hermón (poemas)

Bajo la Sombra del Deseado (poemas)

Varios autores

Mensajes a la Iglesia

Distribución:

Jorge Geisse D.

Ediciones «Aguas Vivas».

Fono-Fax (45) 642904, Casilla 3045, Temuco, Chile.

E-mail: jgeissed@hotmail.com

www.aguasvivas.cl